CHARLES ARMINJON

EL FIN DEL MUNDO Y LOS MISTERIOS DE LA VIDA FUTURA

www.traditio-op.org

Tomado de internet

Editorial Gaudete

La lectura de esta obra sumió mi alma en una felicidad que no es de la tierra. Esa lectura fue una de las mayores gracias de mi vida. La hice asomada a la ventana de mi cuarto de estudio y la impresión que me produce es demasiado íntima y demasiado dulce para poder contarla.

Santa Teresa del Niño Jesús,
"Historia de un alma", Cap. 5.

Al lector

Querido lector,

Me parece que uno de los frutos más tristes del racionalismo, el error fatal y la gran plaga de nuestro siglo, la fuente pestilente de la que manan nuestras revoluciones y desastres sociales, es la ausencia de espíritu sobrenatural y el profundo olvido de las verdades de la vida futura. *La tierra sufre una espantosa desolación* porque la mayor parte de los hombres, fascinados por la atracción de disfrutes pasajeros, absorbidos por sus intereses mundanos y por la preocupación de sus asuntos materiales, ya no dedica sus pensamientos a las grandes consideraciones de la fe y rechazan obstinadamente *recogerse en su corazón*. Puede aplicarse a nuestras generaciones contemporáneas lo que el profeta Daniel decía, en su tiempo, de los dos viejos de Babilonia: "Han perdido la cabeza y han desviado sus ojos para no ver el cielo y acordarse de los justos juicios de Dios". *Et everterunt sensum suum, et declinaverunt oculos suos, ut non viderent coelum, nec recordarentur judiciorum justorum*[1].

Las dos causas de esta espantosa indiferencia y de este letargo profundo y universal son evidentemente la ignorancia y el amor desenfrenado a los placeres sensuales que, oscureciendo el ojo interior del alma humana, reducen todas sus aspiraciones al ámbito estrecho de la vida presente y le impiden con-

templar la perspectiva de las bellezas y las recompensas futuras. Ahora bien, puesto que los sabios han constatado siempre que los *contrarios* se curan por la aplicación de *contrarios*, me ha parecido que el remedio más eficaz para combatir con seguridad el mal inveterado del *naturalismo* era una exposición clara, neta, precisa y sin mengua, de las verdades esenciales referentes a la vida futura y al inevitable fin de los destinos actuales del hombre.

Puede ser que se me acuse de expresar algunas afirmaciones con una claridad demasiado brusca y cruda y de abordar los puntos más serios y más temibles de la doctrina cristiana sin atenuaciones ni moderaciones que los harían más soportables a los prejuicios o a la flaqueza de ciertas almas poco familiarizadas con consideraciones tan graves, a la manera en que un médico dosifica con cuidado la luz para no dañar con el exceso de resplandor los ojos doloridos de un amigo enfermo. Pero en el orden religioso y sobrenatural los fenómenos y los efectos que se producen en las almas son a menudo inversos a los que tienen lugar en el mundo físico y material. En el mundo físico un exceso de luz ciega: hace nacer la oscuridad y produce la ceguera. Sin embargo el espíritu, al entrar en las regiones del entendimiento, se sitúa en las esferas inmensas de lo invisible y lo increado, por lo que desaparece el temor al exceso. Jesucristo es el gran sol de nuestras inteligencias, el alimento y la vida de nuestros corazones: nunca se le comprende mejor y se le ama más que cuando se le anuncia con profusión, en la integridad de su doctrina y en los esplendores sumos de su personalidad divina. El ejemplo de los Apóstoles anunciando el Evangelio en medio de la noche del paganismo y predicando intrépidamente a *Jesucristo crucificado* ante el senado de Roma o rodeados por los filósofos del Areópago nos dice con claridad que la verdad atrae a las almas naturalmente cristianas, pero no llega a iluminarlas y convencerlas si no se expone con toda su fuerza y claridad.

La duración de nuestra prueba se limita a la época de la vida presente. Si ésta, como quieren los racionalistas, no es más

que un eslabón en la cadena de nuestros destinos, y si la carrera en la que el hombre está sometido a la lucha, a la tentación, a las seducciones de los sentidos y de las criaturas, debe continuar indefinidamente, entonces Jesucristo jamás será rey, no hay esperanza para el bien y el mal triunfará por toda la eternidad. Sin embargo, es absolutamente cierto que la escena que se representa en este mundo de aquí abajo llegará antes o después a su desenlace y a su fin. Entonces la humanidad entrará en una fase de existencia nueva y todo lo que estimamos, todo lo que buscamos en esta vida presente será menos que una sombra y se esfumará como el humo. Es éste es un hecho cierto que nuestros descubrimientos y las maravillas de nuestro ingenio no podrán conjurar. Ahora bien, los actos morales de la vida vienen determinados por el fin al que tienden, de la misma manera que las comodidades del camino no son apreciadas por el viajero sino en la medida en que contribuyen a hacerle llegar al final del viaje que ha emprendido de forma más segura y más rápida. Por eso, tratar de la vida futura y de sus fines últimos es en realidad exponer la ciencia y la filosofía de la vida humana, poner de relieve los principios fundamentales sobre los que reposan toda perfección y toda moral.

El presente volumen de conferencias que ahora publicamos sigue al que apareció hace tres años sobre el *Reino de Dios*. El reino de Dios se inicia, crece y se completa en el tiempo; pero no se perfeccionará ni se consumará sino en el siglo futuro. Así pues, en lugar de haber titulado nuestro libro *El fin del mundo y los misterios de la vida futura*, hubiéramos podido llamarle, con no menos justicia: *El triunfo de Jesucristo y de su Iglesia en la vida futura*. Nuestros argumentos y sentencias sobre la vaciedad de la *apariencia de este mundo que pasa*, sobre la inconsecuencia de las empresas concebidas fuera de los horizontes de la fe y perdiendo de vista el fin último, sobre los tormentos eternos reservados a los malos; así como los otros temas: la llegada y el reino del Anticristo y el templo de la inmortalidad, las recompensas reservadas a los justos, la renovación del hombre caído mediante el sacrificio en el crisol pu-

rificador del dolor, nos han parecido útiles para derramar un bálsamo de consuelo sobre los corazones ulcerados y agriados, para enardecer a las almas descorazonadas y abatidas y para ayudar a los cristianos a convertirse en hombres de *Sursum* [de arriba], en los momentos desastrosos y confusos que atravesamos, inspirándoles resignación y paciencia; para fortificarlos en medio de las tristezas presentes, dirigiendo sus esperanzas y sus deseos hacia una patria mejor.

Acudiendo a las fuentes puras de la Tradición y de los Padres, iluminado por la luz de las Sagradas Escrituras, pretendo calmar a las almas agobiadas y ansiosas de nuestros tiempos, ofreciéndoles la solución verdadera de los misterios de la vida, tal y como los enseña el cristianismo. ¡Ojalá pueda contribuir a que Nuestro Señor Jesucristo y su Iglesia sean amados y a inculcar, con mayor fuerza, en aquellos que me lean, esta verdad capital: "Servir a Dios y cumplir sus mandamientos, ¡eso es el hombre entero!"

Chambéry,
Día de la aparición del Arcángel San Miguel,
8 de Mayo de 1881

NOTA:

1. Dn 13, 9

Primera conferencia

El fin del mundo. Signos que lo precederán y circunstancias que lo acompañarán

Veniet dies Domini sicut fur,
in quo coeli magno ímpetu transient.

El día del Señor llegará como un ladrón,
en aquel día, los cielos, con gran estrépito, se destruirán.
(2 P 3, 10).

San Pablo nos enseña que el mundo actual es un gran laboratorio en el que la naturaleza está en fermentación y desarrollo hasta el día en el que, libre de toda servidumbre y de toda corrupción, se abra a un orden radiante y renovado[1].

El hombre mismo, en su camino aquí abajo, no es sino un viajero, navegando por el mar cambiante y tormentoso del tiempo, y la tierra que le sostiene no es sino la barca destinada a conducirle al lugar de una vida inmortal y sin fin.

Las naciones, como los individuos, también están destinadas a desaparecer un día.

La historia de la humanidad no sería más que un drama sin sentido, una serie de hechos aislados sin coherencia ni objetivo, si antes o después no acaeciera su término y su desenlace. En el orden natural presente, todo lo que comienza está llamado a terminar; una ca-

dena no tendría continuidad si no tuviera dos eslabones extremos. El mundo actual, por el mismo hecho de haber sido creado, tiende necesariamente a su conclusión y su fin.

¿Cómo tendrá lugar esta gran transformación? ¿Cuáles serán las condiciones y la forma nueva de nuestra tierra, una vez que, destruida y completamente transfigurada por el fuego, ya no sea regada por los sudores de los hombres y haya dejado de ser la arena agitada y sangrante de nuestras luchas y nuestras pasiones? Esto es lo que seguidamente trataremos.

El objetivo que me propongo en este primer discurso es recordar el testimonio de las Sagradas Escrituras y en especial del Evangelio de hoy[2] en el que leemos que después de un espacio más o menos amplio de siglos, el orden de las cosas visibles de aquí abajo dará paso a un orden nuevo y permanente y que a la era cambiante del tiempo le sucederá la era de la estabilidad y del descanso.

Al abordar este tema delicado y arduo, uno de los más importantes que pueden ser tratados desde el púlpito cristiano puesto que se refiere al estado y advenimiento de nuestra patria y de nuestros destinos, creo importante advertir que evitaré cualquier opinión aventurada, que no me apoyaré ni en revelaciones dudosas, ni en profecías apócrifas y que no pronunciaré ninguna afirmación que no esté justificada por la doctrina de los Libros Santos o sancionada por la enseñanza auténtica de los Padres y de la Tradición.

En las cuatro primeras conferencias recordaremos sucesivamente: en primer lugar, cuáles han de ser los indicios y los signos que precederán al fin de los tiempos; en segundo lugar, cuáles serán los rasgos y las características de la persecución de ese hombre de pecado anunciado por el Apóstol como el precursor de la última venida del Hijo de Dios; en tercer lugar, cuáles serán las circunstancias de la resurrección y del juicio; por último cuál será el lugar de la inmortalidad y el estado del mundo después de la resurrección.

Hoy, comentando las Sagradas Escrituras, fundamentalmente el capítulo 24 de San Mateo, intentaré resolver las siguientes cuestiones fundamentales:

En primer lugar, ¿es la doctrina del fin de los tiempos una doctrina indudable, fundada en la razón y de acuerdo con los datos de la ciencia actual? En segundo lugar, ¿puede concluirse a partir de las palabras de Jesucristo si el fin de los tiempos está cercano o lejano?

En tercer lugar, ¿de qué modo tendrá lugar el cataclismo final, este gran y supremo cambio?

Frente a estos temibles problemas que desafían las luces y la comprensión del entendimiento humano, nuestra palabra es vacilante y no puede sino balbucir. Que vuestra bendición la reafirme, Monseñor[3]. ¡Que el espíritu de Dios ilumine nuestro espíritu y ponga en mis labios palabras de verdad, fuerza, sabiduría y discreción!

I

La ciencia materialista y atea de nuestro siglo, la que se propaga en las revistas, la que se enseña en la mayor parte de las cátedras oficiales y la que testimonian las grandes corrientes de opinión anticristianas actuales, se obstina en no ver más que el efecto del azar en el orden y la perfección del universo. Afirma la eternidad de la materia... Al negar la creación, lógicamente no puede admitir que el mundo pueda tener un final.

De acuerdo con esta ciencia falsa, el universo actual subsistirá siempre, por lo que si progresa y mejora, se debe únicamente al efecto del genio del hombre mediante el impulso cada vez mayor dado a las artes y a las conquistas industriales, a las variadas combinaciones y fuerzas de los fluidos y los elementos, que se descomponen y se recomponen para dar lugar a nuevas formas; en una palabra, por la aplicación y la actividad de fuerzas sin nombre y todavía desconocidas, que la naturaleza esconde en su seno, fuerzas que por ellas mismas son susceptibles de un progreso, de un desarrollo ilimitado e indefinido. Y lo mismo que el gusano, al perfeccionarse, se convirtió en un cuadrúpedo, de cuadrúpedo en bípedo, y de bípedo en hombre, de ese mismo modo el hombre, con la ayuda de la ciencia, alcanzará un día el nivel culminante de la soberanía. Vencerá al tiempo y al espacio, se construirá alas para alzarse hasta los astros y explorar las maravillas de las constelaciones. A los ojos de la ciencia atea, el paraíso y la vida eterna, tal y como los presentan los cristianos, son una alegoría y un mito. El progreso es el fin último, la ley y el fundamento de la vida del hombre, el término, el objetivo donde deben converger todos sus pensamientos y aspiraciones. Para la ciencia atea el hombre debe rechazar con *valentía* las ataduras y las tinieblas de las supersticiones y de las creencias tiránicas y anticuadas y no tener fe

más que en sí mismo y en un futuro más o menos cercano, en el que será investido de una soberanía sin medida y sin trabas sobre la creación y sobre los elementos. La naturaleza, completamente sumisa a su talento, se abrirá entonces como un cuerno de la abundancia para derramar sobre una nueva humanidad todos los bienes deseables; y si las generaciones presentes no consiguen alcanzar este ideal de felicidad, pueden consolarse con la perspectiva de que será propiedad de la posteridad, propiedad todavía más gloriosa por haberla conseguido independientemente y sin la ayuda de Dios, fruto exclusivo y personal de su perseverancia, de sus esfuerzos y de su habilidad.

¿Tengo necesidad de decir que estos sueños fantásticos, estas burdas e insensatas teorías, son rechazados por la razón y la conciencia universal de los pueblos?

Los rechaza la razón cristiana.

En efecto, si de acuerdo con nuestra fe y nuestra convicción de cristianos, la vida temporal tuvo su principio y su comienzo en Dios, es necesario que tenga también en Dios su consumación y su destino. El hombre ha sido creado para conocer a Dios, para amarle y para servirle, y si no llegara un día en el que lo poseyera y estuviera irrevocablemente unido a Él, el plan del creador, desprovisto de todo fin racional, no sería más que una monstruosidad y una aberración. La humanidad, frustrada en su amor, en sus tendencias, en sus aspiraciones, se convertiría en un nuevo Sísifo, una especie de máquina del azar, agitándose en el vacío, condenada a dar vueltas eternamente en la rueda de una necesidad ciega y fatal[4]. ¿Dónde quedarían la justicia, la moral, la seguridad de las familias y de los poderes públicos, en un sistema en el que todo fuera inconsecuencia y contradicción, en el que el ideal nunca llegara a ser realidad, en el que el bien no se separara nunca del mal y no se ofreciera medida alguna para determinar la importancia de la vida moral y la verdadera sanción de los actos humanos?

“La historia –ha dicho un autor escéptico de nuestro tiempo– es el juez de los pueblos y su juicio, que se produce a través del tiempo, hace inútil y superfluo el juicio final”.

Pero nosotros respondemos que el juicio de la historia no es un juicio público, mientras que el mal es público y se yergue con tal arrogancia que es un escándalo para los hombres y un ultraje constante contra Dios. Además, el juicio de la historia es un juicio incompleto,

porque toda acción buena o mala es un principio de bien y de mal, una semilla de vida o de muerte, de la que su autor no ha podido ni prever ni presentir todos los frutos y todos los resultados. Por ello, si el juicio universal no se nos hubiera anunciado, tendríamos que pedirlo, declararlo como una consecuencia necesaria, como el último paso de la providencia de Dios que dirige el movimiento de la historia a través de los siglos, como la última medida para completar su obra y ponerle su sello.

Este juicio universal es la última escena del drama universal: es la ejecución general de todos los juicios parciales emanados de la justicia de Dios. Sólo con esta condición la historia llegará a ser clara y comprensible, así la veremos, no tal y como la entienden el espíritu y las miradas confusas del hombre, sino tal y como es en realidad y como un libro abierto a todos los ojos[5].

Un gran orador de nuestro tiempo ha dicho: "La historia no está hecha, comenzará en el valle de Josafat".

Así pues, la razón cristiana y la conciencia universal de los pueblos certifican que el mundo debe terminar y que habrá un orden nuevo. Esta verdad está también de acuerdo con la ciencia y la observación de los hechos.

Es un principio constatado y una ley general de la naturaleza que todo lo que está sujeto al movimiento, a la descomposición, sometido al tiempo, limitado por las dimensiones, se estropea, envejece y termina por desaparecer y por perecer. La ciencia nos enseña que ninguna fuerza vital, ningún agente creado, tiene el poder de desplegar su energía más allá de una determinada duración y que su campo de actividad, en virtud de la ley de la creación, se circunscribe a una esfera determinada cuyo límite no se puede franquear. Ni siquiera los organismos más perfectos y sólidamente constituidos podrían funcionar indefinidamente.

Los seres vivos, como los animales y las plantas, incluso los mismos minerales, están sujetos a fuerzas contrarias de atracción y repulsión y tienden constantemente a disgregarse para formar nuevas agregaciones. Así, las rocas y los granitos más duros sufren la corrosión, que tarde o temprano les harán tambalear. En el firmamento vemos a los astros apagarse y desaparecer. Todo movimiento, incluso el de los cielos, tiende a ralentizarse. Astrónomos eminentes han observado en el cielo y en las estrellas pérdidas de calor y de luz, cier-

tamente imperceptibles a simple vista pero que, a lo largo de los siglos, no dejarán de influir de forma desastrosa en el clima y en las estaciones. Sea como sea, es cierto que la tierra no tiene ya la misma fecundidad ni la misma fuerza vegetativa que la que tenía en los primeros tiempos del género humano. Del mismo modo que el mundo ha tenido su juventud, vendrá un tiempo en el que el mundo tendrá su crepúsculo y correrá hacia su atardecer y su declive.

Éstas son verdades de observación y de sentido común que la razón comprende con facilidad, pero sólo el cristianismo ha demostrado su certidumbre y conveniencia. Un pensador protestante dijo:

> En esto, la doctrina cristiana se distingue mucho de las doctrinas filosóficas. Afirma que al hombre le espera una existencia nueva después de esta vida. Para que esta existencia se realice, es absolutamente indispensable que la naturaleza, que se ha velado y hecho impenetrable para el hombre, se manifieste y muestre su estado futuro, que restablecerá la armonía entre lo visible y lo invisible, lo transitorio y lo perpetuo, la materia y el espíritu. Sólo en esta situación, en este fin de la existencia humana, podrá descansar la conciencia del hombre. Debemos esta esperanza a Cristo; su promesa *nos permite esperar, después de la crisis final, una tierra nueva y unos cielos nuevos*[6].

Por tanto, el mundo tendrá un fin, ¿pero este fin está lejano o próximo? Es una pregunta seria, palpitante y digna de la meditación de las almas cristianas.

La Sagrada Escritura no nos deja en este punto en una ignorancia absoluta. Sin duda, Jesucristo nos ha dicho, hablando acerca del momento preciso: "Ese día no lo conoce nadie, lo ignoran incluso los ángeles que están en los cielos". Sin embargo, por otra parte, Él ha querido indicarnos indicios y signos precisos, destinados a darnos a conocer que el cumplimiento de las profecías está cercano y que el mundo toca a su fin.

Jesucristo ha procedido con respecto al género humano tomado colectivamente, como con respecto a los individuos: así nuestra muerte es segura, pero la hora la desconocemos. Ninguno de nosotros puede decir si estará vivo dentro de una semana, de un día, y yo que os hablo, ignoro si terminaré el discurso que he comenzado. No obstante, aunque podemos ser sorprendidos en cualquier momento, hay signos que indican si nuestra última hora es inminente y que nos esta-

ríamos engañando con una simple ilusión si nos prometiéramos una larga estancia aquí abajo.

Sobre esto dijo el Señor:

> Aprended esta comparación tomada de la higuera: cuando sus ramas ya están tiernas y brotan las hojas, sabéis que se acerca el verano. Asimismo, cuando veáis todo esto, –es decir, las guerras, las hambrunas, los temblores de tierra–, sabed que el Hijo del hombre está a las puertas[7].

En verdad, estos desastres públicos, estos problemas y las alteraciones de los elementos y del curso normal de las estaciones que señalarán la última venida del Hijo de Dios son signos vagos e indeterminados... Se han manifestado, con mayor o menor intensidad, en todas las épocas nefastas de la humanidad, en todas las épocas de crisis y de conmoción religiosa.

Ya en tiempo de los Macabeos se vieron signos en el cielo. Durante cuarenta días toda la ciudad de Jerusalén vio por los aires jinetes vestidos de oro y armados con lanzas, como las tropas de caballería. Los caballos formando escuadrones se lanzaban los unos contra los otros. Los hombres parecían armados de dardos y de espadas desenvainadas; las armas eran de oro, sus cascos y sus corazas resplandecían. El pueblo, sobrecogido de pavor, rogaba a Dios con fervor, para que esos presagios fueran para su salvación y no para su confusión y su ruina[8].

Durante el sitio de Jerusalén, bajo Tito, el Santo de los santos y el templo se agitaron con misteriosos temblores; se oían ruidos extraños y voces de seres invisibles gritaban: "Salgamos de aquí, salgamos de aquí". Un gran rabino, estupefacto por estas manifestaciones sobrenaturales y terroríficas gritaba: "Oh templo, ¿porqué te turbas y te asustas a ti mismo?" Así que, Jesucristo, para no dar lugar a equívocos y a falsas interpretaciones, nos dijo que las calamidades y los prodigios naturales que señalarán los últimos tiempos de la humanidad no son sino el preludio y el comienzo de dolores todavía mayores: *Haec autem omnia initia sunt dolorum* [todas estas cosas son el comienzo de los dolores][9].

Por tanto, de los desastres y de las revoluciones actuales, de los desórdenes morales, de los grandes cataclismos religiosos y sociales de los que Europa y el mundo son escenario en este momento, no se

puede sacar ninguna conclusión sobre el fin de los tiempos. Los signos de hoy son como los que tuvieron lugar en los tiempos antiguos y la experiencia constata que son insuficientes para probar la proximidad del juicio.

Es importante tener en cuenta que Jesucristo, en su profecía (San Mateo, cap. 24), mezcla en una sola escena signos que tendrán lugar en el fin del mundo con los que caracterizaron la ruina de Jerusalén. Lo hace en primer lugar por la analogía entre los dos acontecimientos...Y en segundo lugar porque en Dios no hay ni diferencia ni sucesión de tiempos. Los hechos cercanos y los más alejados son igualmente presentes para su espíritu, Él los ve como si tuvieran lugar en el mismo instante... Por otra parte, Nuestro Señor Jesucristo sabía que los Apóstoles, antes del día en el que fueron iluminados por el espíritu Santo, tenían todas las ilusiones y los prejuicios judíos; a sus ojos, Jerusalén era todo el universo; para ellos, su ruina era equivalente a la caída del mundo. Debido al patriotismo estrecho y exagerado que los dominaba, los apóstoles perseveraron en una espera vigilante y continua hasta la destrucción de Jerusalén. Conseguir estas disposiciones era el objetivo que Jesucristo se proponía alcanzar, buscando instruirles más y apartarles de las vulgares esperanzas de la tierra que estimular su curiosidad desvelándoles los secretos ocultos del futuro.

Así, les muestra en su profecía dos perspectivas y dos horizontes con rasgos análogos, parecidos en sus contornos, perfiles y colorido. En San Mateo y en San Marcos, los dos acontecimientos, la ruina de Jerusalén y el fin del mundo, parece que se confunden. En San Lucas la separación de los dos hechos aparece más claramente; hay signos sólo referidos al fin del mundo, como por ejemplo los siguientes:

> Y habrá señales en el sol, la luna y las estrellas. Y sobre la tierra las naciones se abatirán y consternarán, el mar hará un ruido espantoso por la agitación de sus olas... Y los hombres se aterrorizarán mientras esperan lo que debe llegar a todo el universo; pues las fuerzas de los cielos serán sacudidas... Y entonces verán venir al Hijo del Hombre sobre una nube con gran poder y majestad[10].

¿Durará el mundo cien años todavía? ¿Terminará con el milenio actual? ¿Recorrerá la humanidad, bajo la ley de la gracia del cristianismo, tantos años como los que recorrió bajo la ley de la naturaleza o bajo la ley mosaica? Son cuestiones para las que no podemos aven-

turar ninguna hipótesis, ninguna conjetura. Todos los cálculos y las investigaciones a las que se han dedicado los sabios intérpretes de la Escritura son búsquedas inútiles que no tienen otro interés que la satisfacción de una vana curiosidad. La providencia ha determinado que ese día sea desconocido y que nadie lo descubra antes de su advenimiento: *De die illa nemo scit* [ese día nadie lo conoce][11].

Y que nadie nos objete que si no se puede fijar el día, se puede al menos determinar la época o el año. No; pues San Agustín señala que en la Sagrada Escritura, la palabra *día* debe interpretarse en el sentido de una duración cualquiera. El testimonio del santo doctor concuerda con el del profeta Malaquías, quien nos dice: *Ecce venit, dicit Dominus exercitum: Et quis poterit cogitare diem adventus ejus?* [ya viene, dice el Señor de los Ejércitos: ¿Y quién puede saber el día de su llegada?][12]. Zacarías es todavía más preciso y más explícito: *Et erit in die illa: non erit lux, sed frigus et gelu, et erit dies una, quae nota est Domino, non dies neque nox: et in tempore vesperi erit lux* [aquel día sucederá que no habrá luz, sino frío y hielo y será un día único –que solamente conoce el Señor–: no habrá día y luego noche, sino que a la hora de la tarde habrá luz][13].

La razón es que el fin del mundo no será sólo el efecto de una causa natural, sino que depende sobre todo de la voluntad de Dios, que no nos ha sido revelada.

Es verdad de fe que los destinos humanos llegarán a su fin cuando se complete la cantidad de los santos y se alcance el número de los elegidos. Ahora bien, ningún hombre puede, no sólo con certeza, sino ni siquiera apoyándose en conjeturas probables, conocer el número de los predestinados y todavía menos en cuanto tiempo se completará este número. ¿Quién osaría, por ejemplo, afirmar que se salvarán más o menos hombres en los siglos venideros que los que se han salvado en los precedentes? Y, sea el número de los santos venideros considerablemente mayor o menor que los santos del pasado, ¿cómo prever en cuanto tiempo se alcanzará su número? ¿No es una constante en la vida de la Iglesia que haya tiempos de esterilidad en los que hay pocos santos y épocas fecundas en las que abundan? Por eso, considerando la causa primordial del mundo, que no es otra que el misterio escondido de la predestinación, nadie puede concluir si el fin del mundo está próximo o lejano[14].

No obstante, aunque Jesucristo nos enseña que la llegada de ese

gran día es un secreto que Dios se ha reservado en la potestad de su poder, *tempora et momenta quae Pater posuit in sua potestate* [los tiempos y momentos que el Padre se reservó con su poder][15] y que se escapa de todas nuestras previsiones hasta la misma hora de su realización, también, para prevenirnos contra la relajación y una falsa seguridad, no deja de recordar a los hombres, primero, que el fin del mundo es seguro; segundo, que está relativamente cerca; tercero, que no tendrá lugar antes de que se hayan producido, no los signos comunes y generales que han tenido lugar en todos los tiempos, sino los signos propios y específicos que Él nos ha indicado claramente. Estos signos no son sólo calamidades y revoluciones de los astros, sino también acontecimientos de carácter público, que al mismo tiempo se refieren al orden religioso y al social, sobre los que la humanidad no puede equivocarse.

II

El primer acontecimiento que anuncia el final de los tiempos es el que indica el Salvador en San Mateo, capítulo 24, cuando nos dice: "Este Evangelio del Reino de Dios será proclamado en el mundo entero como testimonio ante todos los pueblos y solamente entonces llegará el fin". El segundo de estos hechos será la aparición del hombre de pecado, el Anticristo[16]. El tercero, la conversión del pueblo judío, que adorará al Señor Jesús y le reconocerá como el Mesías prometido[17]. "Hasta entonces –dice San Pablo– que nadie se engañe como si estuviéramos en la víspera del día del Señor"[18].

Es evidente que los dos acontecimientos últimos, indicados por San Pablo como signos de la proximidad de la desolación suprema, no han tenido lugar. El Anticristo no ha aparecido todavía, como lo expondremos en la próxima conferencia. Los judíos, como nación, no se han quitado todavía de los ojos la tupida venda que les impide proclamar como Dios al que ellos crucificaron. Queda examinar si, en el momento actual, el Evangelio ha sido predicado en toda la tierra y se ha ofrecido en testimonio a todas las naciones.

En este punto, las opiniones de los Padres y Doctores se dividen. Unos dicen que las palabras de Jesucristo deben interpretarse moralmente, que han de entenderse en el sentido de una mera predicación parcial y sumaria, que para su cumplimiento es suficiente que

los misioneros hayan iluminado, en las distintas partes de la tierra habitable, a un cierto número de inteligencias aisladas y que en cada desierto, en cada costa lejana, se haya enarbolado la cruz al menos una vez. Otros, más numerosos, tales como San Jerónimo y Beda, entienden que las palabras del Hijo de Dios deben entenderse en un sentido más estricto y literal.

Cornelio a Lápide, el más sabio de los intérpretes de los Libros Sagrados, entiende que el fin de los tiempos no llegará antes de que el cristianismo haya sido, no sólo predicado, propagado, sino que haya sido establecido, organizado y que haya permanecido como una institución pública entre los hombres de todas las razas y nacionalidades: de tal forma que antes de que llegue el fin de los tiempos, no haya un territorio bárbaro, una isla perdida en el océano, ni un lugar actualmente desconocido en cualquiera de los dos hemisferios, en el que el Evangelio no haya brillado en todo su esplendor, en el que la Iglesia no se haya manifestado con su legislación, sus solemnidades, su jerarquía incluyendo obispos y pastores de segundo orden, donde, en definitiva, no se haya verificado plenamente la gran profecía: "No habrá más que un solo rebaño bajo la dirección de un solo pastor"[19].

Yo comparto esta última interpretación. Es más acorde con el testimonio de las Sagradas Escrituras. Es más coherente con la sabiduría y la misericordia divina, que no distingue entre civilizados y bárbaros, entre griegos y judíos, sino que, queriendo la salvación de todos los hombres, no excluye a ninguno de la luz y de los beneficios de la redención. Por último, se concilia mejor con el modo de actuar de la Providencia, que se preocupa con la misma solicitud de todos los pueblos y los llama uno a uno al conocimiento de su ley, en el momento fijado por sus disposiciones inmutables.

Por lo tanto, basta con mirar un mapa para darse cuenta de que la ley evangélica está lejos de haber sido promulgada a todos los pueblos y que innumerables multitudes, en el momento actual, están todavía instaladas en la tinieblas y no tienen ni el mínimo atisbo de las verdades reveladas.

Así, el centro de Asia y las montañas del Tibet han desafiado, hasta ahora, los intentos de nuestros más intrépidos misioneros. El Nilo nos esconde todavía sus fuentes como en los tiempos del imperio romano. Hasta el momento, nadie ha podido contarnos de forma exacta las costumbres y la situación religiosa y social de los pueblos

del África ecuatorial, a pesar de que recientemente se han descubierto grandes lagos y altas mesetas donde no imaginábamos más que arena y desiertos. Inglaterra y otras naciones han establecido colonias en las costas de Oceanía, pero el interior de este gran continente queda por explorar[20]. ¡Es evidente que todavía no se ha dado testimonio del Evangelio a todas las naciones! ¿Puede decirse que al día de hoy se haya predicado en la mayor parte de la tierra, en todas las provincias de la India, de China, en la mayor parte de los archipiélagos, con el suficiente esplendor, de modo que sean inexcusables los que hayan rechazado obedecerlo? ¿Qué serían veinte, cien, o hasta mil sacerdotes, para evangelizar, dar a conocer nuestros divinos misterios y conservar el fuego de la caridad en un país como Francia? Pues bien, sólo China, con su inmensa población, está lejos de la comparación que acabamos de establecer. De los trescientos cuarenta millones de habitantes que tiene ese vasto imperio, la mayor parte, o nunca ha oído hablar de nuestra religión o tiene una idea vaga e incompleta: viven y mueren sin haberse encontrado nunca con un sacerdote. África, con excepción de las provincias del norte, no tiene más que cinco o seis misiones estables en costas con más de 2.000 leguas de longitud[21]. En cada página de los anales de Propagación de la Fe nos encontramos con las palabras dolorosas que se escapan del corazón de los apóstoles: “Rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a recoger su inmensa cosecha”[22].

Está escrito que al final de los tiempos el Evangelio se habrá testimoniado a todas las naciones.

“Todos los pueblos, exclama David, todos los pueblos hasta los extremos de la tierra, se acordarán del Señor y volverán a él, pues al Señor pertenece el imperio y él gobernará las naciones”[23].

Más adelante, David dice también: “Sus dominios se extenderán de un mar a otro y desde el río hasta las los extremos de la tierra; los habitantes de Etiopia se postrarán ante él: los reyes de Arabia y de Saba le traerán presentes”[24].

El Señor se dirige también a la Iglesia por medio de Isaías: “Ensancha el espacio de tu tienda, despliega las lonas, no te detengas, alarga tus cuerdas, asegura tus estacas. Porque te expandirás a derecha e izquierda, tu descendencia poseerá naciones y poblará ciudades ahora desiertas”[25].

Estos textos son expresos, precisos y de su testimonio se despren-

de claramente que llegara un tiempo en el que todas las herejías, todos los cismas, serán destruidos y en el que la religión verdadera será unánimemente conocida y practicada en todos los lugares en los que luce el sol.

Con seguridad, esta unidad no se realizará sin dificultad; la humanidad no llegará a esta época dorada por caminos sembrados de rosas: todo el edificio de la iglesia está cimentado con sangre de mártires mezclada con sudor de apóstoles.

Por lo tanto, hemos de esperar luchas y resistencias encarnizadas. Se derramará sangre; el espíritu de las tinieblas volverá a multiplicar sus seducciones y sus estratagemas; pueden preverse persecuciones a la Iglesia más terribles que las sufridas hasta ahora. Pero, por otra parte, hemos de aprender a escrutar los pensamientos de Dios y a leer los decretos de su poder. Todas las invenciones admirables de los tiempos modernos tienen un fin providencial. ¿Hubiera Dios mostrado al hombre, en nuestros días, los secretos y los tesoros escondidos de la creación, le hubiera puesto en las manos tantos instrumentos maravillosos como la máquina de vapor, el magnetismo, la electricidad, con el único fin de proporcionar un nuevo alimento para su orgullo, para que fueran esclavos dóciles de su egoísmo y su codicia? Éste no era el pensamiento que Dios expresaba a través de la voz del profeta cuando decía: "Voy a dar alas a mi palabra, uncir fuego a mis carros, arrebatar a mis apóstoles como en un torbellino y a transportarlos en un abrir y cerrar de ojos en medio de las naciones bárbaras".

Así se acerca el tiempo en el que Jesucristo obtendrá el triunfo total y en el que, con toda verdad, podrá denominarse el Dios de la tierra: *Deus omnis terrae vocabitur* [se llamará el Dios de toda la tierra][26].

En la actualidad numerosos indicios presagian una gran victoria del Cristianismo. ¿No tienen nuestros enemigos este presentimiento? ¿Un instinto secreto no les advierte de que sus días de fuerza están contados y de que el tiempo en que se les ha concedido prevalecer no podrá durar mucho?... Por eso enrolan en la guerra impía contra la Iglesia todas las corrupciones rencorosas, todas las hipocresías impacientes por quitarse la máscara, todas las ciencias hostiles, todas las políticas desconfiadas y ateas. La revolución levanta enérgicamente su estandarte contra la religión, la propiedad, la familia, mina las ba-

ses del edificio social y ataca simultáneamente todos los puntos. La prensa, liberada de todo freno, inocula, a través de sus mil órganos, las doctrinas más subversivas y los venenos más mortíferos. El trono diez veces secular de la Santa Sede, atacado con audacia infernal y señalado como una institución de ignorancia y oscurantismo que desentona en medio de los esplendores de nuestra civilización, ha sucumbido bajo esta multitud de esfuerzos combinados; se ha derrumbado de arriba abajo, sin que, humanamente hablando, pueda alimentarse la esperanza de que vuelva pronto a levantarse[27].

Puede entenderse que en una situación así los sabios no estén seguros de sus consejos y que su valentía y firmeza parezcan vacilar. Se entiende que a través de estas nubes y de este confuso horizonte, se entrevean perspectivas sombrías y que se nos anuncie un recrudecimiento de crímenes, guerras y terribles conmociones. Pero lo que nos hace esperar una nueva era gloriosa para la Iglesia es precisamente la audacia increíble y la rabia incesante de nuestros enemigos. En nuestros días se ataca al Cristianismo por todas partes: en las artes, en las ciencias, en la Iglesia y en el Estado, tanto en Europa como en Asia, en el viejo y en el nuevo mundo. Éste es el signo cierto de que triunfará en todas las partes, en todos los lugares. ¿En qué momento? Sólo Dios lo sabe, pero es seguro. La sangre de los mártires se convierte en semilla de cristianos, la Iglesia tiene promesas inmutables. Al salir del Mar Rojo entrará en la Tierra Prometida. A la hora de las tinieblas le sucederá la de la luz y la del triunfo. Después de los ultrajes del Gólgota, escuchará cómo resuenan a su alrededor las bendiciones y los hosannas de la liberación.

Por tanto, no perdamos el ánimo. Saludemos el futuro que se prepara. Y si, en el momento actual, nuestra patria está en la proa de las convulsiones, destrozada por las discordias; si su fortuna y su influencia política se han convertido en el objetivo disputado de las ambiciones insatisfechas y de las mediocridades vulgares, como el hijo pródigo del Evangelio, no tardará en recordar la paz y el honor de los siglos de su juventud; se librará de sus cadenas y de la venda de su ignominia y se volverán a escribir páginas brillantes en ese libro que tiene por título: *Gesta Dei per Francos* [las hazañas de Dios por mediación de los francos].

Y si el fin del mundo debe aplazarse largos siglos, ¿qué son los siglos comparados con la eternidad? Un segundo, un instante más

fugaz que un relámpago. Cuando el Hijo de Dios fue elevado a los cielos en una nube, los apóstoles no podían dejar de mirar al lugar del Cielo por el que había desaparecido. De pronto, se les aparecieron dos ángeles vestidos de blanco y les dijeron: "Hombres de Galilea, ¿por qué estáis ahí parados mirando al cielo? Este mismo Jesús, que os ha sido llevado al cielo, volverá de la misma forma en la que le habéis visto subir"[28]. Y en otro momento, Jesucristo dijo: "Dentro de poco ya no me veréis, pero un poco más tarde me volveréis a ver, porque me voy al Padre"[29].

Pero aunque Jesucristo ha querido que ignoremos el momento preciso del fin del mundo, ha juzgado útil informarnos en detalle sobre el modo y las circunstancias de ese gran acontecimiento.

En cuanto al mundo, dice el Señor que su destrucción será instantánea y de improviso: *Veniet dies Domine sicut fur* [el día del Señor llegará como llega un ladrón][30].

Sucederá en una época en la que el género humano, inmerso en el sueño del más profundo abandono, estará a mil leguas de pensar en el castigo y la justicia. La misericordia divina habrá agotado todos sus recursos y todos sus medios de acción. El Anticristo habrá aparecido. Los hombres de todos los lugares habrán sido llamados a conocer la verdad. Finalmente, la Iglesia Católica se encontrará floreciente, en la plenitud de su vida y de su fecundidad. Pero todos estos favores destacados y superabundantes, todos estos prodigios, volverán a borrarse del corazón y de la memoria de los hombres. La humanidad, por un abuso criminal de las gracias, volverá a sus vómitos. Volviendo a todos sus apegos y aspiraciones hacia los bienes y los placeres burdos de esta tierra como dicen los Libros Sagrados, se apartará de Dios hasta el punto de no ver el Cielo y de no acordarse de sus justos juicios. Toda la fe se apagará en los corazones[31]. Toda carne habrá corrompido sus caminos. La divina Providencia juzgará que ya no hay remedio.

Sucederá, dice Jesucristo, como en tiempos de Noé[32]. Los hombres vivían entonces despreocupados, plantaban, construían casas suntuosas, se burlaban del viejo Noé, que se dedicaba al oficio de carpintero y trabajaba día y noche en la construcción de su arca; le decían: "¡qué loco, que visionario!" Y esto continuó hasta el día en el que llegó el diluvio y anegó toda la tierra: *Venit diluvium et perdidit omnes* [vino el diluvio y causó la desgracia de todos].

Así, la catástrofe final se producirá cuando el mundo se sienta más seguro: la civilización estará en su apogeo, el dinero abundará en los mercados, los fondos públicos no habrán sido nunca más abundantes. Habrá fiestas nacionales, grandes exposiciones, la humanidad, rebosando de una prosperidad material inaudita, ya no esperará nada del Cielo; apegada vilmente a los más bajos placeres de la vida, dirá como el avaro del Evangelio: "Alma mía, tienes bienes para muchos años, bebe, come, diviértete..." Pero, de repente, en mitad de la noche, *in media nocte* –puesto que esto sucederá en tinieblas y a esa hora fatídica de media noche en la que el Señor apareció por primera vez en su rebajamiento–, aparecerá en su gloria; los hombres, despertando sobresaltados, oirán un gran estruendo y un gran clamor y escucharán una voz diciendo: "Ya está aquí Dios, salid a su encuentro": *Ecce sponsus venit, exite obviam ei*[33].

En los anales de Saboya se conserva el recuerdo y la tradición de una catástrofe espantosa, que nos da una idea de lo que sucederá cuando Dios abandone al género humano y cuando su divina paciencia se agote sin remedio.

Sucedió hace setecientos años, el 24 de Noviembre de 1248, víspera del día en el que la Iglesia celebra la festividad de Santa Catalina; aquella tarde el tiempo estaba agradable, el aire en calma, las estrellas parpadeaban en el cielo. Todo el valle en el que actualmente se sitúa la ciudad de Chambéry descansaba tranquilo y seguro.

Entonces, un personaje impío y perverso dominaba tiránicamente sobre una ciudad desaparecida para siempre, pero que, en aquellos tiempos, era vecina de la ciudad de la que hablo[34].

Este personaje había reunido a muchos y alegres invitados. Celebraban con festines y orgías licenciosas la expoliación sacrílega de un monasterio que él había convertido en un lugar profano, después de haber arrojado sin piedad a los monjes y a los huéspedes sagrados que eran sus legítimos dueños. Sin duda, como en los tiempos de Baltasar, la comida era suntuosa y el vino y los licores, mezclados con blasfemias y risas sardónicas, fluían a mares. De pronto, en un momento, en mitad de la noche, la tierra fue agitada por una violenta sacudida; torbellinos de horribles voces y aullidos de tormenta, que se podían creer emanados de las cavernas del Infierno, parecían sacudir el firmamento y el sol y antes de que los invitados hubieran podido levantarse, antes de que hubieran podido gritar de angustia, fue-

ron sepultados vivos bajo una montaña gigantesca que se derrumbó: una ciudad, cinco aldeas, toda una región habitada por seis mil habitantes, fueron engullidas por el abismo, quedando su rastro marcado en caracteres indelebles en nuestro suelo y cuya memoria legendaria mezclada de espanto permanece imborrable y viva en el espíritu y el recuerdo de nuestras gentes.

Esta imagen, tomada de uno de los acontecimientos más memorables y lúgubres que han tenido por escenario nuestra tierra, es en cierto sentido más viva y más conmovedora que la de Noé y del diluvio.

En tiempos de Noé y del diluvio, los hombres, antes de perecer, tuvieron tiempo de darse cuenta y obtener la gracia del arrepentimiento, ya que el desastre fue presentándose de forma progresiva; aunque no todos llegaran a conseguir salvarse mientras vivían, San Pedro declara formalmente que la mayor parte se volvieron hacia Dios y se salvaron para la vida futura. En su primera epístola, capítulo III, versículos 19 y 20, nos dice que cuando la santa alma de Jesucristo se separo de su cuerpo, "fue a los limbos a predicar y a librar a los que en otro tiempo habían sido incrédulos, cuando en los días de Noe se beneficiaron de la paciencia de Dios"[35].

Pero el día del juicio será como en las simas de Myans y al pie de la colina de San Andrés. Todo tendrá lugar con una rapidez y una violencia sin igual: *Coeli magno impetu transient* [los cielos desaparecerán con gran violencia].

Jesucristo nos lo dice:

> El que esté en lo alto de la casa, que no se tome la molestia de bajar a recoger algo. Y el que esté en el campo, que no vuelva atrás a coger sus ropas. ¡Desdichadas las que estén encintas o criando en aquellos días...! Entonces, si alguno os dice: "Cristo está aquí o allá" no le creáis; porque como el relámpago sale por oriente y brilla hasta occidente, así será la venida del hijo del hombre[36].

Pero, ¿cómo será esta tremenda destrucción?, ¿cuál será la causa ocasionadora o eficiente, el agente principal, el instrumento directo e inmediato? Las Sagradas Escrituras no han querido omitir ninguna de las circunstancias relativas a este acontecimiento, el más decisivo y solemne de todos los sucedidos después de la creación. Ellas nos enseñan que el mundo no perecerá por una inundación como en el diluvio, que no se derrumbará por un terremoto, que no será se-

pultado por la ceniza y la lava, como lo fueron, bajo el reinado de Tito, Herculano y Pompeya, sino que arderá y será exterminado por el fuego: *Terra autem et quae in ipsa sunt opera exurentur* [la tierra y todo lo que contiene serán destruidos por el fuego][37]. Así lo creían ya antiguamente los egipcios y los filósofos persas. Y también Cicerón dijo que el mundo terminaría por el fuego[38].

Pero lo que hay que subrayar es que la ciencia actual coincide con los Libros Sagrados en el testimonio de que el fuego será el gran operario de la justicia de Dios y de la renovación que seguirá a su manifestación[39].

Así pues, la ciencia, al igual que la Biblia, ha constatado que el fuego fue la primera fuerza creada que desplegó su energía y manifestó su actividad. La naturaleza fue fecundada por el fuego, los elementos fueron puestos en funcionamiento por él; por él se originaron las grandes revoluciones del mundo primitivo, se levantaron las montañas, se produjeron los astros y, en fin, nació todo el orden, toda la variedad del universo tal como se ofrece a nuestra vista y a nuestra admiración.

"Al principio", se dice en el capítulo primero, versículo 2 del Génesis, "la tierra estaba informe y vacía y las tinieblas cubrían la faz del abismo". En otras palabras, tal y como explican los sabios y comentaristas, la materia estaba volatilizada y en estado gaseoso. Antes de que el creador le confiriera sus propiedades y formas diversas, en la obra de organización y clasificación de los seis días, todos sus elementos constitutivos estaban mezclados, desunidos, en estado caótico. La tierra, el sol, los astros, ofrecían el aspecto de un vasto mar líquido o gaseoso esparcido por la inmensidad. Pero no era un mar inmóvil e inerte. En la superficie, como en las profundidades interiores, se agitaba y era movido por el soplo vivificante de un agente eterno y todopoderoso que no era sino el Espíritu de Dios: *Et spiritus Dei ferebatur super aquas* [el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas][40]. El Espíritu Santo hacía experimentar a la materia una especie de incubación. Bajo su acción y por los ardores de aquel calor infinito y soberano, los elementos fueron sometidos a sucesivas fusiones, se fueron perfeccionando, adquiriendo su potencia y su energía; se deshicieron de la escoria, como el oro que se refina se libera de la ganga en el crisol. Y, una vez transformados por el soplo ardiente del Espíritu Santo, aptos ahora para escuchar la voz de Dios, el Creador los llamó sucesivamente y les fue diciendo:

"Que se haga la luz", y hubo luz. Y después de que hizo el día y la noche, de que extendió el cielo y separó la materia sólida de la masa gaseosa que la envolvía, le dijo: "Te llamarás tierra", y la tierra se consolidó. Habló también a las aguas y no dejando sobre el globo más que la cantidad necesaria para regarla y llenar las cuencas de los mares, convirtió el resto en vapor y lo envió a rellenar los vastos espacios que rodean todas las esferas y todos los firmamentos[41]: *Divisitque aquas quae erant sub firmamento, ab his quae erant super firmamentum* [y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las estaban sobre el firmamento][42].

Fue una escena grandiosa y sublime que daría lugar a largos y magníficos desarrollos. ¿Quién no sentiría que su espíritu se eleva y su corazón se estremece ante el espectáculo del acto creador, de esta obra maestra del poder y de la sabiduría divinas, haciendo brotar torrentes de luz y belleza de aquel océano informe y tenebroso, imprimiendo movimiento y acción a todos los seres inertes que el Espíritu divino había investido de su virtud penetrándolos con su ardor y con sus radiaciones? *Et spiritus oris ejus omnis virtus eorum* [y el aliento de su boca (hizo) todas sus virtudes (estrellas y constelaciones)][43]. Pero en este momento no podemos hablar de estas obras admirables más que de forma incidental, en la medida en que se relacionan con el tema que nos hemos propuesto tratar.

Pero, ese mismo Espíritu Divino que derramó a manos llenas tesoros de armonía y perfección en el universo, procederá del mismo modo cuando se trate de ordenar los nuevos cielos, y de construir el palacio que deberá servir de morada eterna al hombre glorificado.

Aquí no estamos fantaseando, nuestra palabra no es nuestra; es la de todos los profetas que han hablado, la de todos los evangelistas que han narrado. Está escrito: "El fuego marchará delante de la faz del Señor, disipará a sus enemigos en derredor y derretirá a los montes como la cera"[44]. Ante su esplendor, el sol se oscurecerá y la luna no dará más luz, las estrellas caerán. Es decir, disueltas de nuevo, se disiparán en el aire como gotas ligeras[45].

Este fuego será el que devorará a los malvados como si fueran paja, el que penetrará en sus huesos hasta el tuétano y el que los consumirá eternamente.

Será la última prueba de los justos que vivan en los últimos días. Para ellos sustituirá al Purgatorio, ya que, en el momento de la resu-

rrección, las llamas reparadoras se apagarán para no volverse a encender nunca más. Será el crisol en el que depositarán su herrumbre terrestre para que ninguna mancha oscurezca la blancura de sus vestiduras cuando se presenten delante del trono de Dios.

Todos estos acontecimientos se realizarán, no lo dudemos; son ciertos con certeza absoluta, como lo es Dios mismo, como lo es su espíritu de verdad, que no está sujeto a ningún error ni a ningún cambio.

En verdad, podemos afirmar que todos nosotros, los que aquí estamos, habremos dejado este mundo antes de ser testigos de esta gran escena de desolación y ruina[46]; Jesucristo, sin embargo, juzgó útil que lo conociéramos, porque estas grandes verdades no pertenecen al orden especulativo, sino que están destinadas a producir efectos prácticos e inmediatos en la conducta de nuestra vida.

En efecto, si la tierra y lo que ella contiene deben desaparecer un día a causa del fuego, los bienes de este mundo no son más estimables que los palos y la paja; y por tanto, ¿para qué convertirlos en el objeto de nuestros deseos y preocupaciones? ¿Para qué empeñarnos en construir y dejar huellas de nuestro talento y de nuestro poder, donde no tenemos morada permanente y donde la belleza de este mundo será arrancada como una tienda de campaña que ya no tiene viajeros a los que cobijar?

¿Diremos que este temible cataclismo no sucederá sino después de siglos de siglos? Pero Jesucristo nos dice que esos siglos de siglos no son sino un instante comparados con la Eternidad, y cuando llegue el momento y desde las regiones de la vida futura seamos testigos y actores de este drama supremo, la duración total de la humanidad nos parecerá tan corta, que pensaremos que a penas ha durado un día[47].

San Pablo, el gran profeta, para quien el tiempo no tenía medida, ni el espacio extensión, se creía ya transportado. San Jerónimo, en su gruta de Belén, oía la trompeta del juicio despertando a los muertos y sus cabellos se erizaban de miedo, su carne y sus huesos se estremecían de un temblor indecible. En definitiva, Jesucristo nos dice que meditemos estos grandes misterios porque es seguro que nos sorprenderán y que el momento llegará antes de lo que pensamos.

Al final del siglo XIV, en la España profunda, apareció un personaje extraordinario. Se llamaba Vicente Ferrer. Profeta y taumaturgo des-

de su juventud, creció ante el asombro universal; el Espíritu de Dios reposaba en él, se adueñó de su corazón y lo inflamó con un celo desconocido después de San Pablo. Se apoderó de su cuerpo, al que mantenía a pesar de su debilidad extrema en medio de las fatigas más devastadoras y las más rudas austeridades. Puso en sus manos el poder de hacer milagros y, por último, abrió sus labios a la palabra más prodigiosamente enérgica que la humanidad ha oído nunca después de San Pablo.

Ser sobrehumano, aunque fuera hombre, rechazó constantemente las dignidades que el Papa le presionaba a aceptar. Su vida fue una oración, un ayuno, una predicación continuos. Durante veinte años recorrió Europa y durante veinte años Europa vibró, palpitó bajo el calor y la llama de su palabra inspirada.

El juicio final era el tema favorito de sus predicaciones. Él mismo anunciaba al mundo que había sido enviado especialmente por el Juez soberano para anunciar la cercanía de los últimos días.

Estaba un día en Salamanca, ciudad por excelencia de teólogos y de sabios. Un gentío multitudinario se apretaba para escuchar al enviado del cielo. De pronto, elevando la voz en medio de la asamblea dijo: "Yo soy el ángel del Apocalipsis que San Juan vio volar en medio del Cielo y gritaba con voz potente: Pueblos, temed al Señor y glorificadle, porque el día del juicio se acerca".

En respuesta a estas extrañas palabras, estalló en la asamblea un murmullo indescriptible. Piensan en la locura, en la jactancia, en la impiedad.

El enviado de Dios se para un instante, los ojos fijos en el cielo, en una especie de arrebato y éxtasis; después prosigue, y con voz más fuerte exclama de nuevo: "Yo soy el ángel del Apocalipsis, el ángel del juicio". La agitación y el murmullo aumentan al máximo. "Tranquilizaos, les dice el santo, no os escandalicéis de mis palabras, vais a ver con vuestros propios ojos que yo soy quien digo ser. Id al extremo de la ciudad, a la puerta de San Pablo y encontraréis una mujer muerta; traedla aquí y yo la resucitaré como prueba de lo que San Juan dijo de mí".

Nuevos gritos y una protesta todavía más grande responden a sus últimas palabras. No obstante, algunos hombres se deciden a ir a la puerta indicada. Efectivamente, encuentran una mujer muerta, la traen y la depositan en medio de la asamblea.

El apóstol, que no había abandonado ni un instante el lugar elevado desde el que predicaba, se dirigió a la difunta: "Mujer, le dice, en nom-

bre de Dios te ordeno que te levantes". Inmediatamente la muerta se levanta, envuelta en su mortaja, deja caer el sudario que le cubre el rostro y se muestra llena de vida en medio de la asamblea. Vicente añade entonces: "para el honor de Dios y la salvación de toda esta gente, di, ahora que puedes hablar, si yo soy verdaderamente el ángel del Apocalipsis, encargado de anunciar al mundo la cercanía del juicio final". "Tú eres ese ángel –respondió la mujer– realmente lo eres".

Para situar este testimonio admirable entre dos milagros, el santo le dice todavía: "¿Prefieres seguir viviendo, o quieres volver a morir?" De buena gana, querría seguir viviendo, dijo la mujer. "Vive, pues, respondió el santo". Y en efecto, ella vivió todavía muchos años, testigo viviente, dice un historiador, de un prodigio asombroso y de la más alta misión jamás encomendada a un hombre»[48].

Yo no discuto la autenticidad de este relato. Ha suscitado dudas en algunos hagiógrafos y las circunstancias que lo rodean han dado lugar a críticas y discusiones. Pero para apoyar nuestra doctrina, es suficiente constatar que la Iglesia no lo ha declarado apócrifo, ya que en la bula de canonización del santo, se dice: "Como el Ángel que volaba en mitad del Cielo, él tuvo las palabras para anunciar el Evangelio eterno, el Reino de Dios a toda lengua, tribu, y nación, y para demostrar la proximidad del juicio final".

Sin embargo, hace casi quinientos años que sucedió este acontecimiento y el juicio anunciado por el taumaturgo del siglo XIV no ha sucedido. ¿Debemos concluir que el santo estaba equivocado y que el milagro de esta resurrección atestiguado por testimonios serios y dignos de fe, contado y transmitido por la pintura y la escultura, debe considerarse una leyenda, una alegoría o una simple invención?

San Vicente Ferrer habló como lo habían hecho antes de él los santos doctores y como lo han hecho después de él la mayor parte de los varones apostólicos. Así, San Jerónimo, a la verdad, censura a un tal Judá, escritor renombrado de una *Historia de la Iglesia*, por haber afirmado que la violencia de las persecuciones presagiaba el fin del mundo y que tendría lugar en un tiempo cercano; pero el propio San Jerónimo, en una de sus cartas[49], en la que traza con elegancia el cuadro de calamidades y desastres de los que él ha sido testigo, expone también casi la misma opinión. San Cipriano (Epístola 58) escribe estas palabras: "Debéis estar seguros y tener como cosa cierta que el día de las desolaciones finales ha comenzado a elevarse sobre vuestras cabezas y los tiempos del Anticristo están cercanos..." San

Ambrosio, en el elogio fúnebre de su hermano Sátiro, escribe: "Ha sido arrebatado de la vida para no ser testigo del fin del mundo y de la destrucción total del universo". San Gregorio Magno y San Bernardo han expresado los mismos sentimientos en sus libros y en sus discursos. Estos ilustres doctores y grandes santos hablaron así, ya porque veían que la fe se apagaba y las calamidades de sus siglos aumentaban cada día en proporciones cada vez más espantosas, ya porque estaban sobrecogidos por el temor del pensamiento de este gran día y querían inocular este temor saludable a los hombres extraviados para atraerlos al conocimiento de Dios y a la práctica del bien. Sin embargo, no puede decirse que ellos estuvieran apartados de la verdad; ellos hablaron como hablan las Escrituras, que insisten en esta verdad fundamental y no cesan de mostrarnos como algo inminente la perspectiva de la llegada del Juicio divino: *Prope est iam Dominus* [El Señor ya está cerca].

En esto, los Apóstoles y los escritores sagrados no nos han engañado, por la razón de que el tiempo no es nada para los que han franqueado los confines de la vida terrestre. Cualquier cantidad de siglos, dice el Espíritu Santo, no es más que un día que ha pasado, *tamquam dies hesterna quae preteriit* [como el día de ayer, que ya pasó]. De la misma manera que en el firmamento hay estrellas separadas por miríadas de leguas y que, por la distancia, parece que se confunden y no forman más que un solo punto cuando se las observa desde la tierra, así desde las alturas de la vida de Dios, en las que un día nos sumergiremos, el tiempo será como si no hubiera pasado. Un año, cien mil años, millones de años contemplados desde la eternidad, nos parecerán simples puntos. Los apreciaremos como espacios tan microscópicos, tan centesimales que, en cierto sentido, no habrá entre ellos ninguna diferencia que nuestro espíritu pueda apreciar.

En consecuencia, con toda verdad, se puede aplicar tanto a la resurrección general como a las resurrecciones particulares obradas por Jesucristo, esta frase del evangelista San Juan: Ha llegado la hora en la que los que están en los mausoleos y en las sepulturas escucharán la voz del Hijo de Dios: *Venit hora, et nunc est quando mortui audient vocem Filii Dei, et qui audierint vivent* [llega la hora, ya está aquí, en la que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios y los que la oigan vivirán][50].

Por lo demás, a la hora de la muerte se fijará irrevocablemente

nuestra suerte eterna y el juicio particular que debe seguirla determinará inmediatamente las condiciones en las que figuraremos en la asamblea de la justicia divina y el rango que se nos asigne.

A la vista del fin inevitable de los destinos humanos, las agitaciones de la política no son más que vano ruido. Las revoluciones, que destruyen los pueblos y hacen caer las repúblicas y los imperios son menos de lo que es, en el teatro, un cambio de escena o de decorado. Todas las empresas colosales y los trabajos maravillosos en los que el hombre ocupa su espíritu y que lleva hasta su término con grandes sacrificios y muchos esfuerzos peligrosos, se asemejan al humo, y son obras más frágiles que la tela tejida por la araña que a menudo no llega a durar ni un día.

Entonces no habrá otra distinción entre los hombres que la del mérito y la virtud. Todos los pensamientos vanos y ambiciosos habrán desaparecido. La política habrá cesado. La propia ciencia será destruida, *scientia destruetur* [se acabará la ciencia][51].

¡Dichosos los que hayan escuchado la palabra divina y la hayan guardado fielmente en su corazón![52] ¡Felices los que despierten de su sueño, habiendo caminado, según la recomendación del Apóstol, honestamente como se anda durante el día! ¡Bienaventurados los que, como las vírgenes prudentes, hayan rellenado cuidadosamente el aceite de su lámpara y hayan preparado su gavilla para el día esplendoroso y solemne de la siega!

Esos serán llamados los predestinados, ya que, como dice San Juan, sus nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero degollado, desde la creación del mundo[53]. ¡Qué este sea nuestro destino! ¡Así sea!

Notas:

1. Rm 8, 21-22

2. Parece que dio esta conferencia el último domingo después de Pentecostés, al que corresponde el pasaje del Evangelio Mt 24, 15-35 (Nota de Gaudete).

3. Pide la bendición al Sr. Arzobispo de de Chambéry, que estaba presente (NdG).

4. Realmente el condenado a dar vueltas, atado a una rueda que no se detiene nunca, es Ixión. La condena de Sísifo es subir una piedra redonda a una montaña, cuando llega a la cumbre la piedra rueda hasta la falda y debe volver a subirla, constantemente. En ambos casos la idea es la misma (NdG).

5. Hettinger, *Apologie du Cristianisme*, t. IV, cap. XVI.

6. Schelling, *Philosphie de la revelation*, t. II, p. 222.

7. Mt 24, 32-33.

8. 1 Mac 5, 2-4.

9. Mt 24, 8.

10. Lc 21, 25-27.

11. Mt 24, 8.

12. Mt 3, 1.

13. Za 14, 6-7.

14. San Agustin enseña que los ángeles conocen el número de los predestinados, pero de ello no se deduce que conozcan la duración del mundo, ya que no pueden saber en qué momento se completará el número de los predestinados. En otro lugar, corrige esta opinión diciendo que los ángeles no conocen, de forma absoluta, el número de los predestinados, sino sólo cuántos elegidos son necesarios para completar las filas que quedaron vacías tras la caída de los ángeles malos. Ahora bien, los hombres no son elevados a la santidad sólo para suplir a los ángeles caídos, sino de acuerdo con un plan y una intención anteriores a la caída, de lo que se deduce que los hombres salvados pueden ser más que los ángeles caídos (Suárez, t. XIX, p. 1022).

15. Hch 1, 7

16. 2 Ts 2, 3-4.

17. Rm 11, 14-17.

18. 2 Ts 2, 2-3.

19. Cornelio a Lápide, *Comment. in Matth.*, vol. xv, p. 564.

20. Describe la situación conocida en 1881 (NdG).

21. L'abbé Soulié, *La fin du Monde*, V. Palmé, 1872.

22. Lc 10, 2.

23. Ps 21, 28-29. Los Salmos (Ps), a partir del salmo 9 hasta el 147, en las ediciones modernas de la Biblia, tienen dos numeraciones, una de ellas entre paréntesis; los primeros y los últimos no tienen más que una numeración. La numeración primera corresponde al número que tiene el salmo en la Biblia Hebrea, la segunda, la que va entre paréntesis, es la que corresponde a la numeración de la Biblia Vulgata y la que sigue utilizando la Iglesia en la Liturgia. Esto puede constutir una fuente de errores. El autor utilizaba la numeración de la Vulgata, por lo que seguimos esa numeración. Los salmos, pues, son los indicados entre paréntesis, en las ediciones modernas de la Biblia (NdG).

24. Ps 71, 8-10.

25. Is 54, 2-3.

26. Is 54, 5.

27. El último párrafo se refiere a la pérdida del los Estados Pontificios, ocurrida 10 años antes (NdG).

28. *Viri Galilaei, quid statis aspicientes in coelum? Hic Jesus qui assumptus est a vo-*

bis in coelum, sic veniet, quemadmodum vidistis eum euntem in coelis [hombres de Galilea, ¿porqué estáis de pie mirando al cielo? Este Jesús que os ha sido llevado al cielo, volverá como le habéis visto subir] (Hch 1, 10-11).

29. *Modicum et jam non videbitis me: et iterum modicum et videbitis me: quia vado ad Patrem* [dentro de un poco ya no me veréis y un poco después me volveréis a ver, porque voy al Padre] (Jn 16, 16-17).

30. 2 P 3,10.

31. Dn 13, 9.

32. Mt 24, 37-39.

33. Mt 25, 6.

34. Dicha ciudad, floreciente en el siglo XIII, era la ciudad de San Andrés, situada a siete kilómetros de Chambéry. Era el centro del decanato eclesiástico de Saboya. Tenía un priorato y un capítulo, cuyo prior tenía jurisdicción sobre las parroquias del entorno. Entonces sucedió, en el condado de Saboya, que un consejero o abogado del conde, llamado Jacques Bonivard, consiguió, a fuerza de mentiras e intrigas, que el conde de Saboya y el Papa Inocencio IV le adjudicaran el priorato de San Andrés, que le fue entregado en encomienda. Invitó a sus amigos a la toma de posesión y les ofreció un gran banquete y, en medio de la noche, un peñasco de unos ochocientos metros de extensión se desprendió de pronto de una alta montaña llamada monte Granier y aplastó a Bonivard junto a sus amigos, al priorato y a quince o dieciséis lugares o caseríos vecinos, en el espacio de más de una legua. Los monjes del priorato, expulsados violentamente por Bonivard, fueron los únicos que se salvaron; se habían refugiado en la capilla de Notre Dame de Myans, actualmente santuario nacional de Saboya, que debe su celebridad a esta preservación milagrosa. Este enterramiento de cinco parroquias fue tan prodigioso y hundió tan profundamente la tierra que no quedó ningún rastro, sino tan sólo montículos que se levantan aquí y allá y pequeños lagos de agua viva tan profundos que, durante varios siglos, no se han podido sondear. (Para más detalles puede verse el libro de M. Trepier, *Histoire du décanat de Savoie*).

35. La cita literal dice: *et his, qui in carcere erant, spiritibus adveniens praedicavit, qui increduli fuerant aliquando, quando exspectabat Dei patientia in diebus Noe*, (y fue a predicar a los espíritus que estaban el la cárcel, que en otro tiempo habían sido incrédulos, cuando los esperaba la paciencia de Dios, en los días de Noé). Traduce *cárcel* por *limbo*; el Credo dice *descendió a los infiernos*. *Cárcel*, *limbo* e *infierno* se refieren a la misma realidad, completamente distinta del infierno de los condenados (NdG).

36. Mt 24, 17-19 y 27.

37. El libro de Henoch, aunque apócrifo, parece que contiene las principales creencias que circulaban por Judea en tiempo de Jesucristo. Dice que cuando los hombres colmen la medida de sus iniquidades contra Dios y contra Israel, entonces vendrá el gran cataclismo, del que el diluvio no fue más que el preludio, la advertencia. Esta vez, la justicia divina llegará hasta el final; el mal será vencido para siempre; la tierra será purificada por el fuego, no por el agua. Bajo unos cielos nuevos y sobre una tierra nueva, comenzará el reinado sin fin de los elegidos, reinado de justicia, de fidelidad y de paz, verdadero reinado de Dios, en el que Israel será el pueblo real.

38. Una hoguera fúnebre común –dice Lucano–, le queda aún al mundo. En ella se mezclarán los huesos de los hombres con los restos de las estrellas. *Communis mun-*

do superest rogus, ossibus astra mixturus (Farsalia, XXIII). Ovidio representa a Júpiter a punto de fulminar a la tierra y parándose de repente, porque, dice: "Le vienen a la memoria los juicios del destino, recuerda que un día el mar, la tierra y hasta el propio palacio del cielo, atrapados por las llamas, se abrasarán y la máquina del mundo, fabricada con tanto arte, se descompondrá".

Ecce quoque in fatis reminiscitur adfore tempus
Quo mare, quo tellus, corruptaque regia coeli
Ardeat, et mundi moles operosa laboret.

[Y he aquí que recuerda que, según los oráculos, llegará un momento en el que el mar, la tierra y los palacios del cielo arruinados arderán y la suntuosa máquina del mundo se desajustará] (Metamorfosis. I, 350).

(Sobre esta tradición y sus diversas citas, ver el trabajo de Bouniol. *Études religieuses*, número de nov. 1879)

39. Esta combustión del mundo es un hecho que ya ha comenzado y ha sido observado por los astrónomos. El P. Secchi habla de una estrella que en doce días disminuyó del segundo al sexto grado. Se estudió su espectro. En sus líneas, muy brillantes, se podía constatar que pasaba por todas las fases de la incandescencia y era presa de un gran incendio. La misma observación se hizo sobre otras estrellas que en pocos días se apagaron y desaparecieron completamente.

40. Gn 1, 2.

41. Los astrónomos más sabios de nuestro siglo, Janssen, Secchi, Angstraem, han establecido, después de estudios y observaciones incontestables, descomponiendo la luz estelar, la existencia de aguas superiores en las regiones del firmamento, es decir, alrededor del sol, en los planetas y hasta en las estrellas más lejanas. El 12 de Mayo de 1869, Janssen escribía desde el Himalaya a la Academia de las ciencias de París: "Ciertas conjeturas teóricas me llevaron a estudiar si la luz espectral de algunas estrellas no presentaría las características ópticas del vapor de agua. Los hechos han verificado mis previsiones; hoy ya no se puede poner en duda que un gran número de estrellas están envueltas en una atmósfera acuosa. El mismo sol presenta manchas y arrugas que son debidas al vapor de agua". Esas son las aguas superiores de las que habla la Biblia. Así pues, la ciencia verdadera ha desconcertado a la ciencia hostil e incrédula que se burlaba de Moisés e impugnaba erróneamente nuestros Libros Sagrados.

42. Gn 1, 7.

43. Ps 32, 64

44. Ps 96, 3 y 5

45. Según los textos del Evangelio que nos dicen claramente que las virtudes de los cielos serán sacudidas: *Virtutes Dei commovebuntur*; que caerán las estrellas del Cielo, hay que admitir que no sólo la Tierra, sino las estrellas y al menos todo nuestro sistema planetario serán disueltos, desorganizados e incendiados. El astrónomo Lagrange, en su tratado de mecánica celeste y en su teoría de las variaciones de los planetas y el desplazamiento del eje de su órbita, concluye que nuestro sistema planetario está a salvo de todo colapso y que está constituido de tal manera que podría durar miles de millones de siglos. No cabe duda de que la teoría de Lagrange es muy ingeniosa y muy bella, pero se basa en la hipótesis de que ninguna causa ajena e imprevista cambiará el orden actual y desmentirá sus rigurosos cálculos científicos. Sin embargo, quien ha

creado los cielos y ha dirigido sus movimientos con una armonía y un orden tan perfectos y admirables, podría deshacer su obra en un instante, sin necesidad de milagro alguno. Mediante una causa secreta, desconocida para el hombre, podría producirse en los movimientos celestes un cambio, una alteración completa que neutralizara y suspendiera, en los planetas y en las órbitas de sus satélites, las fuerzas y las leyes de la gravedad que nuestros sabios creen invariables y eternas. Sabemos que estas cosas sucederán porque la Verdad Eterna nos ha predicho formalmente que en el fin de los tiempos tendrá lugar la ruina y la desorganización de los cielos. Y esta ruina es segura porque está escrito: *Caeli et terra transibunt, verba autem mea non praeteribunt* [los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán]. Como dicen los italianos: *Sillaba di Dio non si cancella* [de Dios no deja de cumplirse ni una sílaba]. Así, el fin del mundo será un hecho sobrenatural porque, en cuanto al momento, depende exclusivamente de la voluntad de Dios, pero en cuanto al modo será un hecho del orden natural, porque Dios para ponerla en marcha se servirá de causas segundas y naturales.

46. El libro fue publicado en 1881 (NdG).

47. *Quoniam mille anni ante oculos tuos tamquam dies hesterna, quae praeteriit* [porque, ante tus ojos, mil años son como el día de ayer, que ya pasó] (Ps 89, 4).

48. Mns. Gaume, *Où allons-nous?*, nºXVII.

49. San Jerónimo. *Carta a Ageruchia, sobre la monogamia.*

50. Jn 5, 25.

51. 1Co 13, 8.

52. Lc 11, 28.

53. E*st scriptum nomen in libro vitae Agni, qui occisus est, ab origine mundi*" [su nombre está escrito en el libro de la vida del Cordero, desde el principio del mundo] (Ap. 13,8) (NdG).

Segunda conferencia

La persecución del Anticristo y la conversión de los Judíos

Et tunc revelabitur ille iniquus, quem Dominus Jesus interficiet spiritu oris sui, et destruet illustratione adventus sui.

Entonces se manifestará el Impío, a quien el Señor Jesús destruirá con el soplo de su boca y aniquilará con la manifestación de Su Venida. (2 Ts 2, 8).

El mundo tendrá fin. Se trata de una verdad que hemos establecido y que se demuestra igualmente por la fe y por la razón.

El fin del mundo y la última venida del Hijo de Dios, que la seguirá, llegarán de improviso, con la rapidez del rayo que surca el cielo de oriente a occidente.

Pero la fecha precisa de ese día es un secreto guardado en las profundidades de los consejos divinos. No sabemos ni el día ni la hora y Jesucristo, embajador de la Divinidad sobre la tierra, nos dice que ha recibido la orden formal de no divulgarlo.

Así pues, todas las opiniones que algunos personajes doctos y píos han podido emitir sobre esta cuestión en distintas épocas no son sino opiniones personales y privadas, afirmaciones basadas en conjeturas cuyo error y vaciedad han sido, más de una vez, puestas en evidencia por los hechos.

San Cipriano y Tertuliano, considerando la rabia de los perse-

guidores y la violencia de la guerra de exterminio llevada a cabo a ultranza contra los cristianos, señalaban estas calamidades y todos esos horrores como anuncios de la proximidad del juicio final.

San Juan Crisóstomo decía: "El fin del mundo no está lejos, los temblores de tierra, el enfriamiento de la caridad son como los heraldos y precursores de este terrible acontecimiento".

Nadie ignora que en la época de la caída del imperio romano y de la disolución social que acompañó a ese gran cataclismo, y más tarde, al comienzo del año mil de la era cristiana, los pueblos creían tocar los tiempos predichos y les parecía ver el preludio de la destrucción final en los desastres públicos y en el colapso de las instituciones.

Ya en tiempos de San Pablo, los mismos terrores se habían adueñado de los espíritus. Iluminados y falsos cristianos interpretaban en un sentido tosco y literal las palabras del evangelio de San Mateo. Persuadidos de que la ruina del mundo seguiría de cerca a la ruina de Jerusalén, se entregaban a predicciones desordenadas y excesivas que les llenaban la imaginación de espanto. A la espera de la catástrofe que les iba a azotar, alejaban a los hombres de sus deberes religiosos y civiles, les invitaban a no casarse, a no luchar, a dedicarse a una inactividad enajenante.

I

San Pablo creyó que debía desengañar a esas almas seducidas y extraviadas y les dijo:

> Os ruego hermanos míos, que ninguno de vosotros se deje engañar de ninguna manera como si el día del Señor estuviera a punto de llegar. Ya que el Hijo de Dios no descenderá por segunda vez antes de que hayamos visto aparecer al hombre de pecado, al hijo de perdición, que se declarará como el adversario, elevándose sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, hasta sentarse en el santuario de Dios, exhibiéndose allí como si él fuera Dios...[1]

He aquí un hecho preciso, enunciado por el Espíritu Santo y anunciado claramente por San Pablo con el fin de disipar los temores a los que se abandonaban algunos espíritus y para ayudar a los cristianos fieles a mantenerse en guardia contra los falsos sistemas y las predicciones inciertas y aventuradas.

Pero lo que se desprende del pasaje que acabamos de citar, lo cierto e innegable, es que antes del fin del mundo aparecerá sobre la tierra un hombre terriblemente perverso, investido de un poder en cierto modo sobrehumano que, atacando a Jesucristo, emprenderá contra Él una guerra impía e insensata. Por el temor que inspirará ese hombre, y sobre todo por su doblez y su capacidad seductora, conseguirá conquistar la casi totalidad del universo, erigirá altares para sí mismo y forzará a todos los pueblos a adorarlo.

Este hombre misterioso, excepcional por su maldad, ¿será de nuestra raza? ¿serán humanos los rasgos de su rostro? ¿correrá sangre como la nuestra en las venas de ese corifeo del error y de la corrupción? O bien, como han afirmado algunos, ¿será una encarnación de Satán, un demonio salido del infierno travestido de forma humana? O, como han sostenido otros doctores, ¿no será este ser impío sino un mito, un personaje alegórico, en el que las Sagradas Escrituras y los Padres han querido englobar a todos los tiranos y perseguidores, en una visión de conjunto; poner de relieve la imagen colectiva de todos los impíos y de todos los herejes que han combatido contra Dios y su Iglesia desde el origen de los tiempos?

Estas interpretaciones dispares no pueden conciliarse con el texto positivo y preciso de los Libros Sagrados. La casi totalidad de los Doctores y de los Padres, San Agustín, San Jerónimo, Santo Tomás, afirman claramente que este terrorífico malhechor, ese coloso de la impiedad y de la depravación será un ser humano. El sabio Bellarmino demuestra que no es posible dar otro significado a las palabras de San Pablo y a las de Daniel, capítulo XI, versículos 36 y 37[2]. San Pablo habla de ese gran adversario de forma sustantiva, llamándole hombre: "el hombre de pecado, el hijo de la perdición[3]". Daniel nos enseña que atacará todo lo que es respetable y sagrado, que se levantará con audacia contra el Dios de los dioses y estimará en nada al Dios de sus padres: *Is Deum patrum suorum non reputabit* [éste no considerará en nada al Dios de sus padres]. El Apóstol añade que Jesucristo lo matará...Todos estos rasgos y características evidentemente no pueden aplicarse a un ser ideal y abstracto; no corresponden más que a un individuo de carne y hueso, a un personaje real y determinado.

Los Padres y los Doctores se dedicaron a investigar los orígenes del Anticristo, a descubrir de qué padres nacerá y cuál será su raza.

Todos se inclinan por la opinión de que nacerá de padres judíos y la mayoría afirma que pertenecerá a la tribu de Dan. Es la interpretación que dan al siguiente pasaje del Génesis, cap. XLIX: "Sea Dan una culebra en el camino, una víbora en el sendero"[4]; y a este otro de Jeremías, cap. VIII: "Desde Dan se deja oír el resuello de los caballos"[5]. Suponen que San Juan, en su Apocalipsis, omitió la mención a la tribu de Dan por aversión al Anticristo, pero todas estas suposiciones son inciertas. Lo que parece claro es que el Anticristo saldrá de la raza judía. San Ambrosio, en sus comentarios sobre la Epístola a los Tesalonicenses, dice que será un circuncidado. Sulpicio Severo, en el segundo libro de sus *Diálogos*, dice que obligará a circuncidarse a todos sus súbditos.

Por lo demás, todos concuerdan en decir que, al inicio de su reinado, conseguirá, por sus engaños y sus encantos, hacer creer a los judíos que él es el Mesías que siempre esperan, y que ellos, en su ceguera, lo recibirán y lo honrarán como tal. Ésta es la interpretación que Suárez y la generalidad de los comentaristas dan a estas palabras de Nuestro Señor Jesucristo recogidas en San Juan, cap. V, v. 43: "Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viene en su propio nombre a ése le recibiréis[6]". Hay que dar el mismo sentido a estas palabras de san Pablo a los Tesalonicenses: "Porque no quisieron recibir a la verdad que les hubiera salvado, Dios les enviará un poder seductor, de manera que crean en la mentira[7]". Y es que, ¿sería verosímil que los judíos aclamaran como Mesías a un hombre que no fuera de su raza y no hubiera sido circuncidado? Por tanto, el Anticristo será judío. ¿Nacerá fruto de una unión ilegítima? El teólogo Suárez nos dice que esto es incierto. Pero de cualquier forma, podría presumirse que un hombre tan profundamente perverso, tan opuesto a Cristo en su vida y costumbres, tuviera un origen deshonroso. Así como Jesucristo tuvo por madre a la Virgen inmaculada, así también se puede concluir por analogía e inducción, que su adversario declarado nacerá de una unión impura y que será el fruto de una mujer impúdica. "Será un hijo de fornicación", dice San Juan Damasceno "y su nacimiento estará impregnado del aliento y del espíritu de Satán"[8].

Lo que podemos afirmar con seguridad de este hombre de iniquidad es que desde su más tierna infancia estará completamente poseído por el espíritu y el genio del demonio. El león del abismo que Dios, en los misterios de Su Justicia, desencadenará en los últimos

tiempos de la humanidad para castigar la infidelidad de los hombres, se identificará en cierto modo con él, le inoculará toda su maldad. Aunque, por supuesto, no le faltará la asistencia de su ángel de la guarda, ni el auxilio necesario de la gracia suficiente, que Dios concede en esta vida a todo hombre sin excepción[9]; pero su odio contra Dios será tan violento, su rechazo a toda obra buena será tan invencible, sus relaciones y contactos con el espíritu de las tinieblas serán tan estrechos y constantes que, desde la cuna hasta su último aliento, permanecerá rebelde a todas las invitaciones divinas y la gracia de lo alto no accederá nunca a su corazón.

Santo Tomás nos dice que su persona y sus obras serán la manifestación de las antípodas del hijo de Dios y que será una parodia de sus milagros y de sus obras.

Desde su origen, el espíritu del mal no ha perseguido más que un solo objetivo: usurpar el lugar del Todopoderoso y constituir aquí abajo un reino para resarcirse de la pérdida del reino del Cielo, del que lo excluyó su rebelión. Para conseguir su objetivo con mayor seguridad, tiene por costumbre, dice Tertuliano, el comportarse como el *mono de Dios*, de imitar todas sus obras.

Así pues, el adversario de los últimos tiempos no se contentará con erigirse como el enemigo personal y declarado de Jesucristo. Aspirará abiertamente a destronarlo, a suplantarlo en los homenajes y en la veneración de los hombres, a adjudicarse a sí mismo la adoración y la gloria que sólo se le deben al Creador. Dice Santo Tomás que afirmará ser el Ser supremo y eterno, y por dicho título se hará rendir honores y culto de *latría*[10]. Por ello tendrá sacerdotes, se hará ofrecer sacrificios, exigirá que se invoque su nombre en los juramentos y que los hombres lo utilicen para asegurar la fidelidad de los tratados: *Ita ut ostendens tanquam sit Deus* [mostrándose de la misma forma que si fuera Dios]. Y para ser más persuasivo, opondrá falsas revelaciones a las revelaciones divinas; a las ceremonias de culto divino, sus ritos impíos; a la Iglesia eterna fundada por Jesucristo, una sociedad abominable de la que será el jefe y el pontífice. Santo Tomás añade: "Y del mismo modo que la plenitud de la Divinidad habita corporalmente en el Verbo encarnado, así la plenitud de todo mal habitará en ese hombre horrible, cuya obra y misión no serán sino una copia al revés y una falsificación de la misión y de las obras de Jesucristo".

Por medio de él, Satán pondrá el sello a su impiedad. En ese tipo de ser vivo concentrará todos los proyectos siniestros que ha concebido contra los hombres, inspirados incesantemente por el odio ardiente e implacable que le anima contra Dios. Y en sus consejos secretos, el Señor del Cielo permitirá que ese tizón del Infierno triunfe durante un cierto tiempo.

Santo Tomás califica a este delegado de Satán llamándolo *caput omnium malorum* [jefe de todos los malvados]: príncipe e inspirador de todas las concupiscencias de la carne y de todos los extravíos del espíritu, hasta tal punto que los genios de la mentira y los artistas de la maldad, que se han sucedido a lo largo de los años parecen, al lado de este hombre, como pigmeos frente a un gigante[11]. Así, renovará las infamias de Nerón; estará animado por el odio y la violencia de Diocleciano, tendrá la astucia y la doblez de Juliano el Apóstata; intimidará y hará doblegarse a la tierra bajo su cetro como Mahoma; será docto, filósofo, orador hábil, eminente en las artes y ciencias industriales, dominará la burla y la risa como Voltaire. Por último, hará prodigios y se elevará por los aires como Simón el mago.

Si os preguntáis por qué la Providencia divina le permitirá ejercer semejante poder y seducción, el Apóstol San Pablo nos da la razón: "Porque los hombres no acogieron el amor a la verdad que les hubiera salvado. Como castigo, Dios les enviará un espíritu seductor que les hará creer en la mentira, para que sean condenados todos cuantos no creyeron en la verdad y prefirieron la iniquidad"[12]. Suárez dice que Dios permitirá el advenimiento del Anticristo, sobre todo para castigar la incredulidad de los Judíos. Éstos no quisieron adorar al Mesías verdadero, no se dejaron convencer por su doctrina y sus milagros y Dios permitirá para su castigo que se unan a un falso Mesías, que crean en sus impiedades y en su doctrina y que se conviertan en imitadores de su vida disoluta[13].

En esos momentos, el peligro para las almas será grande y el contagio será universal por el escándalo. No obstante, para que aquellos que se dejen sorprender no culpen de su desgracia sino a ellos mismos, el Espíritu Santo ha querido anticiparnos las principales fases de esta prueba terrible y decisiva, la última que soportará la humanidad.

En primer lugar, para revelarnos la violencia y la ferocidad del hombre de pecado, la habilidad con la que dirigirá la guerra que em-

prenderá contra los santos, el apóstol San Juan, en el capítulo XIII del Apocalipsis, nos lo describe como una bestia monstruosa que sobre la frente tiene diez cabezas, con diez diademas y encima de cada diadema escrito un nombre blasfemo[14]. Según dicen los intérpretes, estas diez cabezas con sus diez diademas representan a diez reyes dependientes de él, que serán sus lugartenientes y ejecutarán sus ardides y sus crueldades.

Además, San Juan nos dice que estará investido de una soberanía absoluta, que su poder se extenderá a todas las tribus, a todos los pueblos, a todos los hombres de cualquier nación y lengua[15].

Cuando consiga vencer a los santos, tras perseguirlos a ultranza, abrirá el camino a todas las licencias y no habrá libertad más que para el mal.

Por último, será versado en las ciencias ocultas y en el arte de la magia y, por la intermediación de los demonios, realizará obras maravillosas que los hombres seducidos considerarán verdaderos milagros[16].

El primero de estos milagros, citado por San Juan, será una resurrección aparente. En una de las guerras, en la que el Anticristo se mostrará como si fuera montado sobre un carro de luz y fuego, será golpeado mortalmente en la cabeza. Durante un tiempo se le verá sin vida y como muerto. Después, de pronto, se levantará y su herida se curará instantáneamente. Ante ese espectáculo, los hombres seducidos, los incrédulos y los espíritus importantes de dicha época que, como los de nuestros días, no teniendo ninguna fe en lo sobrenatural y en las verdades reveladas, rechazarán desdeñosamente los milagros como irremisiblemente condenados por la ciencia y la razón; esos hombres, añado yo, darán crédito a la impostura. Exclamarán con entusiasmo y admiración: "¿Quién es semejante a la bestia? ¿Quién podrá combatirla y vencerla?" (Ap 13, 3-4).

En segundo lugar, el hombre de pecado hará bajar fuego del cielo, para que crean que él es el señor de la naturaleza, el que regula las estaciones y que el cielo y los astros están bajo su dominio[17].

En tercer lugar, hará hablar a una estatua (Ap 13, 15); los demonios se servirán de un árbol o de una madera seca como de un instrumento, con ayuda del cual recitarán sus supercherías y sus falsos oráculos. Los muebles se moverán por sí solos, las montañas se desplazarán instantáneamente y multitudes de demonios transfigurados en ángeles de luz aparecerán en los aires.

Y entonces, por un incomprensible juicio de Dios, los librepensadores y los grandes escépticos de los últimos días se tomarán en serio estos juegos malabares y estas prestidigitaciones. Engañados por su presunción y su incredulidad, aprobarán, bajando la cabeza, todas las locuras de la nigromancia y de la adivinación, verificando ante la faz del mundo el oráculo de los Libros Sagrados: «Los que se apartan de la verdad, se adhieren al espíritu del error y a la doctrina de los demonios: *attendentes spiritibus erroris et doctrinis daemoniorum*»[18].

En fin, también está escrito, el orgullo del hombre de pecado no tendrá límites. Abrirá su boca lanzando blasfemias contra Dios, blasfemando contra su nombre, su tabernáculo y los santos que están en el Cielo. Se creerá en el derecho, dice Daniel, de cambiar los tiempos y las leyes, (*et putabit quod possit mutare tempora et leges*[19]); es decir, que abolirá las fiestas y el descanso dominical, modificará el orden de los meses, su duración y la división de las semanas, borrará del calendario los nombres cristianos para sustituirlos por el símbolo de los más viles animales. En una palabra, esta falsificación de Cristo será *atea*, en toda la fuerza expresiva de la palabra. Hará desaparecer la cruz, sustituirá, en todos los templos, el sacrificio cristiano por ritos abominables. Los púlpitos sagrados serán enmudecidos; la enseñanza y la educación serán laicas, obligatorias y, en ellas, Dios estará ausente. Jesucristo será desterrado de la cuna del niño, del altar donde se celebran los desposorios, de la cabecera de los moribundos. En toda la extensión de la tierra no se tolerará que se adore otro dios que al ungido de Satán.

Dios, en sus designios impenetrables, permitirá que los hombres soporten esta última y terrible prueba, para enseñarles cuán grande es el poder del demonio y cuán pequeñas son sus fuerzas; ha querido dárnoslo a conocer para que desde ahora nos preparemos a resistir recurriendo a Él mediante la oración y proveyéndonos de las armas espirituales de la caridad y de la fe. Por otra parte, el Anticristo está destinado a hacer resurgir y a manifestar con esplendor la fidelidad y la constancia de aquellos cuyos nombres están escritos en el Libro de la Vida, a los que todas sus violencias y sus artimañas unidas no conseguirán hacer vacilar.

Pero, en otro aspecto, es cierto que esta perseverancia formidable constituirá un principio de ruina y la espada de la gran división:

Ut revelentur ex multis cordibus cogitationes [para que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones][20].

Las apostasías serán numerosas y los actos de resistencia valiente pocos. Está escrito que las virtudes de los cielos serán sacudidas y que las estrellas caerán. En otras palabras, se verá a los dirigentes de los pueblos doblar la rodilla ante el ídolo reinante y, lo que es más desolador aún, entre los que enseñan la ciencia, los astros de la teología, las bocas de oro de la sagrada elocuencia, un gran número desertará de la verdad y se dejarán arrastrar por la corriente de depravación.

San Juan habla también de un signo extraño y misterioso que todos «pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos»[21] estarán obligados a llevar en la mano o en la frente; este signo será la señal de la apostasía, que testimoniará que todos los que lo llevan, sea por complacer a su maestro, sea para escapar de sus iras, han renegado del verdadero Cristo y se han enrolado bajo la bandera de su enemigo[22].

Los que lleven este signo de infamia gozarán en abundancia de las ventajas de la situación; tendrán los mejores sueldos, los empleos públicos, profusión de deleites sensuales y de todos los bienes deseables. Los que rehúsen este sello de abominación serán puestos fuera de la ley. Está escrito que «nadie podrá vender ni comprar si no lleva grabado el carácter, el nombre de la bestia o el número de su nombre». A todos los que no lleven esta marca se les prohibirá beber en la fuentes públicas, se les declarará indignos hasta de ver la luz y de respirar el aire puro de la atmósfera.

Habrá una gran desolación «tal que desde la creación del mundo hasta ese momento no la ha habido ni la habrá jamás»[23]. Los justos sufrirán la vergüenza pública; se les tratará de insensatos, de perturbadores del orden público; se les acusará de pisotear el honor y el patriotismo al rehusar aclamar al hombre como lo más grande que existe en el mundo, como el genio incomparable que hará elevarse a la civilización humana al apogeo de la perfección y del progreso. Si los justos no fueran asistidos por una especial ayuda, ni uno solo podría resistir la violencia de semejante tentación: *Ita ut in errorem inducantur (si fieri potest) etiam electi* [de forma que hasta los elegidos caerían en el error, si fuera posible][24].

En los días nefastos de la gran Revolución Francesa, quedaron

algunos asilos, lugares seguros a los se podían acoger los condenados y los proscritos. Los campos estaban sanos; había bosques impenetrables, caminos secretos y disuasorios. Pero en la época que pretendemos describir, la ciencia y los descubrimientos humanos habrán alcanzado su punto culminante, el globo terráqueo estará enlazado por una red de hilos telegráficos y de vías férreas. Todas las montañas estarán perforadas. Ya no habrá peñones, cavernas, islas ni desiertos, donde la libertad pueda conseguir un refugio. Incluso el hogar doméstico no será un lugar seguro: pues está dicho «que el hermano entregará a su hermano y el amigo denunciará a su amigo[25]».

No es habitual en los Libros Sagrados entrar en detalles tan precisos y minuciosos, cuando nos revelan el porvenir. Los profetas no hablan sino enigmáticamente y en resumen. Por regla general, se limitan a trazar las grandes líneas de los acontecimientos futuros. Pero en lo que concierne a la última lucha que librarán los santos, los profetas inspirados han aplicado la máxima: *mala praevisa minus feriunt* [los males previstos hieren menos] y no han omitido nada de lo que podía fortalecer a los justos durante estos días de prueba y de gran calamidad.

Así, nos dicen que en esta época el Oriente volverá a ser de nuevo el centro de la política y de los negocios humanos, que el impostor tendrá la manía y la rabia ciega de profanar los santos lugares, los que fueron el escenario de los trabajos y los sufrimientos del Hombre-Dios y asentará su realeza en Jerusalén. Pero, para consolarnos, nos dicen que Dios abreviará la duración de su poderío, que lo limitará a cuarenta y dos meses, tres años y medio, *menses quadraginta duos* [cuarenta y dos meses][26].

Sin duda que el número indicado por los Libros Sagrados no expresa la duración del tiempo que empleará el hombre de pecado para conquistar la tierra y conseguir su omnipotencia. No se puede suponer razonablemente que, a pesar de las fuerzas satánicas y sobrehumanas de las que estará investido, consiga ser el señor del mundo en un día. Es de pensar que no conseguirá la soberanía total sino progresivamente, que necesitará un espacio de tiempo más o menos largo para someter a los pueblos y enredar al universo entero en la red tenebrosa de sus astucias y de sus seducciones. Lo que nos muestran San Juan y Daniel es que su dominio sobre los hombres "de toda raza, tribu o lengua" subsistirá u*sque ad tempus, et tempora et dimidium*

temporis, es decir, un año, dos años más y la mitad de un año. Daniel, en el capítulo XII, nos dice: "Después del tiempo en el que haya cesado el sacrificio perpetuo y que sea sustituido por *la abominación de la desolación*, reinando en el lugar santo, transcurrirán mil doscientos sesenta días"[27]. De lo que se deduce que es a partir del momento en que Jesucristo cese de estar presente sobre nuestros altares y de ofrecerse como víctima a la justicia de su Padre como compensación de los crímenes de los hombres cuando se debe contar el día en el que el Anticristo haya obtenido el señorío universal: solamente entonces cesará de celebrase el sacrificio incruento del altar; pero hasta ese día y durante el tiempo que el Anticristo tarde en conseguir su realeza efectiva, se seguirá celebrando el santo sacrificio de la Misa.

Además, San Juan nos dice el nombre del Anticristo; pero ha juzgado útil decírnoslo en caracteres cifrados. Se sabe que en algunas lenguas las cifras se pueden traducir en caracteres alfabéticos y al revés: las letras se pueden convertir en cifras. San Juan, pues, nos dice que en una lengua, sin decirnos cuál, el nombre de la bestia se expresa con el número 666.

Los Padres y los doctores se han dedicado a buscar la clave de este número y a descubrir el nombre oculto bajo este número misterioso[28], pero sus investigaciones no han tenido éxito. Se puede imaginar una multitud de nombres distintos, cuyas letras, dependiendo de la posición, expresan el nombre indicado por San Juan. Hay que atenerse a la opinión de San Ireneo que dice que el Espíritu Santo nos ha propuesto el nombre del Anticristo bajo la fórmula de una cifra enigmática porque quiere que su verdadera significación quede oculta hasta el cumplimiento de la profecía, el día en el que será útil a los hombres conocer quién es el Anticristo. "Por tanto, dice San Juan, los que tienen inteligencia ya no se equivocarán y para reconocer a la bestia no tendrán más que contar el número de su nombre. *Qui habet intellectum computet numerum Bestiae* [el inteligente que calcule el número de la Bestia]"[29].

Pero Dios, dice San Pablo, es fiel; ha hecho un pacto y no permite que el hombre sea tentado más allá de sus fuerzas. En este caso la tentación excederá las condiciones y las leyes normales de la naturaleza humana. Es conforme a la misericordia de Dios que el remedio sea proporcionado a la naturaleza del mal. Por ello, el auxilio prome-

tido es el más sobrehumano, el más extraordinario, el más apartado de las normas de la historia y del ejercicio ordinario de la Providencia de todos los que el Cielo ha mandado a los hombres, exceptuada la Encarnación.

En el momento en el que la tempestad sea más violenta, momento en el que la Iglesia estará sin piloto, cuando el Sacrificio Incruento haya cesado en todos los lugares, cuando humanamente todo parezca sin esperanza, se verán, dice San Juan, aparecer dos testigos.

Estos dos testigos serán dos hombres extranjeros, aparecerán en un abrir y cerrar de ojos en el centro del mundo, sin que nadie pueda decir cuál es su alcurnia, cuál su origen, ni de qué lugar o de qué familia proceden.

Veamos lo que dice San Juan en el capítulo 11 del Apocalipsis:

"Yo les daré mi espíritu y mi fuerza a mis dos testigos y ellos profetizarán mil doscientos sesenta días, vestidos de saco. Éstos son dos olivos y dos candelabros en pie, en presencia del Señor de la tierra"[30].

No hay lengua que pueda expresar la estupefacción que sobrecogerá a los hombres, a la vista de estos dos hombres extraños a nuestras pasiones y a nuestros afanes, que han vivido el uno seis mil años, el otro treinta siglos, en no sé qué región etérea bajo el firmamento y sobre esferas inaccesibles a nuestros sentidos y a nuestro entendimiento. Ni uno ni otro de estos testigos son extraños a la familia humana. Uno de estos candelabros y de estos olivos es Henoc, el tatarabuelo de Noé, antepasado en línea directa de todo el género humano. El otro es el profeta Elías, el cual, como dijo el Salvador, está destinado a restaurar todas las cosas[31]. Volverá por segunda vez para reprimir la oleada de la impiedad, más impetuosa y más desbordada que en tiempos de Acab. Es, por tanto, la hora de la redención de Israel. El gran profeta va a convencer a los descendientes de Abrahán de la venida del Mesías, a quitarles la venda de ignorancia y tinieblas que, después de diecinueve siglos, sigue cegando sus ojos.

¿Cuál será la apariencia y la actitud de estos que vienen de otros tiempos? ¿Qué majestad antigua resplandecerá en su persona? ¿Qué acentos inspirados brotarán de sus labios? De esto no nos dice nada la Sagrada Escritura. Nos dice que profetizarán durante mil doscientos sesenta días, vestidos de sayal, llevando en sus vestiduras y sobre su rostro la imagen de la humildad y la penitencia. Según Daniel, la duración de la persecución del Anticristo será de mil doscientos no-

venta días. Por tanto, la predicación de Henoc y de Elías durará menos de treinta días[32]. De donde se deduce que aparecerán en el momento en que la persecución esté desencadenada con mayor violencia. ¿Cómo conseguirán, en un espacio de tiempo tan limitado, dar testimonio en todos los lugares habitados y recorrer toda la extensión de la tierra? Respondemos que no es necesario que visiten todas las ciudades; es suficiente que aparezcan en las principales, que hagan escuchar su predicación en las capitales y los grandes centros de población, donde el Anticristo esté presente y donde haya ejercido una fascinación más temible. Además, no es verosímil que Henoc y Elías estén siempre juntos, es más probable que prediquen por separado, a no ser que por un mandato de Dios, o por una inspiración de la Providencia, se reúnan, en un abrir y cerrar de ojos, para la batalla suprema.

Sin duda, al principio, los hombres incrédulos se negarán a admitir su identidad. Intentarán atraparlos, tratarlos como comediantes y falsos visionarios; la opinión les colmará de comentarios satíricos y de sus desdenes, los periódicos públicos se obstinarán en no mencionarlos y simularán que no los conocen. El perseguidor, espumando de rabia, intentará matarlos; pero mientras dure su misión estarán protegidos por una fuerza superior; así lo dice San Juan, en el capítulo 11, versículos 5-6:

> Y cuando alguien pretenda hacerles mal, saldrá fuego de su boca que devorará a sus enemigos y si alguien les ofende será herido de muerte. Estos hombres tendrán la misión de cerrar el cielo, para que no llueva durante toda la duración de su misión profética, tendrán el poder de convertir las aguas en sangre y de castigar a la tierra con todo tipo de plagas, cuantas veces lo quieran.

El Evangelio no precisa tanto los éxitos y la eficacia de estos dos grandes testigos; pero se puede atisbar que ellos desengañarán a una multitud de hombres seducidos y que atraerán a la mayor parte de los que por miedo o por ambición se hayan apartado del culto del verdadero Dios. Es necesario que su predicación tenga un poder que ninguna otra palabra, salvo la del Evangelio, ha tenido jamás, ya que vencerá la obstinación de los judíos, los cuales, cediendo al esplendor de los prodigios y a la evidencia de las pruebas, volverán bajo el cayado del Pastor de pastores, para formar con los cristianos un solo rebaño y un solo redil[33].

Sin embargo, Dios no concede sus gracias sino con medida. Cuando se haya hecho la luz, cuando los hombres hayan conseguido plenamente la capacidad de discernir la verdad del error, entonces Dios, en su sabiduría suspenderá el milagro... Ésta es una ley constante de la Providencia. Se realizó antaño respecto a Sansón; una vez humillados y derrotados los Filisteos, Dios le retira su espíritu y la fuerza prodigiosa que le había otorgado. Respecto a Juana de Arco, el Cielo procede de igual manera; una vez cumplida su misión, una vez derrotados los ingleses y repuesta la corona sobre la frente de Carlos VII, su genio y su habilidad guerrera parecieron eclipsarse; fue hecha cautiva y volvió a las condiciones comunes de la vida humana. Así sucederá con Henoc y Elías. Por otra parte, el prolongar los milagros no tendría otro efecto que el de seguir endureciendo a los obstinados que hayan rehusado prestar un oído y un corazón dóciles a su palabra. En fin, los dos testigos, aunque su edad actual sea, en uno seis mil, en el otro tres mil, no están muertos y es importante que sellen su testimonio con la efusión de su sangre y que soporten la ley de la naturaleza humana, de la que ni el mismo Cristo se quiso librar.

He aquí lo que sucederá, según San Juan (cap 11):

> Y cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo les hará la guerra y los matará.
> Y sus cuerpos yacerán en las plazas de la gran ciudad, llamada espiritualmente Sodoma, allí donde también fue crucificado su Señor.
> Los hombres, las tribus y los pueblos los verán durante tres días y medio y no permitirán sepultar sus cadáveres.
> Los habitantes de la tierra se alegrarán con su suerte, celebrarán fiestas, se intercambiarán presentes los unos con los otros, porque estos dos profetas atormentaron a los habitantes de la tierra.
> Pero, después de tres días y medio, el aliento de la vida, procedente de Dios, entrará en ellos. Ellos se pondrán de pie y un gran espanto se apoderará de los que los estén contemplando.
> A esta misma hora sucederá un gran temblor de tierra y la décima parte de ciudad se derrumbará; siete mil personas perecerán en el terremoto, y el resto, sobrecogidos de espanto, darán gloria al verdadero Dios.

San Juan no nos indica cuál será la suerte del Anticristo, pero San Pablo nos enseña "que el Señor Jesús lo aniquilará con el aliento de su boca y con el esplendor de su venida"[34]. Muchos han concluido de este pasaje que Jesucristo descenderá en persona para derro-

tar a su gran adversario y que este día será aquel en el que aparezca con su gloria y su majestad. Pero esta interpretación es poco exacta. Santo Tomás y San Juan Crisóstomo explican estas palabras: *quem Dominus Jesus destruet illustratione adventus sui* [al que el Señor Jesús destruirá con el anuncio de su venida], en el sentido de que Jesucristo sorprenderá al Anticristo con un esplendor deslumbrante que será como un presagio o un signo de su segunda venida. San Pablo no nos dice que Jesucristo lo aniquilará con sus propias manos, sino con su soplo, *spiritu oris sui* [con el aliento de su boca], es decir, como explica Santo Tomás, en virtud de su poder, por el efecto de su poder, ya sea como quieren algunos, que se sirva del Arcángel San Miguel como ejecutor, ya sea que haga intervenir otro agente visible o invisible, espiritual o inanimado[35]. Lo que es cierto es que en un instante, Satán será expulsado a las tinieblas del abismo, el reino del malvado será destruido totalmente y su poder, que aspiraba a elevarse hasta las estrellas, se desvanecerá como una nube de humo.

¿La resurrección de los cuerpos y el juicio final seguirán inmediatamente a este gran acontecimiento? La Sagrada Escritura nada dice sobre este punto y la Iglesia tampoco ha definido nada. De entre los intérpretes de los Libros Sagrados, unos lo afirman, otros lo niegan. Suárez expresa la opinión de que después de la muerte del Anticristo, el mundo no existirá más de cuarenta y cinco días. Funda su opinión en la profecía de Daniel que, después de haber dicho que la persecución del hombre de pecado durará mil doscientos noventa días, añade estas palabras: *Beatus, qui exspectat et pervenit usque ad dies mille trecentos triginta quinque* [dichoso el que mantenga la esperanza y llegue hasta el día mil trescientos treinta y cinco][36].

Pero esta opinión no parece la más segura. El parecer más acreditado y que da la impresión de ser el más conforme con las Sagradas Escrituras es que después de la caída del Anticristo la Iglesia Católica entrará en una era de prosperidad y de triunfo. En efecto, San Pablo, el Apóstol inspirado, el que de todos los hijos de Israel ha visto más claro el futuro y los destinos de su pueblo, no parece afirmar claramente esta doctrina, retrasando los efectos de la gracia y de la bendición concedidos para la conversión de los Judíos, que según la profecía de Malaquías[37], no serán devueltos a la verdad sino por la iluminación de la predicación de Henoc y Elías. Poseído por un santo delirio escribe:

Si la caída de los Judíos, dando ocasión a la conversión de los gentiles, fue fuerza para la Iglesia y riqueza para el mundo, su resurrección ¡cuánto la enriquecerá ante el mundo! y si su ruina se convirtió en salud para la humanidad, ¡qué será su vuelta sino una resurrección de la muerte a la vida para el mundo![38].

Son palabras precisas y no parece que den lugar a ninguna duda. Concuerdan con las de San Juan (Apocalipsis, cap. 15, ver. 2-3): "Y vi, dice, a los que habían vencido a la bestia y a su imagen; cantaban el cántico de Moisés y el cántico del Cordero." En otras palabras, los cristianos y el "resto"[39] de los Judíos tienen un mismo espíritu, una misma fe, dirigen al Hijo de Dios las mismas alabanzas y las mismas bendiciones, y proclaman su gloria unidos, diciéndole: "¡Tus obras son grandes y admirables , oh Señor todopoderoso! ¡Oh rey de los siglos, tus caminos son justos y verdaderos![40]"

¿Puede creerse, en efecto, que el día en el que todos los pueblos se unifiquen en esta concordia, tan largo tiempo deseada, será aquel en el que los cielos pasen con estrépito? ¿Que la época en la que la Iglesia militante va a alcanzar su plenitud coincidirá con el día de la catástrofe final? ¿Jesucristo habría hecho renacer a la Iglesia con todo el lustre y brillo de su hermosura sólo para secar inmediatamente las fuentes de su juventud y de su inagotable fecundidad?

Pero aunque es posible admitir que después del Anticristo el fin del mundo se aplace todavía unos cuantos siglos, no es posible decir otro tanto de la crisis suprema que debe ocasionar la realización de la gran unidad. Pues, por poco que se estudien los signos del tiempo actual, los síntomas amenazantes de nuestro estado político y de nuestras revoluciones, la marcha ascendente de la impiedad que va pareja con el progreso de la civilización y de los descubrimientos en el orden material, no se puede evitar prever la proximidad de la llegada del hombre de pecado y de los días de desolación que Jesucristo nos predijo[41].

II

Las sagradas Escrituras nos indican tres rasgos principales que marcarán la dominación del Anticristo. En primer lugar, será emperador y señor absoluto del universo. En segundo lugar, tendrá por ca-

pital a Jerusalén. En tercer lugar, será no menos hábil que violento, y la guerra que librará contra los santos se llevará a cabo sobre todo mediante la astucia y la seducción.

Primero, el Anticristo será el señor del mundo.

Es patente que en el momento presente todos los acontecimientos que se desatan tienen por efecto la preparación del medio social donde ejercerá su dominio el hombre de pecado.

Por una parte, las vías férreas han reducido las barreras y acortado todas las distancias. El telégrafo le permite a un déspota transmitir sus órdenes de un extremo al otro del universo con la rapidez del pensamiento. Por la otra parte, los pueblos de las diversas razas se fusionan. El ruso y el americano, el japonés y el chino se juntan en los mismos navíos, se codean y se cruzan en las grandes ciudades, en los mercados públicos de Europa, California, África ecuatorial.

Los pueblos retrasados de la India adoptan nuestros inventos, funden cañones rayados y se ponen a construir navíos blindados y arsenales. China, ese vasto imperio donde la población pulula, donde los mares y los ríos engullen a diario un excedente humano enorme y que ese sol tan rico y fecundo no logra alimentar, China tiene sus mecánicos, sus ingenieros, se ha iniciado en nuestra estrategia y en nuestros progresos industriales. Nuestras últimas guerras han demostrado que en el momento actual el éxito de las batallas no reside principalmente en las masas, sino en los ejércitos, ¿cómo es que en las arenas políticas, es la mayoría, ley mecánica y brutal, la que decide el éxito y consigue la victoria?

Se puede presentir la hora, no muy lejana, en la que estos millones de bárbaros, que pueblan el oriente y el norte de Asia se proveerán de más soldados, de más municiones, de más armas de guerra que todos los otros pueblos; se puede prever que un día cuando hayan adquirido plena conciencia de su número y de sus fuerzas, se precipitarán en hordas innumerables sobre nuestra Europa, afeminada y abandonada por Dios[42]. Serán invasiones todavía más terribles que las de los vándalos y los hunos... Las provincias serán saqueadas, los derechos violados, las naciones pequeñas destruidas y trituradas como la ceniza. Después, se producirá una gran aglomeración de todos los habitantes de la tierra, bajo el cetro de un jefe único, que será o el Anticristo o uno de sus inmediatos predecesores. Aquel día se hará el duelo de la libertad humana.

La unidad de todos los pueblos quedará finalmente constituida sobre los despojos de las naciones abolidas. Y entonces se fundará el imperio del mal. La Providencia divina flagelará al mundo sometiéndolo en cuerpo y alma a un señor, corifeo supremo de las logias masónicas, que no tendrá en el corazón más que odio a los hombres y desprecio a Dios.

Así, cualquier observador, atento al curso de los acontecimientos actuales, no puede impedir llegar a la convicción de que todo se está preparando para alumbrar un estado social donde el hombre de pecado, que condensa en su persona todas las depravaciones y las falsas doctrinas de su época, surja espontáneamente y sin ningún esfuerzo, como la tenia o el parásito son engendrados naturalmente por la carne o los órganos gangrenados.

Pero lo que parece incomprensible y que, a primera vista, no parece haber signo alguno que lo presagie, es que la capital de su imperio vaya a ser Jerusalén.

Pues bien, es fácil comprender que si alguna vez se inaugura en el mundo la civilización materialista y atea, cuya próxima llegada no cesan de predecirnos el libre pensamiento y la prensa antirreligiosa, su centro de acción y el foco de su poder público será Jerusalén.

En efecto, cuando la fe cristiana haya acabado de extinguirse en los corazones, cuando el placer y el bienestar se hayan convertido en los dioses del momento y en la preocupación exclusiva de las almas, entonces la humanidad no tendrá más que un solo objetivo: el poder del Estado; un solo resorte y un único estímulo: la opinión pública; un hálito y un motor, y este estímulo, este nervio, este motor será el oro. El oro primará sobre la religión y la moral, se convertirá en el fundamento de la política y la piedra angular de todas las instituciones; los financieros serán los pontífices y los reyes. Y la gente que tenga más oro será la que más nos va a dominar próximamente.

Pues, he aquí que, después de cincuenta siglos de existencia y diecinueve de desgracias, un pueblo se encuentra por todas partes, está esparcido bajo todos los cielos, se halla en los parajes más lejanos, está mezclado con toda la familia humana, siempre en pie, siempre a la espera de su Mesías, soñando en la reconstrucción de su templo y a pesar de todos los cambios y de todas las sacudidas, inquebrantable en su homogeneidad y en la persecución de su objetivo.

Este pueblo, en honor a la justicia, es activo, sobrio, laborioso;

si nosotros hablamos de él es de una forma abstracta, exclusivamente desde el punto de vista de su destino y de su papel histórico y providencial. Sentiría que mis palabras pudieran parecer un ultraje contra este pueblo de gloriosos antepasados, que dio al mundo a Cristo, a los Apóstoles, a la Virgen Inmaculada.

Los cristianos y los hijos de Israel estamos más cercanos los unos de los otros que lo que nosotros pensamos. Como dijo un célebre orador: el cristianismo es un judaísmo coronado, el judaísmo es un cristianismo al que le falta la corona.

Sin embargo, los hechos están ahí y al filósofo cristiano le es imposible silenciarlos o disimularlos.

No hacía todavía un siglo de la emancipación de este pueblo y, como un torrente que ha roto todos los diques, estaba ya a la cabeza de todos los sucesos humanos. Nacido ayer a la vida civil y política, domina por todas las partes y sin él nada se puede hacer en el mundo. Él paga y tiene a su servicio todas las agencias de publicidad y los principales periódicos. Es el acreedor de los grandes Estados de Europa. Le pertenecen los ferrocarriles, los grandes inventos, los bancos, los teatros; está a la cabeza del gran movimiento socialista que conmueve a Rusia, Alemania, Francia...; reina sobre los principados danubianos, lleva la voz cantante en los altos consejos de la francmasonería y dirige su desarrollo y sus proyectos[43].

En el momento en el que escribo estas líneas, lo que se llama la *cuestión antisemita* se ha convertido en un temible problema y agita profundamente a Alemania y al centro de Europa; se trata del progreso y la influencia siempre crecientes del judaísmo, que constituye, en el momento actual, una amenaza para la civilización, para la seguridad y para la existencia de los pueblos cristianos. Esta cuestión preocupa gravemente a políticos y a hombres de Estado; pero, como se empecinan en no dejarse ilustrar por la luz del catolicismo, de la religión revelada, se encuentran impotentes para encontrar la verdadera solución.

Por no hablar más que de Prusia, una estadística reciente indica que los centros de segunda enseñanza y las escuelas superiores de este imperio cuentan con 87.949 alumnos protestantes; 20.147 alumnos católicos; 12.371 israelitas. Teniendo en cuenta la cifra proporcional a la población, los alumnos protestantes deberían ser 79.000; los católicos 40.000 y los Israelitas 1.800. Esta desproporción ofre-

ce materia para serias reflexiones. Sobre 1.200 estudiantes de derecho que tiene la Universidad de Berlín, 600 son israelitas. Y solamente hace seis años que se abrieron para los judíos las puertas de la magistratura y de las carreras administrativas. Si continúa esta progresión, es seguro que en un espacio de tiempo de veinticinco años, las tres cuartas partes de los empleos públicos serán ocupadas en Alemania por los judíos; es un hecho que actualmente ya dominan las finanzas y la prensa y que se comportan como si formaran un Estado dentro del Estado.

En realidad el judaísmo es una doctrina y una fe confesional injertadas en una nacionalidad y una raza. Todos los otros pueblos, franceses, italianos, alemanes, españoles, si viven durante un cierto tiempo sometidos a un gobierno, bajo un mismo régimen, regidos por las mismas leyes y las mismas instituciones, no tardan en fusionarse, en unir sus intereses, en mezclar sus sangres, y en tener las mismas aspiraciones y el mismo espíritu patriótico. Pero el judío no es integrable; está acampado en medio de los otros pueblos en situación de *alquiler*, como ha dicho un escritor célebre, o mejor: se considera, en medio de las otras naciones, como un exiliado, como un cautivo. En lugar de una patria *real*, no tiene más que una patria *ideal*, Palestina. Jerusalén es la única ciudad estable por la que él suspira. En sus discursos, en sus escritos, en cada página de sus diarios y de sus revistas, deja que se manifieste la esperanza de la que no cesa de alimentarse, la de reconstruir un nuevo reino judío bien en Jerusalén, bien en los alrededores. No son pues la nacionalidad ni la sangre las que impiden que el judío se fusione ni las que lo ponen en hostilidad abierta contra los otros pueblos, sino la religión: no la religión mosaica que abandonó y no conoce más que de nombre, sino su religión *talmúdica y rabínica*, mezcla de absurdos y de fábulas incoherentes, que no descansan sobre la base evangélica del amor al prójimo, sino sobre la obligación de dedicar un odio profundo a todo lo que no ha nacido de su sangre. Así, una máxima admitida y elevada por Israel a la categoría de doctrina y de símbolo revelado es que cuando a un judío le resulte de interés tiene la obligación de fingir una conversión y de tomar parte exterior en los actos y las prácticas de una religión distinta de la suya. Así, está constatado que en el momento actual, hay en Alemania judíos que se hacen bautizar y abrazan el cristianismo para adquirir tierras, para conseguir títulos de nobleza, para llegar más cómodamente a los empleos públicos y que emplean útil-

mente sus ventajas para enriquecer a las sinagogas y empobrecer a las gentes en medio de las que viven[44].

El liberalismo moderno, con su vano sentimentalismo y sus falsos principios igualitarios, ha contribuido más que todos los demás errores a impulsar esta preponderancia y este desbordamiento de la influencia judaica, de la que los pueblos europeos se espantaban con tan justas razones[45]. En la Edad Media, las naciones y los príncipes cristianos iluminados por la Iglesia, tenían previsto este gran peligro social. Por una parte comprendían que tenían el deber de soportar a los judíos y que les era imposible hacerlos desaparecer, ya que las profecías anuncian que subsistirán hasta el fin de los tiempos y sólo entonces volverán a la verdadera fe. Pero por otra parte, comprendían que no podían vivir con tranquilidad y seguridad si concedían una libertad sin trabas a una raza tan áspera y tan invasora. En efecto, es un hecho de experiencia que en todo lugar donde se establece el judío y predomina se convierte en un déspota, en un tirano devastador. Por ello, negándole los derechos políticos y civiles, de los que hubiera abusado y de los que abusaba en todos los lugares donde la riqueza le había convertido en señor, la ley canónica acordaba para él la tolerancia; velaba sobre él para que viviera tranquilo y se dedicara apaciblemente a sus negocios y a sus asuntos comerciales, sin perjudicar a los cristianos con los que vivía mezclado y por estas sabias medidas, igualmente provechosas para sus intereses y sus personas, los judíos se encontraron durante siglos, no sólo protegidos, sino defendidos contra el odio universal, la efervescencia y la exasperación de las poblaciones obcecadas.

Esta es la cuestión judía, que en este momento conmueve profundamente la opinión en Prusia, en Austria, en Polonia, y cuya solución aparece cargada de los pronósticos más sombríos. Ahora bien, si tomamos Israel en su universalidad, sin tener en cuenta a los hombres de esta nación caídos en el racionalismo y la incredulidad, el núcleo de la raza judaica no ha cesado de soñar con las mismas ilusiones que acabamos de señalar: en el Mesías que siempre espera continúa viendo un poderoso conquistador que someterá a la tierra. Naguère, uno de los intérpretes más autorizados del Talmud, no temió decir: "Debe manifestarse un mesianismo de los nuevos días, una Jerusalén de un nuevo orden, santamente asentada entre el Oriente y el Occidente, debe sustituir a la doble ciudad de los Césares y de los Papas"[46]. Por lo demás, la mayoría de los ortodoxos y de los creyen-

tes ha conservado constantemente, como fórmula y consigna, la palabra que pronunció antiguamente un rabino ilustre: "Jerusalén es siempre el eje de nuestras esperanzas y de nuestra fe".

¿Es pues inverosímil que, en condiciones sociales como las nuestras, donde los sucesos más terribles y más imprevistos surgen en un abrir y cerrar de ojos con la rapidez del gas y del rayo, se pueda encontrar un hombre que, empleando hábilmente el caos en que nos habrán sumido nuestras revoluciones, llegue a fascinar a las multitudes, a convertirse en señor de los espíritus y de los corazones y que, enarbolando el estandarte de la regeneración mundial, lance un grito de unificación del que se harán eco todos sus correligionarios y llegue así a la conquista de un poder universal, a un prodigioso dominio de las almas y de los cuerpos, dominio que será aceptado con entusiasmo por todos los pueblos extraviados y seducidos?

En fin, ¿no se puede creer que este hombre poderoso y perverso, que apaciguará el mundo con las garras de un despotismo sin nombre y sin medida y que unificará al género humano mediante la servidumbre de las conciencias y la humillación de los ánimos, será el personaje descrito y predicho por San Juan como el Anticristo y del que la Divina Providencia habrá querido servirse para desengañar a Israel que al instante lo habrá saludado como su Mesías y su rey?

Finalmente, ¿cuáles serán las características de la persecución del Anticristo?

Cornelio a Lápide, Suárez, además de las Escrituras y los Padres, señalan sus principales rasgos.

Ante todo, lo que es cierto y casi de fe, es que de todas las persecuciones que la Iglesia ha tenido que sufrir, la del Anticristo será la más terrible y la más violenta.

En primer lugar, porque esta persecución será general y se extenderá a toda la tierra. Está escrito: "Se difundirán sobre la faz de la tierra y cercarán el campamento de los santos y la ciudad amada"[47]. San Agustín, en libro 20 de La Ciudad de Dios, explica el texto de San Juan, diciendo que todos los infieles, los herejes, los cismáticos y los hombres depravados que están esparcidos sobre toda la superficie del globo, se aliarán con el Anticristo para hacer la guerra a los santos y perseguir a los hombres fieles a Dios.

En segundo lugar, esta persecución será la más dura y la más vio-

lenta, porque no estará inspirada por la superstición y el fanatismo, ni por un afecto ciego al culto de los ídolos, como lo fueron las persecuciones desencadenadas por los emperadores paganos. No se propondrá ni saciar el orgullo, ni satisfacer una sed desenfrenada de dominio, como la persecución de Mahoma. No será encendida por los deseos desenfrenados de la carne y por el incentivo del pillaje, como la que los príncipes alemanes infringieron a la Iglesia bajo el protestantismo, en tiempos de Lutero; sino que será una persecución exclusivamente impulsada por el odio a Dios, donde Dios y su Ungido serán tomados como objetivo directo, cuyo único fin será el exterminio del reino de Dios, la aniquilación total del cristianismo y de toda religión positiva. Los Tiberios, los Nerones, los tiranos más horrorosos del paganismo reconocían, al menos en los ídolos cuya adoración querían imponer a los cristianos, una idea y un reflejo lejano de la divinidad; pero en el tiempo del que estamos hablando no se permitirá rendir culto a ninguna divinidad, ni siquiera un culto adulterado y corrompido. Todos los hombres, sin excepción, serán obligados a rendir un culto de latría a Satanás personificado en el Anticristo, es decir en el hombre más impío, el más abominable que jamás ha producido la humanidad.

En tercer lugar, esta persecución, que señalará los últimos tiempos, se ejercerá con una seducción en cierto modo irresistible, *ut in errorem inducantur, si fieri potest, etiam electi* [para inducir al error hasta a los elegidos, si esto fuera posible]. Cornelio a Lápide dice: *Omnes politicorum artes, dolos et praxes callebit* [será un experto en todas las artes, engaños y mañas de los políticos]. Desde el principio, el Anticristo persuadirá a los judíos de que él es el Mesías. Para engañarlos más eficazmente, se pondrá una máscara de moderación y de santidad hipócritas. San Pablo, al decirnos que se hará adorar *en el templo de Dios*[48], parece indicarnos que reconstruirá el templo de Jerusalén destruido por Tito, de arriba abajo; en consecuencia volverá a ordenar la circuncisión y restablecerá durante un tiempo los sacrificios sangrientos y los otros ritos de la religión judaica.

Respecto a los extraños a la religión judía, los atraerá hacia él sobre todo con la persuasión y la elocuencia. Estará versado en todos los artificios y será instruido por el mismo demonio en todos los conocimientos útiles para los fines a los que el espíritu del mal lo destina. San Anselmo nos dice que conocerá todas las ciencias naturales y sabrá de memoria todos los textos de la Escritura[49]. Además se ga-

nará a los hombres sembrando en abundancia oro y riquezas. Él será el sujeto más rico de la tierra. Satán le entregará todos los tesoros ocultos en las entrañas de los mares y en las profundidades secretas de la tierra[50].

En cuarto lugar, llenará de admiración a todos los hombres, por su ingenio y por la rapidez prodigiosa con la que será elevado a la cima de la fortuna y de la omnipotencia[51]. A los ignorantes y a la muchedumbre los fascinará mediante prodigios, *cuius est adventus secumdum operationem Satanae, in omni virtute et prodigiis mendacibus* [su venida es fruto de una obra de Satanás, con toda clase de milagros y prodigios falsos][52]. Santo Tomás dice que al igual que Cristo obraba milagros para confirmar su doctrina, así el hombre de pecado obrará falsos milagros para confirmar sus errores; pero también al igual que el Cristo verdadero obraba los prodigios por la virtud de Dios, autor de toda verdad, así su adversario, como acabamos de indicar más arriba, los obrará por la virtud de Satán, el padre de la impostura y de la mentira. El hombre de pecado no hará, pues, milagros verdaderos como Jesucristo, sino que los hará falsos y aparentes. Todas sus obras maravillosas no serán en realidad más que ilusiones y fantasías; de tal suerte, dice san Atanasio, que cuando parezca que resucita a un muerto, o bien el hombre que resucite no estará verdaderamente muerto, o bien si esta muerto no lo resucitará realmente. En fin, el mismo santo añade, las obras realizadas por el Anticristo y que parezcan sobrepasar las fuerzas de la naturaleza, no serán milagros propiamente dichos, sino efectos y fenómenos de orden psíquico obrados con ayuda de ciertas causas naturales secretas y ocultas. Para embaucar mejor a los hombres, el Anticristo autorizará la lujuria y las licencias de la carne, ofrecerá las voluptuosidades más embriagadoras, *totus erit in libidinibus et concupicentiis feminarum* [todo se convertirá en placeres de la carne y deseo ardiente de las mujeres][53].

En quinto lugar, la persecución del Anticristo será la más inhumana y la más sangrienta de todas las que jamás ha sufrido el cristianismo. Jesucristo nos lo asegura cuando dice: "Habrá una tribulación tan grande como no la ha habido desde el comienzo del mundo hasta el presente y no la habrá jamás"[54]. Se puede conjeturar que estará relacionada con dos causas. La primera es el colosal poder y los medios prodigiosos de fuerza y de destrucción que el Anticristo poseerá, junto con la impiedad y el furor de los hombres encargados de

la ejecución de sus órdenes. La segunda será la espantosa malicia del demonio, pues dice San Juan que en aquellos días Dios le dejará salir de la prisión de llamas donde está encadenado y le dará una licencia absoluta para seducir y saciar su odio contra el género humano[55]. De ahí se deduce, dice San Cirilo, que aún habrá multitud de mártires, más gloriosos y más admirables que los que combatieron antaño contra los leones en los anfiteatros de Roma y de las Galias. Estos no tenían que luchar más que contra simples ministros del demonio, pero los confesores de los últimos tiempos tendrán que luchar contra el que es homicida desde el principio. El enemigo antiguo desplegará para atormentarlos suplicios monstruosos y refinamientos inauditos, sin igual en los siglos pasados, y que el espíritu humano no llegaría jamás a inventar.

En fin, el último dardo de la persecución del Anticristo será de una violencia tal que llegará a hacer apostatar casi a la totalidad de los cristianos. “Le fue concedido el hacer la guerra a los santos y el vencerlos”[56]. “Y este cuerno, que yo vi, hizo la guerra a los santos, y le fue concedido el prevalecer”[57]. San Pablo nos enseña que Jesús no volverá por segunda vez antes de que suceda la gran apostasía[58]. San Agustín[59], al interpretar estas palabras del Apóstol, nos dice que aunque en todos los tiempos se han visto fieles que renunciaban a Jesucristo por efecto de los engaños de los herejes y del miedo a los perseguidores y tiranos, sin embargo, la defección que se producirá bajo el Anticristo es llamada la apostasía propiamente dicha: ápostasía, porque por el número y por su universalidad, esta apostasía excederá todo lo que se ha visto en los tiempos anteriores.

Sin embargo, no se podría concluir de estos testimonios que no quedarán elegidos sobre la tierra, ni que el Hijo de Dios faltará a la promesa hecha a su Iglesia, cuando le dijo: *Propter electos, dies abreviabuntur* [a causa de los elegidos estos días se abreviarán]; además San Juan añade en el Apocalipsis: “La bestia será adorada por todos los habitantes de la tierra, cuyos nombres no están escritos en el Libro de la vida”[60]. San Agustín afirma que en el reino del Anticristo habrá multitudes de mártires que brillarán por su constancia heroica, habrá igualmente un número más o menos parecido de confesores, que se refugiarán en cuevas o en montañas escarpadas o abruptas y Dios velará para que estos refugios escapen a la vigilancia y a las investigaciones de los perseguidores y no permitirá al demonio que los delate.

Daniel nos dice que durante los días en los que se desencadene esta espantosa persecución, la abominación de la desolación estará en el lugar santo dándose la máxima importancia. "El rey, dice, hará lo que le agrada: se ensalzará, hablando con orgullo contra Dios; hablará insolentemente contra el Dios de dioses... No tendrá ningún miramiento al Dios de sus padres, no se preocupará de ningún dios, sea el que sea..."[61].

En otras palabras, una vez que el hombre de pecado haya hecho flaquear con sus amenazas al género humano y lo haya enredado en la maraña de sus mentiras y de sus astucias, ya no guardará ninguna medida, descubrirá todas sus baterías y procederá a cara descubierta. No aguantará más que se adore o se invoque otro dios que él mismo, se proclamará el único señor del cielo y de la tierra. Él no se encontrará personalmente presente en todas las partes, será a su imagen o a su estatua a la que los hombres serán obligados a rendir sus homenajes: *Et elevabitur, magnificabitur adversus omnem deum* [será elevado, será engrandecido frente a todo dios]. No tolerará ya ni la religión mosaica, ni siquiera la religión natural. Perseguirá con el mismo encarnizamiento a los judíos, a los cismáticos, a los herejes, a los deístas y a todas las sectas que admiten la existencia de un ser supremo y la inmortalidad de la vida futura. Pero Dios, en su sabiduría, sacará bien del mal. Esta horrible tempestad que su Justicia permitirá que se desencadene sobre la tierra tendrá como efecto el hacer desaparecer los cultos falsos. Abolirá, junto con el judaísmo, los restos del mahometanismo, las supersticiones y todas las religiones hostiles a la Iglesia. Propinará el golpe de gracia a las sectas tenebrosas. La francmasonería, el carbonarismo, el iluminismo y todas las sociedades subversivas desaparecerán en la vorágine de impiedad que será su obra; la que ellas habían preparado durante siglos, pensando que sería su triunfo decisivo y supremo. Sin pensarlo, habrán cooperado a fundar el reino de la unidad anunciado por el profeta: *erit unum ovile et unum pastor* [habrá un solo rebaño y un solo pastor].

El triunfo del Impío será de poca duración.

Pero los consuelos que vendrán a continuación serán universales, abundantes, proporcionados a la magnitud de las tribulaciones que la Iglesia habrá sufrido.

Un hijo de Israel, convertido hace poco, hoy sacerdote y doctor, contemplando con embeleso el gran espectáculo que ofrecerá la Igle-

sia de Dios en esta época afortunada en la que los judíos y los gentiles, asistiendo al mismo banquete, se habrán convertido en una misma familia bajo el cayado de un mismo pastor, escribe con santo delirio:

> En la vida de Jesucristo sobre la tierra hay dos grandes días de triunfo en los que fue reconocido como Mesías y como Rey: la fiesta de la Epifanía, que en cierto modo fue la fiesta de la mañana, que le tributaron las naciones que acudieron representadas en las personas de los Magos y el día de los Ramos, que fue la fiesta de la tarde, fiesta tardía que Jerusalén hizo a Jesucristo el día de Ramos, que fue el día de las aclamaciones de Israel.
>
> He aquí que, después de diecinueve siglos de fidelidad, la gran fiesta de la Epifanía ha sido olvidada por las naciones y sus jefes, que han rechazado a Jesucristo y a su Iglesia. Dejadme, pues, saludar, en la tarde de la vida de la Iglesia, el gran día de los Ramos y la explosión inesperada de las aclamaciones de los viejos pueblos de Jacob. Permitidme saludar y cantar este día, en el que las puertas de la sinagoga se abrieron con embriaguez para la entrada triunfal del Mesías que habían esperado y desconocido tan largo tiempo. Dejadme cantar el día en el que los Restos de Israel extenderán sus vestidos sobre el camino de Cristo y su Iglesia y en el que el aire se llenará del olor de los perfumes de la sangre, que esta vez volverá a caer sobre Israel y sobre sus hijos, como una lluvia de amor. ¡Oh día de los Ramos, surge en la Iglesia!... Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces he querido juntar a tus hijos como la gallina junta a sus polluelos bajo sus alas; pero esta vez lo habrás querido, oh Jerusalén, y correrás bajo las alas. Hosanna y gloria eterna a Jesucristo en lo más alto de los cielos y a la Iglesia, donde Israel, tras una larga ausencia, ha reencontrado a su Mesías y su Rey[62].

Y sin embargo, éste no será el día de la consumación final, pues está escrito (Apocalipsis, cap. 11): “El séptimo ángel hará sonar en ese momento la trompeta y el cielo resonará con fuertes voces”: voces de ángeles, voces de vírgenes, las voces de los confesores y de los santos mártires saludarán a Cristo con sus alabanzas y sus aclamaciones, le darán las gracias por su victoria sobre el Anticristo y por el exterminio de los impíos. Todos los hombres, convertidos en adoradores del mismo Dios, profesando una misma fe, unidos en la misma adoración, participando en la misma mesa, gritarán al unísono: “El reino de este mundo se ha convertido en el reino de Nuestro Señor y de su Ungido... *Te damos gloria, Señor Dios Todopoderoso, el*

que es, el que era y el que será, porque has recibido tu gran poder y reinas"[63].

NOTAS:

1. 2 Ts 2, 3-4.

2. Bellarmino, libro III, *De pontifice.*

3. En griego, el artículo 'ó' designa siempre a un individuo determinado, no se emplea para nombrar los seres genéricos o abstractos. El Apóstol al hablar del Anticristo utiliza las siguientes expresiones : *ó ánthopos tes amartías, ó vios tes apoléias.*

4. *Fiat Dan coluber in via, cerastes in semita* [sea Dan una culebra en el camino, una víbora en el sendero] (Gn 49, 17).

5. *Ex Dan audivimus fremitum equorum* [desde Dan hemos oído el resuello de los caballos] (Jr 8, 16).

6. *Ego veni in nomine Patris mei, et non accipitis me; si alius venerit in nomine suo, illum recipietis* [Yo he venido en nombre de mi Padre y no Me habéis recibido; si otro viene en su propio nombre, le recibiréis].

7. *Eo quod charitatem veritatis non receperunt ut salvi fierent. Ideo mittet illis Deus operationem erroris, ut credant mendacio* [por no haber aceptado el amor de la verdad para salvarse. Por eso Dios les enviará una obra del error, para que crean en la mentira] (2 Ts 2, 10-11).

8. *Ex fornicatione parietur atque omnem satanae afflatum suscipiet* [nacerá de la fornicación y recibirá toda la inspiración de Satanás] (S. Juan Damasceno, lib. L, cap. 27).

9. *Neque existimandum est Deum denegaturum illi gratiam suam sufficientem et necessariam. Est autem verisimile tantam fore Antichristi malitiam, ac tam frecuenter usum operandi et cogitandi mala, tantamque cum doemone familiaritatem et conjunctionem, ut vix unquam det locum alicui bonae inspirationi, aut effectui spirituali angelorum custodiae, aut divinae gratiae* [pero no debe pensarse que Dios le denegará la gracia suficiente y necesaria. Aunque es verosímil que al ser tanta la malicia del Anticristo, tan continua la práctica de pensar y obrar el mal y tanta la familiaridad y la amistad con el demonio, difícilmente alguna vez permitirá una buena inspiración o efecto espiritual del Ángel de la Guarda o de la gracia divina) (Suárez. XIX, p. 1034, Edit. Vives).

10. Latría: culto y adoración que únicamente se debe a Dios. El culto a los santos es el de Dulía, culto dado a los siervos (NdG).

11. Santo Tomás. S.Th. IIIª q.8 a.8

12. 2 Ts 2, 10-12.

13 *Licet Antichristus non mittetur a Deo, venire tamen permittetur. Hoc ergo sensu mittetur Antichristus, seu veniet, ut Judaeos decipiet in poenam incredulitatis suae* [aunque el Anticristo no será enviado por Dios, Dios permitirá su venida. En este sentido, pues, será enviado el Anticristo, o vendrá, para engañar a los Judíos, como castigo de su incredulidad] (Suárez, Diss. LIX, ar. 4).

14. El texto al que aquí alude es Ap 13, 1: *Et vidi de mari bestiam ascendentem, ha-*

bentem cornua decem et capita septem, et super cornua eius decem diademata, et super capita eius nomina blasphemiae [y vi surgir del mar una Bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas, y en sus cuernos diez diademas, y en sus cabezas títulos blasfemos] (NdG).

15. Ap 13, 7.

16. Ap 13, 7 y 13-14.

17. Nadie ignora que los demonios despojados de su belleza y su justicia original no han perdido ninguno de sus poderes. Pueden actuar sobre los elementos, condensar nubes y vapores, lanzar rayos, desencadenar tormentas... En cuanto a los milagros propiamente dichos, sólo Dios puede realizarlos. El milagro es una suspensión de las leyes naturales que excede a toda fuerza creada, sea humana o angélica. El Anticristo no hará, pues, verdaderos milagros, sino milagros falsos y aparentes. En el libro de la Sibila, lib. III, *De los Oráculos*, se dice que detendrá el sol, que caminará sobre las aguas, que desplazará montañas. Todos estos prodigios serán pura ilusión, tipos de milagros análogos a los que obran los demonios por medio de los magos y los mediums, con los que fascinan a los hombres, perturbándoles la imaginación y la vista, hasta el punto de que los objetos les parecen completamente distintos de lo que son.

Et facit signa magna, ut etiam ignem faciat de caelo descendere in terram in conspectu hominum [hace grandes prodigios, como hacer descender fuego del cielo a la tierra, ante la mirada de los hombres] (Ap 13, 13) (NdG).

18. 1 Tm 4, 1.

19. Dn 7, 25.

20. Lc 2, 34-35.

21. Ap 13, 16-18.

22. Esta señal se llama carácter, porque se grabará en la piel... El Apóstol nos enseña que la bestia obligará a llevarla, tanto a los pequeños como a los grandes. Por los pequeños se entiende los niños que han de nacer. Pues el hijo de perdición y sus falsos profetas abolirán el bautismo en nombre de la Santísima Trinidad. Se cuidarán de obligar a que los niños y los jóvenes de ambos sexos reciban el carácter de la bestia en la frente y rechacen el bautismo instituido por Nuestro Señor Jesucristo (Holzauser, *Interprétation de l'Apocalypse,* libro VI, cap. 13).

23. Mt 24, 21.

24. Mt 24, 24.

25. Mc 13, 12.

26. Ap 11, 2 y Ap 13, 5.

27. *Et a tempore, cum ablatum fuerit iuge sacrificium, et posita fuerit abominatio in desolationem, dies mille ducenti nonaginta* [desde el tiempo en que fuere abolido el sacrificio perpetuo e instalada la abominación de la desolación, mil doscientos noventa días] (Dn 12, 11). Daniel no dice 1260, sino 1290 días. Donde sí se habla de 1260 días es en Ap. 11, 2: el tiempo que profetizarán los dos testigos. El texto interpreta *per tempus et tempora et dimidium temporis* [por un tiempo, tiempos y medio tiempo] del Apocalipsis (Ap 12, 14) como 3 años y medio (un tiempo = a un año); aún aceptando el supuesto (un tiempo = a un año) la interpretación no es clara porque el segundo 'tiempos' no dice cuantos son; en el texto se interpreta que son dos, de ahí obtiene los

1260 días, haciéndolos coincidir con los 42 meses de Ap 11, 2 y Ap 13, 5; Daniel pone un mes más (NdG).

28. El piadoso y sabio Holzauser, en su Interprétation de l'Apocalypse, observa que en la lengua griega, que es la que utilizó el Apóstol San Juan, la palabra 'antemos' que quiere decir contrario, traducido en cifras, corresponde al número 666. Así, según él, el número 666 designaría la cualidad, la manera de ser del hombre de pecado y no su nombre propio. Es difícil admitir que San Juan hubiera propuesto el número 666 como algo profundo, misterioso, un enigma en cierto modo impenetrable, siendo el sentido tan simple y tan obvio. El Apóstol no hubiera entonces hablado sino para enseñarnos que el Anticristo sería el contrario o el 'Contra Cristo'. Holzauser añade que el número de la bestia, el 666, es un número de meses que contienen cincuenta y cinco años y medio. Se basa en este dato para decirnos que el Anticristo nació en 1855, que vivirá cincuenta y cinco años y que su persecución tendrá lugar hacia 1908. Hay de decir que esto son conjeturas y suposiciones puramente arbitrarias. Hombres no menos santos ni menos sabios que Holzauser han intentado, a menudo, los mismos cálculos y siempre se han equivocado. La Iglesia no nos ha enseñado nada sobre el tiempo de la aparición del Anticristo. Ni un solo texto de la Sagrada Escritura autoriza tales interpretaciones.

29. Ap 13, 18

30. San Juan no nos dice abiertamente que los dos testigos que menciona serán Henoc y Elías; pero es evidente, según el contexto, que con los dos candelabros y los dos olivos no pretende designar dos santos o dos predicadores cualquiera, sino dos personajes determinados, dotados de un poder y de una santidad extraordinarios. Ahora bien, al sopesar todos los hechos y todas las circunstancias que conocemos sobre la vida y la muerte de estos dos personajes, al recordar todo lo que nos dicen sobre ellos las Sagradas Escrituras, sobre todo el Eclesiastés, cap. 48, y el profeta Malaquías, sobre la misión que están llamados a cumplir un día, Beda, San Anselmo, San Agustín y una multitud de Padres aseguran que los dos testigos de los que habla el Apocalipsis no son otros que Henoc y Elías, y que ellos no fueron milagrosamente sustraídos a la muerte sino para combatir al Anticristo y para dar testimonio de Jesucristo, al fin del mundo.

31. Cornelio a Lápide nos dice que es una verdad cierta y casi de fe, fidei proxima, que Henoc y Elías no murieron. Tertuliano, en el libro de la Resurrección, LVIII, los llama los candidatos de la eternidad, a fin de darnos a entender que están libres de toda miseria, de todo sufrimiento y en la imposibilidad de pecar. San Ireneo, libro IV, cap. V, los llama *coauspicantes immortalitatem* (que poseen el auspicio de la inmortalidad), lo que quiere decir que tienen el presagio y el augurio que les asegura la vida inmortal. Los cuerpos de Henoc y de Elías no han sido glorificados, siguen manteniendo su carne, que un día la muerte les arrebatará, como a nosotros. De Henoc, nos enseñan los Padres que fue transportado al Paraíso terrenal; es lo mismo que nos enseña el libro del Eclesiástico, cap. 44, ver. 16. En el diluvio, cuando el Paraíso terrenal se inundó, Henoc fue llevado a alguna región desconocida del cielo, a donde Elías fue a juntarse con él, cuando fue arrebatado en un carro de fuego. En la estancia en la que habitan, viven absortos en la contemplación de las cosas divinas, en un estado que no es el de la bienaventuranza del Cielo, aunque están colmados de los consuelos divinos y gozan de un reposo inalterable. Como, en cierto modo, dejaron ya esta vida, no están sujetos al estado de prueba, no pueden adquirir nuevos méritos, ni decrecer en santidad. Pero cuando desciendan a la tierra, al final de los tiempos, volverán a la vida presente, volverán a ser capaces de soportar los sufrimientos y volverán de nuevo a merecer, ya sea

combatiendo al Anticristo, ya sea dando testimonio de Jesús de Nazaret con su predicación y con su muerte.

32. No deja claro de dónde saca que la duración de la predicación de Henoc y Elías será de 30 días, que es la diferencia entre los 1.260 días del Apocalipsis y los 1.290 que marca el Profeta Daniel (NdG).

33. *Qui receptus est in turbine ignis... (es paratus) lenire iracundiam Domini, conciliare cor patris ad filium, et restituere tribus Israel* [fuiste arrebatado en un torbellino de fuego... (fuiste designado) para calmar la ira de Dios, conciliar el corazón del padre con el del hijo y restablecer las tribus de Israel] (Eclesiástico 48, 9-10).

Sicut passuri sunt Henoch et Elias, qui ultimo tempore futuri sunt apostoli. Mitti enim debent ante Christum ad praeparandum populum Dei, et uniendas omnes Ecclesias, ad resistendum antichristo, quos et persecutiones pati et occidi Apocalysis testatur [como también padecerán Henoc y Elías, que al final de los tiempos vendrán a predicar. Pues deben ser enviados delante de Cristo para preparar al pueblo de Dios, y para unificar a todas las Iglesias para que hagan frente al Anticristo, los cuales sufrirán persecuciones y serán muertos, como atestigua el Apocalipsis] (San Ambrosio, ad Cor. IV).

34. *Quem Dominus Jesus interficiet spiritu oris sui et destruet illustratione adventus sui* [al que matará el Señor Jesús con el aliento de su boca y destruirá con el anuncio de su venida] (2Ts 2, 8).

35. Cornelio a Lápide y Holzauser dicen que, a la vista del triunfo de Henoc y Elías, el Anticristo se sentirá turbado por un frío glacial: temblará de rabia y, en el colmo de su orgullo y de su presunción infernal, intentará retener a los pueblos en el error, mediante una nueva y sacrílega impostura. Ayudado por el demonio, se elevará por los aires en el monte de los Olivos, con una gran majestad y se esforzará por alcanzar a Henoc y a Elías y precipitarlos contra la tierra. Pero he aquí que, en este momento solemne, la fuerza del Todopoderoso le golpeará y lo precipitará con la mayor ignominia y confusión. Esta interpretación del venerable Holzauser no es más que una opinión, pero es admisible y no está en discordancia con el texto sagrado.

36. Dn 12, 12. *Nam licet intercedant, inter mortem antichristi et adventum Christi, aliqui dies, verbi gratia decem aut viginti, considerato modo loquendi scripturae, vix existimari potest illud tempus fore diuturnius. Deinde multi colligunt ex Daniel 12, tempus illud futurum 45 dierum, quos Deus concedet hominibus, ad agendam poenitentiam post mortem antichristi* [pues aunque medien algunos días entre la muerte del Anticristo y la venida de Cristo, por ejemplo diez o veinte, después de considerar el modo de hablar de la Escritura, difícilmente se puede pensar que ese tiempo será de larga duración. Además muchos deducen de Daniel 12, que ese tiempo será de 45 días, que Dios concederá a los hombres, para que hagan penitencia después de la muerte del Anticristo} (Suarez, *Disputatio* 54, sección 2).

37. *Et convertet cor patrum ad filios et cor filiorum ad patres eorum* [volverá el corazón de los padres hacia los hijos y el de los hijos hacia sus padres]. En este pasaje, Malaquías habla del mismo personaje designado en el Eclesiástico, cap. 48. La similitud de los términos demuestra que es realmente a Elías a quien se refiere.

38. Rm 11, 12.

39. La palabra 'resto', en la Biblia, sobre todo en los escritos de los Profetas, además del significado común tiene un significado técnico: Resto es la parte del Pueblo de Is-

rael que sigue fiel a Dios. Resto es lo mismo que Israel fiel. Así Isaías dice: *Reliquiae revertentur, reliquiae, inquam, Iacob, ad Deum fortem. Si enim fuerit populus tuus, Israel, quasi arena maris, reliquiae revertentur ex eo* [el Resto volverá al Dios fuerte, me refiero al Resto de Jacob. Pues aunque tu pueblo Israel sea como las arenas del mar, sólo volverá el Resto] (Is 1021-22). Y Jeremías dice a su vez: *Et ego congregabo reliquias gregis mei de omnibus terris* [yo reuniré al Resto de mi rebaño de cualquier parte del mundo] (Jr 23 ,3); y también: *Salva, Domine, populum tuum, reliquias Israel* [salva, Señor, a tu pueblo, al Resto de Israel] (Jr 31,7). Claramente identifica al pueblo de Dios con el Resto de Israel. Este es el sentido que utiliza el texto (NdG).

40. *Et cantantes canticum Moysi servi Dei, et canticum agni, dicentes: Magna et mirabilia sunt opera tua, Domine Deus omnipotens; iustae et verae sunt viae tuae, rex saeculorum* [y cantan el cántico del siervo de Dios Moisés y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y admirables son tus obras, Señor, Dios Omnipotente; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los siglos] (Ap 15, 3).

41. En los primeros siglos corrieron dos opiniones sobre el tiempo de la llegada del Anticristo. La primera es la de los comentadores que se basan en el texto de una epístola apócrifa de San Bernabé, en la que se sostiene que el mundo debe durar seis mil años, ni un día más o ni menos. San Bernabé habría dicho: *Itaque, filii, in sex diebus, hoc est in sex annorum milibus, consumabuntur omnia* [así pues, hijos, en seis días, es decir en seis miles de años todo habrá desaparecido]; San Hilario comenta este pasaje diciendo: *Quotquot enim diebus hic factus est mundus, tot et millenis annis consumatur* [cuantos fueron los días en los que se hizo este mundo, tantos serán los milenios en los que se consumará]. Hacemos notar ante todo que la Iglesia no pone la carta de San Bernabé, de la que aquí se trata, dentro del número de los libros inspirados. En segundo lugar, observamos que sin apartarse de la verdad bíblica, se puede hacer variar de seis mil a ocho mil años la época en que tuvo lugar la creación, a partir de la era actual. Según antiguos monumentos muy auténticos, recientemente descubiertos, y las series de estudios cronológicos hechos en nuestros días, parece probable actualmente que el sexto milenio de la creación del mundo ya habría transcurrido hace muchos siglos. Pues si, en este momento, estamos en el séptimo o el octavo milenio después de la creación de Adán, esto sería una prueba de que la profecía pretendidamente contenida en la carta de San Bernabé, a la que San Hilario da crédito, sería errónea y apócrifa, lo mismo que la carta. La segunda opinión, ampliamente contrastada desde el siglo IV hasta el X, era la de que el Anticristo aparecería inmediatamente después de la caída del Imperio Romano. Esta opinión se funda sobre el sentido que se le daba entonces a esta palabra del Apóstol *Discessio*, en griego apostasia. Se interpretaba esta expreseión en el sentido de una escisión política que quebraría el cetro del Imperio romano y libraría a los pueblos para siempre de su dominación. San Pablo dice, en efecto, en la segunda carta a los Tesalonicenses: *et scitis quid detineat* [y vosotros sabéis qué lo detiene]. Algunos Padres y Doctores enseñaron que este *quid detineat* se refería al Imperio Romano, designado de una manera velada por el Apóstol, para no levantar los odios y las susceptibilidades de los que desconfiaban del poder y llegaran a la conclusión de que la llegada del Anticristo no tendría lugar hasta que el Imperio Romano hubiera desaparecido totalmente. San Agustín y Santo Tomás estiman que, ateniéndose al sentido literal la interpretación dada a ese pasaje del Apóstol no tiene un fundamento serio y sólido. Ante todo, parece extraño que Dios haya querido ligar los destinos de su Iglesia con los destinos de un imperio terrestre. La Iglesia está llamada

a conquistar todos los pueblos de la tierra y a reunirlos bajo su cayado y en su regazo. No se puede admitir que esté reducida a permanecer circunscrita dentro de los límites de un imperio cualquiera. Este pensamiento está en contradicción flagrante con los hechos. La ruina del Imperio Romano hace muchos siglos que se consumó. Bajo Constantino, el Imperio se dividió en dos ramas: la de Oriente y la de Occidente. Revivió en Europa bajo Carlomagno. A finales del siglo XIV, apareció Vicente Ferrer, el Ángel del Apocalipsis; predecía que el juicio final estaba próximo y que antes del transcurso de ocho lustros, se verían los signos precursores de la catástrofe final. En efecto, treinta años después de la muerte de Vicente Ferrer, Mahomet II se apoderó de Constantinopla y suprimió para siempre el brazo oriental del Imperio Romano. En cuanto a la rama occidental, continuó languideciendo hasta el emperador Rodolfo, que fue la cabeza de la dinastía de Ausburgo, que recibió su diadema de Cristo, por mediación del sucesor de San Pedro. *Petra dedit Petro, Petrus diadema Rodolpho* [la Piedra (Jesucristo) le dio la diadema a Pedro y Pedro se la entregó a Rodolfo].

En nuestro siglo, el Imperio Romano ha acabado de extinguirse por la abolición de los electorados y la renuncia al título de Rey de los romanos que Napoleón consiguió del emperador Francisco II. No obstante, la opinión que estamos combatiendo es cierta si se la quiere interpretar en otro sentido y si se aplica la denominación de Imperio Romano a la Iglesia Católica que sucedió a los Césares. Entonces las palabras del Apóstol *nisi venerit discessio* [a no ser que llegue la separación (la apostasía)], se entenderían referidas al divorcio actual de las naciones con la Iglesia, a la separación entre la política y la religión, a la Iglesia respecto al Estado. Según esta interpretación, el ateismo legal, es decir la destrucción del reinado público de Jesucristo, la eliminación del cristianismo, las leyes, las instituciones serían el misterio de iniquidad anunciado por San Pablo. No se puede negar, en efecto, que en la hora presente todos los gobiernos han puesto manos a la obra para realizar esta obra abominable de apostasía; ¿Quienes no se esfuerzan en desterrar a Jesucristo de la escuela, del ejército, del santuario mismo de la justicia? Su cruz, su adorable nombre ¿no son blasfemados y señalados como un símbolo de ignorancia y fanatismo? ¿No ha sido puesta la Iglesia fuera de la ley, y excluida de los gobiernos y de las asambleas deliberantes? Todas las leyes que se elaboran, ¿no están marcadas por el sello de una intolerancia odiosa y no tienen más objetivo que el de aminorar su autoridad y su influencia? La blasfemia se ha erigido a la altura de un privilegio, de un derecho; el Romano Pontífice, desposeído de su realeza, después de once años sigue cautivo. Paralélamente a la destrucción del cristianismo, se ve reaparecer al paganismo bajo la forma de un materialismo abyecto; se muestra por la exaltación de todo lo que halaga los sentidos, la glorificación de los instintos más groseros y los más brutos; este paganismo invade la industria, las artes, la literatura, predomina en todas las instituciones públicas. Al mismo tiempo que el cristianismo es señalado como el enemigo común, el materialismo se ofrece a las aspiraciones de los pueblos como el inspirador del progreso y el dios del porvenir. Por lo tanto, si no se llega a oponer a los excesos del mal una reacción pronta y vigorosa, si la defección continúa su curso, puede predecirse que esta guerra contra Dios debe conducir a la apostasía total y consumada. De la estatolatría, es decir del espíritu utilitario y de adoración del Dios-Estado, que es el culto de nuestra época, a la adoración del hombre individuo, no hay que dar más que un paso escaso. Nosotros, ya casi lo hemos dado... Partiendo de estos hechos y de estas observaciones, no queda otro remedio que concluir que la opinión de la llegada próxima del Anticristo es más probable que la opinión que considera su llegada como algo lejano.

42. Cornelio a Lápide, en una época en la todavía no se ponían en cuestión nuestros grandes descubrimientos, afirmaba que el Anticristo tendría bajo su mandato innumerables ejércitos: *Instar arenae maris* [tan numerosos como las arenas del mar] (Ap 20, 8). *Et numerus equestris exercitus vicies millies dena millia* [la cantidad de soldados de caballería era de doscientos millones] (Ap 9, 16). Según interpreta el sabio Cornelio, sólo la caballería del Anticristo ya está compuesta por doscientos millones de hombres. ¡Cuánto mayor será el numero de su infantería! (Cornelio a Lápide, *Comment. In Thess.*, p. 164).

43. Europa cuenta con 3.338.000 Judíos. Alemania sola cuenta con 1.250.000, Rumanía con 500.000. El total de Judíos que existe en el mundo es de seis millones. Desmousseau, en su libro *La judaización de los pueblos cristianos*, cita una infinidad de pasajes sacados del Univers y de los Archives Israélites, de donde se deduce que la teología del judaísmo liberal no es otra que la doctrina y el simbolismo de las sociedades ocultas y masónicas. De ahí esta confesión notable que realizaba, hace pocos años, un primer ministro de la Gran Bretaña, de sangre judía: "El mundo, decía, está gobernado por personas totalmente distintas de las que se imaginan aquellos que no ven lo que sucede entre bastidores... y la poderosa revolución que se prepara en Alemania, que pronto será una segunda reforma más importante que la primera y, por consiguiente más destructora del catolicismo, se está desarrollando bajo la mirada de los judíos." El caballero Desmousseau, que editó su libro en 1869, cree poder afirmar que de los nueve miembros que componen el consejo supremo de la Masonería, cinco son israelitas.

44. La Civiltá cattolica, revista romana, en el num. del 1 de Enero de 1881, cita el caso de un judío que se hizo sucesivamente protestante, católico, se ordenó sacerdote y, finalmente, abrazó el estado religioso. El propio interesado reconoce que, cuando era niño, su padre le había inculcado la máxima de que el hombre "*debía vivir según la religión del país que habitaba y esto para ahorrarse dificultades, ser menos molestado en su persona y en sus asuntos.*" De hecho, el niño supo aplicar esta doctrina maravillosamente. De sacerdote y de religioso que era, se volvió a hacer protestante y se casó con una protestante; poco antes, tuvo la ocasión de vivir en un país mahometano, donde había juzgado útil el vivir como un mahometano convencido.

45. Gambetta es el hijo de un judío bautizado; Reinach, su secretario, es un israelita de Frankfurt; los diputados Naquet y Sée están unidos a Gambetta por el lazo de la raza, es decir por el común origen judaico.

46. Archivos israelitas, XXV.

47. *Et ascenderunt super latitudinem terrae et circumierunt castra sanctorum et civitatem dilectam* [subieron por toda la anchura de la tierra y cercaron el campamento de los santos y la ciudad amada] (Ap 20, 9).

48. *Dicendum est Antichristum, praecipuam sedem Monarquiae suae Jerusalem collocaturum, ut in Jerosolymitano templo a se instaurato sedeat, et tamquam Deus adoretur. Haec est sententia Patrum onmium qui de antichristo scribunt. Ita ut in templo Dei sedeat.* (2 Ts 2, 4) *Quamquam enim Patres, interdum aliis modis metaphorice interpretentur templum illud, tamen sensus maxime propius et litteralis esse videtur ut de templo Jerosolymitano intelligatur* [hay que decir que el Anticristo colocará la sede principal de su Monarquía en Jerusalén, para sentarse en el templo jerosolimitano, vuelto a construir por él y ser adorado como Dios. Esta es la sen-

tencia común de todos los Padres que escriben sobre el Anticristo. De forma que se sentará en el templo de Dios. Pues aunque los Padres algunas veces interpretan 'el templo' metafóricamente o de otros modos, sin embargo el sentido más propio y literal parece ser que se trata del templo de Jerusalén] (Suárez, *Dissertatio* 59, act. 6).

49. *Quod erit sapientia et eloquentia incredibili et omnes artes et Scripturas memoriter sciet* [ya que tendrá unos conocimientos y una elocuencia increíbles, conocerá todas las artes y sabrá de memoria las Escrituras].

50. *Erit enim opulentissimus; ejus enim thesauros extollet (Dn 11, 43) Anselmus, per thesauros hos, intelligit, omnem pecuniam quae in mari vel terrae visceribus occulta delitescit; hanc enim per Daemonem Antichristo prodendam esse* [será muy rico; ya que hará crecer sus tesoros. San Anselmo entiende por estos 'tesoros', todo el dinero que hay oculto tanto en el mar como en las entrañas de la tierra; que le será entregado al Anticristo por el Demonio] (Cornelius a Lapide, *Commentarium super Epistulas ad Thessalonicenses*, p. 164).

51. *Ex fornicatione itaque nascetur, et clam educabitur, exurget, caputque attolet, atque imperio potietur* [así pues, nacerá como fruto de la fornicación, se educará escondido, se levantará elevando la cabeza, y se apoderará de un imperio] (San Juan Damasceno cap. 27). *Qui consurgere habet de modica gente, id est de populo Judaeorum, et humilis erit atque despectus, ut ei non detur honor regius, et per insidias et fraudulentiam obtinet principatum* [tiene que provenir de gente modesta, esto es, del pueblo de los judíos, y será tan vil y despreciable que no se le dará el honor regio, pero mediante insidias y fraude conseguirá el principado] (San Jerónimo, *Daniel*, 11).

52. 2 Ts 2, 9.

53. Dn 11, 37.

54. *Erit tunc tribulatio magna, qualis non fuit ab initio mundi usque modo, neque fiet* [habrá entonces una tribulación tan grande, como no la ha habido desde el principio del mundo ni la habrá] (Mt 24, 21).

55. *Cum consummati fuerint mille anni, solvetur satanas de carcere suo, et exibit, et seducet gentes quae sunt super quatuor angulos terrae* [después de mil años, Satán será librado de su cárcel, saldrá, y seducirá a las gentes que habitan los cuatro ángulos de la tierra] (Ap 20, 7).

56. *Datum est illi bellum facere cum sanctis et vincere eos* [le fue concedido hacer la guerra a los santos y vencerlos] (Ap 13, 7).

57. *Ecce cornu illud faciebat bellum adversus sanctos, et praevalebat eis* [he aquí que aquel cuerno hacía la guerra contra los santos, y los vencía] (Dn 7, 21).

58. *Nisi venerit primum discessio* [a no ser que primero se produzca la apostasía] (2 Ts 2, 3).

59. San Agustín, *La Ciudad de Dios*, libro 20.

60. *Adorabunt bestiam omnes qui habitant terram, quorum non sunt nomina scripta in libro vitae* [adorarán a la Bestia todos los que habitan la tierra, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida] (Ap 13, 8).

61. *Et faciet juxta voluntatem suam rex; elevabitur, magnificabitur adversus omnem deum; et adversus Deum deorum loquetur magnifica... Et Deum patrum suorum non reputabit, nec quemquam Deorum curabit* [el rey obrará según su deseo; se elevará y

engrandecerá frente a todo dios; y lanzará blasfemias contra el Dios de los dioses... En nada apreciará al Dios de sus padres, ni se cuidará de ningún Dios] (Dn 11, 36-37). En verdad, con estas palabras el profeta se propone directamente describir la persecución de Antíoco y la rabia que animará a este príncipe contra el pueblo del Señor. Pero, como observa Suárez, Antíoco no era más que una imagen del Anticristo y los suplicios que hizo sufrir a los judíos fieles están destinados a indicarnos sumariamente los que soportarán los cristianos de los últimos días.

62. Lehman. *Les Nations frémissantes.*

63. Ap 11, 15 y 17.

Tercera conferencia

La Resurrección de los cuerpos y el Juicio Universal

Ecce mysterium vobis dico: in momento, in ictu oculi, in novissima tuba (canet enim tuba), mortui resurgent incorrupti.

"¡Mirad! Os revelo un misterio: En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al último toque de la trompeta (porque la trompeta sonará), los muertos resucitarán incorruptos".

(1 Co 15, 51-52).

I

El mundo debe tener un fin y ese fin no ocurrirá antes de la aparición del Anticristo.

El protestantismo y la incredulidad rechazan la personalidad del Anticristo; lo consideran como un mito, un ser alegórico e imaginario. O mejor aún, no ven en este hombre de pecado, anunciado por San Pablo, sino al jefe de la lucha contra el cristianismo, al corifeo y al mesías de la Masonería y de las sectas, surgido para conducir a la civilización a su apogeo, para librarla para siempre de las tinieblas de la superstición, es decir para suprimir, en toda la extensión de la tierra, toda religión positiva y toda creencia revelada.

Pero, entre las verdades que marcan el final de nuestros destinos en el tiempo, hay una que repugna especialmente a las pasiones humanas, que el racionalismo y el libre pensamiento no cesan de combatir a ultranza, de la que hacen el punto de mira de sus sofismas más

astutos y de sus negaciones más desvergonzadas. Esta doctrina, la más gloriosa y la más consoladora para nuestra naturaleza humana, es la de la resurrección futura de nuestros cuerpos. Tan pronto como San Pablo tuvo la experiencia de Atenas, la ciencia incrédula se dedicó a sofocar esta doctrina bajo el peso de sus burlas y sarcasmos; tan pronto como llegó al tribunal del pretor Félix, al escucharle hablar, palideció y se sintió sobrecogido de espanto: *Disputante autem illo... de iuducio futuro, tremefactus Felix respondit... Vade: tempore autem opportuno accersam te* [mientras estaba hablando del juicio futuro, Félix, temblando de miedo, le dijo: Vete, cuando disponga de tiempo te llamaré][1].

Resulta de este pasaje y de otros muchos dispersos por las epístolas de San Pablo que el dogma de la resurrección de los cuerpos era el tema favorito y popular de las predicaciones del Apóstol; lo expone atrevidamente ante los pretores, en las sinagogas, en el areópago de los sabios y los filósofos de Grecia. A los ojos de San Pablo, esta doctrina de la resurrección futura es la base de nuestras esperanzas, la solución del misterio de la vida, el principio, el nudo, la conclusión de todo el sistema cristiano. Sin él, las leyes divinas y humanas quedan privadas de toda sanción, las doctrinas espirituales no son más que una inanidad. La única sabiduría es la que consiste en vivir y gozar como un animal; pues si el hombre no debe volver a la vida después de la muerte, el justo que lucha contra su propio corazón y que reprime sus pasiones es un insensato.

Los mártires que sufrieron por el honor de Cristo y que se dejaron despedazar por los leones en los anfiteatros no son más que unos agitadores y unos perturbados[2]. Desde el momento en que se admite que los destinos del hombre se circunscriben a la vida presente, la felicidad aquí abajo no está más que en el materialismo más descarado y más abyecto. El único Evangelio verdadero, la única filosofía sana y racional es la de Epicuro, que se resume en estas palabras: *Manducemus et bibamus, cras enim moriemur* [comamos y bebamos, pues mañana moriremos][3].

Para que las almas abandonen los deseos carnales y se eleven a aspiraciones dignas de su origen celestial, el Apóstol no cesa de enseñar esta gran verdad y al mismo tiempo saca consecuencias relativas a la dirección de la vida y al gobierno exterior e interior de los actos humanos. Nos dice:

> ¡Mirad! que os voy a revelar un misterio. En verdad, todos nosotros resucitaremos, pero no todos seremos transformados.
> En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al son de la trompeta, pues la trompeta sonará, los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados.
> Pues es necesario que este cuerpo corruptible se revista de incorruptibilidad, que este cuerpo mortal se revista de inmortalidad.
> Y después de que este cuerpo mortal se revista de inmortalidad, entonces se verificará la palabra que está escrita: *La muerte ha sido devorada por su victoria.*
> Oh muerte, ¿dónde está tu victoria? Oh muerte, ¿donde está tu aguijón[4]?

En los versículos que preceden a los citados, el gran Apóstol explica, no menos maravillosamente, la razón teológica y la enorme conveniencia de este misterio, del que Dios le ha nombrado intérprete y pregonero.

> El cuerpo del hombre, dice, confiado a la tierra y depositado en el sepulcro, es parecido a un grano de trigo: se siembra en la corrupción, resucitará incorruptible; se siembra en la debilidad, resucitará fuerte; se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual.
> El primer hombre, Adán, fue un alma que recibió la vida, el segundo Adán es un espíritu que da vida.
> El primero, formado de la tierra, era totalmente terrestre; el segundo, venido del cielo, es totalmente celeste...
> Del mismo modo que hemos llevado la imagen del hombre terrestre, también llevaremos la imagen del hombre celeste...
> Os digo esto, hermanos míos, porque la corrupción no heredará la inmortalidad[5].

He aquí una exposición, hecha por la mano de un maestro, clara, precisa. Cualquier interpretación que la palabra humana intente añadir no serviría más que para debilitar su energía y su claridad.

Ésta es también la verdadera fe católica, la que la Iglesia incluyó en el Símbolo que recitamos y que se canta en las Iglesias los días de sus solemnidades: *Creo en la Resurrección de la carne, espero la Resurrección de los muertos.*

San Atanasio en su Símbolo y el cuarto concilio de Letrán expresan esta verdad en términos no menos precisos y todavía más explícitos. Dicen: *Todos los hombres deben resucitar con los mismos cuerpos a los que estuvieron unidos en la vida presente.*

En efecto, si nuestros cuerpos, después de haberse disgregado y de haber vuelto al polvo de donde habían salido, no renacieran con la totalidad de sus miembros, con todos sus elementos sustanciales y constitutivos; si no reaparecieran con el mismo aspecto y los mismos rasgos faciales, hasta el punto de que los que nos vuelvan a ver el día del juicio nos reconozcan inmediatamente como nos conocieron aquí abajo, no podría llamarse nuestro renacer una resurrección, sino una nueva creación.

Es pues muy cierto que en el juicio seremos idénticamente los mismos; que los pies que nos van a sostener entonces serán los mismos pies que nos llevaron y nos sostuvieron durante nuestro exilio, durante los días de nuestro peregrinaje en el tiempo; que la lengua que nos va a permitir hablar será la que antaño se desató para la alabanza divina o para la blasfemia; que los ojos con los que veremos serán los mismos que se abrieron a los rayos del sol que nos alumbra; que el corazón, que latirá en nuestros pechos será el mismo corazón que consumieron los ardores del amor divino o que se dejó devorar por las llamas impuras de la voluptuosidad.

Ésta era la inconmovible esperanza de Job. Sentado en su estercolero, corroído por la podredumbre, pero con la frente serena, la mirada radiante, atraviesa de un salto su pensamiento toda la duración de los siglos. Sobrecogido por un santo arrobamiento, contempla con la claridad de la luz profética el día en que sacudirá el polvo de su ataúd y exclama: *Yo sé que mi Redentor vive, que renaceré del polvo, que seré de nuevo cubierto por mi carne y que veré a mi Redentor con mis propios ojos y no con los de ningún otro*[6].

Esta doctrina de la resurrección es la clave de bóveda, la piedra angular de todo el edificio cristiano, el eje y el centro de nuestra fe. Sin ella, no hay redención, nuestras creencias y nuestra predicación son vanas, toda la religión se hunde por la base: *Inanis est ergo praedicatio nostra, inanis est fides nostra* [inútil es nuestra predicación, inútil nuestra fe][7].

Los escritores racionalistas han pretendido que esta creencia en la resurrección no estaba contenida en el Antiguo Testamento, que data del Evangelio. Nada es más falso. Es suficiente recorrer la larga cadena de las tradiciones mosaicas y prestar oído a las voces de los Patriarcas y de los profetas: les vemos estremecerse de alegría y esperanza, con la perspectiva de la inmortalidad prometida, saludar

esta vida nueva que poseerán más allá de la tumba y que no tendrá término. Dice el libro del Éxodo: *Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.* Y Jesucristo, en San Mateo, se sirve de este pasaje para demostrar a los judíos la verdad de la Resurrección: *Respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os dijo Dios: Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Pues no es un Dios de muertos, sino de vivos*[8].

La madre de los Macabeos, en pie en medio de la sangre y de los miembros mutilados y esparcidos de sus hijos, no se paralizó de espanto y le dijo al impío Antíoco: *Sábete, hombre desalmado y perversísimo, que aunque tú nos quitas la vida presente, el Señor del mundo va a recibirnos a nosotros que morimos por sus leyes y Él nos resucitará en el día de la Resurrección*[9].

Esta creencia en la Resurrección no era para los santos del Antiguo Testamento solamente un símbolo, una doctrina especulativa; era su fe fundamental expresada con hechos, con las obras de su vida. Las instituciones que nos dejaron son la representación y la figura de esta fe. San Jerónimo dice:

> El primero de todos es Abel, cuya sangre grita al Señor, testimonio de su esperanza en la Resurrección de los cuerpos. Después, viene Henoc, arrebatado para evitar su muerte: es tipo e imagen de la Resurrección. En tercer lugar, Sara, cuyo seno estéril y extenuado por la vejez concibió y trajo al mundo un hijo, nos muestra la esperanza de la Resurrección. En cuarto lugar, Jacob y José, al recomendar que recogieran sus huesos y los enterraran con honor, manifiestan su fe en la Resurrección. En quinto lugar, la vara seca de Aarón que brotó y dio frutos y la vara de Moisés que por orden de Dios tomó vida y se convirtió en serpiente, nos ofrecen una sombra y un bosquejo de la Resurrección. En fin, Moisés, que bendecía a Rubén y decía que Rubén vivía y no moriría jamás, cuando hacía mucho tiempo que había abandonado esta vida, ¿no es un testimonio de que deseaba la Resurrección y la vida eterna?[10].

Y si no se quiere ver en estas interpretaciones sino alegorías e interpretaciones místicas, terminaremos esta enumeración con las palabras precisas de Daniel, que no dejan ninguna duda sobre la fe universal y constante del Antiguo Testamento en la Resurrección futura, dice: *Mirad que la multitud de los que duermen en el polvo de la tierra despertará, unos para la Vida eterna, otros para el oprobio*[11].

Esta verdad, afirmada por la escrituras, es proclamada en voz alta por la razón y la filosofía cristiana.

La filosofía abarca, en su vasto campo, todo lo que toca a la naturaleza de Dios, del hombre y del mundo. Por tanto, el dogma de la Resurrección se deduce de las nociones que nos proporciona la filosofía en los tres campos a los que extiende su dominio y ejerce sus investigaciones.

En primer lugar, el dogma de la Resurrección se desprende de nociones que nos proporciona la filosofía sobre la naturaleza de Dios.

La filosofía cristiana nos enseña que Dios es la causa eficiente, ejemplar y final de todos los seres que hay en el mundo. Los creó libremente, con una soberanía y una independencia absolutas y a todos los ha marcado más o menos con el carácter de su semejanza y de sus infinitas perfecciones. Sin embargo, el cuerpo humano, moldeado por sus propias manos, vivificado con su aliento, es el súmmum de las maravillas, la obra maestra de su sabiduría y de su bondad. Por la belleza y la elegancia de su estructura, por la nobleza de su porte y los esplendores que lo iluminan, el cuerpo del hombre sobrepasa en proporciones infinitas a todos los otros seres materiales salidos de las manos de Dios.

En efecto, mediante el cuerpo el espíritu manifiesta su poder y ejerce su realeza. Tertuliano dice:

> El cuerpo es el órgano de la vida divina y de los sacramentos. Es el cuerpo el que es lavado en las aguas bautismales, para que el alma reciba su blancura y su claridad. Es el cuerpo el que es ungido por el óleo y la unción del Espíritu Santo para consagrar el alma. Es el cuerpo el que recibe la imposición de las manos para que el alma sea iluminada y pueda derramar bendiciones. Es el cuerpo el que recibe la Eucaristía y bebe la sangre divina, para que el hombre, convertido en uno con Cristo y compartiendo con Él su propia vida, pueda vivir eternamente[12].

Es también el cuerpo el que eleva las manos para la plegaria y el que se inclina para la adoración. Es el cuerpo el que se extenúa con los ayunos y las maceraciones, el que se ofrece en holocausto en los patíbulos y las hogueras, el que se consume en el martirio y ofrece a Dios este testimonio de amor, que no es absoluto e irrevocable hasta que es sellado por la muerte y expresado por el derramamiento de la sangre.

El cuerpo del hombre, instrumento de los trabajos más heroicos, canal de todas las bendiciones y todas la gracias, soldado del testimonio, sacerdote y altar del Sacrificio, *esposa virginal de Cristo*, ¿será semejante a la hierba del campo, sólo tendrá un instante de brillo y de vida para convertirse en un puñado de cenizas, en botín de los gusanos y huésped eterno de la muerte? Esto sería una blasfemia contra la Providencia y un ultraje a su infinita bondad.

El dogma de la Resurrección de los cuerpos se deduce de las nociones que nos proporciona la filosofía cristiana sobre Dios y, en segundo lugar, de las que nos proporciona sobre la naturaleza del hombre.

El hombre, en efecto, se compone de dos sustancias: el espíritu y el cuerpo. Estos dos principios están unidos por lazos tan íntimos y tan profundos, hay entre ellos una reciprocidad y una relación tan estrecha que, sin la mediación del cuerpo, el espíritu por sí mismo no puede ejercer ninguna de sus operaciones.

Es semejante a un soplo que no puede sonar si falta el órgano; a una lira con las cuerdas rotas y sin tensar que no hace vibrar el aire y permanece muda, sin acento y sin eco.

Así, el ama sin el cuerpo no puede entrar en relación con el mundo exterior y sensible; no puede ver ni oír; no puede ejercer su acción ni su soberanía sobre la materia, ni dominar los elementos, ni saborear los frutos, ni aspirar el olor de los perfumes.

Y la boca, esta boca que puede hacer que se oigan acentos de oro, que se ha abierto tantas veces para la enseñanza y la alabanza, de por sí no es más que un miembro seco y árido, del que el alma ya no puede servirse para mover los corazones e iluminar los espíritus. Sin duda, así lo enseña Santo Tomás: Dios, después de la muerte, otorgará a las almas separadas una forma de existencia que les permita conocerse, hablar y comunicarse entre ellas, sin el auxilio de los órganos corporales, que ya no tendrán. Pero este será un modo milagroso, excepcional, fuera de las condiciones y de las leyes normales del ser humano.

Lo que es cierto es que, por ella misma, hecha abstracción de esta capacidad que Dios en su omnipotencia añadirá después de la muerte a nuestro ser, el alma privada de su cuerpo no es más que una sustancia mutilada, solitaria, excluida de todo comercio y de toda relación con el mundo de los vivos.

Por tanto, si me preguntáis por qué el Creador ha querido unir en el mismo sujeto dos principios tan dispares, con esencia y propiedades tan contrarias, como son el espíritu y el cuerpo; por qué no quiso que el hombre fuera, como el ángel, una inteligencia pura... os responderé que Dios ha obrado así para que el hombre fuera verdaderamente el rey, el compendio de todas sus obras, para que, a imitación de Cristo, *recapitulara* en su persona l*a universalidad de los elementos y de los seres creados*, para que fuera el centro de todas las cosas, para que, uniendo el espíritu y el cuerpo, el orden visible y el invisible, pudiera servir de intérprete a ambos y ofrecerlos simultáneamente al Altísimo en su homenaje y su adoración.

De esto se desprende que si el hombre debiera ser despojado de su cuerpo para siempre, la creación material y visible ya no tendría mediador ni pontífice, ya no tendría voz para dirigir a Dios su himno de reconocimiento y de amor y el lazo que une los seres inanimados al Creador se rompería para siempre.

Por tanto, si Dios ha resuelto no reducir de nuevo su obra a la nada, si esta tierra santificada por los pasos de Cristo está destinada a subsistir eternamente, radiante y renovada, es necesario que el hombre renazca a una vida futura para reconquistar el cetro y la realeza. De ello se deduce, además, que la muerte no es una ruina, sino una restauración. Si Dios ha decretado que nuestra morada terrestre sea disuelta un día, no es para quitárnosla, sino para devolvérnosla sutil, inmortal, impasible, de forma semejante, dice San Juan Crisóstomo, a un arquitecto que obliga a dejar la casa durante un tiempo, para volver a ella con más satisfacción una vez rehabilitada, más luminosa y más bella.

La conveniencia y la necesidad de la Resurrección se desprenden de la naturaleza del hombre; finalmente también se desprenden de las leyes y de la naturaleza del mundo.

La ley del mundo, dice Tertuliano, es que todo se renueva y que nada perece. Así, las estaciones se suceden en su devenir, los árboles se desprenden de sus frutos en otoño, sus hojas amarillean y se secan como un adorno marchito; pero la primavera que sucede al otoño reverdece de nuevo los árboles, sus retoños y sus hojas brotan y los adornan con una nueva corona de flores y de frutos. Así, el grano y la semilla confiados al surco de la tierra se pudren y parecen disolverse por efecto de la humedad y de la acción del aire; pero atravie-

san la superficie del suelo y renacen con más esplendor en forma de espigas rejuvenecidas y renovadas para el día de la siega. Así, el sol, cuando declina el día, se desvanece en las sombras del crepúsculo, donde parece diluirse en las profundidades del océano; pero a la mañana reaparece de nuevo a la hora que tiene señalada, para iluminar la tierra e incendiar el aire con su luz y sus destellos.

La muerte no es más que un sueño y un estado de latencia. Es un reposo, un silencio, donde los seres que parecen inmóviles y sepultados se están volviendo a formar, donde recobran una nueva vitalidad y una nueva energía: en el sepulcro donde duermen están sometidos a un trabajo de incubación y refundición, del que saldrán más esbeltos, más libres y transformados, de forma parecida a una antorcha apagada que se vuelve a encender con mayor esplendor por el soplo del hombre que la reanima, parecido también a esas larvas que se rodean de un capullo de barro y que, después de encerrarse en su tumba, vuelven a salir revestidas de un fuerza nueva, despliegan sus alas brillantes y no se posan sino sobre las flores.

Hay aquí cuestiones que exigen ser aclaradas. Está dicho que los muertos despertarán al son de la trompeta. Está dicho que los hombres resucitarán, pero que no todos serán cambiados. Finalmente, muchos se preguntan si los hombres resucitarán en el mismo estado y con la misma edad que tenían cuando murieron aquí abajo.

En el capítulo sobre el temor al juicio, San Jerónimo, al comentar las palabras de San Pablo *al son de la trompeta, porque la trompeta sonará*, dice: *al son de la trompeta toda la tierra se sobrecogerá de espanto.* Y un poco más adelante: *Estéis leyendo, durmiendo, escribiendo o velando, ¡que esta trompeta resuene siempre en vuestros oídos!*[13]

Esta trompeta cuyos sonidos penetrarán las oscuras cavernas del abismo e irán a despertar de su largo sueño a los padres del género humano, ¿tendrá un sonido material?... Se puede admitir. Los ángeles, que ese día se revestirán de cuerpos aéreos para poder ser vistos por todos los hombres, pueden también fabricar, con los diversos elementos y sustancias del aire, instrumentos materiales capaces de emitir verdaderos sonidos. Sin embargo, si esta explicación no convence a alguien, puede atenerse a la explicación de Santo Tomás: nos dice que San Pablo no emplea la expresión trompeta sino como una alegoría, como una imagen... Al igual que los judíos, se servían de la

trompeta para convocar al pueblo a las grandes solemnidades, para excitar a los soldados al combate, para dar la señal de la recolección de los campos, así la voz del ángel es denominada por semejanza *trompeta*, a causa de su poder, de su estrépito y de la eficacia que tendrá para convocar a todos los hombres instantáneamente un el mismo lugar.

En segundo lugar, está dicho que *todos los hombres resucitarán, pero no todos serán cambiados*. Es cierto que los réprobos resucitarán con todas sus facultades físicas e intelectuales, con la integridad de sus miembros y que sus cuerpos no estarán sujetos a ninguna enfermedad, ni alteración; pero, despojados del vestido nupcial de la caridad, no serán revestidos de las cualidades de los cuerpos gloriosos. No renacerán ni transfigurados, ni luminosos, ni sutiles, sino tal como estaban sobre la tierra, es decir pasibles, opacos, encadenados a la materia y a la ley de la gravedad. No sentirán menos la intensidad y la violencia del fuego. Este fuego les hará sufrir más, ya que dotados de un estado de salud perfecto, en plena posesión de su vigor físico e intelectual, serán por ello más sensibles a su energía y a su acción. El fuego de los réprobos es un fuego encendido por el soplo de la justicia de Dios, creado únicamente para castigar; en consecuencia, sus ardores están en proporción a la sensibilidad y a las diversas condiciones de los temperamentos. Y se recibirá en proporción al número y la magnitud de los crímenes a castigar, como está dicho: *ignis eorum non extinguetur* [su fuego no se apagará]. Este fuego consumirá sin destruir. Se apoderará de sus víctimas como su botín, sin alcanzar sus órganos, sin que su carne sufra jamás ningún desgarrón o ninguna lesión[14].

Finalmente, ¿resucitarán los hombres con la misma edad que tenían en el momento de la muerte?

La opinión más probable y más conforme con la Sagradas Escrituras es que resucitarán "con la edad del hombre perfecto, según la edad de la plenitud de Jesucristo, *in virum perfectum, in mensuram plenitudinis Cristi*[15]. En otras palabras, todos los hombres restaurados según el modelo y la imagen de Jesucristo, en la medida y el grado que les correesponda según sus méritos, renacerán en la madurez, en el pleno desarrollo de su ser y de su constitución física, como Cristo el día de su Resurrección y Ascensión, cuando, entrando en la beatitud, tomó posesión de su soberanía eterna.

En fin, *¿la Resurrección tendrá por único autor a Cristo, o se realizará por medio de los ángeles?* Mi respuesta es que se cumplirá directamente por la virtud de Jesucristo, pero que también los ángeles, que son sus ministros, serán llamados a cooperar y a prestarle su ayuda... Pues, está dicho en el Evangelio de San Juan, capítulo 5: *Ha llegado la hora en la que todos los que están en las sepulturas oigan la voz del Hijo del Hombre*[16] y en otro lugar San Mateo, capítulo 24, dice: *Enviará a sus ángeles con la trompeta y una gran voz y reunirán a sus elegidos de los cuatro vientos*[17].

Así que Jesucristo, en calidad de rey y de jefe, dará la señal; pronunciará su orden y dejará a sus ángeles el cuidado de recoger los elementos esparcidos que pertenecieron a nuestros cuerpos y que están destinados a reconstituirlo.

A estas verdades fundadas en las Sagradas Escrituras, la ciencia escéptica y burlona opone objeciones, derivadas de las leyes que conforman el orden presente y que estima perentorias e irrefutables.

Dicen: los ángeles, o si se quiere, cualquier otro tipo de seres superiores, aunque sea muy alto su grado de clarividencia, ¡cómo llegarán jamás a recoger y discernir los restos y los elementos de todos los cuerpos humanos, esparcidos por todos los continentes, dispersos bajo todos los cielos, tragados por los mares, disueltos unos, convertidos otros en vapor, otros en savia vegetal, los cuales han servido muchas veces para la formación de otros seres orgánicos y vivos! Puesto que las mismas partículas de sustancia habrán pertenecido a través del tiempo a una diversidad infinita de cuerpos, ¿será capaz el ángel de asignarlas preferentemente a un sujeto determinado?

Es fácil responder que cuando los ángeles reciban la orden de reunir las cenizas de los muertos, ya sea por su propia ciencia natural, ya sea por el auxilio de una revelación de lo alto, conocerán inmediatamente los elementos y las partes materiales que deben constituir cada cuerpo humano; sabrán en qué lugar de la tierra o del mar están estas partes materiales, bajo cualquier forma que subsistan. Es una creencia piadosa, que cada ángel se interesará más especialmente por el sujeto humano que Dios le confió antaño para su guarda. ¿Se puede suponer que estos buenos ángeles abandonen los restos de los seres sobre los que debieron velar con una atención y una solicitud tan delicada? ¿Que no los sigan a través de todas sus transformaciones y que en el momento preciso no tengan el medio y el poder de en-

contrar sus cenizas? Por otra parte, ¿no son los ángeles los mandatarios de Dios? Y ¿cómo admitir que Dios que lo ve todo, que está presente en el átomo, en la brizna de hierba, en cada grano de arena de las orillas del mar, no puede hacerles discernir las partículas de nuestros cuerpos[18], que Él abarca con su mirada y en las que habita sustancialmente[19] por su inmensidad?

Observemos, no obstante, que el trabajo de los ángeles se reducirá a juntar, en el lugar deseado, los restos y las partículas de nuestro cuerpo; respecto a la organización de estos diversos elementos y la transmisión del espíritu de vida a nuestros cuerpos reconstituidos, esto, dice Santo Tomás, es una obra creadora que excede el poder de la naturaleza angélica y que se obrará directa e inmediatamente por la fuerza de Dios.

Por ello, la Resurrección será instantánea: sucederá, dice San Pablo, en un abrir y cerrar de ojos, en un instante imperceptible, como el relámpago. Los muertos, que duermen su sueño tras largos siglos, oirán la voz de su creador y le obedecerán con la misma prontitud que con la que le obedecieron los elementos en la época de los seis días: *Dixit et facta sunt* [lo dijo y se hizo].

Se sacudirán las brumas de su noche secular, se librarán de la opresión de la muerte con mayor agilidad que la de un hombre dormido que se despierta sobresaltado. Lo mismo que Jesucristo salió antaño fuera de su sepulcro con la rapidez del rayo, que en un instante se despojó de su sudario, que hizo mover por medio de un ángel la piedra que sellaba su sepulcro[20] y tiró al suelo a los soldados, medio muertos de pavor, así, dice Isaías, en un espacio de duración tan imperceptible, será precipitada la muerte: *Praecipitabit mortem in sempiternum* [arrojará a la muerte para siempre][21]. El océano y la tierra abrirán las entrañas de sus profundidades para devolver a sus víctimas, como la ballena que engulló a Jonás abrió su boca para arrojarlo en la ribera de Tarsis[22]. Entonces, los hombres, libres de sus mortajas como Lázaro, entrarán transfigurados en una vida nueva e interpelarán al enemigo cruel que había acariciado la idea de tenerlos encadenados en una cautividad sin fin. Le dirán: "Muerte, ¿dónde está tu aguijón?, Muerte, ¿Dónde está tu victoria? Muerte, has sufrido la ley del talión y tú te has amortajado a ti misma en tu efímero triunfo: *Absorpta est mors in victoria tua* [la muerte ha sido sepultada en tu victoria][23].

Hay una objeción insensata y burda que creo útil señalar. Es la de los materialistas de nuestro tiempo.

El cuerpo humano, dicen, se compone y se recompone sin cesar, por la edad, la enfermedad, los cambios de los elementos, sobre todo por la nutrición. Está sujeto a pérdidas y compensaciones constantes. Los miembros enflaquecen y engordan, los cabellos caen y se reponen. Está constatado que el hombre anciano ya no tiene en su carne ni una sola partícula, ni un átomo de sangre ni de los humores que entraron en la composición de su estructura material en el tiempo en que aún era un niño.

Todo este polvo, todos estos residuos diversos, cuya cantidad es incalculable, que han servido de elementos para su vida orgánica, ¿le serán restituidos en el momento en que renazca de sus cenizas? Si no le son devueltos, si va a permanecer sin ellos, ¿cómo se puede afirmar que renacerá con el mismo cuerpo que tuvo en esta vida? Si, por el contrario, resucita con todos estos elementos que han formado parte de su constitución, en este caso, el cuerpo resucitado de los elegidos, que debe estar lleno de armonía y perfección, no será más que una aglomeración de elementos informes y defectuosos.

Hace ya mucho tiempo que la ciencia verdadera hizo justicia a la inconsecuencia e inanidad de tal teoría. En nuestros días, un divulgador serio, un teólogo eminente, versado en el conocimiento de las ciencias naturales e iniciado en todos los tesoros de las ciencias sagradas, ha rechazado con una argumentación irrefutable estas doctrinas tan despreciables como presuntuosas e insensatas.

> En el cuerpo del hombre hay cosas esenciales y otras adventicias y accesorias. Lo que tiene de esencial, es lo que no tiene en común con nadie, lo que posee sólo él, lo que sólo él poseerá siempre, que es lo que tenía en el momento en el que fue informado, animado y vivificado por su alma. Estos elementos esenciales los conservará siempre, serán siempre suyos. El resto, lo que es proporcionado por la nutrición, por la digestión, por la asimilación, no es él. Puede perderlo y lo pierde sin dejar de ser él. Con estos elementos esenciales y personales es con los que Dios resucitará tanto a los cuerpos espirituales y gloriosos, como a la inmortal corrupción de los réprobos. Siendo los mismos el alma y los elementos germinales o constitutivos, el resto importa poco, y la identidad subsistirá eternamente.
>
> Por otra parte, está rigurosamente demostrado:
>
> 1º que, en un cuerpo tan grande como la tierra, hay suficientes hue-

> cos y poros para poderlo concebir reducido al volumen de un grano de arena;
> 2º de la misma manera que, en un grano de arena hay suficientes partes, átomos y moléculas separables, como para formar un globo tan grande como la tierra.
> A la vista de estos dos grandes misterios de la naturaleza, tan abrumadores, ¿osaríamos discutir la posibilidad de la resurrección del cuerpo humano con sus elementos esenciales y primordiales[24].

Terminamos esta exposición del dogma de la Resurrección recordando su magnificencia y su sublimidad. La Resurrección será un espectáculo impresionante y grandioso, por encima de todos los que la tierra ha servido como teatro y que eclipsará a la propia solemnidad de la creación primera. El cuadro más bello lo describe el profeta Ezequiel, en el capítulo 37, versículos del 1 al 13:

> Un día se extendió sobre mí la mano del Señor, fui arrebatado en espíritu y transportado en medio de una planicie llena de montones de huesos humanos, como pirámides funerarias. Estos montones eran innumerables, resecos, sin brillo, prestos a convertirse en polvo: *Siccaque vehementer* [totalmente resecos]. El Señor me dijo: "Hijo de hombre, ¿piensas que estos huesos pueden revivir?" Yo le respondí: "Señor, Tú lo sabes". El Señor me dijo: "Profetiza sobre estos huesos secos; diles: 'Huesos secos, escuchad la voz del Señor: *Ossa arida, audite verbum Domini*. Pondré en vosotros nervios, os cubriré de carne, os soplaré y viviréis'". Y yo profeticé, como me había sido ordenado .
> Inmediatamente se produjo una gran agitación, los cielos y la tierra fueron sacudidos con estrépito: *Factus est autem sonitus... et ecce commotio* [se produjo un estrépito y una conmoción]. Estos huesos, inmóviles durante tantos siglos, se buscaron recíprocamente, se acercaron, se encajaron y juntaron los unos con los otros; la carne, formada como por encantamiento, se extendió sobre los esqueletos, revistiéndolos con la frescura de la vida: *Extenta est in eis cutis desuper* [y la piel se extendió por encima adornándolos]. Sin embargo, no había vida en ellos: *Spiritum non habebant* [no tenían vida]. Dijo el Señor: "Hijo de hombre, profetiza al espíritu para que vuelva: *Vaticinare ad spiritum* [llama al espíritu]". Le dije: "He aquí lo que dice el Señor: 'Ven, espíritu de los cuatro vientos, acude y despierta con tu soplo de vida a estos antiguos compañeros: *Insufla super interfectos istos et reviviscant* [sopla sobre estos muertos y que vivan]'".
> Al instante, el espíritu, dócil, tomó posesión de sus antiguas moradas, el calor de la vida penetró en los cadáveres fríos. Como las olas

del océano, como un campo de espigas acariciado por el soplo del viento, se vio moverse en la planicie silenciosa un ejército innumerable, un bosque de seres humanos: *Steteruntque super pedes suos, exercitus grandis nimis valde* [y se pusieron de pie, como un ejército inmensísimo].

Hijo de hombre, estos esqueletos secos representan a la innumerable casa de Israel; porque mis promesas no se cumplen inmediatamente, esta generación rebelde pierde la confianza y dice: "Nuestros huesos se han secado para siempre, nuestras esperanzas se han desvanecido, los consuelos de nuestra fe son falaces; no nos queda más que saborear los placeres de la vida y distraer nuestras penas, pues hemos sido borrados para siempre del número de los vivos". Por eso, te mando que les digas: "Hijos de Israel, levantad la cabeza, se aproxima la hora de vuestra redención. Yo abriré vuestras tumbas, destrozaré esta barrera del sepulcro, que os parece eterna, os introduciré en la tierra de la felicidad, que perseguís con tantos sacrificios y tantos esfuerzos: *Et inducam vos in terram Israel* [y os introduciré en la tierra de Israel]".

II

Una vez realizada la Resurrección, el juicio es su consecuencia inmediata y tendrá lugar sin dilación. No es posible concebir a la innumerable familia humana, formada por la larga cadena de todas las generaciones, aglomerada sobre la limitada superficie de esta tierra, buscando los vestigios de los lugares que habitaron antaño y obligada de nuevo a regarlos con su sudor y a disputarse las parcelas.

Es evidente que la humanidad resucitada entrará en otro orden de existencia y que la divina Bondad está obligada a abrirle nuevas estancias, nuevas habitaciones. Estas habitaciones serán distintas, según los méritos o deméritos de cada uno. Los justos entrarán en el Cielo empíreo, los réprobos irán a llenar los abismos tenebrosos del odio y de la maldición.

Es inútil refutar a los impíos que rechazan esta manifestación suprema de la Justicia, este desenlace solemne de los destinos humanos.

El juicio universal es un hecho cierto, anunciado por todos los profetas; es una verdad sobre la que Jesucristo no dejó de insistir, una verdad aceptada por la razón, de acuerdo con la ley de la conciencia y de todas las normas éticas.

En la Sagrada Escritura, cada vez que se habla de este día del juicio se le designa con las palabras: *Dies Domini, dies irae* [Día del Señor, día de la ira] o con otros términos análogos. Estas expresiones se deben entender referidas al juicio universal que tendrá lugar al final de los tiempos. Así, está escrito: "En verdad os digo, que en el día del juicio habrá para Tiro y Sidón menos rigor que para vosotros"[25]. "El día del juicio, las tierras de Sodoma serán tratadas con mayor indulgencia"[26]. "El día del juicio vendrá como un ladrón que se introduce durante la noche"[27]. "No os dejéis trastornar, dice San Pablo, como si el día del Señor estuviera a punto de llegar"[28]. Los profetas están llenos de frases semejantes: "El día del Señor está próximo, dice el profeta Sofonías, día de amargura y de cólera, día de tribulación y de angustia, de calamidad y de miseria, de oscuridad y tinieblas, día en el que habrá clamores y en el que las trompetas sonarán con estrépito"[29].

Jesucristo habla más explícitamente en Mt 3, 12: "El Señor se mostrará como un padre de familia que va a limpiar su parva. Con el bieldo en las manos separará el grano de la cizaña, reunirá el trigo en su granero y la cizaña se la dará como pasto a las llamas"[30].

Y en otra parte, en Mt 13, 47-51:

> El reino de Dios es semejante a una red que, arrojada al mar, recoge toda clase de peces. Y cuando está llena, los pescadores la sacan y, sentados en la orilla, escogen los buenos, los ponen en los cestos y arrojan fuera los malos. Así sucederá en la consumación de los siglos. Saldrán los ángeles y separarán a los malos de los justos y los arrojarán al horno de fuego. Allí habrá llantos y rechinar de dientes. Y volviéndose hacia sus discípulos, les dijo: "¿Habéis comprendido todo esto?" Los discípulos respondieron: "Lo hemos comprendido..."

A estos textos de la Escrituras añadimos el testimonio de Santo Tomás, que nos da tres razones teológicas de la oportunidad y la conveniencia del juicio universal.

La primera de estas razones consiste en el hecho de que las obras buenas o malas del hombre no son siempre actos aislados y transitorios; con mucha frecuencia, sobre todo si se trata de jefes de naciones o de quienes están investidos de la autoridad pública, sus actos continúan existiendo, después de ser consumados; sea en la memoria de otros hombres, sea en la voz pública, como consecuencia de la resonancia que han tenido o del escándalo que han causado. Así un

crimen secreto, a primera vista, no parece sino un acto privado y personal, pero puede convertirse en *social* por sus efectos. Sin ninguna duda, es de fe que hay un juicio particular y que todo hombre, en el momento de su último suspiro, aparecerá ante el tribunal de Dios, para escuchar su sentencia eterna. Pero este juicio no es suficiente, es indispensable que sea seguido por otro juicio público, en el que Dios no examinará ya las acciones aisladas y tomadas en sí mismas, sino que las examinará en sus efectos con respecto a los otros hombres, los bienes o los males que se han derivado para las familias y los pueblos; en una palabra, las consecuencias que han producido y que los que las cometieron estaban obligados a prever.

La segunda razón de la necesidad de esta manifestación pública que da el Doctor Angélico es la de los falsos juicios y las apreciaciones erróneas de la opinión humana. La mayoría de los hombres, incluso los más ilustrados y sabios se dejan fácilmente influenciar y engañar. No pueden ver el fondo íntimo de las almas y no pueden leer lo que es secreto e interior: por ello sucede que forman generalmente sus juicios por las apariencias, por lo que es visible y exterior. De ello resulta, además, que los hombres de bien son tratados a menudo con severidad injusta, no reconocidos y dañados en su reputación. Por otra parte, la ruindad de un gran número de hombres queda desconocida, gozan de la estima y la confianza públicas y la gente les otorga la consideración y las alabanzas que no son debidas más que a los justos. Hace falta, pues, que se pongan al descubierto todos los disfraces, que se hagan caer las máscaras de todas la hipocresías y se señalen todas las dobleces ocultas y todas las virtudes falsas y de mala ley. Este juicio, nos dice San Juan, no tendrá lugar "según la carne, ni según lo que ven los ojos y oyen los oídos", sino que se hará a la claridad deslumbradora de la luz de Dios, con el discernimiento de todas las intenciones y de todos los deseos, con la plena visión de lo que los corazones han tenido más secreto y misterioso *corda omnium intuendo* [viendo los corazones de todos][31].

Finalmente, la tercera razón, dada por Santo Tomás, es que Dios gobierna a los hombres por medios adecuados a las condiciones de su naturaleza y los juzgará según las promesas que les ha hecho y las esperanzas que en ellos ha suscitado. Ya sea recompensando, ya sea castigando, Dios debe, según su sabiduría, guardar las normas y las proporciones de la justicia distributiva, tal como la ha fijado aquí abajo. Por eso, San Pablo compara la vida presente con un estadio, una com-

petición, una plaza de arena[32]; nos presenta al hombre como un viajero, como un soldado, como un atleta lanzándose a la consecución de la corona; nos muestra la Vida eterna, designándola con los nombres de "palma, triunfo, corona de justicia, corona de vida y de gloria". Es, pues, necesario, para que la recompensa corresponda realmente a la promesa, que sea otorgada en asamblea pública, con una solemnidad y una pompa dignas de quien la otorga, en presencia de todos los que participaron el la lucha, de todos los enemigos sobre los que los santos triunfaron, como era acostumbre actuar en la antigua Roma y en Grecia, en presencia de sus guerreros vencedores y de sus héroes.

¿En qué lugar tendrá lugar el juicio final? Nadie lo sabe con certeza de fe, pero la opinión general de los Padres, la de Santo Tomás, es que tendrá lugar en el valle de Josafat.

Las Sagradas Escrituras llaman con este nombre la región por donde corre el torrente Cedrón, que rodea los contornos de la ciudad de Jerusalén y el Calvario, extendiéndose hasta el monte de los Olivos. En efecto, ¿no es apropiado que Jesucristo se manifieste en su gloria, en los mismos lugares que sirvieron de escenario a su agonía, donde le vieron sufriendo y abatido? Esto es lo que insinuaban los ángeles a los discípulos cuando les dijeron: *Hic Jesus qui assumptus est a vobis sic veniet* [este Jesús que os ha sido llevado, volverá de igual modo][33]. ¿No es también muy conveniente que esta parte de la tierra donde fue creado el primer hombre[34], donde el Hijo de Dios llevó a cabo la Redención y la salvación de los hombres, sea también donde los santos reciban en plenitud los frutos de su Pasión y de su Muerte, donde participen de su Ascensión gloriosa y donde Jesucristo tome justa venganza de sus perseguidores y de todos los que se hayan negado a lavar sus almas en la infinita virtud de su sangre?

Por esto escribe el profeta Joel, en el capítulo 4: "El Señor rugirá desde Sión y su voz atronará desde Jerusalén." Y en el mismo capítulo 4 dice también: "Yo reuniré a todas la naciones y las llevaré al valle de *Josafat*, donde entablaré con ellas una gran discusión[35]."

Es, pues, una verdad indudable que el juicio se realizará en el valle de Josafat.

Inútilmente se nos objetará que esta afirmación no se puede sostener, que basta esta única consideración para refutarla: que siendo el Valle de Josafat un espacio menos amplio y más estrecho que la

mayor parte de los valles de los Alpes, es inadmisible que pueda contener los millones de millones de seres humanos que han vivido y todavía vivirán en la tierra.

San Pablo, en la epístola a los Tesalonicenses, resuelve y aclara esta dificultad: Nos recuerda que el día del juicio los elegidos resucitados no se aglomerarán sobre la tierra, "sino que se elevarán por los aires al encuentro de Jesucristo". Nuestro Señor Jesucristo descenderá desde la región de los aires, situada sobre el valle de Josafat, y es allá donde, circundado por sus ángeles, se sentará en el trono de su Majestad. ¿No es conveniente que, dada la importancia del Juicio, sea celebrado en un lugar eminente, por encima de todos, para que todos los hombres puedan verlo y oírlo? ¿No es equitativo que, teniendo en cuenta los méritos y las perfecciones, les sea concedido a los elegidos un lugar honroso y más próximo al Juez Soberano? ¿Y que, libres de la gravedad y en posesión de cuerpos gloriosos y sutiles, no tengan necesidad de pisar la tierra? Sólo los réprobos serán retenidos en la tierra[36]; pero como observa Suárez, sería injusto que los representásemos rodeados y acorralados en los estrechos límites del valle de Josafat; será tal su multitud que serán necesarios los lugares circundantes: el monte de los olivos, la montaña de Sión, el emplazamiento donde estaba la ciudad de Jerusalén, incluso espacios más alejados. Y si está dicho que el juicio tendrá lugar en el valle de Josafat, es porque Jesucristo erigirá su trono encima de él y porque este valle será el lugar donde los hombres comenzarán a congregarse.

¿Quién realizará el juicio? Lo realizará Jesucristo; y precisamente no en tanto que Él es Dios, en tanto que posee la misma sustancia y la misma vida del Padre, sino por Jesucristo en cuanto encarnado en el tiempo y denominado el *Hijo del Hombre*. Está dicho en San Juan, capítulo V: "El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. Y le ha dado el poder de juzgar, porque *Él es el Hijo del Hombre*"[37]. En efecto, en cuanto Dios, Jesucristo es igual a su Padre, la expresión y la imagen de su poder soberano; Él posee *por naturaleza* junto con las otras dos personas divinas el derecho que ellas tienen de juzgar. Desde este punto de vista, Jesucristo no ha recibido una segunda investidura; solamente al considerarlo como hombre San Juan ha podido decir que Él debe ser honrado por todos a causa del poder de juzgar que le ha conferido su Padre.

En el versículo siguiente, San Juan nos muestra que Jesucristo ha recibido el poder de devolver la vida a los muertos. *Llega la hora en la que todos los que están en los sepulcros escucharán la voz del Hijo de Dios*[38].

De este pasaje se deduce que el poder de resucitar conferido al Hijo del Hombre es una consecuencia de su cualidad de juez: en efecto, es indispensable para el ejercicio de la judicatura que el que es investido tenga el medio de citar a los culpables y de traerlos a su tribunal. El juicio, observa Santo Tomás, debiendo ejercerse sobre los hombres, debe acomodarse a sus capacidades, ser apropiado a las exigencias y a las inclinaciones de su naturaleza. Pero el hombre se compone de un alma y de un cuerpo; ¿no percibe las cosas espirituales e invisibles por mediación de las cosas sensibles? Por tanto, ¿no es indispensable que el hombre sea juzgado por un ser que se muestre corporalmente, al que pueda ver la cara y oír la voz? San Juan nos dice con razón: *Omne judicium dedit Filio, quia filius hominis est* [todo juicio se lo dio al Hijo, porque es el Hijo del Hombre][39] .

Además, si estudiamos las cosas siguiendo nuestro modo de entender, ¿no es necesario que el juicio sea visto por todos los hombres citados al tribunal? Pues, Cristo, en cuanto que tiene forma humana, será visto simultáneamente por los buenos y por los malvados; en cuanto tiene forma divina, no se puede manifestar más que a los elegidos. En fin, Dios Padre ha confiado el juicio a Jesucristo, en cuanto hombre, por una disposición de su Bondad, para atemperar el esplendor de esta temible manifestación y suavizar la severidad y el rigor.Así nos lo dice la Iglesia en la liturgia:

Quantus tremor est futurus, [cuán grande será el temblor],
Quando judex est venturus, [cuando venga el Juez Supremo],
Cuncta stricte discussurus, [a examinarlo todo con rigor][40].

Si Jesucristo apareciese con el aspecto de una naturaleza superior y totalmente celeste, ¿qué ser humano llegaría a resistir el peso de su majestad y el fuego de sus miradas? Pero se mostrará con la apariencia y el aspecto que tenía en su vida mortal; se hará preceder de su cruz y de los otros distintivos de su humillación; dejará que se vean las cicatrices de las heridas de sus pies y de sus manos: *Videbunt in quem transfixerunt* [mirarán al que traspasaron]; los réprobos, entonces, no se atreverán a contestar su justicia y los justos, a su vez, se sentirán atraídos hacia Él con una confianza más viva. El co-

razón de San Pablo se dilataba de gozo y de esperanza considerando que Cristo debía ser su juez, sentía que se desvanecían todos sus temores y sus recelos y exclamaba: "¿Quién será el que acuse a los elegidos de Dios? Dios los justifica, ¿Quién los condenará? Cristo Jesús que murió, más aún, que resucitó, que está a la derecha del Padre, intercede por nosotros[41]".

Respecto al modo de esta segunda venida, será semejante a su Ascensión: *sic veniet quemadmodum visdistis eum euntem in coelis* [vendrá como le habéis visto irse a los Cielos]; será el mismo Cristo y el mismo hombre y los rasgos de su cara, su semblante será el que tuvo durante su vida mortal; los que vivieron y conversaron con Él no tendrán más que mirarlo para reconocerlo. Pero esta segunda manifestación ya no tendrá lugar bajo la apariencia de debilidad y de humildad, se producirá con majestad y con gloria. Así está dicho en San Mateo: *En verdad, yo os digo que veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder de Dios y viniendo sobre las nubes del Cielo*[42]. En otras palabras, Jesucristo aparecerá rodeado de todo el aparato y la pompa de un rey divino. Los elegidos glorificados y la multitud de los ángeles formarán alrededor de su trono un coro tan resplandeciente que nadie será capaz de describirlo. Los que hayan combatido con más constancia, los que le hayan seguido más de cerca en la arena de los sufrimientos, estarán los más cercanos a su persona: "Aparecerán", dice el libro de la Sabiduría, "con la frente levantada y serena , con una gran confianza frente a los que les oprimieron tiránicamente durante su vida".

Se pueden representar los lamentos y la desesperación de los réprobos siguiendo el cuadro que pinta el mismo autor inspirado.

> Llorando y con el corazón roto por la angustia, gritarán: Éstos son los que eran objeto de nuestras risas y que juzgábamos dignos de cualquier oprobio, de los que decíamos que su vida era una locura y su muerte sería una ignominia. Sin embargo, miradlos, elevados al rango de hijos de Dios, herederos como los santos. Hemos errado, pues, el camino de la verdad. La luz de la justicia no nos alumbró y el sol de la inteligencia no brilló para nosotros[43].

Los apóstoles, los mártires, los doctores y los millares de justos que combatieron por el honor de Dios y los intereses de la fe, se unirán a su jefe para proclamar la verdad de sus sentencias y la equidad de sus juicios.

Con razón, este juicio se llama *universal*, porque serán juzgados todos los hombres y porque abarcará todos los crímenes, todos los delitos y será definitivo, sin apelación posible.

En primer lugar, el juicio final se extenderá a todos los sujetos humanos[44].

Comparecerán los hombres de toda nación, tribu y lengua. No habrá entre ellos ninguna distinción de fortuna, nacimiento o rango. Los que se llamaron Alejandro, César, Diocleciano, se confundirán mezclados con pastores que hasta ese momento apacentaban sus ganados en lugares desconocidos y desérticos, donde las cenizas de estos señores del mundo yacían dispersas. Entonces, los hombres tendrán otros intereses distintos de la curiosidad o la vana admiración. Otros espectáculos más serios atraerán sus miradas y su atención; la figura del mundo se desvanecerá, las victorias de los grandes generales, las obras concebidas por el genio, las empresas y los grandes descubrimientos no se apreciarán sino como simulacros y juegos de niños.

Lo mismo, dice San Juan Crisóstomo, que en el teatro, cuando un actor baja del escenario, no se le admira por el papel que ha representado, no se le alaba porque ha representado el personaje de rey, de criado o de mendigo, sino por su habilidad y se aplaude únicamente la perfección con la que ha representado su papel; así en el juicio final, nadie será honrado porque él fue un rey, un orador elocuente, un ministro o un gran hombre de Estado. Todas estas dignidades y estas distinciones que el mundo tiene en tan alta estima serán consideradas de ningún mérito, de ningún valor. Los hombres no serán alabados sino por sus virtudes y sus buenas obras: *Opera enim illorum sequuntur illos* [porque les acompañan sus obras][45] .

En segundo lugar, este juicio se llama universal, porque se extenderá a todos los crímenes y todos los delitos.

Entonces, sólo entonces, comenzará la historia humana. Al resplandor de la luz de Dios, se verán claramente y en detalle todos los crímenes públicos o secretos que se consumaron en cualquier lugar y a lo largo de todos los tiempos. La vida de cada hombre será desplegada por completo. No habrá ninguna circunstancia, ninguna acción, ninguna palabra, ningún deseo que no se haga público. Se nos recordarán las diversas etapas que hemos recorrido, al impúdico se le recordarán sus desórdenes y discursos libertinos; al ambicioso sus caminos tortuosos y maquiavélicos.

El juicio desenredará y sacará a la luz todos los hilos y los recovecos de las intrigas, urdidos con tanta sagacidad; pondrá fecha exacta a todas las bajas palinodias y a las viles connivencias que hombres, investidos del poder público, buscaron justificar, sea invocando el pretexto engañoso de la razón de Estado, sea recubriéndolas con la máscara de la piedad o del desinterés. Dice San Bernardo:

> El Señor manifestará todas estas libertades que se han disimulado a sí mimos, todos los desórdenes desconocidos, los proyectos de crimen en los que sólo falló la ejecución, los artificios que se han disfrazado de virtud, los pecados olvidados; los secretos, borrados de la memoria, aparecerán de pronto como enemigos que se abalanzan en una emboscada: *Prodient ex improviso et quasi ex insidiis* [se mostrarán de improviso y como en una emboscada].

Hay, sin duda, hombres endurecidos en la maldad a los que el pensamiento de esta terrible manifestación les afecta poco. Familiarizados con el crimen, hacen de él un objeto de diversión y de gloria. Se jactan, sin dudar, de tomarse el juicio con el mismo descaro, de desafiar con la misma actitud cínica y arrogante la majestad de Dios y la conciencia del género humano. ¡Vana esperanza! El pecado no se valorará según la apreciación de hombres carnales, inclinados a excusar los más groseros arrebatos si no afectan al prójimo ni en sus bienes ni en su vida. La fealdad y el desorden del pecado se manifestarán a los inefables resplandores de la luz de Dios. El pecado, dice Santo Tomás, se juzgará como lo juzga Dios mismo: *Tunc confusio respiciet aestimationem Dei quae secundum veritatem est de peccato* [entonces, en caso de duda, se mirará la evaluación que Dios hace del pecado, que es la verdadera].

Principalmente atraerán sobre sí la atención tres clases de hombres.

La primera de ellas será la de los hijos de la justicia y de la luz, cuyos méritos y buenas obras serán mostrados públicamente y obtendrán la aprobación y la alabanza por parte del Juez clarividente e infalible, cuyo veredicto está libre de cualquier error y contradicción.

La segunda será la de los hijos de Voltaire, la de los corifeos del libre pensamiento y de la Revolución que, en el momento actual, urden tenebrosas y sacrílegas conspiraciones contra Jesucristo y su Iglesia. Quedarán despavoridos de espanto y temblarán con un in-

decible horror al ver aparecer en su gloria y armado de todo su poder a aquel que ellos quisieron aplastar, al que estigmatizaron, llamándole el *enemigo,* el *insensato,* el *infame*[46]. Estos lanzarán un grito supremo de rabia y maldición y exclamarán como Juliano el Apóstata: *¡Has vencido, Galileo!*

En fin, la tercera categoría de hombres, que obtendrá en el Juicio una atención especial, será la de los hijos de Poncio Pilato, la de los adoradores del becerro de oro y la de los camaleones de la fortuna y del poder. *Nubes sin agua*, les llama San Judas, flotando a todo viento de opinión y de fortuna, sin otra brújula religiosa o política que la de su ambición, siempre dispuestos despreciar su conciencia y sus principios; a falta de oro, especulan con la sangre de las almas y entregan a Cristo como hizo el pretor romano, a fin de comprar los honores y la complacencia del señor del momento.

Este tipo horroroso y repugnante se reproduce sin cesar con las mismas características y los mismos trazos en todas las épocas de crisis y de conmoción social. San Juan, en su Evangelio, popularizó este estereotipo de mentira y cobardía en una figura siempre popular y viva, donde se reconocerán eternamente todos nuestros Pilatos, legisladores o gobernantes, que venden al Justo para conquistar el favor y los cargos lucrativos. Allá, en el juicio, aprenderán que no se puede servir a dos señores. Maldecirán a los Césares de la fortuna, a aquellos a los que rindieron el culto que rehusaron rendir a Dios, y exclamarán: *Ergo erravimus* [¡luego nos hemos equivocado!][47]

En fin, el juicio final se llama universal, porque además de general, es decisivo e irrevocable.

Este juicio es irrevocable, porque no hay apelación a una jurisdicción superior a la de Dios, y no cabe apelación de la justicia absoluta a una justicia relativa y limitada. No habrá, pues, ni rehabilitación, ni amnistía parcial o total. Las sentencias divinas son irreformables, el que todo lo ve ha previsto el nudo y el desenlace en los decretos eternos de la predestinación, no es un ser susceptible de rectificar un juicio. Lo que Él ha dicho se ejecutará; lo que Él ha hecho, Él lo confirmará. Lo que Él ha querido una vez, quedará eternamente fijo; porque los cielos y la tierra pasarán, pero la Palabra de Dios no está sujeta a ningún error ni a ningún cambio: *Coelum*

et terra transibunt, verba autem mea non praeteribunt [el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán][48].

Estas grandes verdades nos impresionan poco, porque el día de su cumplimiento lo percibimos vagamente y a muy largo plazo y pensamos que, desde ahora hasta que se cumplan, podremos conjurar su rigor. En verdad, los debates de estas grandes sesiones están aún lejanos, pero su instrucción ha comenzado y prosigue . Está escrito: *La mirada de Dios está fija sobre el que obra el mal. El Señor observa con atención al justo y al impío... y el que ama la iniquidad es el homicida de su alma*[49].

Del mismo modo que en nuestros días el telégrafo se ha convertido en un medio maravilloso de comunicación entre los hombres, ya que transmite instantáneamente con la rapidez del rayo, de una parte del mundo a otra, nuestras órdenes y nuestras palabras, así también hay un telégrafo divino: cada uno de nuestros pensamientos, en el mismo momento que son concebidos, cada una de nuestras palabras, en cuanto son pronunciadas, se transcriben en letras indelebles y con una fidelidad estremecedora, en aquel gran libro del que habla la liturgia, diciendo: Entonces,

Liber scriptus proferetur,	[traerán el libro escrito],
In quo totum continetur,	[el que lo contiene todo],
Unde mundus judicetur	[para juzgar este mundo][50].

Por tanto, no nos dejemos intimidar por la arrogancia y las sombras amenazadoras de los impíos, aunque en este momento estemos entregados a la violencia y la opresión, aunque nuestros derechos sean desconocidos y pisoteados, aunque seamos el blanco de las astucias y de las maquinaciones de hombres sin fe y suframos los odiosos excesos del despotismo y de la fuerza. Si Dios calla y parece que duerme en este momento, indefectiblemente se despertará a su hora. Cuando la instrucción esté preparada, el expediente de la impiedad completo, los testigos estén citados y hechas las requisiciones. La más solemne de todas las audiencias está aplazada por poco tiempo.

Se cuenta que un príncipe de Bretaña, altivo, valiente y generoso, fue vencido y hecho cautivo por un feroz rival que lo mandó a consumirse en un lóbrego calabozo, donde le escatimaba el aire, el pan, el sol, y donde su vida no tardó en apagarse en el horror y bajo

la opresión de un suplicio lento y fríamente calculado. A punto de morir, la víctima dirigió a su verdugo una nota así de concisa:

"Yo apelo contra vuestras violencias y vuestras barbaries al Protector supremo de los oprimidos; y dentro de un año y un día os cito a comparecer conmigo a su divino tribunal". En efecto, cumplido el día, el asesino pasaba de la vida a la muerte.

Yo no soy profeta y no osaré citar a tan corto plazo a todos los hombres perversos, a los folletinistas del libre pensamiento, a los partidarios de la legislación única, que atentan contra el honor y la libertad de las familias, contra los derechos y la virtud de la infancia; pero que estos hombres que desafían a Dios y se ríen de sus amenazas, tendrán, un día, que rendir cuentas minuciosas y severas a su justicia es una verdad muy cierta. Estas cuentas, tarde o temprano, las pagarán. En aquel día de reparaciones solemnes, los impíos que trataban a los justos de insensatos, que ávidamente se saciaban con sus torturas y sus lágrimas, como devora el pan un hombre hambriento, aprenderán a sus expensas, que Dios no sufre que se le tome a risa y que no habrá ni impunidad ni prescripción que favorezcan al crimen y a la iniquidad.

Todos los perjuicios serán reparados con magnificencia. La sangre de Abel que se bebió la tierra recaerá sobre Caín y elevará contra él una voz acusadora... San Pedro pedirá cuentas a Nerón por el suplicio al que le condenó. María Estuardo reclamará la venganza divina sobre la cabeza de Isabel de Inglaterra, su homicida. Todos los santos, dirigiéndose a Dios, gritarán al unísono: *Usquequo, Domine, non judicas et non vindicas sanguinem nostrum de eis qui habitant in terra* [¿hasta cuándo, Señor, vas a estar sin juzgar y tomar venganza por nuestra sangre de los habitantes de la tierra?][51].

Será un gran tribunal de casación, donde se llevarán una multitud de causas juzgadas aquí abajo, donde una infinidad de juicios dictados por el temor, la ambición y el interés de los hombres serán irrevocablemente anulados, donde, en una palabra, la Providencia, contra la que blasfeman aquí abajo los insensatos, acusándola de insensibilidad, de injusticia, de parcialidad ciega, se justificará plenamente en sus caminos, según lo escrito: *Ut vincas cum judicaris* [para que venzas en el juicio][52].

Se cuenta que había en Alemania un ermitaño cuya santidad y obras desprendían un gran resplandor; curaba a los enfermos, de-

volvía la vista a los ciegos y atraía al lugar que habitaba a las gentes de los alredores. El emperador Otón quiso ir a visitarlo; embelesado por las sabias palabras que emanaban de los labios del santo, no puso ningún límite a su admiración: "Padre mío, le dijo, pedidme lo que os plazca, yo os lo daré aunque sea la mitad de mi reino". El santo, adoptando entonces un aire solemne, se descubrió majestuosamente la cabeza, coronada por una diadema de nobleza y virtudes; puso su mano sobre el pecho del emperador y, en tono solemne, le dijo: "Príncipe, no sabría qué hacer con vuestra corona y con vuestros tesoros; pero os pido una gracia y es que en medio de las pompas y la fascinación de vuestro inmenso poder y de vuestra grandeza, os retiréis todos los días unos instantes a la soledad secreta de vuestro corazón, para considerar la cuenta que debéis rendir un día a Dios; pues como dice el Papa San Clemente: *Quisquis peccare poterit, semper ante oculos suos Dei judicium ponat, quod in fine mundi certum est agitandum* [todo el que puede pecar, que siempre tenga ante sus ojos el juicio de Dios, que con seguridad se realizará al final del mundo][53].

Hagamos lo mismo, digamos con el salmista: *Cogitavi dies antiquos et annos aeternos in mente habui* [me puse a considerar los días antiguos y a meditar en los años eternos][54]. Juzguémonos nosotros mismos con severidad y no seremos juzgados. Vivamos todos los días de nuestra vida con el Señor Jesús y entonces nos veremos libres de todo miedo, pues no hay condenación para los que viven con el Señor Jesús: *Nihil ergo damnationis iis qui sunt in Christo* [porque ninguna condena pesa ya sobre los que están en Cristo][55].

Notas:

1. Hch 24, 25.

2. *Si secundum hominem ad bestias pugnavi Ephesi, quid mihi prodest?* [Si en Éfeso luché contra las fieras por motivos humanos, ¿qué provecho saqué?](1 Co 15, 32).

3. 1 Co 15, 32.

4. 1 Co 15, 51-55.

5. 1 Co 15, 42-50.

6. Jb 19, 25-27.

7. 1 Co 15, 14.

8. *De resurrectione mortuorum non legistis quod dictum est a Deo dicente vobis: Ego sum Deus Abraham, Deus Isaac et Deus Jacob? Non est Deus mortuorum sed vivorum* [sobre la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os dijo Dios: Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Jacob, el Dios de Isaac? No es un Dios de muertos sino de vivos] (Mt 22, 31-32).

9. *Tu quidem, scelestissime, de praesenti vita nos perdis; sed rex mundi defunctos nos pro suis legibus in aeternam vitae resurrectionem suscitabit* [tú, malvado, ciertamente nos quitas la vida presente; pero a nosotros, que morimos por cumplir sus leyes, el Rey del mundo nos resucitará a la vida eterna] (2 M 7, 9). Estas palabras se las dice a Antíoco el segundo de los hijos martirizados, aunque el autor se las atribuye a la madre (NdG).

10. *Primum, Abel, cuius sanguis ad Dominum clamat, spem resurrectionis corporum ostendit. Deinde Enoch, translatus ut mortem non videret, est resurrectionis typus. Tertio, Sara sterilis et senili utero, iuxta promissionem concipiens et pariens, spem resurrectionis praebet. Quarto, Jacob et Joseph, propriorum ossium curam habentes, resurrectionis fidem ostendunt. Quinto, virga Aharon germinans et fructum producens et virga Moysis quae justa Dei voluntatem ainimabatur et serpens fiebat, resurrectionem adumbrabant. Denique Moyses benedicens Ruben, hunc in modum: Vivat Ruben et non moriatur, cum iam Ruben vita functus esset, resurrectionem et aeternam vitam ei postulare visus est* [primero, Abel, cuya sangre clama al Señor, muestra la esperanza de la resurrección. Después, Henoc, trasladado para que no viera la muerte, es tipo de la resurrección. Tercero, Sara, estéril y con útero senil, que concibió y dio a luz, es una muestra de la resurrección. Cuarto, Jacob y José, al cuidarse de sus propios huesos, muestran su fe en la resurrección. Quinto, la vara de Aarón brotando y produciendo fruto y la vara de Moisés, que por voluntad de Dios tomaba vida y se convertía en serpiente, son un bosquejo de la resurrección. Finalmente, Moisés, al bendecir a Rubén de este modo: Viva Rubén y no muera, cuando ya había terminado su vida, parece que está pidiendo para él la resurrección y la vida eterna] (San Jerónimo, *Epistula contra Samaritanos*).

11. *Multi de iis qui dormiunt in terrae pulvere evigilabunt, alii in vitam aeternam, alii in opprobium* [la multitud de los que duermen en polvo de la tierra despertará, unos para la vida eterna, otros para el oprobio eterno] (Dn 12, 2).

12. *Caro abluitur ut anima emaculetur; caro ungitur ut anima consecretur. Caro saginatur ut anima muniatur; caro manuum impositione adumbratur ut anima Spiritu illuminetur; caro corpore et sanguine vescitur ut anima a Deo saginetur* [se lava la carne para que el alma quede limpia; se unge la carne con óleo para que el alma quede consagrada. Se fortalece la carne para que el alma quede protegida; se protege la carne con la sombra de la imposición de las manos, para que el espíritu quede iluminado por el Espíritu Santo; se alimenta la carne con el Cuerpo y la Sangre para que el alma quede fortalecida por Dios] (Tertuliano, *De resurrectione carnis*, cap. 8).

13. *Tunc ad vocem tubae pavebit terra; sive legas, sive dormies, sive scribes, sive vigilabis, haec tibi semper buccina in auribus sonet* [entonces, al escuchar el sonido de la trompera, la tierra sentirá pánico; ya leas, escribas, duermas, o estés despierto, que esta trompeta resuene siempre en tus oídos] (San Jerónimo, *De timore judicii*).

14. En cuanto a los niños muertos sin el bautismo, he aquí la opinión del teólogo Suárez: *Haec omnia communia sunt infantibus qui in solo peccato originali decesserunt; solum erit differentia, quia horum corpora licet ex interna dispositione sint passibilia, tamen actu nihil patientur, nec fatigabuntur, neque inordinatum aliquem motum sentient et ita ex lege Dei possunt dici quodammodo impasibilia; hoc mortuis omnibus commune erit quando resurgent incorrupti* [todas estas cosas son comunes a los niños que murieron sólo con el pecado original; solo habrá una diferencia, porque aunque sus cuerpos, por la constitución interna, sean pasibles, sin embargo, nada sufrirán, ni serán hostigados, ni sentirán ningún movimiento desordenado; por tanto, según la ley de Dios, en cierto modo, se les puede llamar impasibles; esto será común a todos los muertos cuando resuciten incorruptos] (Suárez, *Quaestio* 56, art. 2).

15. Ef 4, 13.

16. *Venit hora, in qua omnes, qui in monumentis sunt, audient vocem eius* [llega la hora en la que todos los que están en los sepulcros oirán su voz] (Jn 5, 28).

17. *Mittet angelos suos cum tuba et voce magna, et congregabunt electos eius a quattor ventis* [enviará a sus ángeles con una trompeta y con voz potente y congregarán a sus elegidos de los cuatro vientos] (Mt 24, 31).

18. Este es el testimonio de Santa Mónica. El propio san Agustín cuenta en las Confesiones, que hablando con un pequeño grupo de sus amigos, en Ostia ya enferma y poco antes de morir, le preguntaron si no temía dejar su cuerpo tan lejos de su patria, y les respondió: *Nada hay lejos para Dios, ni hay que temer que no sepa, al fin del mundo, el lugar donde me encuentro para resucitarme* (Confesiones, 9, 11, 28) (NdG).

19. La presencia de Dios por *inmensidad* en toda la creación, *por esencia, presencia y potencia*, a la que se refiere el profeta Jeremías: *Numquid non caelum et terram ego impleo?, dicit Dominus.* (¿Acaso no lleno yo todo el cielo y toda la tierra?, dice el Señor) (Jr 23, 24), no debe confundirse con la presencia de Cristo en la Eucaristía (NdG).

20. Nuestro Señor no quitó la piedra que cerraba su sepulcro destrozándola, como pensaron algunos. Fue el ángel quien la movió rodando. San Antonino de Plasencia (Piacenza), que vivió en el siglo VI, asegura en su itinerario por *Tierra Santa*, haber visto esta piedra que era redonda como la muela de un molino.

21. Is 25, 8.

22. Tarsis es el lugar a donde quería huir Jonás para no cumplir el mandato del Señor. Para los hebreos significaba el confín del mundo. Jonás se levantó para huir a Tarsis, lejos de Dios (Jon 1, 3). Posiblemente era la tierra de los Tartesios, el sur de la península ibérica. La Biblia no dice donde lo dejó la ballena, pero debió de ser en algún lugar de la costa más o menos cercano a Nínive (NdG).

23. 1 Co 15, 54-55.

24. Moigno, *Splendeurs de foi.*

25. *Dico vobis, Tyro et Sidoni remissius erit in die iudicii* [os digo que a Tiro y Sidón se les tratará con mayor benevolencia el día del juicio] (Mt 11, 22).

26. *Terrae Sodomorum remisssius erit in die iudicii* [a la tierra de Sodoma se le tratará con menor rigor en el día del juicio] (Mt 11, 24).

27. *Dies Domini, sucut fur in nocte, ita veniet* [el día del Señor llegará como un ladrón en la noche] (1 Ts 5, 2).

28. *Non cito moveamini, quasi instet dies Domini* [no os dejéis impresionar fácilmente, como si el día del Señor estuviera a punto de llegar] (2 Ts 2, 2).

29. *Iuxta est dies Domini magnus; iuxta et velox nimis; vox diei Domini amara, tribulabitur ibi fortis. Dies irae dies illa dies tribulationis et angustiae, dies calamitatis et miseriae, dies tenebrarum et caliginis, dies nebulae et turbinis; dies tubae et clangoris super civitates munitas et super angulos excelsos* [el gran día del Señor está cerca, cerca y viene veloz; su voz es amarga, ¡hasta el fuerte temblaría! Día de ira, el dia aquél, día de tribulación y de angustia, día de calamidad y miseria, día de tinieblas y oscuridad, día de niebla y tempestad, día de trompeta y de clamor contra las ciudades fortificadas y las torres altas de sus ángulos] (So 1, 14-16).

30. *Cuius ventilabrum in manu sua, et permundabit aream suam et congregabit triticum suum in horreum, paleas autem comburet igni inexstinguibili* [con el bieldo en las manos, aventará su era y guardará el trigo en el granero, pero la paja la quemará en el fuego inextinguible] (Mt 3, 12).

31. *Non est secundum carnem* [no según la carne] (Jn 8, 15). *Nec secundum visionem oculorum, aut auditum aurium* [ni según lo que ven los ojos u oyen los oídos] (Is 11, 3). *Sed corda omnium intuendo* [sino mirando los corazones de todos]. *Homo enim videt ea, quae parent, Dominus autem intuetur cor* [pues el hombre ve las cosas que aparecen, pero el Señor ve el corazón] (1S 16, 7).

32. *Nescitis quod qui in stadio currunt, omnes quidem currunt, sed unus accipit bravium? Sic currite ut comprehendatis* [¿no sabeis que los que compiten en el estadio, ciertamente todos corren, pero sólo uno recibe el premio? Corred de tal manera que lo alcancéis] (1 Co 9, 24). *Corona justitiae, vitae et gloriae* [la corona de la justicia, de la vida y de la gloria] (2 Tm 4, 8).

33. Hch 1, 11.

34. No es un hecho de fe que Adán fuera creado en el Calvario, es simplemente una tradición.

35. *Dominus de Sion rugiet, et de Jerusalem dabit vocem suam* [el Señor rugirá desde Sión, desde Jerusalén dará su voz] (Jl 4, 16). *Congregabo omnes gentes et ducam eas in vallem Josaphat et disceptabo cum eis* [reuniré a todas las gentes, las llevaré al Valle de Josafat y discutiré con ellas] (Jl 4, 2).

Consurgant et ascendant gentes in vallem Iosaphat!, quia ibi sedebo, ut iudicem omnes gentes in circuitu. [¡que todas las gentes se levanten y suban al valle de Josafat! Porque allí me estableceré, para juzgarlas, estando todas ellas a mi alrededor] (Jl 4, 12) (NdG).

36. *Unum vero superest dubium explicandum, si omnes iusti futuri sunt in aere, damnati vero in terra, quomodo ad litteram intelligendum sit, illos futuros esse ad dexteram, hos vero ad sinistram Christi? Dupliciter responderi potest. Primo, inteligendo ad litteram, dici potest omnes reprobos, etiamsi in terra sint, collocandos esse ad partem sinistram Christi, bonos vero in aere ad dexteram. Secundo modo et melius, dicitur more Scripturae dexteram et sinistram significare felicitatis et infelicitatis, honoris vel abjectionis locum. Anselmus, XXXIV in Matth., sic exponit: Ad dextris, id est in aeterna beatitudine. Ad sinistris, id est in aeterna miseria* [pero

queda una duda que aclarar, ¿si todos los justos van a estar en el aire y los condenados en la tierra, cómo debe entenderse literalmente que aquellos estarán a la derecha y estos a la izquierda de Cristo? Puede responderse de dos maneras. Primera, tomándolo al pie de la letra, puede decirse que todos los réprobos, aunque estén en la tierra, van a ser colocados en la parte izquierda de Cristo y los buenos, siguiendo en el aire, estarán a la derecha. Segunda y mejor, según la forma de hablar de la Escritura, derecha e izquierda significan el lugar de la felicidad y de la desdicha o del honor y del rechazo. San Anselmo, comentando el cap. 34 de San Mateo, dice: A la derecha, significa la felicidad eterna. A la izquierda significa la eterna miseria] (Suárez, Quaestio 59, art. 6).

37. *Neque enim Pater iudicat quemquam; sed omne judicium dedit Filio ut omnes honorificent Filium, sucut honorificant Patrem. Et potestatem dedit ei iudicium facere quia Filius Hominis est* [El Padre no juzga a nadie; sino que todo juicio lo ha entregado al Hijo para que todos lo honren, como honran al Padre. Y le ha dado la potestad de juzgar porque es el Hijo del Hombre] (Jn 5, 22-23 y 27).

38. *Amen, amen dico vobis, quia venit hora et nunc est, quando mortui audient vocem Filii Dei, et qui audierint, vivent* [en verdad, en verdad os digo que llega la hora y ya está aquí, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios y los que la oigan vivirán] (Jn 5, 25).

39. Jn 5, 27.

40. Verso del *Dies irae*, secuencia que se reza o canta en la Misa y el Oficio de difuntos.

41. *Quis accusabit adversus electos Dei? Deus qui iustificat. Quis est qui condemnet? Christus Jesus qui mortuus est, immo qui et resurrexit, qui est ad dexteram Dei, qui etiam interpellat pro nobis.* [¿Quién será el que acuse a los hijos de Dios? Es Dios quien los justifica. ¿Quién será el que los condene? Cristo Jesús que murió, más aún que resucitó y está a la diestra de Dios es el que intercede por nosotros] (Rm 8, 33-34).

42. *Verumtamen dico vobis, amodo videbitis filium hominis sedentem a dextris virtutis Dei et venientem in nubibus coeli* [y aún os digo, que más adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios venir sobre las nubes del cielo] (Mt 26, 64).

43. Sb 5, 1-6.

44. *Inde venturus est judicare vivos et mortuos* [desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos] (Credo de los Apóstoles).

45. Ap 14, 13.

46. Voltaire solía utilizar la expresión "La infame" referida a la Iglesia y en su correspondencia frecuentemente la consigna "Aplastad a la infame" (*écrasez l`infâme*) (NdG).

47. Sb 5, 6.

48. Mt 24, 35.

49. Ps 33, 16. Ps 10, 5.

50. Verso del *Dies irae*, secuencia que se reza o canta en la Misa y el Oficio de difuntos.

51. Ap 6, 10.

52. Ps 50, 6.

53. San Clemente, *Epistola ad Jacobum*.

54. Ps 76, 6.

55. Rm 8, 1.

Cuarta conferencia

El lugar de la inmortalidad o el Estado de los Cuerpos Gloriosos después de la Resurrección

Et dixit qui sedebat in throno:
Ecce novo facio omnia.

Y el que estaba sentado en el trono dijo:
"He aquí que hago nuevas todas las cosas".
(Ap. 21, 5).

El cielo visible y la tierra que nosotros habitamos no son más que un lugar de paso, una tienda de campaña levantada para un día, la preparación, el bosquejo tosco de un mundo mejor.

El mundo presente es como una obra donde todo se está haciendo y se encuentra en curso de trabajo. Los materiales se descomponen y recomponen para adoptar formas nuevas; corren, se buscan mutuamente; todos los seres gimen y sufren dolores de parto: *Omnis creatura ingemiscit et parturit usque adhuc* [toda la creación, hasta este momento, gime y sufre dolores de parto][1]. Suspiran por el día en el que, libres de la servidumbre y de la corrupción, entrarán en la gloria y en la libertad de los hijos de Dios, donde el Creador los renovará en un orden más perfecto y más armonioso.

Por esto habrá un fin del mundo, en el verdadero sentido de esta palabra. Al transformar el cielo y la tierra, este fin hará del universo *el lugar de la inmortalidad.*

Una de las eminencias de la ciencia contemporánea ha dicho esta frase sublime: "La tierra, con sus constantes giros, busca sin duda su lugar de reposo".

Leibniz ya dijo: "El mundo será destruido y reconstruido en el tiempo que requiera el gobierno de los espíritus". Un escritor de la escuela protestante decía también: "Es probable que esta rica variedad busque la unidad. Que las criaturas vayan reuniéndose en un conjunto de bien y belleza. Que las flores de todo el mundo se junten en un mismo jardín"[2].

Hay unas palabras de Nuestro Señor que nos indican la solidez de esta esperanza. El Señor nos dice: "Los cielos y la tierra pasarán, las fuerzas del cielo se tambalearán y las estrellas caerán[3]". El salmista[4] ya había dicho: "Señor, Tú creaste la tierra al principio y los cielos son obra de tus manos; ellos perecerán, pero Tú permanecerás; ellos envejecerán y Tú los cambiarás de forma como un vestido[5]".

¿Cuál será el estado de la creación y de todos los seres cuando definitivamente se rompan sus viejas cadenas y accedan al reposo y a la vida total y plena? ¿La tierra seguirá girando sobre su eje? ¿Los astros, dotados de una rapidez vertiginosa, girarán como ahora alrededor de su centro de gravedad? ¿Continuarán las estrellas proyectando al espacio nada más que un fulgor tenue y frío? Estas son cuestiones graves y misteriosas que la razón humana seguirá buscando resolver en vano si no se deja ayudar por la luz de la Revelación. Nadie, sin embargo, dejará de constatar que el estudio sobre el lugar de la inmortalidad y la habitación del hombre en los siglos venideros es un estudio incomparablemente más serio y digno de nuestra atención que esos estudios de poco alcance por los que los hombres se apasionan y cuyo único objeto es robarle a la naturaleza cambiante y efímera de aquí abajo alguno de sus vanos y estériles secretos.

Los hombres que no comparten nuestras esperanzas y sin embargo admiten la inmortalidad y la vida futura, tales como los racionalistas y los panteístas, no saben cómo definir el estado de las almas, más allá de la muerte. Se las representan como unas figuras vanas y sin consistencia, errantes por los espacios vaporosos e infinitos, sin lugar de estancia concreto y determinado, parecidas a sombras desprovistas de su conciencia y personalidad, diluidas en ese ser que se llama el gran todo; como los ríos que desaparecen absorbidos por las profundidades del océano. Inmortalidad fantástica e imagi-

naria, que no es otra cosa que la imagen fría de la noche perpetua, el sueño sombrío de la fatalidad y de la nada.

Las Sagradas Escrituras desmienten todas estas fábulas y todas estas vanas hipótesis. Ellas nos enseñan que en el momento de la segunda venida de Cristo, la tierra en la que vivimos y el cielo que nos alumbra serán el teatro de dos cambios en sentido inverso.

El primero será la destrucción completa del orden físico actual. San Pedro dice: "El día del Señor vendrá como un ladrón, en ese día los cielos se desharán con gran estrépito, los elementos se disolverán por el calor, la tierra y todo lo que hay en su superficie será abrasado por el fuego[6]". Así este mundo visible, anegado una vez por las aguas del diluvio, está destinado a perecer de nuevo en un incendio. La misma causa que provocó el diluvio acarreará el cataclismo final; la tierra será destruida, porque los pecados de los hombres la han mancillado. Los elementos serán enteramente disueltos, porque "sin quererlo, han estado sujetos a la vanidad". Los cielos se replegarán a una velocidad de vértigo, porque tampoco ellos, según la palabra de Job, son puros en la presencia del Señor[7].

Pero el segundo cambio, la restauración total de la creación, tendrá lugar tan pronto como se consuma la ruina del universo. Este templo radiante y predestinado que el Señor va a construir, como la más brillante manifestación de su gloria, no será oscurecido y profanado ni un solo instante por la presencia de los réprobos. Eso solo sucederá cuando los condenados hayan sido tragados por las profundidades de la tierra y se hayan cumplido las palabras *infernum et mors missi sunt in stagnum ignis* [el infierno y la muerte fueron arrojados al lago de fuego][8] y los seres materiales hayan sido liberados; entonces Dios llevará a cabo su gran renovación.

San Agustín dice: "Cuando se termine el juicio, cesarán de existir el cielo y la tierra." Y San Pedro, en la II epístola, cap. 3, 13: "Esperamos nuevos cielos y tierra nueva, donde habitará la justicia, según las promesas que se nos han hecho[9]".

Entonces, el mecanismo del universo estará sometido a otras leyes; el sol y los astros no recorrerán más sus órbitas, los cielos y la tierra permanecerán fijos, en reposo. En vano protesta la falsa ciencia contra las afirmaciones de los Libros sagrados y sostiene que repugnan a las leyes de la materia y a los principios constitutivos de los elementos. Pero, ¿quién nos dice que el movimiento es una propie-

dad esencial de los elementos y de la materia[10]? Los elementos y la materia, creados para el hombre, no son más que sus servidores y auxiliares: el Creador ha querido que fueran apropiados a nuestra condición y a nuestro modo de vivir; ahora que somos viajeros y que vivimos en el camino, la materia está sometida a la alteración y al cambio; pero cuando el hombre entre en lo perpetuo y lo absoluto, los elementos serán puestos en armonía con la nueva vida que va a recibir. Ya no habrá tiempo: *Quia tempus non erit amplius*, ya no existirán los años y los días. Dice Isaías: "El sol ya no se pondrá más y la luna ya no tendrá menguantes[11]". "El firmamento cesará en sus revoluciones y todo quedará estable, cuando el Señor sea para nosotros luz eterna y dé por terminados los días de duelo y de desolación[12]".

Así que la creación no perecerá: el templo de la inmortalidad no será un lugar etéreo e incorpóreo, como algunos imaginan y profesan, será una estancia material, una ciudad. San Anselmo describe esta tierra nueva diciendo: "Esta tierra que sostuvo y nutrió el cuerpo santo del Señor, será un paraíso. Porque fue regada con sangre de mártires, estará eternamente adornada de flores olorosas, de violetas y de rosas inmarchitables[13]".

Y Guillermo de París, después de haber afirmado que los animales, los vegetales y hasta las sustancias minerales arderán y serán destruidos por el fuego, añade: "Un gran número de sabios cristianos estiman que la tierra, después de la resurrección, será adornada de nuevas especies siempre verdes, de flores que no se marchitan, que siempre reinará una primavera y una amenidad perpetuos como en el paraíso, donde estuvieron nuestros padres[14]." Las siguientes palabras del salmista parecen acomodarse al pensamiento de estos doctores (Ps 103): "Envía tu espíritu y serán creados y renovarás la faz de la tierra[15]".

En cuanto al orden, las dimensiones y la estructura del templo de la inmortalidad, San Juan dibuja un bosquejo en el Apocalipsis, cap. 21.

En verdad, para describir estas realidades tan transcendentales y que sobrepasan todas las concepciones de nuestro espíritu se ve forzado a recurrir a imágenes enigmáticas, a términos misteriosos y oscuros. Para resaltar la perfección y la armonía de esta gloriosa ciudad, nos dice que está construida de piedras pulidas, perfectamente talladas. Para describirnos su riqueza y esplendor, nos dice que "la

ciudad tiene una muralla grande y alta, que tiene doce puertas y doce ángeles, uno para cada puerta"; que "la ciudad está edificada en cuadro y que es tan ancha como larga".

> El ángel que hablaba conmigo midió la muralla, y su longitud era de ciento cuarenta [y cuatro] codos. Esta muralla estaba construida de jaspe, y la ciudad de un oro muy puro, semejante al cristal claro. Los asientos de la muralla de la ciudad estaban adornados de todo tipo de piedras preciosas, jaspme, zafiro, calcedonia, esmeralda, sardónica, topacio, jacinto. Las doce puertas eran doce perlas, y cada puerta estaba hecha de una sola perla; y la plaza de la ciudad era de oro puro, como de cristal transparente...[16]

Todas estas imágenes y expresiones deben tomarse en sentido figurado e interpretarse alegóricamente.

Pero hay ciertas pinceladas que recordar y que muestran que la estancia de los elegidos glorificados no tendrá ninguna analogía con los lugares que nosotros habitamos aquí abajo. San Juan nos dice en el mismo capítulo que en esa ciudad no habrá templo, porque el Señor Dios Omnipotente y el Cordero serán su templo[17]. Ya no habrá más sol ni luna porque la claridad de Dios la iluminará y el Cordero inmolado será su lámpara[18]. Se puede concluir por analogía y por inducción que no habrá tribunales, porque no habrá crímenes; que no habrá soldados, porque ya no habrá ni guerras ni discordias. Ya no habrá más tiranos ni déspotas, porque el Señor será la fuerza y el adorno de los habitantes de esta ciudad y les hará reinar eternamente: *Quoniam Dominus illuminabit illos, et regnabunt in saecula saeculorum* [porque el Señor los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos][19]. El mismo San Juan autoriza estas interpretaciones cuando nos dice que "no entrará ninguna suciedad, ni ninguno de los que cometen la abominación y la mentira" y porque nos enseña en los versículos anteriores que no habrá guardas sobre la muralla para impedir las agresiones dañinas, pues "las puertas no se cerrarán durante el día[20] y traerán a ella el esplendor y la gloria de las naciones".

Es claro que en esta ciudad todo estará tranquilo y ordenado por Dios. La tristeza y la envidia serán excluidas para siempre; pues, como explica San Agustín:

> La tristeza y la envida proceden de nuestras malas pasiones y de los deseos que nos hacen codiciar los bienes ajenos; pero en la ciudad de Dios no habrá deseos, ya que todos los deseos que los elegidos hayan

sentido alguna vez estarán ya completamente satisfechos: El Cordero los llevará a beber a la fuente de aguas vivas y su sed se apagará totalmente[21].

Además, no habrá bien ajeno que codiciar. En la ciudad santa, los bienes y las riquezas no serán otros que Dios Caridad, que se repartirá íntegramente a cada uno de los elegidos, según el grado y la medida de sus méritos. Así, todos, ángeles y hombres, formarán una perfecta unidad en virtud de Aquél que es llamado el primogénito de la creación, la cabeza del Cuerpo de la Iglesia, el que ha recibido el primado de todas las cosas[22], para que Dios sea todo en todos: *Ut Deus sit omnia in omnibus*[23].

Estas son las palabras y las enseñanzas de la fe y de los Libros sagrados; pero la teología deduce y hace brotar de esos mismos textos que hemos citado aplicaciones igualmente ciertas y puntos de vista igualmente luminosos.

La teología parte del principio de que, después de la resurrección, los elementos y la naturaleza material estarán adaptados a la naturaleza y a la condición de los cuerpos gloriosos; por consecuencia, nos basta recordar lo que sabemos sobre los cuerpos gloriosos para que nuestro espíritu pueda llegar a abrirse a nuevos horizontes y hacerse una idea más clara y más precisa de este palacio de la creación renovada, destinado a ser un día nuestra herencia y nuestra casa.

La primera propiedad de la que gozarán los cuerpos resucitados de los elegidos será la de la sutileza. Al igual que el Señor resucitado pasó a través de las paredes de la tumba que estaba sellada, del mismo modo que el lunes apareció de súbito ante sus discípulos, en una estancia donde las puertas estaban cerradas, así nuestro cuerpo, que ya no estará compuesto de una sustancia inerte y tosca, sino animado y atravesado en todos los sentidos por el espíritu, *corpus spirituale* [cuerpo espiritual], se moverá en el espacio como un rayo de sol y ningún obstáculo corporal podrá detenerlo.

La segunda propiedad de los cuerpos gloriosos será la de la *agilidad*; correrán como las chispas en un cañaveral: *tanquam scintillae in arundineto discurrent*[24]. Tendrán la facultad de moverse con la misma rapidez del pensamiento y el cuerpo se trasladará inmediatamente a cualquier parte que quiera el espíritu.

Nuestro cuerpo ya no será retenido en la tierra por la fuerza de

la gravedad, sino que, libre de toda corrupción y de todo peso, emprenderá libremente su vuelo. Y lo mismo que el Señor se elevó al cielo, así iremos nosotros por los aires a su encuentro y volaremos también sobre las nubes.

El orden físico actual nos ofrece ya una imagen, una débil representación de este nuevo estado al que será elevada un día nuestra naturaleza. Elementos imponderables, sin peso ni volumen, tales como la electricidad y el magnetismo, ¿no penetran libremente a través de las sustancias más densas y más opacas, no circulan rápidamente y sin ningún esfuerzo a través de las rocas y de los metales? Así les sucederá a nuestros cuerpos después de la resurrección. La materia ya no podrá ni detenerlos ni limitarlos. La bajeza será absorbida en la gloria, lo sensible en lo espiritual, lo humano en lo divino.

Ya no habrá más enfermedad ni más muerte y, por consiguiente, ni más alimento, ni más generación, ni más distinción de sexos[25]; nuestra carne, ahora frágil, sujeta a mil enfermedades, se convertirá en impasible, dotada de una fuerza, de una solidez, de una consistencia que se verá libre para siempre de todo cambio, de toda fatiga y de toda alteración.

En fin, los elegidos resucitados poseerán la claridad. Serán rodeados de un esplendor tal, que parecerán soles: *Tunc iusti fulgebunt sicut sol in regno Patris eorum* [entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre][26]. En verdad, esta claridad será distribuida a los elegidos en diverso grado, según los méritos de cada uno; pues una es la claridad del sol, otra la de la luna y otra la de las estrellas. Las mismas estrellas tampoco tienen todas la misma claridad. Así será en la resurrección de los muertos[27].

Los elegidos que aparecerán rodeados de mayor gloria serán los doctores: "Los que alumbraron a los pueblos en la verdadera doctrina, brillarán como la luz del firmamento. Los pastores, que los formaron en la justicia, serán como estrellas, durante toda la eternidad[28]". La *claridad* con la que serán adornados los elegidos lanzará sin cesar nuevos reflejos y crecerá a cada instante; los santos glorificados se comunicarán eternamente los bienes que poseen y reflejarán unos sobre los otros los torrentes de esplendor con que estarán iluminados. La fuente y el foco de esta luz divina será el mismo Dios que, según San Juan, es todo "luz" y que no tiene ninguna mezcla de imperfección ni de sombra[29].

La visión de Dios, a quien los elegidos contemplarán cara a cara y en su misma esencia, *cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est* [seremos semejantes a él, pues cuando aparezca lo veremos tal como es][30], inundará su alma con sus inefables irradiaciones y éstas a su vez iluminarán el cuerpo que aparecerá circundado de una claridad tan intensa como pueda admitir una naturaleza creada.

De toda esta doctrina podemos concluir con certeza que nuestros cuerpos entrarán en un modo de existencia infinitamente diferente de la manera de ser de aquí abajo, que serán ennoblecidos, embellecidos, transfigurados, hasta tal punto que habrá, entre este nuevo estado y el estado presente, una diferencia infinitamente mayor que la que hay entre una roca inerte y los más brillantes rayos de sol, entre el oro más puro y el cieno más grosero y más negro.

Por otra parte, está escrito que los cuerpos de los santos serán moldeados y configurados a semejanza del cuerpo resucitado de Jesucristo: *Configurati corpori claritatis Christi* [reformados según el modelo del cuerpo glorioso de Cristo][31]. Jesucristo en la Eucaristía nos ofrece una imagen y una representación de lo que serán un día los cuerpos gloriosos. Sin dejar el Cielo, donde se encuentra a la derecha de su Padre, se halla sustancialmente presente en miles de lugares de la tierra, cada día; está todo entero, sin ninguna reducción, sin disminución, en cada partícula de la Hostia, en cada gota del cáliz. Este modo de existencia sobrenatural e incomprensible, ¿no testimonia que los que están transformados en la nueva vida ya no están sujetos ni dominados por las leyes de la naturaleza física actual y que la materia inerte no constituirá un obstáculo para la bondad y el infinito poder de Dios?

Al repasar la vida de los santos, se encuentran también numerosas analogías de este estado al que seremos elevados en la vida futura.

Desde que un alma ha emprendido el vuelo hacia Dios, desde que el espíritu de lo alto ha descendido sobre ella, elevándola por encima de la tiranía de los sentidos y la sujeción a los apetitos inferiores, sucede que la carne siente el contragolpe de la vida nueva con que el alma ha sido investida y a menudo experimenta los efectos anticipados de esta libertad gloriosa a la que accederán los hijos de Dios. San Mauro, discípulo de San Benito, caminaba a pie sobre las aguas.

Otros, tales como San Francisco Javier y San Alfonso María de Ligorio, fueron librados de las leyes del espacio y se les vio simultáneamente predicando o rezando en una ciudad y asistiendo a un enfermo o auxiliando a unos náufragos en los lugares más alejados.

Otras veces, la luz que el espíritu de Dios ha derramado en las almas de estos santos aparece en su cara, en sus vestidos, en todo su ser y los ilumina, rodeándolos con una aureola de gloria. Así debe ser; pues los que han sembrado en la carne recogerán corrupción, pero los que han sembrado en el espíritu recogerán la vida eterna del espíritu[32].

Es una verdad cierta y una certeza de fe que, terminado el juicio, Jesucristo subirá inmediatamente al Cielo, escoltado por todos los elegidos. Él señalará a cada uno el lugar que le preparó el día de la Ascensión: *Vado parare vobis lucum* [voy a prepararos un sitio] (Jn 14, 2).

Los elegidos tendrán por morada el Cielo empíreo, que está por encima de todos los astros y de toda la naturaleza corporal y visible. Según lo que está escrito: "Seremos elevados junto con ellos en las nubes, al encuentro de Cristo en el aire y así estaremos siempre con el Señor[33]".

¿Se desprende de esto que el resto de la creación, los astros y nuestra tierra quedarán vacíos y despoblados? Si esto debe ser así, ¿por qué la Sabiduría divina va a reconstruirlos dentro de un plan nuevo y a adornarlos con todas las maravillas de su esplendor y de su belleza? Santo Tomás nos enseña que el Cielo está destinado a servir de estancia y habitación principal a los santos glorificados, pero no estarán allí inmóviles y circunscritos en un espacio determinado. Los elegidos tendrán su trono y, según sus méritos, ocuparán las residencias y los lugares más elevados; pero Santo Tomás, al fijarse en la palabra "lugar", *locum*, dice que debe entenderse que esta palabra designa más una excelencia de rango, un orden de prioridad, que la altura de un lugar. Si por algún momento Jesucristo tuviera que abandonar el Cielo, el lugar en el que Él estuviese seguiría siendo el más digno y el más elevado y los demás lugares serán tanto más honorables cuanto más próximos se hallen del que ocupe Cristo; los ángeles que gozan de la gloria, ¿no bajan del Cielo y vuelven a subir a su voluntad? Hay que concluir que el templo de la inmensidad se abrirá en toda su magnitud y en todo su esplendor a las miradas embelesa-

das de los elegidos y que, sin abandonar un solo instante a Cristo, podrán trasladarse en un abrir y cerrar de ojos a los confines del universo. Podrán explorar los astros y reaparecer en la tierra, recorrer de nuevo los lugares donde vivieron y oraron y que fueron el escenario de sus trabajos y de sus inmolaciones. Este pensamiento concuerda con los Libros sagrados, que nos dicen que las moradas del Padre Celestial son innumerables[34], que los santos brillarán como estrellas por toda la eternidad y que allí donde esté el cuerpo, es decir la santa humanidad de Jesucristo, allí también se reunirán las águilas[35].

Aquí, la ciencia está de acuerdo con la fe y nos ayuda a concebir el orden, a entender la magnificencia de este templo que será la morada del hombre renovado.

En nuestros días, el genio fecundo y emprendedor del hombre, después de haber explorado la superficie y las sinuosidades más íntimas de la tierra, se ha lanzado hacia los astros y ha dirigido audazmente su palabra al cielo: *In coelo posuit os suum*[36]. Provista de los más poderosos instrumentos que el ingenio humano haya construido nunca, la astronomía contemporánea, rasgando el velo de la inmensidad, que parecía inaccesible a la inteligencia del hombre, ha establecido un gran puesto de observación y con paciencia, estudio y análisis, ha fijado los confines del cielo estrellado, en el que ha escrutado todas sus profundidades y secretos.

Así pues, en la actualidad está constatado que la tierra en que vivimos no es más que un átomo minúsculo al lado de los miles de millones de mundos que pueblan los espacios del firmamento. No hablo sólo de nuestro sistema solar. Todos saben que el sol, que es el centro y el que nos vivifica con su calor y al mismo tiempo que nos alumbra con sus rayos, está separado de nosotros por una distancia de más de cuarenta millones de leguas y su luz, que recorre trescientos mil kilómetros por segundo, tarda más de veinte minutos en llegar a nuestros ojos[37].

Alrededor del sol gravitan, no sólo nuestra tierra, sino un gran número de otros astros más extensos y más voluminosos, que describen sobre este mismo centro órbitas más amplias que la que describe la tierra en su traslación anual. Todos estos astros, cuyos planos ha trazado la ciencia actual y de los que ha llegado a precisar su geografía, no son más que un grano de polvo, un punto insignificante, en comparación con todos estos otros mundos esparcidos en la inmen-

sidad[38]. Estas innumerables estrellas que aparecen inmóviles y que se asemejan a granos de luz diseminados sobre nuestras cabezas por la incalculable distancia entre ellas y nuestra tierra, son otros tantos soles. Estos soles, a su vez, iluminan y mueven planetas y satélites y arrastran en su curso mundos probablemente más brillantes y con seguridad más extensos que nuestro mundo solar[39].

Si queremos calcular el número de estos mundos que adornan la inmensidad y cuyo conjunto forma lo que se llama el mundo de las constelaciones, debemos recordar que a simple vista se observan poco más o menos seis mil ochocientos. Pero, a medida que se construyen instrumentos de óptica más perfectos, el número crece de forma prodigiosa. Herschel ha calculado que con ayuda de un telescopio se podrían distinguir más de veinte millones. Durante las noches claras, un observador que fija sus ojos en el firmamento percibe una nebulosa blanca que rodea todo el cielo. Se ha observado, al analizar su imagen, que está formada por una multitud incalculable de estrellas que, a la distancia que están de la tierra, se confunden y forman entre ellas un camino de luz único y continuo. Al analizar sus luces, se ha podido conocer la estructura de estas esferas y la materia que compone su masa atmosférica. Se ha constatado que estas estrellas fijas son incandescentes, compuestas de los mismos elementos y con unas temperaturas tan elevadas como las del sol que nos alumbra[40]. Respecto a los planetas, se sabe hoy que tienen, como la tierra, agua, aire y vapores y se ha llegado a precisar el tipo de clima que tienen. No hay duda de que no están surcados por mares ni continentes como nuestra tierra, que no tienen llanuras ni montañas que se coronen de nieve en invierno y se deshielen en primavera.

¡Cuántos otros misterios hay en la inmensidad que la flaqueza de nuestro espíritu no llegará jamás a descubrir! Y así es como la ciencia, al avanzar, nos muestra más y más la grandeza divina y nos invita a exclamar con los delirios del profeta: "Tus obras son admirables, Señor... Los cielos proclaman Tu gloria, un día la anuncia al siguiente, una noche la grita a la otra que va a venir...[41]" Éstos son los dominios del hombre, el templo magnífico destinado a servirle un día de palacio y de morada; una vez resucitado, glorioso, incorruptible, abarcará de una mirada todos los tesoros que llenan los espacios, atravesará de un salto estas vastas distancias, con tal rapidez que ni la luz podrá seguirle.

La ciencia hostil a nuestras creencias ha querido servirse de estas consideraciones para humillar al hombre y combatir sus esperanzas y sus gloriosos destinos[42].

¿Cómo admitir, ha dicho, que estas inmensas esferas que la luz riega con profusión y en las que los elementos tienen toda su energía y vitalidad, sean soledades tristes y sin habitantes? Mientras que nuestro planeta que, comparado con las otras esferas no es más que una partícula imperceptible, sirve de estancia a seres vivos capaces de conocer y amar, ¿estos miles de millones de mundos que flotan por encima de nuestras cabezas no contienen más que seres inertes, que cumplen mecánicamente las leyes de la naturaleza, o almas esclavas de su instinto e incapaces de conocer la mano que les da de comer? En una gota de agua colgada de la punta de una aguja se distinguen, con ayuda del microscopio, millones de seres vivos; cada grano de polvo que pisamos puede ser que encierre tantos seres orgánicos vivientes como los que hay sobre toda la superficie de la tierra. Y el Creador, tan pródigo con la vida animal, ¿habrá sembrado la vida intelectual con tacañería? Estos innumerables mundos, encargados de cantar su gloria, ¿no serán más que liras colgadas en el vacío, sin espíritu que las escuche, sin corazón que las sienta y se estremezca con la armonía de sus cantos?

Si la razón y la analogía de las cosas existentes nos invitan a concluir que la vida y el pensamiento existen en todos los astros, ¿qué es el hombre en medio de todos estos innumerables seres, de estas razas dotadas como él de un alma y un cuerpo y cuya numeración escapa a todos nuestros cálculos y a todas nuestras suposiciones? Y ¿cómo admitir que él es el centro de todas las cosas, que todo ha sido hecho para él y que el destino final de esta multitud de seres, de una naturaleza sin duda superior a la suya, esté subordinado a las pruebas y vicisitudes del peregrinaje efímero que él debe realizar aquí abajo?

A esta dificultad respondo que la Iglesia no ha definido nada sobre este asunto. Los Libros sagrados no fueron escritos para dar pábulo a nuestra curiosidad. En las reflexiones que nos han hecho sobre la creación nos hablan de dos clases de naturalezas inteligentes: los ángeles y los hombres. No se han preocupado de mostrarnos cuál podría ser la naturaleza mineral, el estado de las plantas y de los animales en los otros astros distintos al que habitamos. En esta mate-

ria, la Iglesia no ha condenado ningún sistema y el campo está abierto a todas las conjeturas y todas las opiniones.

Los antiguos doctores pensaban, bastante generalmente, que las inteligencias superiores estaban dedicadas a la dirección de los astros del cielo. Es bastante racional que los seres capaces de bendecir y alabar a Dios ocupen todos los espacios, de la misma forma que ocupan todos los tiempos; no es, pues, apartarse de la tradición católica el ligar la existencia material de los astros a la existencia de seres inteligentes y libres como nosotros.

La misma Iglesia nos da a entender que los astros fueron el teatro de la primera escena del drama providencial, de aquel gran combate entre los espíritus superiores que San Juan nos describe en el Apocalipsis y del que son continuación nuestras luchas terrestres[43]. Dice Isaías que en la parte más luminosa del cielo, por encima de los astros más brillantes, es donde Lucifer intentó erigirse sobre un trono, del que fue arrojado[44]; y el Evangelista[45] dice que Jesucristo se elevó a lo más alto del cielo de los cielos[46].

Pero aunque estos pensamientos no son más que opiniones teológicas, lo que debe considerarse como cierto y como artículo de fe es que todos los astros y todos los soles han sido regenerados por la sangre divina y han participado de la gracia de la Redención; la Iglesia lo afirma en uno de sus himnos solemnes: *Terra, pontus, astra hoc lavantur flumine* [la tierra, el mar y los astros se lavan en este río].

Desde el comienzo, el cetro del cielo y de la tierra está en las manos del Hijo de Dios. Esta multitud de mundos, cuyo número y dimensión sobrepasan toda medida, no son más que la mínima parte de la dote concedida a su humanidad en virtud de su indisoluble unión a la divinidad: "Pues Dios, su Padre, ha puesto todas las cosas a sus pies; lo ha puesto a su diestra en el cielo, por encima de todo Principado y toda Potestad, de toda Virtud y de toda Dominación, de todo lo que tiene un nombre, tanto en el siglo presente como en el venidero. Él es el lazo de unión de todas las cosas visibles e invisibles y todo lo creado no existe sino por Él y en Él[47]".

Si me preguntáis ahora por qué, entre las otras esferas incomparablemente mayores y más brillantes, el Creador ha escogido a la más pequeña de las estrellas habitadas para hacerla el lugar de su anonadamiento, el escenario de sus trabajos y de todos los misterios

de su Encarnación y de nuestra Redención, os responderé que el Verbo Increado, queriendo manifestar las profundidades y los excesos de su amor con su anonadamiento más allá de toda medida, descendió del seno de su Padre y de las colinas de su Eternidad, como dice la Escritura, y cruzó sin detenerse todos los órdenes de las jerarquías intelectuales. Atravesando el cielo empíreo, donde habitan las naturalezas angélicas, no se unió a ninguna de ellas ni fijó su residencia entre ellos: *Nusquam enim angelos apprehendit*[48] [pues jamás tomó la naturaleza de los ángeles]. Descendiendo a continuación a las regiones más altas del firmamento, en las que brillan los grandes soles, las juzgó demasiado suntuosas y demasiado brillantes. Como está escrito en el Cantar de los Cantares, se lanzó en su bajada de colina en colina, hasta llegar a ésta que es la menor: *Ecce venit saliens in montibus* [míralo cómo viene saltando por los montes][49]. Para fijar sus pasos mortales, para ocultarse, para sufrir, ha elegido, entre todos los astros de la creación uno de los más pequeños y de los más oscuros. Dando cumplimiento ante los mundos y ante los individuos a estas palabras del salmista: "Ha levantado al desvalido del suelo y al pobre lo ha alzado del polvo y del estiércol[50]".

Sin duda, esta preferencia que Cristo ha mostrado por nuestro planeta tan bajo y limitado y la perpetua transustanciación que se consuma en la Eucaristía de la sustancia material en el cuerpo de Dios, no han dado a nuestra tierra la prioridad que injustamente le atribuían los antiguos en el orden físico; sino que tiene una prioridad en el orden moral y en el de la prueba. Es el centro del mundo sobrenatural. Desde ella, dice el Apóstol, la virtud se difunde sobre todos los otros mundos y los conserva y diviniza; reúne en sí todas las perfecciones del universo; comprende en su conjunto la diversidad de las existencias creadas; por su causa los cielos se abajaron, Dios se aproximó a este bajo mundo y, según la bella expresión de San Ambrosio, está vestido con el universo por manto y resplandece entre todas las criaturas.

Esto es todo lo que nos es posible decir sobre el estado futuro de los mundos y sobre el lugar de la inmortalidad.

Evidentemente, no intento hoy describir la felicidad suprema y esencial de los elegidos, la que llamamos visión beatífica, es decir, la posesión de Dios, tan íntima e inherente a nuestro ser que estaremos unidos a Él como se une el fuego al hierro, ya que le veremos cara a

cara y seremos transformados a semejanza de sus divinos esplendores en el hogar de las claridades de su eterna esencia; esta visión, llamada *vida eterna* porque comunica al hombre una participación directa e inmediata en la felicidad de Dios, no depende de ningún espacio ni de ningún lugar. Dios es infinito y está presente en todas las partes. El alma del justo es el lugar donde habita con preferencia. Los ángeles, que nos asisten y protegen en esta tierra, ven sin cesar el rostro del Padre Celestial y las almas santas, separadas de su cuerpo, llevan su paraíso a cualquier lugar en que estén situadas. Aunque estuvieran en medio de las tinieblas más espesas del abismo, Dios, que es su dueño y las sacia, no dejaría de inundarlas con sus claridades y los goces con que Él apaga su sed no sufrirían ninguna disminución. Si el hombre fuera puramente espíritu no tendría necesidad, más allá de la vida presente, de un lugar material determinado. Entonces, la tierra y la creación visible no tendrían ya ninguna razón de existir y serían irremisiblemente destruidas. Pero la humanidad está destinada a renacer. De ello se deduce que la materia que le ha servido de vestido está también llamada a ser restaurada y glorificada, a ejemplo de su rejuvenecido huésped.

Así, el cuerpo total de la humanidad, junto con la creación visible, van a pasar por la prueba del fuego y saldrán brillantes y purificados. Lo mismo que el metal no se pone en el horno para que sea consumido y destruido, sino para sacarlo refinado, como se saca el oro puro, así el incendio que sufrirá el mundo no lo aniquilará, sino que lo purificará y lo transfigurará en una representación más clara y más pura de la imagen de Dios reflejada en él.

> Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que venía de Dios y descendía del cielo como una esposa preparada para su esposo y escuché una gran voz, que provenía del trono y decía: *Ésta es la morada de Dios con los hombres; Él morará con ellos y ellos serán su pueblo, Dios morará con ellos y Él será su Dios*[51].

¡Ah! No vayáis a creer que porque el mundo haya cesado de girar sobre sí mismo, de recorrer a diario el mismo círculo, como un esclavo atado a un molino, en esta nueva tierra el aire no tendrá frescura, los prados no tendrán verdor, los árboles estarán despojados de sus flores y en las fuentes ya no brotará el agua. ¡Cómo! ¿Podéis imaginar que esta naturaleza que ahora corre, se agita, que fermenta llena de impulso vital, bajo la luz indirecta y parcial de nuestro sol,

va a quedarse inerte, estéril y helada bajo la mirada directa de Dios? ¡El mundo nuevo es algo vivo! La Jerusalén celestial es la Iglesia eterna, la hija de Dios, la esposa inmaculada del Cordero. El Cordero, el Verbo encarnado, ocupa el centro de su corazón. Él es la vida, el fuego, el agua que nace, la llama inextinguible y siempre ardiente. Los afortunados seres que la habiten, marcharán siempre de claridad en claridad, de progreso en progreso, de arrobamiento en arrobamiento. "Dios no puede crecer, pero la criatura crece siempre. Sólo ella se adherirá inmutablemente a su centro mediante un amor inmenso y esto es lo que se llamará su reposo y su inmovilidad[52]".

¿Qué consecuencias prácticas y morales se pueden deducir de estas enseñanzas para la dirección de nuestra vida y como pauta de nuestras acciones?

La primera es ésta: que el colmo de la locura humana es apegarse a los bienes perecederos y corruptibles de aquí abajo.

¿Qué diríais de un gran rey, señor de un vasto imperio, que, desdeñando sus tesoros suntuosos y el brillo de su corona, fijara sus miradas y todos sus pensamientos sobre un puñado de arena o un poco de fango y que tuviera apegados a esta vil materia todo su corazón y sus afectos? Se cuenta de un emperador romano que, en lugar de dirigir sus ejércitos y de administrar justicia, pasaba el tiempo atravesando moscas con una aguja y coleccionándolas en un hilo. Esto mismo le sucede a la mayor parte de los hombres, llamados a poseer un reino que abarca toda la extensión de los firmamentos: se apasionan, emprenden luchas insensatas y a ultranza por intereses de menor valor que la frágil tela hilada por la araña, que la hierba que se seca o que la vida abyecta y sin valor de un gusano que se arrastra a nuestros pies.

La segunda de estas consecuencias es que el sufrimiento en esta vida no es más que un mal relativo.

En esta tierra hay angustias oscuras, magulladuras crueles y sangrantes, separaciones dolorosas e inenarrables. La historia nos ofrece el espectáculo de madres que vieron con sus propios ojos a sus hijos infamados, degradados y entregados a miserables peores que demonios, que torturaban sus cuerpos y procuraban con mil refinamientos matar sus almas. Nos las describe como presas de torturas morales más terribles que los suplicios y la muerte. Un gran poeta dijo: "Los habitantes de las cabañas y los moradores de los palacios, todos sufren y todos gimen aquí abajo; se ha visto a las reinas llorar

como sencillas mujeres y es asombrosa la cantidad de lágrimas que contienen los ojos de los reyes[53]".

Pero todas estas aflicciones y todos estos sufrimientos no son más que una probeta, un crisol donde la divina Bondad pone nuestra naturaleza para que, a semejanza del carbón negro y de poco valor, salga con la forma de un diamante precioso y destellante.

Jesús dijo:

> Una mujer cuando va a dar a luz está triste, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño ya no se acuerda de su dolor, por la alegría de haber traído un hombre al mundo. Vosotros también estáis ahora tristes, pero yo os volveré a ver y vuestro corazón se alegrará y nadie os arrebatará vuestro gozo[54].

Lo mismo le sucede a todo el conjunto de la creación. Está con dolores, siembra entre tribulaciones y lágrimas la cosecha venidera, pero pronto o tarde se elevará sobre ella el sol de otro mundo, del que la fe nos hace entrever la aurora. Y todo lo que alberga ahora sepultado y abatido bajo el peso del pecado y de la muerte, todo por lo que suspira dolorosamente bajo la maldición y la corrupción, aparecerá entre luz y alegría, se alzará en la gloria de una felicidad sin límite y sin fin.

La tercera consecuencia de nuestra doctrina es que no hay que dejarse turbar por el ruido de nuestras agitaciones sociales ni por las sacudidas de nuestras revoluciones. Todo esto no es más que un preludio. Es el caos que precede a la armonía, el movimiento que busca el reposo, el crepúsculo que se dirige hacia la aurora. La ciudad de Dios se construye de forma invisible pero segura, en medio de estas grandes sacudidas y de estas convulsiones desgarradoras. Los desastres públicos y las grandes calamidades no son otra cosa que la espada del Señor y la criba de su justicia separando la paja del buen grano. Nuestras guerras, nuestras luchas morales, nuestras discordias civiles aceleran el día de la liberación, el día en el que la ciudad de Dios ya estará acabada y perfecta. Y cuando la tormenta de los siglos haya pasado se producirá una gran calma y un gran sosiego. Éste será el progreso y el crecimiento, la morada eterna de las criaturas libres e inteligentes, la unidad que hará de todos una sola alma en la vida y en la luz eterna de Dios.

San Agustín, después de su bautismo, se preguntó en qué lugar

podía servir a Dios con mayor utilidad y decidió volverse a África con su madre, su hermano y un amigo llamado Evodio. Al llegar a Ostia, descansaban del largo camino que habían hecho desde Milán y se preparaban para embarcar.

Una tarde, San Agustín y su madre, apoyados sobre el alféizar de una ventana que miraba al jardín de la casa, conversaban apaciblemente, olvidados de todo lo pasado y puesta su mirada en el porvenir celestial. En aquel atardecer, la noche estaba en calma, el cielo limpio, el aire silencioso y a la luz de la luna y bajo el dulce parpadeo de las estrellas, se percibía el mar a lo lejos extendiendo hasta el horizonte el azul plateado de sus olas. Agustín y Mónica se preguntaban qué sería la vida eterna. De un solo salto del espíritu habían traspasado los astros, el cielo y todos los espacios que habitan los cuerpos. Con el mismo impulso, pasando por encima de los ángeles y de las criaturas espirituales, se sintieron transportados junto al trono de la Sabiduría eterna y tuvieron una especie de arrebato o visión de Aquél por el que todos los seres existen, el que Existe siempre, sin ninguna influencia del tiempo. ¿Cuánto tiempo duro este éxtasis? Les pareció rápido y fugitivo como un relámpago pero estaban fuera del estado en que podían evaluar la duración del tiempo. Vueltos en sí y obligados a escuchar de nuevo el ruido de las voces humanas, Mónica exclamó: "Por lo que a mí respecta, nada me deleita ya en esta vida; no sé qué hago ni por qué permanezco aquí todavía". Esta escena sigue siendo célebre y popular. Grandes maestros la han inmortalizado en obras maestras de arte. Sus pinturas y representaciones han sido reproducida miles de veces y han convertido en viva e imperecedera esta sublime página de la vida de Mónica y de Agustín.

Al día siguiente, se apoderó de Mónica la enfermedad que le ocasionó la muerte y, nueve días después del éxtasis que la arrebató y la elevó por encima de los sentidos, se fue a contemplar cara a cara esta Belleza soberana, de la que había atisbado su resplandor y su imagen aquí abajo[55].

En esta morada de la vida bienaventurada que entrevió Santa Mónica, Cristo será verdaderamente rey, no sólo en cuanto Dios, sino en cuanto visible y revestido de nuestra naturaleza humana; Él reinará eternamente sobre la casa de Jacob[56].

La toma de posesión de su reino no será definitiva y la gloria de la que está investido a la diestra de su Padre no será perfecta y con-

sumada hasta que haya terminado de poner a sus enemigos como estrado de sus pies[57].

Entonces todas las cosas le estarán sometidas y Él estará sometido a Aquel que le sometió todas las criaturas. Hasta entonces, Cristo combate con su Iglesia, dedicada a conquistar su reino, ya sea eliminando la impiedad, ya sea atrayendo a los justos hacia sí, con las inefables llamadas de su misericordia. Su reino en el Cielo será reconstruido sobre un orden totalmente nuevo y con una forma muy diferente de la que estableció aquí abajo[58]. En esta vida nueva, Jesucristo ya no será representado por una Iglesia docente, los elegidos no tendrán necesidad de ser iluminados y asistidos por buenos ángeles, ni de recurrir a los sacramentos para su santificación. Estarán en una pura y perpetua contemplación de la divinidad en la que Cristo, cabeza de la humanidad, llevará con Él al seno del Padre a todos sus miembros para someterlos a Aquel a quien Él mismo está sometido. *Et tunc Filius erit subjectus Patri, ut sit Deus omnia in omnibus* [y entonces el Hijo estará sometido al Padre, para que Dios sea todo en todas las cosas][59].

Ya no habrá más dominación que la del único Dios que se extenderá a todas las cosas; no habrá más que una sola gloria: la gloria de Dios, convertida en la herencia de todos. Al igual que la vida presente está sometida a diversas sujeciones que necesita para mantenerse, como son la moderación de la temperatura y las condiciones del aire, el vestido y el alimento, así, dice San Gregorio de Nisa, en el reino de Cristo la visión divina suplirá todas estas diversas necesidades. Los elegidos tendrán en Él todo lo que es posible amar y desear; Él será su vestido, su comida, su bebida y se adaptará a todas la exigencias de su nueva vida[60].

Dichoso el que puede olvidar un instante las solicitudes presentes, para dirigir su esperanza a esta morada afortunada y elevarse con el pensamiento a las altas esferas de la contemplación y del amor.

¡Pero, Dios mío, qué lejos están estas ideas del pensamiento de la mayor parte de los hombres! ¿Quién será el que se digne conceder un poco de atención a estas pocas cosas que me he esforzado en balbucir? La mayor parte, cegados por las pasiones, devorados por la fiebre de la codicia y del orgullo, están a mil leguas de ocuparse de su alma y de su porvenir. Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo tendréis el corazón embotado y pediréis vuestro alimento a la mentira y a la

nada?... ¿Cuándo dejareis de recordar a la muerte como un espantajo y de mirarla como el abismo de las tinieblas y de la destrucción? Hoy intentamos comprender que ella no es el obstáculo sino el medio; ella es la transición y la pascua que conduce del reino de las sombras al de las realidades, de la vida transitoria a la vida inmutable e indefectible. Ella es la hermana querida cuya mano apartará un día las nubes y los vanos fantasmas, para introducirnos en el Santo de los Santos de la certeza y de la felicidad incomparable.

¡Ah! En esta exposición hemos podido presentir y entrever lo que sucederá en la región de la gloria. Respecto a hacernos una idea exacta, no tenemos más capacidad que la que tendría alguien que desde su nacimiento hubiera estado viviendo en una caverna subterránea para representarse la luz de un hermoso día.

Al describir el reino de Cristo, únicamente he podido hablaros en enigmas y figuras; pero estos enigmas y figuras son el retrato de cosas grandes y verdaderas, el irrefutable y elocuente comentario de estas palabras del Apóstol: "Ni ojo de hombre vio, ni su oído oyó, ni su corazón presintió jamás lo que Dios prepara a los que le han amado y servido en esta tierra[61]".

Aquí se extingue la palabra. Más allá de lo que hemos dicho, la razón es impotente de concebir nada. El hombre ya no puede más que creer, esperar, amar y callar. "El que estaba sentado en el trono me dijo: Escríbelas, porque estas palabras son seguras y verdaderas". *Et dixit mihi: haec verba fidelissima sunt et vera*[62].

Yo, mi Señor y mi Dios, Te he obedecido, he dicho estas cosas, las he escrito, las he predicado. ¡Puedan los que las han escuchado y yo con ellos, obtener un día, tras una vida santa y sin pecado, su perfecta realización!

Notas

1. Rm 8, 22.

2. Herder, *Ideas para una filosofía de la Historia de la Humanidad,* libro 1, cap. 2.

3. Los incrédulos se mofan de este desplome de estrellas cayendo sobre la tierra como el granizo. ¿Ignora el Hijo de Dios que hay en el mundo otros centros de gravedad que no son la tierra? Él no dijo que las estrellas caerían sobre la tierra... sino que las estrellas caerían. En nuestros días se han observado grupos de estrellas, es decir grupos de soles con un centro de gravedad común, alrededor del que describen no círculos o elip-

ses, sino espirales; estas espirales conducen al centro; son millares de mundos que se están unificando y para siempre serán uno (P. Gratry, *De la connaissance de l'âme*, tomo 2, pág. 386). Ver el artículo *Stelae cadent* del P. Bonniot, en *Etudes religieuses* de los Padres de la Compañía de Jesus, número correspondiente a octubre de 1879.

4. El texto dice '*el profeta*', aludiendo a la tradición que atribuye todos los salmos al santo Profeta David, pero los salmos están escritos por muchos salmistas, entre ellos David, aunque él es el salmista por excelencia, *el dulce cantor de Israel* (NdG).

5. *Initio terram fundasti; et opera manuum tuarum sunt coeli. Ipsi peribunt, tu autem permanes; et omnes sicut vestimentum veterascent, et sicut opertorium mutabis eos, et mutabuntur* (al principio Tú creaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, pero Tú permanecerás y todos se envejecerán como la ropa y como un vestido los cambiarás y se mudarán) (Ps 101, 26-27) (NdG).

6. *Veniet autem dies Domini sicut fur, in quo coeli magno impetu transient, elementa vero calore solventur, terra autem et quae in ipsa sunt opera exurentur* [el día del Señor vendrá como un ladrón, ese día los cielos con gran estrépito pasarán, los elementos se disgregarán por el calor, la tierra y lo que hay contruido en ella se quemará] (2 P 3, 10).

7. *Coeli non sunt mundi in conspectu Domini* [los cielos no son puros a los ojos del Señor] (Jb 15, 15).

8. Ap 20, 14.

9. *Novos vero coelos et novam terram secundum promissa ipsius expectamus* [pero, según sus promesas, esperamos nuevos cielos y tierra nueva] (2 P 3,13).

10. Vid. Santo Tomás de Aquino. *De Potentia*, qaestio 5, art. 5. (Santo Tomás, S. *Th.* q.5 *De potentia*).

11. *Non occidet ultra sol, et luna ultra non minuetur* [el sol ya no se pondrá más y la luna ya no cambiará más] (Is 60, 20).

12. *Quia erit tibi Dominus in lucem sempiternam, et complebuntur dies luctus* [porque el Señor será para ti luz sempiterna y se terminarán los días de llanto] (Is 60, 20).

13. *Terra quae in gremio suo Domini corpus confovit, tota erit ut paradisus, et quia sanctorum sanguine est irrigata, odoriferis floribus, rosis, violis immarcessibiliter erit decorata* [la tierra, que abrigó en su seno el cuerpo del Señor, será toda como un paraíso, y porque fue regada con sangre de mártires será adornada por flores olorosas, sosas y violetas que nunca se marchitarán.] (San Anselmo, *In Elucid*).

14. *De terra, quidam ex sapientissimis Christianorum discerunt, quod graminibus semper virentibus, et immarcescibilibus floribus, ac perpetua amaenitate, instar paradisi terrestri, sit decoranda* [acerca de la tierra, algunos de los cristianos más sabios enseñaron que estará adornada de plantas siempre verdes, de flores que nunca se marchitarán y de una perpetua bonanza parecida a la del paraíso terrenal] (Guillermo París, *cuius verba refert Carthus*, cuyas palabras cita Carto).

15. *Emitte spiritum tuum et creabuntur et renovabis faciem terrae* [envía tu Espíritu y serán creados y renovarás la faz de la tierra] (Ps 103, 30).

16. Ap 21, 11-21.

17. Ap 21, 22.

18. Ap 21, 23.

19. Ap 22, 5.

20. San Juan dice que las puertas no se cerrarán de día; hubiera sido inútil añadir que tampoco se cerrarán de noche, porque la noche habrá sido destruida para siempre, como lo indica en otra parte: *et nox ultra non erit* [y ya nunca más habrá noche] (Ap. 22, 5).

21. *De civitate Dei*, libro último, cap. último.

22. *Consumans in umnum, per eum qui est primogenitus omnis creatrae, caput Ecclesiae, in omnibus primatus tenens* [consumando la unidad, por medio de aquel que es el primogénito de toda criatura, cabeza de la Iglesia, que tiene el primado en todas las cosas] (Col 1, 15 y 18.).

23. 1 Co 15, 28.

24. Sb 3, 7.

25. Se entiende, a efectos de la generación, puesto que ya no se engendrará ni nacerá nadie más. Así lo dice Jesucristo en el Evangelio de San Mateo: *In resurrectione enim neque nubent neque nubentur, sed sunt sicut angeli in caelo* [en la resurrección no habrá casamientos, serán como ángeles en el cielo] (Mt 22, 30). No dice que serán ángeles, es decir asexuados, sino que se comportarán como los ángeles. Dios creó al hombre sexuado: *hombre y mujer los creó* (Gn 1, 27). El sexo, aunque no pertenece a la esencia es un *proprium*, algo propio de la naturaleza humana; no existe la naturaleza desprovista de esa propiedad (NdG).

26. Mt 13, 43.

27. 1 Co 15, 41-42.

28. *Qui autem docti fuerint, fulgebunt quasi splendor firmamenti. Et qui ad iustitiam erudiunt multos, quasi stellae in perpetuas aeternitates* [los que fueron doctos brillarán como el fulgor del firmamento. Y como estrellas, por toda la eternidad, los que enseñaron a la multitud la justicia] (Dn 12, 3).

29. 1 Jn 1, 5.

30. 1 Jn 3, 2.

31. *Qui transfigurabit corpus humilitatis nostrae, ut illud conforme faciat corpori gloriae suae* [el cual (Cristo) transfigurará el cuerpo de nuestra humildad, para hacerlo semejante a su cuerpo glorioso] (Flp 3, 21) (NdG).

32. Ga 6, 8.

33. *Simul rapiemur cum illis in nubibus, obviam Christo in aera, et sic semper cum Domino erimus* [junto con ellos seremos arrebatados sobre las nubes, al encuentro de Cristo en los aires, y así estaremos siempre con el Señor] (1 Ts 4, 17).

34. Jn 14, 2.

35. Lc 17, 37.

36. Ps 72, 9.

37. Al paso de Venus por el sol, observado en 1769, diferentes astrónomos calcularon la paralaje del sol en 8,91; la paralaje de 8, 91 corresponde a una distancia de la tierra al sol de 23.150 semidiámetros terrestres, o sea de 148 millones de kilómetros; la luz, que recorre 300.000 kilómetros por segundo, tarda en llegar a la tierra, desde el sol, 8 minutos y 13 segundos.

38. Concediendo a las estrellas de primera magnitud (las más cercanas) una paralaje de entre 0 y 1; la duración del viaje de su luz hasta nosotros es de 32 años. La luz de las estrellas de novena magnitud nos llegaría en 1.024 años; las de decimoséptima magnitud, las últimas visibles con el telescopio de Herschel tardan 24.192 años en enviarnos su luz. Todas las estrellas, pues, podrían aniquilarse y nosotros continuaríamos viéndolas aún, casi todas, durante varias generaciones. (Secchi, *Des étoiles*, tomo 2, pág. 145).

39. Es evidente que a la prodigiosa distancia que están las estrellas de nosotros (una estrella que tenga una paralaje de un segundo entero está 200.000 veces más lejana de nosotros que el sol) no se pueden distinguir los planetas que las rodean, pero ciertos fenómenos permiten inducir con certeza que estos astros tienen satélites sin luz propia que realizan sus órbitas alrededor de ellos. Secchi constató que había estrellas cuya magnitud era variable. Cita a Algol, la B de Perseo. Esta estrella de segunda magnitud mantiene su máximo brillo durante 2 días y 13 horas; comienza después a disminuir lentamente; al cabo de 3 horas y 30 minutos se reduce a al mínimo, que apenas alcanza una estrella de cuarta magnitud. El periodo completo de la variación tiene una duración de 2 días, 20 horas, 48 minutos y 55 segundos. Observando con atención, han constatado que este fenómeno depende de un astro sin luz que oculta parcialmente la estrella durante cierto tiempo, produciendo un verdadero eclipse parcial. (Secchi, *Des étoiles*, t. 1, p. 152).

40. Por estudios espectrales y descomponiendo la luz por medio de instrumentos ópticos, se ha llegado a conocer la naturaleza química de las sustancias incandescentes que forman estrellas. Se ha constatado la presencia abundante de hidrógeno, de sodio y de hierro. El espectro de las estrellas tiene aproximadamente las mismas bandas metálicas y luminosas que el sol. Prueba de que la composición del sol y de las estrellas fijas es idéntica. Las estrellas son, como el sol, astros incandescentes y luminosos, con luz propia. En muchas estrellas, como en Siro, se han observado bandas anchas muy dilatadas; lo que es indicio de una temperatura muy alta y de una densidad grande en su atmósfera de hidrógeno. (Secchi, *Des étoiles*, tomos 1, 2 y 3)

41. Ps 18, 2-3.

42. Llevado por el entusiasmo, el autor realiza a continuación unas divagaciones en las que deja abierta la posibilidad de vida inteligente fuera de la tierra. Ni la fe, ni la filosofía, ni la ciencia positiva avalarían esa hipótesis que tampoco propugna el autor, aunque ciertamente le conceda un margen de verosimilitud excesivo (NdG).

43. Ap 12, 7.

44. Is 14, 12-13.

45. El texto dice el *Salmista*. Es San Marcos (Mc 16, 19) y sobre todo San Lucas (Lc 24, 51 y Hch 1, 9-11), quienes narran la Ascensión de Jesús a los cielos.

46. Ramière, *Horizon des serviteurs du Coeur de Jésus* (Messager du Sacré-Coeur, número de abril de 1879, p. 384).

47. Ef 1, 21-22.

48. Hb 2, 16.

49. Ct 2, 8.

50. Ps 112, 7.

51. Ap 21, 2.

52. Gratry, *De la connaissance de l'âme*, tomo 2, cap. 2, § 6.

53. Chateaubriand, *Génie du Christianisme*.

54. Jn 16, 21-22.

55. San Agustín, *Confesiones*, libro 9, cap. 10.

56. *Et regnabit in domo Jacob in aeternum et regni eius non erit finis* [reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin] (Lc 1, 33).

57. *Dixit Dominus Domino meo: Sede a dextris meis, donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum* [dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, mientras pongo a tus enemigos como escabel de tus pies] (Ps 109).

58. *Tunc enim cessabunt omnia ministeria, novae illuminationes in beatis, accidentalia gaudia de conversione peccatorum et similia, sed erit quasi pura quaedam contemplatio divina eodem modo stabilis ac perpetua, qua totus Christus, id est, caput cum omnibus membris feretur in Deum eique subjicietur. Et huic expositioni, quadrat ratio subiuncta a Paulo: Et tunc Filius erit subiectus Patri, ut sit Deus omnia in omnibus: id est, ut unus Deus in omnibus dominetur et glorificetur, et omnes in Deo habeant quidquid sancte et juste amare possunt ac desiderare* [entonces, para los bienaventurados, cesarán todos los ministerios, las iluminaciones nuevas, los goces accidentales por la conversión de los pecadores y otras cosas similares, pero habrá una cierta contemplación divina casi pura, de tal modo estable y perpetua, que en ella el Cristo Total, esto es, la cabeza con todos sus miembros será llevado a Dios y a Él se someterá. A esta exposición le cuadra la razón aducida por Pablo: 'Y entonces el Hijo estará sometido al Padre, para que Dios sea todo en todos'; esto es, para que el Dios uno sea el señor de todas las cosas y por ellas sea glorificado, y todos tengan en Dios cuanto de santo y justo se puede desear] (Suárez, *Quaestio* 59, art. 7).

59. 1 Co 15, 28.

60. *Cum vita quam in praesenti transigimus, varie a nobis exigatur, multae res sunt quarum participes sumus, ut aeris, loci, cibi ac potus, et aliarum rerum ad usum vitae necessariarum, quarum nulla est Deus. Beatitudo vero quam exspectamus, nullius quidem harum rerum egena est, omnia autem nobis, locoque omnium erit divina natura, ad omnem usum ac necessitatem illius vitae sese convenienter et apte impartiens* [dado que la vida, que ahora atravesamos, tiene exigencias variadas, tenemos muchas cosas que necesitamos para cubrir las necesidades, como el aire, la casa, la comida y la bebida, y otras cosas, de las cuales ninguna es Dios. Pero la Beatitud que esperamos, no precisa ninguna de estas cosas; la Naturaleza divina lo será todo y ocupará el lugar de todas ellas para nosotros, y nos proporcionará todo lo preciso para saciar las conveniencias y las necesidades de esa vida, entregándosenos Dios a Sí mismo de forma conveniente y conforme a nuestra naturaleza] (Gregorio de Nisa, *De anima et resurrectione*).

61. *Quod oculus non vidit, nec auris audivit, nec cor hominis ascendit, quae praeparavit Deus iis que diligunt illum* [lo que Dios ha preparado para los que le aman, ni ojo lo ha visto, ni oído lo ha escuchado, ni corazón humano lo ha presentido] (1 Co 2, 9).

62. Ap 22, 6.

QUINTA CONFERENCIA

EL PURGATORIO

Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei,
quia manus Domini tetigit me.

Apiadaos de mí, apiadaos de mí, al menos vosotros amigos míos,
porque la mano de Dios me ha tocado.
(Jb 19 21).

¡Qué bella es la religión, qué admirable y consoladora en sus enseñanzas y en la encantadora oscuridad de sus misterios! Al dejarnos morir a la tierra despojándonos del cuerpo, no deja morir nuestros corazones por la ruptura de las amistades que son su alegría y su sustento.

El Salvador misericordioso que, con delicadeza exquisita, se dignaba llamarse el Dios de Abraham, que prometía a sus apóstoles, en recompensa a su fidelidad, que un día descansarían en el seno de Abraham, Isaac y Jacob, ¿no parece indicarnos a través de este recuerdo religioso dedicado a los ancestros, que la muerte no tiene el privilegio de romper las uniones legítimas de la vida y que los afectos santos no se apagan con los fríos de la muerte?

La tarea de hoy es difícil; debo conseguir que améis y temáis el Purgatorio. El Purgatorio merece ser temido. Con toda verdad es el taller de la Justicia infinita. El rigor y las severidades divinas se ejercen allí con una intensidad que aquí abajo nos es desconocida. Im-

portantes doctores nos aseguran que todas las crueldades realizadas por los verdugos contra los mártires, que todos los sufrimientos y aflicciones acumulados sobre los hombres desde el inicio de los tiempos, no son comparables a la pena más ligera de ese lugar de expiación. Pero, por otra parte, el Purgatorio es la obra maestra del Corazón de Dios, la invención más maravillosa de su amor, hasta tal punto de que no sabría deciros si los consuelos que se experimentan no son aún mayores que los mismos tormentos.

El estado de las santas almas, cuyos lamentos quiero que escuchéis, es impenetrable e inefable. Su felicidad no es la del Cielo, donde las alegrías no tienen mezcla; sus tormentos no son los del Infierno, donde el sufrimiento no tiene consuelo. Sus penas no tienen ninguna semejanza con las de la vida presente, donde los días alegres se alternan con los días de desolación y de tristeza.

Esas almas están felices y tristes al mismo tiempo. Las tribulaciones más extremas, las más grandes angustias que el alma puede resistir, están en ellas indisolublemente unidas a las alegrías más reales y más embriagadoras que se pueden concebir, con excepción de las del Cielo.

¡Ah! No acuséis al Señor de crueldad con esas almas que un día sumirá en el océano de su luz y a las que hará gustar de sus delicias al recibirlas en su seno, *de torrente voluptatis potabis eos* [les darás de beber en el torrente de las delicias][1]. Más bien admirad cómo el amor y la justicia se unen, ordenándose mutuamente, en este gran trabajo de corrección y de purificación.

A la luz de estas llamas terribles apreciaremos el profundo grado de malicia que encierran esas faltas que consideramos ligeras y sin consecuencias. Por otra parte, las dulzuras que la clemencia infinita se digna derramar sobre esos braseros oscuros nos ayudarán a calmar los temores que nos invadan en la última hora; en el momento de la muerte, ellas darán paz a nuestras almas y nos infundirán el coraje, la confianza y una verdadera resignación.

Así pues, en dos palabras, el Purgatorio es amable y consolador, es una estancia bendita y digna de toda nuestra solicitud y de toda nuestra predilección ya que los suplicios que allí se soportan se ejercen sobre almas santas y queridas por Dios. El Purgatorio es un teatro de aflicción y de angustias que durará hasta que la justicia de Dios

quede desagraviada de los sacrificios y del amor que le negamos aquí abajo.

Ángeles sagrados, guardianes de esas simas abrasadoras, ayudadme a evocar, del seno de esas llamas que las atormentan, estas almas tan santas y resignadas. Hacednos reconocer entre ellas a nuestros padres, nuestras madres, nuestras hermanas, nuestros hermanos. Dejad que penetren en nuestros oídos sus gritos, tan tiernos y tan desgarradores que serían capaces de hendir las montañas y de suavizar la misma crueldad.

¡Ah! ¡Si nuestros corazones no están petrificados, si todavía una gota de sangre cristiana bulle en nuestras venas, comprenderemos que no hay angustia mayor que debamos socorrer con más urgencia, que no hay piedad más meritoria ni más apremiante para nosotros.

I

La existencia del Purgatorio está formalmente atestiguada por la Sagrada Escritura y por la Tradición constante de la Iglesia judía y la cristiana. En el libro de los Macabeos se dice que es santo y saludable rezar por los difuntos para librarlos de las faltas e imperfecciones con las que se mancillaron durante la vida: *ut a peccatis solvantur* [para que sean absueltos de los pecados][2]. San Pablo, hablando de esos predicadores superficiales y presuntuosos que, en el ejercicio de su ministerio, se dejan seducir por el deseo de alabanzas, se abandonan a pensamientos vanidosos y sentimientos de complacencia, dice que se salvarán, pero después de haber sufrido previamente las llamas: *sic quasi per ignem* [como a través del fuego][3]. San Gregorio enseña que las almas culpables de prevaricaciones que no hubieran expiado sus pecados suficientemente durante su vida, serán bautizadas con fuego: *ab igne baptizabuntur*. Éste es su segundo bautismo. El primero es necesario para introducirnos en la Iglesia de la tierra, el segundo para introducirnos en la Iglesia del Cielo. Según dicen San Cirilo y Santo Tomás, el fuego del Purgatorio es de la misma naturaleza que el del Infierno. Tiene el mismo ardor, sólo se distingue en que es temporal. Por último, la sagrada liturgia nos enseña que el Purgatorio es un abismo espantoso, un lugar en el que las almas sufren una angustia y una dolorosa espera, una hoguera en la que arden sin interrupción, sometidas a la acción de un fuego su-

til, encendido por el soplo de la justicia divina y cuya fuerza es la medida de sus justísimas y temibles venganzas: *Dies irae, dies illa... Lacrimosa dies illa, qua resurget ex favilla judicandus homo reus* [día de ira, el día aquel... día de lágrimas, en el que el hombre reo se levantará de sus cenizas para ser juzgado][4].

La Iglesia, en el Canon de la misa, ofrece a Dios sus sufragios con el fin de obtener para esas almas *locum lucis*, un lugar de luz: de donde se sigue que están de noche y rodeadas de espesas e impenetrables tinieblas. Pide para ellas *locum refrigerii*, un lugar de refrigerio: de donde se sigue que soportan ardores intolerables. Pide además para ellas *locum pacis*, un lugar de paz: de donde se sigue que experimentan inquietudes y ansiedades indecibles[5].

Esta simple exposición hace estremecerse de horror a todo nuestro ser. Nos apresuramos a decir que los consuelos que experimentan estas almas cautivas son también inexpresables.

En verdad, sus ojos no se recrean todavía en la visión de la dulce luz, los ángeles no descienden del cielo para transformar sus llamas en un rocío refrescante, pero poseen el tesoro más dulce, aquél que basta para levantar al hombre más hundido por el peso de sus penas, para hacer que se levante el alba de la serenidad sobre las frentes más tristes y más abatidas: poseen el bien que aquí abajo todavía le queda al hombre más miserable, al más pobre, cuando ha agotado, apurado el cáliz sin fin de todas las aflicciones y de todas las penas... Tienen la esperanza; poseen la esperanza de la forma más eminente, en ese grado que excluye toda incertidumbre, toda aprensión, que hace reposar su corazón en la seguridad más profunda y absoluta: *Reposita est mihi corona justitiae* [me está reservada la corona de la justicia][6].

Estas almas están seguras de su salvación. Santo Tomás nos da dos razones de esta certeza inmutable, tan consoladora que les hace en cierto modo olvidar sus penas. En primer lugar, estas almas saben que es verdad de fe que los condenados no pueden ni amar a Dios, ni detestar sus pecados, ni realizar ninguna obra buena; y ellas tienen la íntima conciencia de que aman a Dios, de que detestan sus pecados y de que ya no pueden hacer ningún mal. Por otra parte, saben con certeza de fe, que las almas que mueren en pecado mortal son precipitadas al Infierno sin dilación, en el mismo momento en el que exhalan su último suspiro. *Ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad*

inferna descendunt [pasan los días de su vida entre placeres y en un momento bajan a los infiernos][7]. Y las almas de las que hablamos, no están desesperadas, no ven la cara de los demonios, no escuchan sus imprecaciones y sus blasfemias, por lo que, por los hechos, concluyen de forma infalible que no han muerto en estado de pecado mortal, sino que están en estado de gracia y son agradables a Dios.

Además, qué causa de alegría será para ellas poder gritar, con la seguridad de San Pablo: "¡No más recaída en el pecado! ¡no más separación de Dios! ¡no más muerte de Jesucristo, que es mi vida! *¡Certus sum enim!* [¡Estoy seguro!], no más terribles dudas sobre mi predestinación. ¡Ah! Es un hecho consumado, estoy salvado... He escuchado de la misma boca de mi Dios la sentencia irrevocable de mi salvación; sé, sin ninguna duda, que un día las puertas de la ciudad celestial se abrirán para mi entrada triunfal; que el Cielo, la tierra, los Principados, las Potestades reunidas, incluso la espada, no tienen poder para separarme del amor de Dios y desposeerme de mi corona eterna: *Quia neque principatus neque creatura alia poterit nos separare a charitate Dei, quae est in Christo Jesu* [porque ni los Principados ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús][8].

"¡Ah, no hay duda de que mis dolores son agudos!", exclama una de estas almas. "No hay nada comparable a la violencia de mi suplicio; pero este suplicio y estos sufrimientos no tienen fuerza para alejarme de Dios y destruir en mí la llama de su amor: *Quis ergo nos separabit a caritate Christi! Tribulatio, an angustia, an fames....* [¿quién nos separará del amor de Cristo? ¿la tribualción? ¿la angustia? ¿el hambre?...][9] ¡Ah! Mi debilidad ahora ya no puede traicionarse por arrebatos, por impaciencias, por murmuraciones. Sumisa a la voluntad de Dios, bendigo la mano que me castiga y acepto con alegría todos los tormentos. Estos tormentos no podrán abatir mi alma, ni causarle inquietud, amargura o ansiedad... *non contristabit justum quidquid ei acciderit* [nada de lo que le suceda al justo le producirá tristeza]. Yo sé que han sido medidos y equilibrados por la Divina Providencia que, para el bien de sus criaturas, dispone todas las cosas con amor y equidad[10] ... Y digo todavía más: prefiero mis tormentos a las delicias del Cielo, si pudiera tenerlas contra lo dispuesto por la voluntad soberana, a la que me someto desde ahora absolutamente y sin cambio posible; mis deseos, mis aspiraciones, se

resumen en un solo lema: "Todo lo que Dios quiere, como lo quiere y cuando lo quiere" ¡Oh Dios de mi corazón, mi tesoro y mi todo! ¿quién soy yo para que os dignéis descender hasta mí para purificar, con vuestra mano paternal, a un alma ingrata y desleal? ¡Ah! golpead, cortad por lo sano, apurad la copa inimaginable de vuestros tormentos. No os cuidéis más que de vuestro honor y de los intereses de vuestra justicia, hasta que ésta no esté plenamente satisfecha, no prestéis atención ni a mis gemidos ni a mis quejas.

¡Pobres almas! No tienen más que una pasión, un afán, un deseo, superar el obstáculo que les impide lanzarse hacia Dios, que les llama y les atrae con toda la fuerza de su belleza, de su misericordia y de su amor sin límites.

¡Ah! si pudieran, para acelerar el momento afortunado de su liberación, gustosas avivarían las llamas que las consumen, acumularían a porfía tormentos sobre tormentos, Purgatorio sobre Purgatorio. Hay en esas almas restos de pecado, una mezcla de miserias, manchas y defectos que no les permiten unirse a la sustancia divina. Sus imperfecciones, las faltas veniales con las que se mancharon han oscurecido y mutilado su ojo interior. Si antes de su completa purificación la viva y destellante luz del Cielo llegara a sus ojos enfermos y debilitados, experimentarían una impresión mil veces más dolorosa y punzante que la que experimentarían en el seno de las tinieblas más espesas del abismo. Dios mismo querría enseguida transformarlos, a semejanza de su gloria, iluminándolos con purísimos rayos de su divinidad; estos rayos demasiado vivos, demasiado brillantes, no podrían penetrarlos; serían interceptados por las escorias y los residuos del polvo y el barro terrestre, con los que todavía están manchados.

Es imprescindible que sean echadas a un crisol devorador, para que se desprendan de la herrumbre de las imperfecciones humanas, para que, a semejanza del carbón negro y vil, salgan con la forma de un diamante precioso y transparente; es necesario que su ser se haga sutil, se depure de cualquier resto de sombras y de tinieblas, que se vuelva apto para recibir sin obstáculos las rayos y los esplendores de la gloria divina que, fluyendo un día a ellas a borbotones, las llenará como a un río sin orillas y sin fondo.

Imaginaos una persona afectada por una horrible enfermedad que le corroe la carne y la convierte en objeto de alejamiento y asco

para los que la rodean... El médico que quiere curarla aplica sin reservas el hierro y el fuego. Hurga con su terrible instrumento hasta la médula de los huesos. Él pretende eliminar el origen y la raíz del mal en sus más secretos recovecos. Las convulsiones de la persona enferma son tan violentas que está a punto de entregar el alma; pero la operación termina y se siente renacer. El mal ha desaparecido y ella ha recuperado su belleza, su juventud y su vigor. ¡Ah! Lejos de quejarse y reprocharle, no tiene palabras ni bendiciones lo suficientemente grandes para testimoniar su reconocimiento al cirujano que, haciéndole sufrir mil dolores, le ha dado lo más precioso: la salud y la vida.

Lo mismo sucede con las almas del Purgatorio. Se regocijan al ver desaparecer sus manchas y suciedades por el efecto maravilloso de ese castigo reparador. Bajo la acción de llamas purificadoras, su ser, más o menos desfigurado, se embellece y se restaura. El mismo fuego, dice Santo Tomás, pierde su intensidad a medida que se consumen y destruyen las imperfecciones y los defectos que alimentaban su ardor. Una barrera de dimensión imperceptible separa todavía a estas almas del lugar de las recompensas. ¡Ah!, experimentan una alegría y una emoción indescriptibles, al ver que se desarrollan en ellas las alas que un día cercano les permitirán volar hacia las moradas celestes... Ya entrevén el alba de su liberación. ¡Ah!, todavía no alcanzan la tierra prometida pero, como Moisés, su espíritu se la imagina. Ellas se figuran las luces, las alegres riveras, respiran con antelación los olores y las auras perfumadas. Cada día, cada instante, ven menos lejano el alborear de la aurora de su liberación, sienten que se acercan cada vez más al lugar de su reposo eterno: *Requies de labore* [el descanso después del trabajo]. ¿Qué más podría decir? Estas almas tienen la caridad, que ahora ha tomado posesión completa y absoluta de su corazón... Ellas aman a Dios, lo quieren con un amor tan grande que estarían dispuestas a fundirse y a desaparecer por su gloria.

Dice San Juan Crisóstomo:

> El hombre abrasado por la llama del amor de Dios es tan indiferente a la gloria y a la ignominia como si estuviera solo y sin testigo en esta tierra. Es indiferente a las tentaciones. Las tenazas, las parrillas, los potros, ya no le preocupan más que si estos sufrimientos se infligieran en otra carne que no fuera la suya. Lo que es todo dulzura para el

> mundo, no tiene ningún atractivo para él, ningún sabor; no es más susceptible de quedar preso en un afecto criminal que el oro siete veces probado es susceptible de ser empañado por la herrumbre. Así son, incluso en este mundo, los efectos del amor divino cuando se adueña vivamente de un alma.

Pues el amor de Dios actúa sobre las almas de las que hablo con una fuerza mucho mayor, ya que, separadas de sus cuerpos, privadas de todos los consuelos humanos, entregadas a mil martirios, se ven forzadas a recurrir a Dios y a buscar sólo en Él todo lo que les falta.

Una de las principales causas de su sufrimiento es saber que las penas que soportan no les proporcionan ningún beneficio. Para ellas ha llegado la noche, en la que ya no pueden trabajar ni ganar: *venit nox quando nemo potest operari* [llega la noche, cuando nadie puede trabajar][11]. El tiempo en el que el hombre puede satisfacer por sus pecados, acumular méritos, acrecentar su corona celeste, termina con la muerte. En el momento de su entrada en la otra vida, todo ser humano escucha el decreto de su sentencia eterna. Su suerte está fijada sin posibilidad de cambio, ya no tiene posibilidad de realizar obras buenas o malas, de las que pueda ser juzgado de nuevo en el tribunal de Dios. Pero, aunque las almas del Purgatorio no pueden crecer en santidad y amasar nuevos méritos por medio de la resignación y de la paciencia, saben que ya no pueden desmerecer más y para ellas es una dulce alegría el sufrir con un amor gratuito y totalmente desinteresado.

Sin duda que esta singular mezcla de felicidad en medio de los más crueles tormentos es un estado que nuestros toscos espíritus no pueden comprender; pero interrogad a los mártires: las Teresas, las Lucías, los amantes celestiales de la cruz; ellos os dirán que muy a menudo en la tristeza, en medio de las penas y de las más crueles desolaciones del espíritu, es cuando el que no quiere sino vivir para Dios saborea como un gusto anticipado del Paraíso, siente afluir a su corazón las alegrías y las delicias más dulces y más embriagadoras.

Las almas del Purgatorio aman a Dios; además, ellas son amadas por las Iglesias del Cielo y de la tierra, con las que mantienen relaciones y comunicaciones continuas. La Iglesia Católica apela a la caridad de sus hijos y por su mediación les prodiga, día y noche, sus sufragios y sus socorros. La caridad de los ángeles buenos les dispensa continuamente gotas celestiales que el buen Jesús hace manar de

su Corazón. Se aman entre ellas y se consuelan mutuamente con conversaciones inefables.

Entre estas almas y sus amigos de la tierra no se interpone un caos inmenso[12] y podemos aportarles en todo momento esa gota de agua que el malvado rico reclamaba en vano de la piedad de Lázaro.

San Juan tuvo un día una visión admirable: vio un templo y en el santuario de ese templo un altar y, bajo el altar, la multitud de almas dolientes: *vidi subtus altare animas interfectorum* [vi debajo del altar las almas de los muertos][13]. Como observa un comentarista, estas almas no están delante del altar; no pueden ofrecerse allí. Sólo indirectamente, por medio de los sufragios, participan del fruto de la inmolación eucarística. Ellas están *bajo el altar* y esperan, resignadas y sufrientes, la gota que nosotros tengamos a bien hacer llegar a sus labios[14].

La Iglesia católica no ha definido nada acerca del lugar del Purgatorio. Los Doctores y los Padres han emitido distintas opiniones sobre este respecto y es facultativo aceptar unas u otras sin faltar a la ortodoxia ni apartarse de la verdadera fe.

Santo Tomás, San Buenaventura y San Agustín enseñan que el Purgatorio, situado en el centro de la tierra, es un lugar intermedio entre el Infierno de los réprobos y los limbos en los que están retenidos, al menos hasta el juicio, los niños muertos sin bautismo.

Para apoyar sus opiniones citan las palabras que canta la Iglesia: "Libra, Señor, a las almas de los fieles difuntos de las penas del infierno y del lago profundo[15]. " Y estas palabras del Apocalipsis: "Y nadie, ni en el Cielo, ni en la tierra, *ni bajo la tierra*, se encontró digno de abrir el libro y de leerlo[16]. " Según estas palabras de San Juan, sólo los justos fueron invitados a abrir el libro misterioso. Así pues, al mencionar el apóstol a aquellos que están *bajo la tierra*, ¿no parece darnos a entender que hay justos cautivos por un tiempo en esas entrañas sombrías? En otro lugar, en el Eclesiástico, se dice: "Entraré en las partes inferiores de la tierra, visitaré a los que duermen y haré resplandecer ante sus ojos la esperanza de la salvación[17] ". Los intérpretes señalan con razón que, en este pasaje, el autor inspirado ha querido designar los limbos dónde los Patriarcas y los santos del Antiguo Testamento reposaban en el seno de Abraham. Esta explicación confirma la opinión de Santo Tomás y San Buenaventura. En efecto, si los Patriarcas y los justos del Antiguo Testamento, purifi-

cados de todas sus faltas actuales, tuvieron por morada las regiones inferiores de la tierra, hasta el día en el que el pecado heredado de Adán por nuestra raza fuera expiado y completamente borrado en la cruz[18], con mucha más razón, parece conveniente que las almas, culpables de faltas actuales que no han reparado suficientemente, sean castigadas y detenidas en las profundidades de la tierra: *Inferiores partes terrae*.

El testimonio de San Agustín añade un grado más de probabilidad a esta opinión: en su Epístola 99[19], *ad Evodium*, dice que Cristo, al descender a los infiernos, fue no solamente a los limbos, sino también al Purgatorio, donde liberó a algunas almas cautivas, siguiendo lo que parece indicar el libro de los Hechos de los Apóstoles: *Solutis doloribus inferni* [librándole de los dolores del infierno][20].

Una segunda opinión, relativa al lugar del Purgatorio, es la de Hugo de San Víctor y San Gregorio Magno en sus diálogos. Uno y otro sostienen que el Purgatorio no está en un lugar determinado y que un gran número de almas difuntas expían sus faltas sobre la tierra y en los mismos lugares en los que pecaron más a menudo[21].

La sagrada Teología concilia estos diversos testimonios estableciendo, en primer lugar, que el Purgatorio es un lugar determinado y delimitado, situado en el centro de la tierra y al que descienden la mayor parte de las almas para expiar las faltas con las que han quedado manchadas[22].

Sin embargo, el Purgatorio no es un único lugar. Hay un cierto número de almas que, sea por la menor gravedad de sus faltas, sea por una dispensa excepcional por parte de la Sabiduría Divina, no se hunden en dicha prisión y sufren sus castigos sobre la tierra y en el lugar en el que habían pecado. Esta interpretación dada por grandes teólogos explica y confirma la multitud de apariciones y de revelaciones hechas a los santos, muchas de ellas tan verosímiles que no pueden ser rechazadas[23].

Para clarificar nuestra doctrina, de entre todas las revelaciones que cita San Gregorio Magno en sus diálogos, elegiremos sólo aquellas cuya autenticidad está al abrigo de cualquier contradicción[24].

Se cuenta en los anales de Cîteaux , que un peregrino de la zona de Rodez, cuando volvía de Jerusalén, se vio obligado a hacer escala en una isla vecina de Sicilia. Visitó a un santo ermitaño que se interesó por la situación de la religión en Francia y le preguntó además

si conocía el monasterio de Cluny y al abad Odilón. El peregrino le contestó que los conocía y añadió que agradecería saber porqué le hacía esa pregunta. El ermitaño le contestó: muy cerca de aquí hay un cráter del que se ve la cima; en determinadas épocas vomita con estruendo torbellinos de humo y fuego. Yo he visto demonios llevar almas de pecadores y arrojarlas a ese horrible abismo para atormentarlas durante un tiempo. Algunos días, me ha sucedido que he podido escuchar a los malos espíritus conversar entre ellos y quejarse de que algunas de esas almas se les escapan; murmuran contra las personas piadosas que por sus rezos y sacrificios aceleran la liberación de las almas. Odilón y sus religiosos son los hombres que parecen inspirarles más espanto. Por ello os pido que cuando estéis de vuelta en vuestro país, os lo pido en nombre de Dios, exhortéis a los monjes y al abad de Cluny a redoblar sus oraciones y sus limosnas por el consuelo de esas pobres almas. El peregrino, a su vuelta, cumplió el encargo. El santo abad Odilón consideró y sopesó con tranquilidad todos los aspectos; recurrió a la iluminación de Dios y ordenó que en todos los monasterios de su orden se hiciera cada año, el segundo día de noviembre, la conmemoración de todos los fieles difuntos. Ese fue el origen de la festividad de los difuntos[25].

San Bernardo, en la vida de San Malaquías, cita otro caso. Cuenta que San Malaquías un día vio a su hermana, después de algún tiempo de su muerte. Estaba pasando el Purgatorio en el cementerio. Como consecuencia de su vanidad y de los cuidados que había dedicado a su cabellera y a su cuerpo, había sido condenada a habitar en la fosa en la que había sido enterrada y a asistir a la putrefacción de su cadáver. El santo ofreció por ella el sacrificio de la misa durante treinta días. Una vez concluido el plazo, volvió a ver a su hermana. Esta vez había sido condenada a cumplir su Purgatorio en la puerta de la Iglesia, sin duda a causa de sus irreverencias en el lugar santo, quizás por distraer a los fieles de los misterios sagrados, atrayendo sobre ella pensamientos y miradas. Estaba profundamente triste, con un velo negro, con una angustia extrema. El santo celebró de nuevo por ella el sacrificio de la misa durante treinta días y por última vez se le presentó en el santuario, la frente serena, radiante, vestida con una túnica blanca. Por estos signos supo el obispo que su hermana había alcanzado la liberación.

Este relato constata la costumbre, universalmente en vigor desde los primeros tiempos de la Iglesia, de rezar por los difuntos du-

rante treinta días. En este punto, el cristianismo no había hecho sino seguir la tradición mosaica.

"Hijos míos", decía a sus hijos el patriarca Jacob en su lecho de muerte, "sepultadme en la cueva de Mambré, en la tierra de Canaan[26]", y los nietos de Isaac lloraron a su padre durante treinta días[27]. A la muerte del gran sacerdote Aarón y de su hermano Moisés, el pueblo renovó ese luto de treinta días. Y muy pronto, la piadosa costumbre de rezar durante un mes por los difuntos se convirtió en una ley del pueblo escogido. A San Pedro, príncipe de los apóstoles, según dice San Clemente, le gustaba que rezaran para el consuelo de los muertos y San Dionisio Areopagita nos describe magníficamente la majestuosidad con la que los fieles celebraban los funerales. Desde los primeros siglos la Iglesia, en memoria de los treinta días de luto observados según la ley mosaica, promovía las plegarias durante un mes después de la muerte de los fieles.

¡Oh! Vosotros que añoráis a seres que juzgais injustamente ausentes, vosotros que derramáis lágrimas por no poder mirar esos rostros queridos, consideradlo con cuidado, las puertas de su prisión están completamente abiertas a vuestras oraciones y a vuestra caridad.

El Sabio[28] se consolaba haciéndo visitas a menudo a sus amigos muertos en la paz de Dios. Con una confianza sin igual repetía las siguientes palabras: *Penetrabo omnes inferiores partes terrae, et inspiciam omnes dormientes, et iluminabo omnes sperantes in Domino* [entraré en las partes inferiores de la tierra, visitaré a los que duermen y haré resplandecer ante sus ojos la esperanza de la salvación de Dios][29].

¡Ah! Temo que falte poco para que mi discurso enfríe vuestra devoción hacia esas almas; que al oír hablar de sus numerosos y grandes consuelos, disminuya vuestra compasión y que no les tengáis toda la piedad que merecen. Acordémonos, pues, de que su felicidad y su consuelo están mezclados con la aflicción y los tormentos.

II

Ya lo hemos dicho, hermanos míos, estas almas confirmadas en la gracia tienen el maravilloso consuelo de la certeza de su salvación. Pero, por otra parte, libres del cuerpo que como un tupido velo les

obstaculizaba la visión y la comprensión de los objetos sobrenaturales e invisibles, sienten cruelmente la espera de la posesión divina.

¡Aquí abajo, la privación y el alejamiento de Dios no causa a la mayor parte de los hombres ningún disgusto! Seducidos por la atracción de los bienes de este mundo, absorbidos por el espectáculo de los objetos sensibles, comprendemos a Dios de una manera demasiado imperfecta como para apreciar la totalidad de la pérdida; pero con la muerte, el velo de los sentidos se rasgará, todas las ataduras humanas desaparecerán, los vanos fantasmas que nos engañaban desaparecerán para no volver. Ya no habrá más diversiones, más distracciones, más entretenimientos. Nuestras inclinaciones, nuestras aspiraciones, todas nuestras tendencias se dirigirán entonces hacia el divino Esposo, nuestro único e inmenso tesoro.

¡Ah! Estas pobres almas, deseosas del abrazo eterno, se precipitan hacia Dios que es su fin, con mayor fuerza que la del imán que atrae al hierro, con más ímpetu que el que imprime la gravedad a las cosas naturales atrayéndolas hacia su centro.

Debajo de la gran ruina de la muerte, en la completa separación de todos los objetos en los que se apoya nuestra vida, al alma ya no le queda nada... nada, sino este amor que se oculta y no le deja más que la pena de haber retrasado un día, un año, un siglo, por su culpa, la consumación de esta unión que será para ella la real, la perfecta, la única y eterna felicidad.

Imaginad toda la amargura y el desgarro que supone para una madre el alejamiento de un hijo que ha partido a un país lejano o que le ha sido arrebatado por una muerte prematura, al que no tiene esperanza de volver a ver. Desde que los ojos de esa madre no pueden fijarse en ese hijo querido, una parte de su vida se ha ido... El mundo ya no tiene alegría ni placer que pueda colmar el abismo profundo y sin medida que la partida o la pérdida de ese hijo ha causado a su corazón. ¡Muchos más amargos y desgarradores son los gritos de esta alma infortunada! Escucháis cómo clama desde el lugar desolado de su expiación: ¿dónde está el que es el alma de mi alma? ¡En vano lo busco sobre este lecho de llamas, dónde no abrazo sino las tinieblas y el vacío!... ¡Oh! Amor de mi corazón, ¿porqué hacerme permanecer en esta larga espera? ¡Aumentad mis tormentos, poned en los minutos, si hace falta, siglos de suplicios! ¡Ah, separándoos de mi

alma ávida, que aspira a veros, a ahogarse y a fundirse en vos, me castigáis severamente por mis vilezas y mis tibiezas!

A esta pena del alejamiento de Dios se une la pena del fuego.

Digamos, no obstante, para ser precisos y no exponer ninguna opinión discutible y controvertida, que la Iglesia no ha definido que las almas del purgatorio estén sometidas a la acción de un fuego material. Se trata simplemente de una doctrina considerada como teológicamente cierta.

En la primera sesión del concilio de Florencia, los Padres de la Iglesia griega rehusaron constante y formalmente admitir la existencia material del fuego del Purgatorio; por otra parte, confesaban unánimemente que el Purgatorio es un lugar tenebroso en el que las almas, exentas del suplicio del fuego, soportan sufrimientos y penas muy graves, que consisten fundamentalmente en la oscuridad y las angustias de una cruel detención. Los padres de la Iglesia latina, unánimes en sostener la opinión opuesta, no estimaron, sin embargo, que en ese punto la Iglesia griega erraba en la fe. Por esta razón, en el decreto de unión de las dos Iglesias no se hizo mención al suplicio del fuego. Se dijo solamente que las almas que no habían satisfecho completamente en esta vida la justicia divina soportan en la otra vida penas proporcionadas al número e importancia de sus faltas y que sus sufrimientos se suavizan o abrevian con las oraciones y las buenas obras de los vivos y sobre todo por el sacrificio de la misa.

Ahora bien, si el concilio de Florencia, al definir las penas del Purgatorio no juzgó oportuno mencionar la existencia del fuego, bien sea por consideración a los Padres de la Iglesia griega y para no retrasar el acercamiento tanto tiempo deseado, bien sea porque su error no se refería al fondo y a la sustancia del dogma, no por ello hay que dejar de considerar la existencia del fuego material del Purgatorio como una verdad demostrada y no sujeta a ninguna duda ni restricción. De hecho, en este mismo concilio de Florencia fue mantenida la existencia material del fuego del Purgatorio por el voto unánime de todos los padres de la Iglesia latina. Esta opinión es sostenida por la corriente más numerosa de la tradición y refleja el sentir de casi la totalidad de los doctores. San Pablo parece enseñarla formalmente con estas palabras: *Salvi erunt sic quasi per ignem* [se salvarán así, como a través el fuego] y hay que señalar que no utiliza la partícula *quasi* para reducir la fuerza del sustantivo, sino para explicar mejor

el modo de purificación. Por último, todas las visiones y todas las revelaciones sobre el Purgatorio asimilan las penas y el fuego que allí se sufre con las penas y el fuego del Infierno, sin otra distinción que la de ser un fuego no eterno sino *temporal*.

Aquí aparece una cuestión de difícil solución: ¿puede un fuego material actuar sobre almas separadas de su cuerpo y sobre espíritus puros? Responderemos que se trata de un misterio de la justicia de Dios, un secreto que la razón humana nunca llegará a penetrar. Todo lo que la teología nos enseña sobre el Purgatorio es que ese fuego material no se identifica con el alma humana, que no está sustancialmente unido a ella, como aquí abajo el espíritu lo está al cuerpo. Cuando santos y eminentes Doctores nos dicen que los réprobos y las almas del purgatorio están revestidos de un cuerpo de fuego, nos hablan metafóricamente, acomodándose a nuestra forma de entender las cosas. Pero es cierto que este fuego, como han sostenido algunos Doctores, no se limitará a formar una especie de prisión o recinto amurallado alrededor de las almas a las que tormenta y purifica, no les hará sufrir únicamente por la contrariedad que impone a su voluntad, por los obstáculos que pone al libre desarrollo de sus potencias intelectuales y de sus facultades sensitivas[30] .

La opinión verdadera es que el fuego del Purgatorio, aunque corporal, actuará como instrumento de la justicia de Dios y de un modo inefable afectará al alma vivamente. Es la opinón que expresan las siguientes palabras de San Agustín: *Cur enim non dicamus, quamvis miris, tamen veris modis, etiam spiritus incorporeos posse paena corporali ignis afligi* [porque no vamos a decir que también los espíritus incorpóreos pueden realmente, aunque de un modo milagroso, sufrir la pena corporal del fuego][31]. Así pues, actuará directamante sobre el alma. San Gregorio expresa la misma idea con más claridad: "Se trata de un fuego visible y corpóreo que provocará en el alma un ardor y un dolor invisibles[32]".

Pero quién podrá nunca comprender cuán penetrante es este fuego que no toca al hombre como lo hace el de la tierra, actuando de forma mediata y a través de su envoltura material, sino que actúa en lo vivo de la sustancia; este fuego activo, prodigiosamente eficaz, que alcanza al alma en sus pliegues más secretos, hasta sus puntos de unión con el espíritu: *Usque ad divisionem animae et spiritus*[33] [hasta las fronteras entre el alma y el espíritu]. Este fuego que no deja que

quede mancha alguna; fuego inmortal que discierne hasta las debilidades imperceptibles al ojo de la criatura; fuego sedentario [constante], como lo llama el profeta, que pesa sobre el alma culpable, la devora, la asedia sin concederle un solo instante de descanso. Su rigor y ardor no están suavizados por ningún alivio ni sujetos a ningún olvido. Prueba a los hijos de Levi como al oro y a la plata en el horno: *Sedebit conflans et purgabit filios Levi et colabit eos quasi aurum et argentum* [se sentará para fundir y purificará a los hijos de Leví y los colará como al oro y la plata][34].

Aquí abajo, el dolor es intermitente. La fiebre no tiene siempre la misma violencia. El sueño interrumpe los lamentos del enfermo. Puede cambiar de postura en el lecho del dolor, puede distraerse con la compañía de sus amigos; pero el fuego del Purgatorio consume sin descanso ni tregua. Las almas sienten a cada instante todo el peso y la intensidad de un dolor del que no pueden distraerse ni un minuto, ni un segundo.

Una persona a la que habían realizado una terrible operación se había negado a que la durmieran. Sufrió sin suspirar una sola vez, los ojos fijos en una imagen de Jesucristo. La operación duró cinco minutos. Al finalizar dijo: "me ha parecido que había durado un siglo". Del mismo modo que está probado que una alegría grande le priva al espíritu de la impresión de que el tiempo pasa, también puede concebirse un dolor tan intenso que dé a un minuto una duración secular. Y si es así, si en el Purgatorio los minutos equivalen a años y los años a siglos, ¿qué será permanecer encerrado en esa prisión tenebrosa, noches, años, quizás hasta el fin del mundo?[35].

¡Ay, vosotros que lleváis una vida tan cómoda, vosotros que para complacer al mundo o para ahorrar al cuerpo un instante de sufrimiento no teméis mancillaros con mil faltas! Decid ¿habéis entendido los misterios de la justicia de Dios? ¿Habéis meditado sobre la lentitud y la duración de los tormentos que os esperan?: *Indica mihi si habes intelligentiam* [dime si lo sabes][36].

¡Iglesia primitiva! ¡Cuna del Cristianismo! ¡Modelo para todos los tiempos! ¡Tú que contabas con tantos santos como fieles! ¡Tú que, instruida por los apóstoles, recibiste de primera mano los oráculos del Verbo encarnado! ¿Qué idea terrible no tendrías tú sobre la enormidad de las penas debidas al pecado? Las reparabáis ya en esta vida con una severidad que nos sorprende.

En la Iglesia de los primeros tiempos, la ley canónica se aplicaba en todo su rigor. No había remisión ni condescendencia. La penitencia y las obras de satisfacción se imponían en la medida estrictamete requerida para satisfacer íntegramete la Justicia de Dios. Esta penitencia no consistía en rezar algunas oraciones cortas; consistía en largos ayunos a pan y agua, en la recitación diaria de los salmos, en largas y penosas peregrinaciones, en una multitud considerable de obras de piedad. Un ladrón, dependiendo del robo, era condenado de dos a cinco años de penitencia, un blasfemo a siete años, un impúdico a diez y a menudo a doce años de ayuno, de lágrimas, de postraciones públicas bajo el umbral de algún lugar santo. Según este cálculo terrible, ¿bastaría una vida entera de penitencias de anacoreta, aunque fuera tan larga como la de los antiguos patriarcas, para expiar los pecados habituales más comunes de los hombres de hoy? ¡Qué largo y terrible será el Purgatorio para la mayor parte de los pecadores!

Un pensamiento, sin lugar a dudas, será capaz de suavizar la desgracia de estas almas sufrientes: el pensar que su recuerdo no se ha extinguido, que los amigos que dejaron en la tierra trabajan para socorrerlos o liberarlos.

Pero, ¡ay!, será un consuelo que tranquilizará en vano su corazón. Porque en verdad, tenemos por costumbre manifestar el sentimiento del dolor que tributamos a su memoria.

Sin lugar a dudas, la religión está lejos de condenar este homenaje otorgado al dolor. Lo que condena más bien es la dureza de aquellos que poco después de haber perdido a sus padres y a los amigos, ya no se acuerdan de ellos. Los santos lloraban a sus amigos, pero se preocupaban sobretodo de socorrerlos. No, no eran lágrimas lo que pedía Santa Mónica a San Agustín, cuando decía en el lecho de muerte: "Sólamente os ruego [estaban San Agustín y su hermano Navigio] que os acordéis de mi ante el altar del Señor en cualquier parte en que os encontréis" (Conf. 9, 11-27). No era con lágrimas con lo que San Ambrosio quería mostrar el gran cariño que había sentido por el emperador Teodosio, cuando decía: "He amado a este príncipe y porque lo amé no le abandonaré hasta que consiga introducirlo en el lugar a dónde le llaman sus virtudes. Pueblos, acercaos y difundid conmigo sobre los restos de este príncipe el incienso de vuestras oraciones, la profusión de vuestra caridad y el pesar de vuestra penitencia".

¡Pero, qué decir de las lágrimas! Esas lágrimas que prometían fluir siempre, no tardan en agotarse. Nuestros corazones inconstantes y egoístas se cansan de pronunciar nombres que no nos responden sino con el eco; de intentar evocar imágenes que se han marchado de nuestra vista para no volver. Inmersos en el ajetreo del mundo y de las frivolidades, damos la espalda a un recuerdo demasiado austero y demasiado doloroso. A la distracción sucede el olvido y los dolores de los muertos son los más descuidados de todos los dolores.

> ¡Pobres muertos! Después de unos pocos días de pena y de duelo, después de algunos homenajes en pago a la etiqueta y a las convenciones sociales, seréis sepultados en una tumba más cruel y más fría que en la que fuisteis enterrados la primera vez y esta segunda tumba será el olvido, el olvido duro, inhumano, implacable, última mortaja de vuestros miembros pulverizados; el olvido que planea sobre vuestras moradas silenciosas, que nadie volverá a visitar; el olvido de vuestro nombre que nadie volverá a pronunciar; el olvido de vuestro calor, en el corazón de vuestros amigos y de vuestros hijos, en el que vuestro recuerdo no será renovado por ningún discurso, ni ninguna acción que mantenga vuestra memoria. ¡Sí!, el olvido profundo, completo, sin remedio y esto a pesar de los adioses tan desgarradores que os dedicaron, a pesar de las promesas tan llenas de inmortalidad, a pesar de las protestas tan llenas de ternura[37].

Un día, nuestro Señor Jesucristo encontró al borde de la piscina a un hombre muy desgraciado. Este hombre tenía una palidez mortal en el rostro, sus ojos estaban hundidos y apagados, sus miembros secos y rígidos; yacía paralítico, inmóvil, al borde de la piscina Probática, pisoteado por los transeuntes, expuesto a las inclemencias e injurias de la intemperie. Sin embargo, este hombre estaba lejos de padecer un mal incurable. Para curarle no hacía falta consultar a los mejores médicos, de explorar valles y montañas en busca de medicamentos y yerbas raras y desconocidas. Bastaba con darle un ligero empujón y echarlo a la piscina en el momento en que el ángel del Señor descendía para agitar las aguas. Y, sin embargo, en una ciudad tan populosa como era la capital de Judea, con la afluencia de peregrinos que acudían para las solemnidades desde todos los puntos del universo, ni un pariente, ni un amigo para ayudarle en algo tan sencillo.

> Entonces, Jesús, viendo un día a este paralítico, sintió que su divino corazón se enternecía y con voz conmovida le dijo: "Desdichado, ¿aca-

so no quieres curarte?" Y el desgraciado le respondió: "Pero Señor, ¿puedo hacerlo? No tengo a nadie, ni siquiera un transeunte para echarme a la piscina cuando el ángel desciende para agitar las aguas, *hominem non habeo ut cum turbata fuerit aqua, mittat me in piscinam*[38].

Este desdichado paralítico representa, con trazos conmovedores, a las almas cuyos lamentos os he retratado. Ellas están sentadas en el borde de la piscina de la sangre que ha salvado al mundo y no pueden recoger los frutos, ni dispensarse ellas mismas sus gotas vivificantes. Y quizás hayan pasado años suplicándonos en vano, siendo torturadas por falta de una mano caritativa.

Aquí abajo no hay desafortunado que no tenga algún consuelo. Los más desgraciados pueden recurrir al menos a sus lágrimas y, cuando nos falta todo a la vez, el cielo y la tierra, cuando somos blanco de la injusticia, la opresión, cuando sufrimos los abusos y los excesos de la fuerza, nos queda en nuestro propio corazón un refugio en Dios que siempre nos espera. Cada uno de nuestros dolores podemos convertirlo en un sacrificio, cada uno de nuestros actos podemos utilizarlo para hacer de él una corona y un tesoro. Pero sufrir, y sufrir siempre, y saber que el sufrimiento es estéril, que no sirve para nada; derramar lágrimas de fuego y sentir que bajo el rocío ardiente de esos llantos nada puede germinar, que los sufrimientos sucederán a los sufrimientos, hasta que la justicia divina sea satisfecha, es una situación capaz de conmover a entrañas de bronce; se trata de una desgracia que no puede ser llorada sino con lágrimas de sangre y frente a la que nadie podría permanecer indiferente, a no ser que haya ahogado en su alma todo sentido de humanidad y de compasión.

¡Ay! Si bajo el espesor de la tierra que cubre sus cuerpos, si desde el seno de sus moradas sombrías e impenetrables estas almas pudieran despertarse por un instante y hacer llegar hasta nuestros oídos y nuestros corazones sus gritos y lamentos desgarradores, ¡cómo sería la profundidad de sus gemidos, con qué angustia indecible nos llamarían en su ayuda! ¡Ay! Exclamarían, tened piedad de nosotros, vosotros que fuisteis nuestros amigos. Romped nuestras cadenas, salvadnos. Libradnos: levantaos y recorred los lugares en los que vivimos, hablad tan alto como profundo es el silencio de nuestras tumbas. ¡Sacerdote de Jesucristo, ministro de todos los desdichados, haz escuchar a este hijo olvidadizo la voz de su madre! Yo lo crié, no vivía sino para él; era el hijo de mi corazón. En la cabecera de mi lecho

de muerte hubiera querido prolongar mis días a costa de los suyos. Pregúntale por qué la religión es impotente ahora para conseguir que me recuerde. ¡Sacerdote de Jesucristo!, levanta la voz más todavía... No temas mostrar mi imagen completamente rodeada de llamas, llevar la vergüenza y el remordimiento al alma de ese esposo despreocupado que se consuela de su viudedad mediante placeres burdos. Pregúntale dónde está la fe jurada, en qué ha quedado su ternura y su fidelidad, de las que me dio testimonios tan vivos e intensos hasta en los brazos de la muerte... Pregúntale cómo tengo que implorarle hoy, con qué gritos desgarradores, su solicitud y su apoyo. ¡Ay! permanece impasible y cruelmente me demuestra que he muerto para siempre en su corazón.

Diles también a nuestros amigos y a los extranjeros, a los que no nos une sangre pero que son nuestros hermanos en la fe y que pasan despreocupados este mar agitado de la vida humana, cuyos rápidos oleajes nos arrastraron no ha mucho tiempo como ahora les arrastran a ellos. Decidles que se paren y consideren si hay un dolor más amargo y más profundo y al mismo tiempo más desamparado y solitario que el nuestro. ¡Ay! ¡Hermano, padre, esposo, amigo, te imploramos, suplicantes desde el fondo de este lago en llamas... una gracia! Una gota de agua, una oración, un ayuno, una limosna, una mano caritativa y estaremos salvados. Hermano, amigo, padre, esposo, considerad que si sufrimos es en parte por vuestra causa.

Sí, esa alma sufre por nuestra causa.

Esa madre sufre porque fue demasiado blanda con su hijo, porque no enderezó sus errores, porque no corrigió los extravíos de su adolescencia. Esa esposa sufre porque entregó exclusivamente a su esposo un corazón que no pertenecía sino a Dios, porque ha tenido para con él una condescendencia exagerada y ciega. Ese amigo sufre porque ha sido cómplice de las infidelidades de su amigo, ha colaborado en sus disputas y cooperado en sus desórdenes y desarreglos. Y a cambio de esta infortunada indulgencia que ellos tuvierion con nosotros, ¿vamos a dejar que carguen solos con el peso de la justicia? A cambio de la desgraciada indulgencia que tuvieron con nosotros, ¿no seremos capaces de evitarles un día de sacrificio, de ahorrarles siglos de torturas?

¡Si supierais que en este momento en el que estamos hablando vuestro padre, vuestra madre, vuestros hermanos, las personas a las

que más queréis están a punto de morir en un incendio, o bajo un desprendimiento, o que van a ser atrapados por el agua o por el fuego, y si para librarlos, tuvieráis que exponer vuestra vida, correr a socorrerlos y tenderles la mano, aunque hiciera falta pasar por las llamas, aunque fuera necesario exponerse a quemarse la mano y poner en peligro la vida, no dudaríais en arriesgar la vida, pasar entre las llamas y exponeros a las quemaduras. Y si el miedo, el egoísmo o cualquier otro cobarde sentimiento os hiciera vacilar, os avergonzaríais de vosotros mismos y, con razón, os veríais como los seres más duros y más ingratos.

Se cuenta que en tiempos de las cruzadas, en las guerras que nuestros padres hicieron en Oriente, un caballero cristiano fue hecho prisionero por los bárbaros. Arrojado a un horrible calabozo y ante la impotencia de conseguir el rescate que se le pedía, sólo esperaba la esclavitud y la muerte. De pronto, un pensamiento generoso se apoderó de su hija, débil todavía, y en la flor de la edad. Sola y sin guía, atravesó vastas regiones, cruzó inmensos desiertos y llegó al borde del mar, donde trabajó a cambio del precio de su pasaje. Por fin, llegó a las costas de Europa. Sin tomarse ningún descanso, se puso inmediatamente a recorrer las ciudades y se dirigió a la piedad de todos, fue de casa en casa para reunir la cantidad exigida por los bárbaros. Una vez reunida, tenía que volver a recorrer por segunda vez los peligrosos caminos, esa terrible navegación de la que había sobrevivido de milagro. Por fin encontró a su padre y, gracias a sus esfuerzos sobrehumanos y al rescate conseguido a costa de tantos peligros y de tan duras privaciones, logró salvar al autor de sus días y arrancarlo de las cadenas de la cautividad.

¡Qué valentía la de esta jovencita! ¡Qué grande es el poder y la energía del amor filial! Como esta joven heroica, nosotros hemos recibido también de Dios un alma tierna, misericordiosa y cariñosa. Si un desgraciado, en una situación de extrema miseria, nos tiende la mano, no pensamos si estamos o no unidos por la amistad o la sangre; se adueña inmediatamente de nuestro deber, de nuestra fortuna, y sobre todo, de nuestro corazón. Ante la necesidad, no dudaríamos de privarnos de los alimentos y de las cosas más necesarias, para librar a un desventurado de la infamia, del cautiverio, de la muerte. ¡Pues bien!, a favor de nuestros padres, de aquellos a los que hemos amado, a los que nos unen los lazos más estrechos, no pido ni el sacrificio de vuestra salud, ni de vuestra libertad, ni de todos vuestros

bienes, sino simplemente la gota de agua que el rico pedía en vano a la piedad de Lázaro.

¿Qué más puedo añadir?

Cuántos hay entre vosotros que, después de una vida de disipación y de desorden, han perdido hasta la valentía de la expiación y la voluntad de arrepentirse; tiemblan al pensar en el día en el que su alma, despojada del cuerpo, manchada por mil injusticias, será expuesta con toda claridad ante los ojos del Juez soberano. Un modo fácil de obtener misericordia en la última hora, es el que nos enseña el mismo Jesucristo: F*acite vobis amicos ut recipiant vos in aeterna tabernacula*[39], haceos amigos que os introduzcan en los tabernáculos eternos. Con ese oro, que ha sido instrumento de tantas malas pasiones, procuraos el apoyo y la protección de las santas almas del purgatorio[40]. Además, los muertos nos dicen: "Os equivocáis respecto a nuestros deseos y a la naturaleza de los consuelos que reclaman nuestros dolores; habéis creído testimoniarnos vuestra pena y vuestro amor encargándonos unos funerales suntuosos. Habéis erigido en el lugar de nuestra última morada monumentos que son más una satisfacción a vuestro orgullo que un homenaje para nuestra memoria. ¿A qué fin todo ese fasto y toda esa suntuosidad? Si hace falta, devolved los mausoleos, desmontad los monumentos y sus sillares, y lo que reste entregadlo a la Iglesia a cambio de oraciones y de sufragios".

He aquí lo que piden los muertos y si les escuchamos, en verdad os lo digo, nuestra caridad será bendecida. Los muertos no serán ingratos. Un día, libres de sus tormentos gracias a nuestras atenciones, nos ayudarán con su poderosa intercesión y cuando un día volemos a la patria celestial, ellos formarán nuestro séquito; cantarán a nuestro alrededor el himno del reconocimiento y aumentarán la alegría de la eterna felicidad que será nuestra recompensa y nuestra gloria.

NOTAS:

1. Ps. 35, 9.

2. 2M 12, 46.

3. 1 Co, 3, 15.

4. Versos del *Dies irae*, secuencia que se reza o canta en la Misa y el Oficio de difuntos. Según San Buenaventura, Santo Tomás y San Agustín, los tormentos del Purga-

torio sobrepasan en intensidad a todas las penas que el hombre puede soportar en esta vida.

Etsi aeternus non sit, miro tamen modo gravis est; exceditque omnes poenas quas aliquis in hac vita passus est [aunque no es eterno, sin embargo es inmensamente difícil de soportar; y sobrepasa todas las penas que alguien ha soportado en esta vida] (San Agustín, *Homilías*, lib. 50, c. 18). *Unde in Psalmo 37: 'Domine ne in furore tuo arguas me', ait damnatos argui in furore Dei, justos vero in purgatorio corrigi in ira Dei* [por lo que el Salmo 37, 2, al decir: 'No me acuses, Señor, en tu furor', significa que a los condenados los acusa el furor de Dios, pero a los justos los corrige la ira Dios en el purgatorio].

Anselmus, I Cor. 3. Sciendum est quod gravior est ille ignis quam quidquid homo pati potest in hac vita [San Anselmo, comentario a 1 Co 3, 15. Hay que tener en cuenta que ese fuego es más riguroso que cualquier dolor que el hombre pueda soportar en esta vida].

Caesarius, homil. 8. Nemo hoc dicat, fratres charissimi, quia ille ipse purgatorius ignis durior erit, quam quod possit poenarum in hoc saeculo, aut accidere, aut sentiri, aut cogitari [San Cesáreo de Arlés, homilía 8. Que nadie diga eso, hermanos carísimos, porque este fuego purificador será más cruel, que cualquier otra pena que pueda acaecer, sentirse o pensarse, en h].

No obstante, San Buenaventura (en 4. D. 20, a. I, 4, 2) interpreta en un sentido más mitigado las diversas opiniones que acabamos de citar. Dice que las penas del purgatorio son de orden sobrenatural; en consecuencia, es cierto que, consideradas en sí mismas, superan por su naturaleza intrínseca todos los sufrimientos de la vida presente. Pero no se puede admitir que por ello, en su aplicación a cada individuo, la más ligera de las penas del Purgatorio exceda a todos los tormentos que un hombre puede soportar en esta tierra. Por ejemplo, si un alma no es culpable más que de una falta venial mínima, no habría proporción entre el pecado y la pena, si por esa sola falta estuviera condenada a soportar todos los suplicios de los mártires. La opinión de San Buenaventura concuerda con las declaraciones de un gran número de santos, que supieron por revelación que algunos hombres fueron condenados al Purgatorio por un tiempo muy corto y que les fue perdonada la pena de fuego. Con mayor razón podemos pues concluir que, entre las almas del Purgatorio, hay un cierto número que no son condenadas más que a penas relativamente ligeras.

5. No parece pensable que quienes 'duermen el sueño de la paz' y 'descansan en Cristo' estén en condiciones tan precarias. El *locum refrigerii, lucis et pacis* [el lugar del refrigerio, la luz y la paz] es el Cielo. La oración pide a Dios que lleve a esas almas al Cielo. El verdadero sentido parece que no están aún en el cielo. Del hecho de que el Cielo sea 'refrigerio, luz y paz' no se concluye que el purgatorio sea lo contrario: 'tinieblas impenetrables, ardores intolerables e inquietudes y ansiedades indecibles'. Podría decirse eso del infierno, que es la cara opuesta del cielo, no del purgatorio. La interpretación de las 'inquietudes y ansiedades indecibles' que sufren, no puede ser la duda sobre su salvación, de la que están absolutamente seguros; necesariamente debe ser la consideración de que en la vida terrestre no correspondieron suficientemente al amor de Dios (NdG).

6. 2 Tm 4, 8.

7. Jb 21, 13.

8. Rm 8, 35 y 38.

9. Rm 8, 35.

10. *Censeo esse de fide, illas animas non ita perturbari doloribus, ut irrationalem quemquam anxietatem, vel impatientiam sustineant. Probatur ex Proverbio XII: 'non contristabit justum quidquid ei acciderit'. Quod si hoc dixit sapiens de justo in hac vita degente, quando divina gratia et protectione custoditur, quid dicendum est de animabus illis, quae confirmatae sunt in gratia, et in omni bono, et certissime norunt illas poenas esse justissimas, et ex Dei ordinatione evenire?* [considero que es de fe, que a esas almas no las perturban los dolores de tal forma que soporten cierta ansiedad o impaciencia irracionales. La prueba está en Proverbios 12 (Pr 12, 21): "nada de lo que le suceda al justo le producirá tristeza". Pues si esto dijo el sabio sobre el justo mientas seguía viviendo en esta vida, porque lo guardan la gracia y la protección divinas, ¿qué habrá que decir de aquellas almas, que han sido confirmadas en la gracia y en todo bien, y que con absoluta certeza conocen que aquellas penas son justísimas y que provienen de una disposición divina?]. (Suárez, *Disputationes*, 47, sect. 3, p. 932).

11. Jn 9,4.

12. Es una referencia a la parábola del rico epulón y el pobre Lázaro: *inter nos et vos chaos magnum firmatum est* [entre nosotros y vosotros hay establecido un abismo infanqueable] (Lc 16, 26). Entre nosotros y las almas del Purgatorio no hay una distancia insalvable, por el contrario, somos miembros del mismo Cuerpo; ellas y nosotros pertenecemos a la Iglesia, militante y purgante (NdG).

13. Ap 6, 9.

14. Es opinión de San Jerónimo y de muchos Doctores, que cuando se celebra el Santo Sacrificio por la intención de un difunto, este deja de sufrir los ardores del Purgatorio durante toda la celebración.

15. *Libera, Domine, animas fidelium defunctorum de poenis inferni et de profundo lacu* [libra, Señor, a las almas de los fieles difuntos de las penas del infierno y del lago profundo].

16. *Nemo inventus es dignus aperire librum, neque in coelo, neque in terra, neque subtus terram* [no se encontró a nadie digno de abrir el libro, ni en el cielo, ni en la tierra, ni bajo la tierra] (Ap 5, 3).

17. *Penetrabo omnes inferiores partes terrae et inspiciam omnes dormientes et illuminabo omnes sperantes in Domino* [bajaré a las partes inferiores de la tierra para ver a los que duermen, e iluminaré a todos los que esperan en el Señor] (Si 24, 45).

En este texto puede estar profetizado el descenso a los infiernos de Nuestro Señor Jesucristo, contenido en el Símbolo de los Apóstoles: *descendit ad infera* (inferos) [descendió a los infiernos] y en la primera carta de San Pedro, (1P 3,19): *et his, qui in carcere erant, spiritibus adveniens praedicavit* [fue también a predicar a los espíritus que estaban la cárcel]. La mayoría de los santos Padres entienden por "cárcel" el infierno o limbo, aunque otros lo interpretan en sentido místico. [Véase La Sagrada Biblia, traducción de la Vulgata latina de 1884, reeditada y anotada en 1983, nota 19, p. 873874] (NdG).

18. Es una tradición que los limbos en los que se encontraban detenidos los justos del Antiguo Testamento después de su muerte estaban situados en el centro de la tie-

rra. Los justos del Antiguo Testamento no estaban manchados por el pecado original: tenían un medio para borrarlo; sin embargo, no podían entrar en el Cielo ya que, como consecuencia del pecado de Adán, había sido cerrado para toda la raza del primer hombre y sólo podía reabrirse por los méritos de Jesucristo.

Baptisma circumcisioni successit... Etsi originalis culpa remittebatur per circumcisionis mysterium, et damnationis periculum vitabatur, non tamen perveniebatur ad regnum coelorum, quod usque ad mortem Christi fuit ómnibus obsecratum [el bautismo sucedió a la circuncisión... Pero aunque el pecado original se perdonaba por el misterio de la circuncisión y se evitaba el peligro de la condenación, no se entraba en el reino de los cielos, que hasta la muerte de Jesucristo estuvo cerrado para todos] (Papa Inocencio III, (a. 1201) epístola *Mayores Ecclesiae causas*, Denz. 410) (NdG).

19. En la relación actual de las cartas de San Agustín, el nº 99 lo ocupa una carta dirigida a Itálica; las cartas dirigidas al obispo Evodio, 'amigo de toda la vida', son cuatro y ocupan los números 159, 162, 164 y 169, todas ellas escritas en los años 414 415. (A. D. Fitzgerald, *Diccionario de S. Agustín*, p. 470471) (NdG).

20. Hch 2, 24. La versión Vulgata dice: *solutis doloribus mortis* [librándole de los dolores de la muerte]. El texto se refiere a Jesucristo. Los códices occidentales traen la forma que utiliza el autor. Los códices orientales y la Vulgata no hablan de "infierno" sino de "muerte" (NdG).

21. *Unumquem purgari ubi potissima peccata commisit, sicut multis documentis saepe probatum est* [cada uno es purgado donde cometió preferentemente los pecados, como ha sido probado muchas veces y con muchos documentos] (Hugo de San Víctor, lib. II, *de sacramentis*, cap. IV, p. 16).

22. Leemos en San Marcos: *omnis enim igne salietur* [todos serán saldos por el fuego] (Mc 9, 49). Dice todos. Por su parte San Juan en el Apocalipsis dice: *Hi, qui amicti sunt stolis albis, qui sunt et unde venerunt?... Hi sunt qui veniunt de tribulatione magna et laverunt stolas suas et dealbaverunt eas in sanguine Agni* [éstos que están vestidos con túnicas blancas, ¿quienes son y de donde han venido?... Estos son los que vienen de la gran tribulación, han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero] (Ap 7, 13-14). En consecuencia, salvo los que mueran inmediatamente después del bautismo, que en sus aguas quedan totalmente purificados, todos vamos a sufrir la gran tribulación: unos en esta tierra con el martirio (martirio propiamente dicho o sufrimientos equivalentes), los demás con el martirio en el otro mundo, en el Purgatorio. Salvo esos casos, los demás pasaremos por el purgatorio. ¡Ay de aquel a quien no le alcance esta gran tribulación! (NdG).

23. Los muertos y las almas del Purgatorio, ¿pueden aparecerse, y en la realidad se manifiestan realmente algunas veces de manera visible a los vivos? San Agustín afirma que estas apariciones pueden darse y que han sucedido muchas veces por especial disposición de la voluntad divina. Como prueba cita las almas de Moisés y de Samuel (1 Samuel 28, 13-15); las almas de Jeremías y del gran sacerdote Onias (2 Macabeos 15, 11-16), que reaparecieron sobre la tierra, aunque estaban todavía cautivos en los limbos. En cuanto a las apariciones de los bienaventurados que habitan en el Cielo, son frecuentes en la vida de los santos. Teodoreto, en el libro V de su *Historia Eclesiástica* y Nicéforo, en el libro XII, citan numerosos ejemplos. Resulta verosímil que en virtud de una disposición divina se aparezcan o se manifiesten oca-

sionalmente las almas del Purgatorio para la salvación y la enseñanza de los vivos. Ésta es la doctrina de San Gregorio Magno, quien cita algunos rasgos de estas apariciones, pero la doctrina más probable es que las almas detenidas en el centro de la tierra no obtienen sino raramente el permiso de salir.

Como está constatado por el hecho que cita San Bernardo en la vida de San Malaquías, las almas que se muestran a los vivos son normalmente las condenadas a realizar su purgatorio en los lugares de la tierra en los que vivieron. Sea lo que sea de estas opiniones diversas, lo cierto es que, en los muy raros casos en los que se concede a las almas del purgatorio reaparecer y manifestarse a los vivos, sus sufrimientos no se suspenden; la interrupción no redundaría en su beneficio, puesto que retrasaría su entrada en la bienaventuranza. Del mismo modo que el fuego del Infierno atormenta a los demonios que habitan en las regiones del aire, así las almas del Purgatorio sufren su pena en cualquier lugar al que sean llevadas.

24. San Gregorio Magno (*Dialog.*, cap. 25) dice que el obispo Pascasio, hombre muy austero y santo, se le apareció a Germán, obispo de Capua, en unas termas cercanas a dicha ciudad y le dijo que había sido condenado a cumplir su pena en aquel lugar, en castigo por la condescendencia que había tenido con el arcipreste Lorenzo, que se había rebelado contra el Papa Símaco y se había autodeclarado antipapa.

San Pedro Damián tuvo una visión semejante que cuenta en su Epístola II, *ad Desiderium*. Cita el caso de un obispo que cumplía el Purgatorio en un río: dicho obispo se apareció a cierto sacerdote y le cogió la mano, para hacerle sentir el ardor de su dolor.

25. Hay una objeción contra la autenticidad de este relato. No parece teológicamente admisible que las santas almas del Purgatorio se entreguen a los demonios para que las atormenten. En primer lugar, es absolutamente innecesario que los malos espíritus lleven o detengan estas almas en el lugar de su expiación; una vez que conocen la voluntad de Dios, la obedecen y se someten a ella de forma totalmente voluntaria. Es una creencia piadosa que las almas muertas en amistad con Dios son conducidas al Purgatorio por sus ángeles buenos y que éstos las asisten y se les aparecen para consolarlas.

La idea de que las almas del purgatorio tengan que sufrir la presencia y la obsesión de los malos espíritus repugna al estado de justicia y santidad del que han sido revestidas y al amor que Dios tiene por ellas; si los demonios pudieran ejercer su crueldad sobre estas almas, no podría ser por mandato de Dios, sino simplemente con su permiso. Todo lo que hay que decir sobre la visión que tuvo este peregrino de Rodez es que se trata de una imagen, una parábola adecuada a nuestros espíritus burdos y de la que Dios ha querido servirse para describir el horror y las tinieblas de la prisión a la que son arrojadas estas almas. No obstante, si fuera cierto que almas no condenadas son entregadas al demonio durante un tiempo, no puede tratarse sino de algunos grandes pecadores culpables de crímenes enormes y que no se habrían reconciliado con Dios hasta el momento de su último suspiro. La opinión común de los teólogos es que, por regla general, las santas almas del Purgatorio no son atormentadas por los demonios.

26. Gn 49, 29-30.

27. Los nietos de Isaac eran los hijos de Jacob (NdG).

28. El texto dice el *Profeta*, pero el Libro del Eclesiástico no es un libro profético, sino sapiencial.

29. Si-Eclesiástico 24, 45.

30. La expresión: *facultades sensitivas*, referido al alma espiritual es una metáfora, los sentidos pertenecen al cuerpo y estas almas están privadas el cuerpo; sin embargo es posible que Dios las dote de una capacidad de captar lo que les rodee (NdG).

31. San Agustín, *La Ciudad de Dios*, cap. 6.

32. *Ex igne visibili ardor atque dolor invisibilis trahitur* [por medio de un fuego visible se provoca un ardor y un dolor invisible].

33. Hb 4, 12.

34. Ml 3, 3.

35. La Iglesia no ha definido nada respecto a la duración del Purgatorio. El teólogo Domingo Soto opinó que ningún alma queda detenida en el Purgatorio más de 10 años. Justifica su afirmación razonando que, puesto que es facultativo del poder divino sustituir la intensidad de las penas por su duración, como hará con los hombres que mueran pocos días u horas antes del juicio final, es razonable y coherente con nuestras ideas sobre la bondad infinita de Dios pensar que se servirá de ese medio y esta moderación para acelerar la entrada en el cielo de las almas que le son tan queridas. Hemos de señalar que esta opinión es propia del teólogo Domingo de Soto y que no se basa en ningún fundamento positivo y serio.

Por otra parte, varios santos han creído saber por medio de la revelación que había en el Purgatorio un gran número de almas condenadas hasta al fin del mundo y que, a pesar de la ayuda de las oraciones y de los sufragios de la Iglesia, gimen en esta prisión desde hace siglos. Eso podría suceder en casos muy excepcionales y cuando se trata de grandes pecadores vueltos a Dios cuando estaban a las puertas de la muerte. Pero no hay ninguna prueba ni ningún testimonio de los Padres que establezca que esta opinión pueda extenderse a la generalidad de los fieles difuntos. Es cierto que la Iglesia autoriza la institución de misas *a perpetuidad*, pero con dicho uso no pretende declarar que las almas a favor de quienes se dicen las misas puedan estar en el Purgatorio hasta el fin de los tiempos. Autoriza esta costumbre, en primer lugar, porque los juicios de Dios son secretos; en segundo lugar, para proporcionar a los fieles la ocasión de redimir sus pecados y satisfacer la justicia divina por la práctica de la caridad y la fundación de obras pías.

En fin, la Iglesia sabe que, aunque sus sufragios no beneficien directamente al alma por la que se ofrecen, se aplican al consuelo y a la liberación de otras almas desconocidas y más abandonadas. Lo cierto es que nada podemos conjeturar sobre la duración media del tiempo que pasan las almas en el Purgatorio; las revelaciones hechas en este sentido sólo son aplicables a casos particulares y especiales y no podemos, a partir de ellas, inducir ninguna norma general y que constituya un argumento de autoridad.

36. Jb 38, 4.

37. R. P.Félix: *Discours sur les morts.*

39. Lc 16, 9.

40. Es un asunto debatido teológicamente si las almas del Purgatorio pueden ayu-

darnos a los vivos o no. Santo Tomás piensa que las almas del Purgatorio sólo pueden recibir nuestros socorros, pero ellas no pueden ayudarnos. Otros doctores, entre ellos San Alfonso María de Ligorio, dicen que sí pueden ayudarnos y por consiguiente, tiene sentido el que nos encomendemos a sus plegarias (NdG).

Sexta conferencia

Las penas eternas y el destino fatal

Ibunt hi in supplicium aeternum.

Ellos irán al suplicio eterno.
(Mt. 25, 46).

Hay en el cristianismo una verdad terrible que en nuestros días, todavía más que en los siglos pasados, suscita en el corazón del hombre una repulsión implacable. Esta verdad es la de las penas eternas del Infierno. Al mero enunciado del dogma, la inteligencia se revuelve, el corazón se encoge y se estremece, las pasiones se endurecen y se irritan contra esta doctrina y contra las voces inoportunas que la proclaman. ¿Deberíamos, pues, callarnos, dejar caer en el olvido y cubrir con un tupido velo una verdad esencial, relativa al interés más grande del hombre, el de su destino supremo más allá de los cortos años de su exilio en esta tierra? Pero si el Infierno es una realidad, todo el silencio que impongamos en torno de esta cuestión fundamental no quebrará lo más mínimo la certeza de su existencia. Atenuar y endulzar el lenguaje humano no abreviará su duración. El colmo de la locura sería persuadirnos de que, distrayendo la atención sobre esta suerte fatal, esforzándonos por no creer en ella, llegaremos un día a conjurar su rigor.

En esta serie de conferencias en las que nos hemos propuesto tratar de lo que concierne al destino del hombre y a su fin inmortal, no podríamos omitir los suplicios de la otra vida sin traicionar nues-

tro deber. Si obráramos así seríamos como el médico infiel e inmoral que, para ahorrarle a su paciente un tratamiento sumamente doloroso, le deja morir dándole tranquilizantes. Sobre este asunto, Jesucristo no creyó oportuno tener miramientos ni reticencias. No cesó de insistir en las penas reservadas a los pecadores. En muchas ocasiones habló de las tinieblas exteriores, de ese fuego que no se extingue, de esa prisión sin salida en la que habrá *rechinar de dientes y donde los llantos no cesarán.*

Cuando la justicia humana quiere castigar a un gran culpable levanta un cadalso en la plaza pública e invita al pueblo a presenciar el horrible espectáculo. En algunas zonas se dejan durante días enteros los miembros rotos del desgraciado, expuestos en el camino o suspendidos en la horca en la que exhaló el último suspiro, para asustar con el ejemplo a los hombres extraviados que podrían verse arrastrados por las malas pasiones. Jesucristo procede como la justicia humana: muestra al malvado la espada suspendida sobre su cabeza, para que, aterrorizado, no infrinja su ley y haga el bien en vez del mal.

San Ignacio de Loyola decía que no conocía una predicación más útil y fructífera que la del Infierno. La consideración de los encantos de la virtud, de las delicias y de los atractivos del amor divino, influye poco en los hombres sensuales y groseros; en medio de las distracciones tumultuosas en las que viven, de los ejemplos contagiosos que reciben, de las trampas y escollos que se encuentran a su paso, la amenaza del Infierno es el único freno suficientemente poderoso para mantenerlos en la línea del deber. Por la misma razón, Santa Teresa invitaba a menudo a sus austeras religiosas a descender en espíritu y con el pensamiento al Infierno, mientras vivían, para evitar descender realmente después de la muerte.

En el estudio que vamos a emprender sobre la grave cuestión de la suerte reservada a los hombres que mueren en el odio de Dios, evitaremos las opiniones discutidas; procederemos razonando con rigor e iluminados por la claridad de la gran luz de la teología, apoyándonos sólo en las Escrituras y en la ciencia auténtica de la tradición y de los Padres. En primer lugar, *¿existe el infierno y es cierto que las penas que en él se soportan son eternas?* En segundo lugar, *¿cuál es la naturaleza del suplicio del Infierno y en qué lugar se encuentra?* Y en tercer lugar, *¿puede conciliarse la misericordia de Dios con la idea de una justicia que ninguna satisfacción sea capaz de aplacar?*

Ningún hombre podría dedicarse al estudio de estas importantes cuestiones sin oír resonar en lo más secreto de su alma estas palabras de las Escrituras: “Ten cuidado, sirve al Señor tu Dios y observa sus mandamientos; porque en esto consiste todo el hombre”. Es seguro que quien medite estas terribles verdades se volverá mejor; enseguida sentirá que su espíritu se transforma y que su ser se eleva con la energía de la virtud y con el amor al bien.

I

La eternidad de las penas del Infierno es una verdad formalmente enseñada por las Sagradas Escrituras; forma parte del símbolo cristiano y un gran número de concilios la ha definido como artículo de fe[1].

Al hablar de las penas de los demonios y de los condenados, San Mateo (cap. 18) y San Juan (Apocalipsis cap. 14) dicen que su duración no tendrá límite[2]. San Marcos (cap. 9) e Isaías (cap. 66) dicen que su fuego no se apagará y su gusano no morirá. San Agustín, citando estas palabras, observa que se puede discutir sobre la naturaleza de ese gusano, sobre la materialidad o inmaterialidad de ese fuego, pero lo que dejan claro las palabras del profeta, lo que está al abrigo de toda controversia, es que los ardores de ese fuego no se aliviarán jamás y que las torturas de ese gusano no disminuirán jamás[3].

Jesucristo, al hablar de la sentencia suprema que un día Él dictará, no establece ninguna diferencia ni de medida ni de duración entre las recompensas de los justos y el castigo de los impíos. “Éstos irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna”[4]. Por tanto, si la vida eterna no debe tener límite temporal, tampoco la muerte eterna tendrá ni límite ni fin.

De estos diversos testimonios resulta que la misericordia está excluida de los Infiernos y que la redención no llegará allá. *Quia in inferno nulla est redemptio* [porque en el Infierno no hay redención]. Por otra parte, los condenados y los demonios sólo podrían liberarse de la justicia y obtener la liberación o la mitigación de sus penas por tres vías: o por la verdadera y sincera penitencia; o en virtud de las oraciones de los santos y por las obras satisfactorias ofrecidas por los vivos; o también por la destrucción de su ser: Dios, en la imposibili-

dad absoluta que tiene para recibirlos en su seno, quitándoles la existencia haría cesar sus tormentos, pues los condenados no pueden hacer penitencia. Dios nunca ha concedido la gracia a Satán, porque Satán *jamás se ha arrepentido.*

Dice Santo Tomás que hay dos maneras de arrepentirse y detestar el pecado: *absolutamente o accidentalmente.* Quien detesta absolutamente el pecado, lo aborrece por su deformidad intrínseca y porque ofende a Dios; quien lo detesta *accidentalmente,* lo odia, no por amor a Dios, sino por amor a sí mismo: es decir, no detesta realmente el pecado, sino la pena y los males que le ha ocasionado. Sin embargo, la voluntad de los condenados sigue inclinada al mal y al horror; el que detesten sus penas no es ni arrepentimiento ni expiación[5]. Sin duda, son consumidos por deseos y sueños, pero esos sueños tienen por objeto una felicidad que ellos mismos se otorgarían, al margen de Dios. Éste es el sueño de los demonios y de los condenados, un sueño eternamente estéril que los consume en un desesperar y una exasperación sin fin. Por tanto, los condenados no pueden arrepentirse. ¿Son capaces de participar de las oraciones y de los méritos de los vivos? Si así fuera, Lucifer y sus ángeles podrían, en un tiempo más o menos lejano, volver al bien; y a partir de ese momento se convertirían en seres santos, dignos de veneración y de amor, al igual que los querubines y los arcángeles a quienes un día llegarían a abrazar en eterna comunión. Se desprende además, como consecuencia, que la Iglesia estaría obligada a rezar por los demonios. En verdad, los demonios son nuestros peores enemigos y el precepto de la caridad nos prescribe orar por todos nuestros enemigos, sin exclusión. Ahora bien, aunque la Iglesia ruega aquí abajo por sus perseguidores, porque durante la vida presente pueden arrepentirse y producir dignos frutos de penitencia, el mismo día del juicio en el que ella se llenará totalmente de amor y santidad ya no rezará más por los hombres justamente condenados a los tormentos eternos. Si los réprobos pudieran esperar su salvación, la Iglesia debería orar por ellos. Más aún, si así fuera no sé por qué habría de abstenerse de rendirles culto y no había de recoger los restos de Nerón, de Robespierre y de Marat, para honrarlos en los altares, igual que a las cenizas de un Luis Gonzaga, un Vicente de Paúl o de un Francisco de Sales.

En fin, los sufrimientos de los condenados nunca se terminarán y su ser jamás será destruido. La Sagrada Escritura describe su lamentable situación llamándola *secunda mors* [segunda muerte]. San

Gregorio Magno dice: "Ésta será una muerte que jamás llegará a consumarse, un fin al que siempre sigue un nuevo comienzo, una inconsistencia que no dará nunca lugar a ningún deterioro[6]".

San Agustín expresa, con no menos fuerza y claridad, la triste condición de esa muerte que, dejando que el alma subsista eternamente, le hará soportar sus congojas y sus horrores con toda la intensidad.

> No puede decirse que el alma en el Infierno tendrá vida, puesto que el alma no participará en ninguna medida de la vida sobrenatural de Dios; tampoco se puede decir que el cuerpo tendrá allí vida, puesto que el cuerpo será víctima de todo tipo de dolores. Por ello, esta segunda muerte será más cruel, porque la muerte no podrá ponerles fin[7].

Añadamos a estas pruebas teológicas las pruebas de la razón.

Si no hubiera un Infierno eterno, el cristianismo desaparecería y el orden moral quedaría suprimido.

Esta verdad de la eternidad de las penas está esencialmente ligada a las verdades centrales de la religión: a la caída del hombre, a la Encarnación, a la Redención, que requieren lógicamente la certeza. Si no hubiera Infierno, ¿por qué habría descendido Jesucristo de los cielos? ¿por qué su abajamiento hasta el pesebre? ¿por qué sus ignominias, sus sufrimientos y su sacrificio de la cruz? El exceso de amor de un Dios que se hace hombre para morir hubiera sido una acción desprovista de toda sabiduría y sin proporción con el fin perseguido, si se tratara simplemente de salvarnos de una pena temporal y pasajera como el Purgatorio. El hombre había caído en un infortunio irreparable, había sido golpeado por una desgracia infinita de la que sólo un remedio divino podía salvarlo. De otra manera, habría que decir que Jesucristo sólo nos libró de una pena finita, de la que hubiéramos podido librarnos con nuestros propios méritos. Y en este caso ¿no hubieran sido superfluos los tesoros de su sangre? No hubiera habido *redención* en el sentido estricto y absoluto de esta palabra: Jesucristo no sería nuestro Salvador; el tributo de gratitud y de amor sin límites que exige a los hombres sería una pretensión excesiva e inmerecida. El Dios hecho hombre sería totalmente destronado de nuestros corazones y de nuestra adoración, el cristianismo se convertiría en una impostura y todo espíritu consecuente se vería necesariamente abocado a rechazar la revelación y a Dios mismo.

Si no hay un Infierno eterno, tampoco hay orden moral.

El fundamento del orden moral es la diferencia absoluta y esencial entre el bien y el mal. El bien y el mal difieren esencialmente porque tienen distintas conclusiones y conducen a fines opuestos; pero si suprimimos la sanción eterna de las penas, el vicio y la virtud llegan al mismo punto: el uno y el otro, por distintas vías, alcanzan su fin último, que es el descanso y el gozo en la felicidad de Dios. La misma suerte correspondería a quienes han sido instrumento del mal y a quienes han sido hasta el fin los órganos incorruptibles del bien.

Me diréis: Bien, pero eso le sucederá mil o cien mil años antes al justo; mil o cien mil años más tarde al impío. ¿Y eso qué importa? La duración de la expiación, por larga que la supongáis, no constituye una diferencia esencial entre el destino de uno y de otro. Durante nuestra efímera y fugitiva vida en la que los instantes, una vez pasados, no vuelven a renacer, mil, cien mil años, son un período de tiempo y tienen importancia; pero una vez que el hombre ha entrado en la eternidad mil o cien mil años ya no significan nada: son menos que un grano de arena en el desierto, que una gota de agua en el océano. Imaginad un futuro de suplicios, tan largo como queráis. Doblad los años, acumulad siglos sobre siglos, puesto que el fin es el mismo para todos, el pasado ya no cuenta nada. Una vez terminada la pena, su duración, comparada con la duración de la eternidad, parecerá tan pequeña, tan centesimal, que será como si no existiera.

Y puesto que entre una *eternidad* y la otra *eternidad* no hay diferencia perceptible, bien podría decirse que el pecado no ha perjudicado al pecador. Por ejemplo, supongamos que Dios, para castigarme por mis crímenes me lanza a las llamas durante siglos, yo me consuelo... yo sé que me espera una medida matemáticamente igual a la del justo... tengo la *eternidad*... Por tanto, *eternidad* de alegría y de gloria para quien haya servido a Dios y le haya amado hasta morir; *eternidad* de alegría y de gloria para el perverso que gozaba haciendo el mal y pisoteando constantemente la ley y los mandamientos divinos. Si los dos resultados coinciden, si tanto por el camino del mal, como por el camino del bien, se llega infaliblemente a la vida, a la vida durante una eternidad, es forzoso concluir que la virtud y el crimen son dos vías igualmente seguras y que el hombre puede elegir una u otra a su gusto; y que la vida más corrupta y la más pura tienen el mismo mérito y la misma dignidad, puesto que tanto la una

como la otra son el germen de una misma perfección y una misma felicidad.

Admitido este planteamiento, ya no queda sobre la tierra ni moral, ni orden público ni sombra de virtud. La justicia queda despojada de su sanción, la conciencia es un prejuicio, la virtud y el sacrificio son un esfuerzo estúpido. Quitadle a la humanidad el temor a los castigos eternos y el mundo se llenará de crímenes, los hechos más execrables se convertirán en deber, siempre que se pueda presumir de escapar a la prisión y a la espada. El Infierno se anticipará; en lugar de ser aplazado hasta la vida futura, se inaugurará en el seno de la humanidad, desde la vida presente. Un escritor de nuestros días ha dicho: "No puede haber un término medio para la sociedad: *o Dios, o el revólver*". Si no hay ningún castigo más allá de esta vida, la fuerza prevalecerá sobre el derecho, el verdugo se convertirá en la piedra angular y el eje del orden social y la justicia se proclamará en nombre de la muerte, en lugar de proclamarla en nombre de Dios. "Además", observa un moralista, "¿en virtud de qué derecho castigarán el crimen los tribunales, cuando el crimen tiene la aprobación de la impunidad divina y la justicia eterna se empeña en no salir de su reposo para infligirle su legítimo castigo[8]?"

La conciencia de los pueblos se subleva contra esta consecuencia monstruosa. En medio del desenfreno de los errores, del descenso de las verdaderas creencias, la doctrina de un estado futuro de castigos y de recompensas permanece en pie. Se encuentra entre los paganos. Virgilio expone esta creencia, en estos versos famosos:

> *Sedet aeternumque sedebit infelix Theseus*
> [Teseo es infeliz y lo será eternamente].
>
> (Eneida, 6, 618).
>
> *Rostroque immanis vultur obunco*
> *Immortale jecur tondens...*
> *Nec fibris requies datur ulla renatis*
>
> [Un monstruoso buitre, con pico corvo,
> devora su hígado inmotal...
> *Tampoco a las entrañas renacidas* se les concede ningún descanso].
>
> (Eneida, 6, 597).

Platón dice:

> Los viles criminales, cuya alma es incurable, son atormentados con

castigos que les perturban sin curarlos. Las almas que han cometido grandes crímenes son precipitadas en un abismo que se llama Infierno. Este es el juicio de los dioses, que habitan el cielo: los buenos se reunirán con los buenos, y los malos con los malos (Fedón, 113 E, 62).

Es algo asombroso que todos, poetas, filósofos, gente del pueblo, reyes, civilizados, bárbaros, estén de acuerdo en esta verdad que turba nuestra mente y que los hombres tengan tanto interés en negarla. Éste es el lugar para detenernos bajo la autoridad y el peso de este axioma fundamental: *Quod semper, quod ab omnibus, quod ubique* [lo que siempre, por todos y en todas las partes]; lo que se ha creído siempre, por todos y en todos los lugares, es necesariamente verdad. Cualquier dogma ha sido alterado, salvo éste; todos los puntos importantes de la teología católica han dado lugar a discusiones, pero el Infierno ha escapado a esta ley común; ha llegado hasta nosotros sin encontrar, en este largo camino, un espíritu que se haya opuesto a su justicia, o al menos a su formidable certeza.

> Los protestantes que han negado tantas cosas, no han negado ésta. Destructores de lo que proporciona la mayor protección al pensamiento humano, la penitencia, la virginidad, la eficacia de las buenas obras, no han despojado al Infierno de su terrorífico aspecto. Su mano se paró en el umbral del dolor, la misma mano que no había respetado la puerta del tabernáculo donde reposa, bondad y sacrificio, la carne del Hombre Dios...[9]

El racionalismo contemporáneo es el único que se ha atrevido a esta negación y, cosa extraña, lo ha hecho amparándose en el seno mismo de las perfecciones infinitas. Contra la justicia de Dios ha retorcido su inmensidad y su sabiduría; y él, que niega la Redención, acude a este exceso de amor que Jesucristo hizo resplandecer sobre la cruz al morir. Dice:

> Dios es un ser demasiado perfecto, demasiado sublime, demasiado desinteresado para querer aplastar eternamente, bajo los rayos de su poder, a una frágil criatura, inducida al mal por la vehemencia o por la fragilidad. Esto sería una venganza, una represalia indigna de su gloria y de sus perfecciones.

Yo respondo que si el crimen queda impune, la grandeza cesaría de ser patrimonio de Dios porque pertenecería de pleno derecho al hombre malvado. Dependería únicamente de él, de un acto de su vo-

luntad, el hacer triunfar la rebelión contra el gobierno divino. De ser así, Dios hubiera estado bajo la ilusión de un sueño el día en que, dejando su reposo para aumentar su gloria, estableció esta ley fundamental: que la criatura debe tender hacia Él en cada una de sus aspiraciones, servirle y amarle con constantes actos de alabanza de dependencia y de adoración. Dios no sería ya nuestro fin esencial y último.

Admitamos provisionalmente, como han osado sostener algunos, que el infierno es simplemente un lugar de disgusto y de tristeza, donde el alma cautiva no está sometida más que a un sufrimiento suavizado y limitado. Figurémonos, en esta suposición, a Satán y a sus cómplices colmando la medida de su rebeldía y de su orgullo diciéndole a Dios que les ha rechazado:

> Estamos en un estado y en un tipo de existencia lo suficientemente tolerables como para permitirnos pasar sin Ti eternamente. En verdad, no poseemos la felicidad perfecta, pero tenemos una forma de vida y de descanso que son obra exclusiva nuestra y nos contentamos con ellas; aunque no somos esplendorosos como tus ángeles, tampoco somos tus súbditos; nosotros no te servimos, nosotros no te obedecemos.

Éste sería el lenguaje de toda criatura excluida del seno de Dios si llegara a librarse de sus designios, sin sentir un dolor tan inmenso e infinito como el beneficio que libre y obstinadamente ha desdeñado. Dios no dejará ni una sombra de bien, ni una débil esperanza para dulcificar la miseria de los demonios y de los réprobos, ni una gota de agua para refrescarlos; ellos se agarrarían a esta sombra, a esta apariencia, con toda la energía de su voluntad extenuada y anhelante; se llenarían de ardor por esta parcela de alivio, buscando seducirse y engañarse sobre la magnitud y la profundidad de su infortunio. Hace falta no conocer el corazón del hombre para imaginarse que no se resignaría a este infierno mitigado antes que doblar la rodilla y ceder.

Si el Infierno no fuera un diluvio y el colmo de inefables y eternos sufrimientos que hace sentir al culpable todo el peso de la mano que le castiga, el hombre quedaría victorioso y el Señor del Cielo sería el vencido en la lucha del bien y del mal; no toda rodilla se doblaría ante Él como Él predijo. Es absolutamente necesario para la gloria divina que el hombre que la ha ultrajado, mostrándose obstinado y sistemáticamente rebelde, sea sometido a tormentos extremos, sin

fin, sin cuento; para compensar de algún modo a la gloria divina ofendida. Se deben endurecer las aflicciones y los dolores sin mezcla de alivio, acompañados de una separación absoluta y total de toda criatura capaz de deleitarlo y distraerlo de los dolores que lo rodean. No podrá sentir a su alrededor, desde la cabeza los pies, sino desolación y terror para que reconozca la grandeza de Dios a quien ha despreciado y para que el exceso de su angustia le arranque el homenaje que no consiguió la bondad y grite, como Juliano el Apóstata, en el momento de su muerte: *Has vencido, Galileo*.

Sin duda, este estado de suplicio cruel aterroriza nuestro pensamiento, pero es la sanción necesaria del gobierno divino; un Infierno temporal, algo así como el Purgatorio, no podría ser suficiente como para asegurar el orden y la sanción. En efecto, ¿a cuántos hombres les preocupa en esta vida el Purgatorio? ¡Cuántos cristianos sin generosidad y sin coraje consentirían en mil Purgatorios para contentar sus deseos de un instante! Un filósofo alemán, discutiendo un día con uno de sus amigos, le decía: “Para conseguir la realización de tal deseo, de tal proyecto de ambición por el que yo suspiro, yo daría voluntariamente dos millones de años de mi felicidad eterna”. Su interlocutor le respondió: “Eres muy moderado en el sacrificio que ofreces”. El hombre no aprecia sino lo que es infinito: si una criatura se le ofrece con la sonrisa y el encanto de la seducción, inmediatamente la dota de todo este infinito encerrado en sus afectos y sus sueños, hace reposar sobre ella el ideal y el encanto de una bondad gigantesca e ilimitada. Ante este infinito sensible, vivo, palpable, que provoca la fiebre de su corazón, enciende un fuego que devora sus sentidos. Poned como contrapeso una pena de una duración finita[10], cuya amenaza está en un porvenir lejano e indeterminado que él se representa de una manera confusa y de la que presume poder conjurar el rigor antes de la muerte. Yo digo que este infierno temporal le parecerá a este hombre una compensación modesta de los goces sin medida que le promete un minuto de poder o de placer. Lo arriesgará todo; apostará contra los miles de millones de siglos con los que le amenecéis y se figurará que va a ganar una buena partida. Salvo que la amenaza sea la eternidad no regateará ni el grado ni el tiempo. Quien no comprende esto no ha sondeado nunca las profundidades de la naturaleza humana. A un ser inmortal le convienen las esperanzas y los temores de su condición. Todo lo que no es eterno desaparece ante la espantosa inmensidad[11] de sus deseos.

Establecida la demostración de la eternidad, explicaré cuáles son las penas, cuál su intensidad y cuál el lugar en el que los demonios y los réprobos las soportan.

II

Los condenados soportan dos tipos de penas: unas son privativas, otras positivas. Las penas privativas son las penas de *daño*, es decir, la pérdida de Dios; las penas positivas consisten en el suplicio del *fuego*.

San Agustín nos dice que la pena de daño es la más terrible y la más incomprensible de todas las penas del Infierno; al lado de las lamentaciones y desesperación que suscita, los otros sufrimientos no merecen ni siquiera el nombre: *Plus torquetur caelo quam gehenna* [será más atormentado por el cielo (su privación) que por el infierno].

El réprobo tiene la certeza de que ha perdido a Dios, que no puede ya unirse con aquel que lo ha creado; está privado para siempre de la posesión del bien supremo y de la vida de la belleza infinita y esta consideración le causa un dolor tan acerbo que él solo sería suficiente para encender las llamas que lo consumen. Durante la vida presente, embarazados por nuestra envoltura terrestre, distraídos y extraviados por el espectáculo de las cosas sensibles, no podemos apreciar la inmensidad de tal pérdida; pero cuando el alma se separa de todas las criaturas por la muerte, no tiene ya ningún objeto en el que pueda complacerse; Dios aparece ante ella como el único tesoro y el único fin; se precipita hacia él con toda la impetuosidad de sus deseos; toda su fuerza, todos sus ardores y la plenitud de sus aspiraciones se concentran en esta divina belleza.

Figuraos un pez sacado del agua, la aguja imantada de una brújula oscilando ininterrumpidamente, sin conseguir fijar la dirección del polo, una locomotora descarrilada, arrastrada por los espacios en una carrera hacia el abismo; todas estas comparaciones no son más que un retrato muy imperfecto del indecible estado de un alma desviada, extraviada lejos de su fin y en la imposibilidad de volver jamás a su camino. Para ella no hay porvenir. El poeta teólogo de la edad media veía escritas, en caracteres negros, estas significativas pala-

bras a la entrada del lugar sombrío y maldito del Infierno: "Por mí se va a la ciudad de las lágrimas, por mí se va al abismo de los dolores. La Justicia es la que anima a mi sublime Creador; soy la obra del poder divino, de la más alta sabiduría y del primer amor... *¡Ay, de los que entréis aquí! abandonad toda esperanza*[12].

Es cierto, y todos los teólogos lo enseñan, que los demonios y los réprobos están privados de toda gracia y de toda iluminación *sobrenatural*. Desde este punto de vista, están sumergidos en las tinieblas y heridos por una ceguera incurable; pero no han perdido sus fuerzas ni el uso de sus facultades naturales, siguen estando en posesión de las ciencias especulativas que hubieran adquirido y son capaces de adquirir *experimentalmente* nuevos conocimientos.

En medio de sus tormentos su memoria no pierde la firmeza, su inteligencia conserva la agudeza y su voluntad mantiene toda la energía y toda la actividad; pero todas estas facultades y todas las aptitudes naturales que Dios deja en ellos para acrecentar sus castigos, tienen el objetivo y la dirección falseados: no pueden tender hacia objetos honestos, útiles y serios. La razón es que lo honesto, lo bello, lo útil, son reflejos de una participación de los atributos divinos y el alma separada de Dios, sin posibilidad de retorno, no es capaz de esta participación. Como dice Suárez, el juicio moral de los condenados no tiene rectitud práctica en todo lo que se refiere a las normas de sus pensamientos, de sus deseos y a la sabia ordenación de sus acciones[13]. Encorvados bajo en peso de la maldición, los demonios y los réprobos no pueden unirse a la verdad y su espíritu no aspira sino a alimentarse de ilusiones y de mentiras; su corazón desordenado no puede abrirse al amor y permanece carcomido por el odio; su imaginación se ve asaltada por espantosos fantasmas y terrores que constantemente se renuevan.

En los siglos de fe, cuando un ministro del altar había traicionado sus compromisos sagrados y se había convertido en gravemente culpable era llevado al santuario y sometido a la pena de la degradación. El Obispo le despojaba de sus insignias: le quitaban el alba, símbolo de la inocencia; la estola, signo de su jurisdicción sobre las almas; la casulla, emblema misterioso de su transformación en la persona de Jesucristo y se le decía: *Se te despoja de estos ornamentos de los que eres indigno*. Los cristianos condenados son sometidos a una degradación análoga; Dios, al dejarlos en el momento en

el que se consuma su desdichado fin, les retira todo lo que pueda quedar en ellos de las virtudes teologales, como la fe y la esperanza. Les despoja de sus virtudes morales, de la fortaleza, la prudencia, la justicia, la templanza y de todas las demás cualidades naturales, como el desinterés, la fidelidad a las leyes del honor, la amenidad, la distinción de maneras, virtudes de las que han abusado para mantener en su lugar el orgullo y las complacencias culpables. No deja que quede ningún rastro de perfección en aquellos que ha rechazado. Por ello, los condenados son seres profundamente degradados; no son susceptibles de ningún respeto, de ningún amor, de ninguna compasión. En tanto que separados del soberano bien, se convierten en soberanamente detestables y, como los demonios, no pueden inspirar otro sentimiento que el horror y la execración. Para concebir mejor su lamentable suerte, figurémonos una ciudad donde estuvieran reunidos los caínes, los nerones, todos los perversos que han mancillado la tierra y que la justicia humana se deshiciera de ellos mandándolos al fondo de las cárceles y de los presidios. Supongamos además que, en esta ciudad, no hay ni policía, ni soldados, ni fuerza pública, para impedir que estos desdichados se aniquilen y se desgarren mutuamente los unos a los otros. Pues bien, ¡esto es el Infierno! Así nos lo describe el santo Job: *Ubi nullus ordo, sed sempiternus horror habitat*[4], un lugar donde no hay orden y donde reina un horror eterno".

Ésta es la *pena de daño*. Habiendo perdido a Dios, los condenados han perdido, en realidad, toda esperanza, toda dignidad y todo consuelo.

La segunda pena del infierno es la de *fuego*; ¿este fuego es de la misma sustancia y de la misma naturaleza que el nuestro, o bien, como dicen otros, es un fuego inmaterial, el efecto del dolor vivo causado en el alma por el pesar de su pérdida? Como hemos dicho, las Sagradas Escrituras nombran constantemente la pena de fuego cuando hablan de los suplicios de los réprobos. Como ellas emplean esta expresión sin acompañarla de ningún término restrictivo, no hay razón alguna para interpretarla en sentido metafórico o figurado.

Sobre este punto, la doctrina de santo Tomás es de una precisión notable.

> De cualquier manera que se imagine el fuego del Infierno es cierto que, considerado en sí mismo y en cuanto a su sustancia, es material y de la misma naturaleza que el nuestro; en cuanto a sus efectos y con

respecto a los cuerpos sometidos a su acción, puede ser que sea de una especie diferente. Así, el carbón y la llama, la madera ardiendo y el hierro rojo e incandescente, no difieren en cuanto al elemento calorífico que los penetra, ni en cuanto a su estado de ignición, pero sí en cuanto al modo en que lo reciben. El hierro enrojece y entra en fusión por efecto de una acción exterior; es lo contrario a una combustión que se realiza en virtud de un principio que es íntimo e inherente al combustible; así nadie duda de que, considerado en sí mismo, el fuego del infierno es de la misma especie que el nuestro; pero no podemos decir si ese fuego subsiste en sí mismo o en una sustancia externa; sobre este punto no podemos afirmar nada[15].

Según el Doctor angélico, el fuego del Infierno tiene el mismo principio que el fuego terrestre, pero se distingue del nuestro por sus propiedades y su finalidad. El fuego de la tierra es un don de la Providencia, fue creado para nuestra utilidad; el fuego del Infierno es un instrumento de la divina Justicia y ha sido creado para castigar. El fuego de la tierra abrasa y consume, el fuego del Infierno abrasa sin destruir ni consumir. El fuego de la tierra disgrega los órganos y reduce las carnes a cenizas y vapor; el fuego del Infierno es comparado por San Marcos a la sal, *omnis enim igne salietur* [todo será salado con fuego][16], es decir que alimenta y conserva las carnes abrasándolas. El fuego de la tierra se apaga si no se alimenta con madera o con otras materias combustibles; el fuego del Infierno se mantiene por sí mismo y subsiste sin que nadie lo alimente, por tanto hay que aceptar el testimonio de Lactancio; "no humea, es puro y líquido, parecido a un lago o un estanque[17]". Los réprobos se hundirán como el pez en el mar, se empaparán de ardores devoradores que no embotarán jamás su sensibilidad. *Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante?* [¿Quién de vosotros podría vivir con el fuego devorador?][18]

Nos queda una dificultad por aclarar: ¿Puede un fuego de naturaleza material actuar sobre las almas separadas de los cuerpos y sobre los espíritus?

San Agustín, en el libro 21, cap. 10 de la *Ciudad de Dios*, intenta resolver esta objeción:

¿Por qué decimos que, aunque de un modo incomprensible e inefable [milagroso], la pena corporal del fuego puede afectar a los espíritus incorpóreos? Si, en efecto, los espíritus de los hombres que no tienen mezcla de materia alguna, ya aquí abajo pudieron ser encerrados

> en miembros corporales; si, después de la muerte, pueden unirse a estos mismos cuerpos por lazos indisolubles, los espíritus de los demonios, aunque no tienen cuerpo, ¿no pueden ser afectados para su suplicio por el fuego corporal?[19]

El teólogo Lessius en su tratado sobre las perfecciones divinas da esta otra explicación.

> La facultad sensitiva, de la que estamos dotados, no es distinta de la esencia de nuestra alma y subsistirá toda entera después de la muerte. Si el fuego, por su propio calor puede hacer sentir su acción al espíritu del hombre, por intermediación del cuerpo, ¿por qué este mismo fuego, obrando como un instrumento de Dios, no puede afectar al espíritu inmediatamente? Cuando un hombre es quemado, el cuerpo no es más que el medio de transmisión por el que se aplica el calor al espíritu; pues en el orden actual, sin la presencia del cuerpo, el alma no podría ejercer la facultad que ella tiene de sentir; pero Dios obra directamente cuando Él lo quiere y Él puede, a su voluntad, suplir la ausencia de un medio o cumplir Él mismo el efecto de un medio cualquiera[20].

Finalmente, la última cuestión: ¿dónde está el infierno?

Si se toman algunos pasajes de las Escrituras literalmente y se añade el sentimiento general de los teólogos, el centro de la tierra es el lugar en el que son detenidos los réprobos y donde, después de la Resurrección, vivirán con los demonios. San Lucas [cap.8], llama al Infierno *Abyssus*, el abismo. San Juan dice en el Apocalipsis: *El ángel encerró al diablo en las profundidades del abismo*[21]". También lo llama *estanque de fuego*[22] e *Infierno inferior*. San Gregorio Magno dice: *Infernum appellari, eo quod infra sit* [esta morada se llama el Infierno porque en realidad es el lugar situado más abajo]. Hugo de San Víctor añade: *Este lugar inferior, preparado para las penas de los condenados, se encuentra en el interior de la tierra*[23].

Santo Tomás expone la misma opinión: *Nadie, a menos que sea inspirado por el Espíritu Santo, puede saber con certeza absoluta el lugar donde están los condenados*. Pero expone su opinión personal, con su estilo vivo y didáctico y con una argumentación incomparable:

> Los difuntos condenados se perdieron a causa del amor desordenado a los placeres carnales; es pues justo que la misma suerte que corresponde a sus cuerpos le corresponda también a su alma. Los cuerpos fueron enterrados bajo tierra; es pues justo que el alma sea también

> encerrada en las profundidades de la tierra. Además, la tristeza es al espíritu lo que el peso es al cuerpo; la alegría, por el contrario, es al alma lo que la ligereza es a la materia. De la misma forma que, en el orden de los cuerpos, es en las partes más bajas donde los cuerpos tienen más peso, así, en el orden de los espíritus, las regiones más bajas son también las más tristes: de ellos se sigue que el lugar que conviene a la alegría es el cielo empíreo y el lugar que conviene a la tristeza es el centro de la tierra[24].

Finalmente citamos un razonamiento de Suárez que completa y aclara el de Santo Tomás. Dice:

> El infierno es una prisión que además servirá de residencia a los ángeles rebeldes y a los réprobos, esta residencia tiene que ser la más incómoda, la más oscura, la más ignominiosa de todas las creadas; conviene que esté en el polo opuesto, lo más alejada posible de la destinada a los elegidos. Puesto que los elegidos reinarán eternamente en la parte más elevada del cielo, que es el cielo empíreo, como consecuencia, la parte más baja de la tierra es donde Lucifer y los condenados sufrirán sus tormentos eternos.

Sin embargo, hacemos la observación de que no se trata de algo cierto, con certeza de fe, el que el Infierno esté situado en el centro de la tierra; la Iglesia no ha definido nada sobre este punto, es simplemente la opinión más probable, fundada sobre el testimonio casi unánime de los Doctores y de los Padres. Sea lo que fuere de este asunto, lo esencial, dice San Juan Crisóstomo, no es conocer dónde se encuentra el Infierno, sino poner los medios para no ser un día precipitados en él, *ne igitur quaeramus, ubi sit, sed quomodo eam (Gehennam) efugiamus*[25] [no busquemos, pues, donde se encuentra, sino cómo podemos librarnos de la Gehenna o Infierno].

Éste parece ser el lugar donde está el Infierno[26]. El fuego que tortura a los demonios y a los réprobos es un fuego material; este fuego material hace sentir su acción a los espíritus y a las almas separadas. Nos queda aún considerar cómo se puede conciliar la severidad implacable de la Justicia divina con su Misericordia infinita.

III

Un hombre ingenioso decía un día hablando de los malvados: son una gran complicación en este mundo y en el otro. Este gran aprieto que las sociedades humanas padecen respecto a algunos culpables, en cierto sentido puede decirse que Dios lo sufre más vivamente aún respecto al hombre pecador.

Es de fe que Dios quiere la salvación de todos los hombres y que, en lo que de Él depende, no excluye a nadie de los frutos de la Redención. El Infierno no lo creó por gusto; al contrario, Él agota todos los medios de su Sabiduría y todos los secretos de su Ternura para prevenirnos contra el infortunio; Él nos dice por boca de Isaías: *Quid est quod debui ultra facere vineae meae et non feci*? [¿qué más debí hacer a mi viña y no lo hice?][27] Si Dios pudiera sufrir, ninguna angustia sería comparable a la que experimentaría su Corazón cuando se ve obligado a condenar un alma. El santo Cura de Ars dijo un día: "Si fuera posible que Dios sufriera, al condenar un alma se vería sobrecogido por el mismo horror y el mismo estremecimiento que el de una madre que se viera obligada a dejar caer la cuchilla de la guillotina sobre el cuello de su hijo".

Mirad a Jesucristo en la última Cena; contempla a Judas con miradas en las que se dibujan la tristeza y la desolación más amarga; está en una turbación extrema y en el último exceso de la consternación; comprende, mejor de lo que nosotros seremos jamás capaces de concebir, cuan horrible es el estado de un hombre descaminado, perdido sin remedio, abandonado sin medio alguno para volver a su camino y retomar su destino. Prueba todos los medios imaginables para evitar la ruina de este miserable; se echa a sus pies, los besa; lo admite, a pesar de indignidad, al festín de su carne sagrada... Y cuando las tinieblas que invaden cada vez más el alma obstinada de Judas han cerrado todos los caminos por donde la gracia divina hubiera podido abrirse paso, Jesucristo llora: parece olvidar que el traidor le ha escogido como víctima de su vil avaricia; no tiene más que horror de su suerte y dice con angustia: *Mucho mejor hubiera sido para este hombre que no hubiera nacido*[28].

¡Ay, vosotros que acusáis al Creador de dureza y le reprocháis el no llegar hasta el límite de su omnipotencia para impedir que su cria-

tura se pierda eternamente, indicadle vuestro remedio, enseñadle vuestro secreto! ¿Qué queréis que haga Dios?

¿Le pediríais que suprimiera el Infierno?... Suprimir el Infierno sería suprimir el Cielo. Creéis vosotros que los mártires, los anacoretas, las vírgenes, los santos que se embriagan en este momento en los goces de la felicidad beatífica, se habrían sustraído a las seducciones, que hubieran pisoteado los atractivos mundanos, buscado las soledades, soportando las persecuciones, afrontado a los verdugos y a la espada, si no hubieran tenido presente la palabra del Maestro: *No temáis a los que no pueden matar más que el cuerpo; temed al que puede precipitar el alma y el cuerpo en la hoguera en llamas*[29]. El amor divino sólo despertó en ellos cuando con valientes violencias se hubieron desatado del pecado y de las tendencias sensuales. El punto de partida de su santidad fue el temor: *Initium sapientiae timor* [el principio de la sabiduría es el temor][30]. El trueno que los despertó de su sueño, de su letargo, fue la temible palabra: *Eternidad*... Dirigieron aún una mirada sobre sus suntuosas casas, sobre los artesonados dorados de sus palacios y dijeron: *He aquí que hemos atesorado a diario tesoros de cólera, que todas las seducciones se han dado cita para perdernos. La aversión a Dios, las llamas, una maldición sin fin por el placer de un día, esto es lo que nos aguarda...* Al día siguiente, estos hombres se descalzaban, se cubrían de saco y buscaban la ruta que conduce a las soledades y a los desiertos. Sin estos misericordiosos terrores la ciudad de Dios nunca se llenaría; todos nosotros extraviaríamos nuestros caminos; ningún hombre practicaría el bien, *non est qui faciat bonum, non est usque ad unum* [no hay nadie que haga el bien, no hay ni uno siquiera].

Dios no puede suprimir el Infierno sin suprimir el Cielo; ¿seguimos queriendo que Él espere, que perdone, que perdone sin cesar? Esto es lo que Él hace. En esta vida no se aparta jamás ni siquiera de aquél que lo rechaza. Él lo persigue en el santuario de su conciencia, mediante una voz interior que no cesa un solo instante de hacerse oír. Frente a la tentación que nos incita al mal, esta voz resuena y nos grita: *Ten cuidado*... Si no la escuchamos, Él no se apresura a cortar el hilo de nuestra existencia, aunque tiene derecho; no espía el momento de nuestras faltas para convertirlo en el minuto supremo de nuestra muerte; vuelve a nosotros; nos hace sentir el aguijón de los remordimientos; no se desanima con nuestros rechazos, espera durante años. Deja que la madurez de la edad suceda a la pasión de la adoles-

cencia, que los hielos de la vejez sucedan a las ilusiones que seducen aún la edad viril y todos sus esfuerzos son vanos... Por fin suena la última hora de este hombre; muy frecuentemente está precedida por una enfermedad, presagio y anuncio de su próximo fin... Este hombre se sigue endureciendo. Un minuto antes de su último suspiro, Dios se ofrece todavía a recibirlo en su seno y a salvarlo de las llamas del abismo... Ya no puede hablar, su estado es desesperado. Pues bien, es suficiente que en la intimidad de su corazón deje escapar estas simples palabras: *"Te amo, me arrepiento"*; estas palabras serán su tabla de salvación... Yo pregunto, ¿qué más puede hacer Dios? ¿Debe invertir todo el plan y todos los consejos de su Sabiduría para consagrar el endurecimiento de su criatura? ¿Aniquilar las tinieblas por un acto de su omnipotencia, que sería estúpido, porque un hombre extraviado se ha reventado los ojos para no ver la luz divina? ¡Ay! Dios tiene el derecho de lavarse las manos y decir: "Hombre, tu perdición es obra tuya, no mía. *Perditio tua ex te, Israel* [tu perdición proviene de ti, Israel].

Pero, ¿por qué la gracia y la redención están excluidas del Infierno? Después de que el hombre desengañado ha visto naufragar sus últimas ilusiones y ha medido con espanto toda la profundidad y extensión de su miseria, ¿por qué Dios no deja caer sobre él un último rayo de su misericordia y no tiende a este desgraciado una mano que sería cogida con un amor y una gratitud proporcional a la inmensidad de la dádiva? Yo respondo, sin dudar, que Dios no puede hacer eso; que al menos no lo puede hacer sin faltar a su infinita dignidad. Sería necesario que se humillara contrariando su propio movimiento hacia una criatura rebelde y obstinada que, en lugar de pedir su socorro, le ha odiado y maldecido. La muerte ha puesto al pecador en un estado que no le permite más elecciones: él lo sabe, está seguro con una certeza que abruma su libre albedrío; se queda definitivamente anclado en un odio y un orgullo que acrecientan sus lágrimas y su desesperación. Para suscitar en él un arrepentimiento saludable y meritorio necesitaría una gracia. Ahora bien, él no pide esta gracia, no la desea, no la quiere; en verdad detesta su pena, pero odia soberanamente a Dios y, al mismo tiempo, odia los dones y las luces que emanan del Corazón de Dios.

Pero, ¿al castigar con una eternidad de suplicios una falta efímera, consumada en un instante, no es Dios injusto? ¿No sobrepasa toda proporción? Aquí el razonamiento es impotente, pues Dios es el más

grande de los misterios; el pecado es un misterio tan insondable como la majestad del que es ofendido y la pena debida a su malicia es también un misterio sin límites que el espíritu humano no llegará nunca a escrutar.

Todo lo que podemos decir es que, si se considera la persona de Dios, la injuria que el pecado le hace es una injuria *infinita*. Ahora bien, el hombre, dada su naturaleza limitada, no puede sufrir una pena infinita en *rigor* y en *intensidad*, así que es de toda justicia que sufra una pena infinita en *duración*. La justicia humana es la imagen y el bosquejo de la justicia divina. El derecho de castigar e imponer la pena capital está conferido a los tribunales de la tierra para la utilidad y el bien de los hombres. Condenan los crímenes no por su deformidad intrínseca y porque ofenden a Dios, sino porque perjudican el bien y el buen orden de las sociedades humanas. Y, sin embargo, tienen el derecho de castigar con una pena perpetua a un homicida cuyo crimen no ha durado más que un instante, de quitarlo para siempre de la sociedad, porque ha violado el orden moral y humano. Con mayor razón, Dios tiene el derecho de castigar con una pena perpetua y desterrar para siempre de la sociedad celeste al que ha violado el orden universal y divino.

De ninguna forma repugna, observa San Agustín, que Dios limite su misericordia a los años de la vida presente de forma que, transcurridos estos, ya no haya lugar para el perdón. ¿No obran de la misma manera los príncipes de la tierra, cuando rehúsan conceder gracia a los hombres encerrados en las prisiones aunque muestren arrepentimiento y condenen sinceramente los crímenes que han cometido?

Entre los diversos sistemas elaborados para conciliar la misericordia de Dios con la justicia, el más racional, el más admisible, el que, a primera vista, parece dar una solución satisfactoria al formidable problema del destino humano, es el sistema de Pitágoras y las sectas de Oriente que admiten que en lugar de precipitar al hombre a una desgracia sin fin, Dios lo someterá a una segunda fase de pruebas donde tendrá, como en la anterior, una mezcla de sombras y de luces, en la que el campo de la libertad se le abrirá de nuevo, en la que tendrá tentaciones, divisiones y lucha entre Dios al que entrevé y las criaturas que despliegan sus seducciones[31].

Sin lugar a dudas, la doctrina de la metempsícosis o de la trasmigración de las almas, es sin comparación la preferible entre todas

las doctrinas opuestas a la del Cristianismo. Al examinarla de lejos y superficialmente parece que deja intacta la creencia en una vida inmortal, no parece que ataque los atributos divinos, ni que despoje a la ley humana de su sanción; pero si esta doctrina se estudia de cerca, es fácil comprender que nos vuelve a colocar ante todas las dificultades anteriores y que levanta otras más insolubles aún. Un ilustre filósofo cristiano, del que cito sus palabras, observa:

> Puesto que esta segunda vida en la que hacéis entrar al hombre no es más pura que la primera; si en ella su alma se mancha por segunda vez con el pecado, ¿a qué parte se atendrá entonces Dios? ¿Será necesario que retome, con un derecho perpetuo, el curso de sus migraciones sin que Dios pueda jamás someterla ni castigarla de otra manera que concediéndole el derecho a ofenderle siempre? En lugar de esta espantosa perspectiva, que hace del juicio el escollo solemne de la vida, el pecador se iría a la tumba con la seguridad de un pasajero que atraviesa un pórtico y se diría en la ironía de su impunidad: "El universo es grande, los siglos son largos, acabemos ante todo la circunnavegación de los mundos y de los tiempos. Pasemos de Júpiter a Venus, del primer cielo, al segundo, del segundo al tercero y si sucede que, después de espacios y periodos sin número, ya no hay más soles, nos presentaremos a Dios para decirle: *Aquí estamos, ha llegado nuestra hora, haznos nuevos cielos y nuevos astros, pues si tú estás cansado de esperarnos, nosotros no lo estamos en absoluto de maldecirte ni de pasar sin ti...*"[32]

Todavía podremos decir que el amor lo puede todo, que tiene secretos, excesos que nuestros corazones no pueden ni sospechar y, dígase lo que se diga, no puede consentir que se pierda eternamente la criatura, la obra de sus manos, rescatada con su sangre. ¡Ah! Podríamos oponer el amor a la justicia si la justicia fuera la que castiga; pero la justicia fue desarmada hace diecinueve siglos en el Calvario; al pie de la cruz firmó a la humanidad el recibo de las deudas que había contraído por sus crímenes, rompió la espada de sus rigores para no volverla a empuñar.

Escuchemos a San Pablo: "¿Quién es el que acusará a los elegidos ante Dios? Es Dios quien los justifica. ¿Quién es el que los condenará? Cristo Jesús, el que murió y resucitó, está a la derecha de Dios y no cesa de interceder por nosotros"[33].

Por eso, porque la maldición viene del amor no puede tener redención.

Si fuera la justicia la que castiga, el amor podría interponerse, una vez más sobre el monte y decir: *¡Gracia, piedad, Padre mío, perdona al hombre, acepta el homenaje de mi carne y de mi sangre a cambio de la muerte que merece!*

Pero sucede que es el hombre el que para nosotros, más que un hermano, más que el amigo más tierno... es el que aprieta este corazón devorado de ternura y lo convierte en fuego inagotable de aversión. ¿Cómo osará la ingratitud del hombre, que ha obrado esta transformación, tanto más terrible cuanto es más contra su naturaleza, prometerse una esperanza y un amparo?

Vosotros, los que alguna vez en este mundo habéis amado con un amor sincero, ardiente, sin límites, vosotros conocéis las exigencias y las leyes del amor. El amor se ofrece mucho tiempo, se ofrece con insistencia y con exceso, sufre, se entrega sin reservas, se rebaja, se hace pequeño. Pero una cosa que lo vuelve implacable y que no perdona jamás es el desprecio que se obstina, el desprecio hasta el final.

Marchaos pues, malditos, dirá el Salvador el día del juicio: *Ite, maledicti.* Yo lo he hecho todo por vosotros, os he dado mi vida, mi sangre, mi divinidad, todo mi ser; y, a cambio de mi liberalidad infinita, no os pedía más que estas palabras: *Te obedezco, te amo.* Me habéis desdeñado constantemente y no habéis respondido a mis acercamientos sino con estas palabras: *Déjame, yo prefiero mis burdos intereses y mis torpes placeres!*

Sed vosotros vuestros propios jueces, añadirá el Salvador: ¿Qué sentencia pronunciaríais contra el ser más querido y más adorado que os hubiera correspondido con la misma indiferencia y la misma dureza?

No soy yo quien os repruebo, sois vosotros mismos los que os habéis maldecido. Escogisteis, con toda libertad, la ciudad donde el egoísmo, el odio y la rebelión habían establecido su imperio. Yo vuelvo al Cielo, donde están mis ángeles, y vuelvo a llevar allí este Corazón, objeto de vuestros insultos y de vuestros desdenes. Vosotros lo habéis elegido, quedaos con vosotros mismos, *con el gusano que no muere, con el fuego que no se apaga.*

¡Temblemos, pero que, a la vez, nos embargue una viva, una inquebrantable confianza! La condenación es obra del amor. Es la Misericordia Encarnada quien decidirá nuestra suerte y pronunciará la

sentencia eterna. Conjurarla es fácil durante el tiempo que dura la vida presente. El amor en este mundo no exige una paridad perfecta entre la falta y la pena. Se contenta con poco, con un suspiro, con un buen deseo... Jesucristo nos abre su Corazón; por nosotros dio como precio su sangre, somos su conquista; Él nos destina a la eternidad, pero no una *eternidad* de lágrimas y de sufrimiento, sino una eternidad de felicidad que gozaremos junto con Él en el seno de su Padre, en unión con el Espíritu Santo y en el hogar mismo de su gloria. ¡Que así sea!

NOTAS:

1. *Et qui bona egerunt, ibunt in vitam aeternam, qui vero mala in ignem aeternum. Haec est fides catholica, quam nisi quisque fideliter, firmiterque crediderit, salvus esse non poterit* [los que obraron el bien irán a la vida eterna, pero los que obraron el mal irán al fuego eterno. Esta es la fe católica, y nadie puede salvarse si no la cree fiel y firmemente] (*Símbolo de san Atanasio*).

Si quis dixerit etiam post mortem hominem justificari posse, aut poenas damnatorum in gehenna perpetuas futuras esse nagaverit, anathema sit [si alguien dijera que también después de la muerte el hombre puede ser justificado, o negara que las penas de los condenados serán eternas, que sea anatema] (Concilio Vaticano I, Constitución Dogmática *De fide catholica*).

2. *Et fumus tormentorum eorum ascendet in saecula saeculorum* [el humo de sus tormentos subirá sin cesar por los siglos de los siglos].

3. San Agustín, *ad Orosium*, cap. 6.

4. *Ibunt hi in supplicium aeternum, justi autem in vitam aeternam* [estos irán al suplicio eterno, pero los justos a la vida eterna] (Mt 25, 46).

5. *Poenitere de peccato contingit dupliciter, uno modo per se, alio modo per accidens. Per se quidem de pecato poenitet, qui peccatum quantum est peccatum abominatur. Per accidens, qui illud odit ratione alicujus adjuncti utpote poenae vel alicujus hujusmodi. Mali igitur non poenitebunt per se loquendo de peccatis, quia voluntas malitiae in eis remanet; poenitebunt autem per accidens in quantum affligentur de poena, quam pro peccato sustinent* [el arrepentimiento del pecado sucede de dos modos, uno *per se*, otro *per accidens*. Se arrepiente del pecado *per se*, el que abomina el pecado porque es pecado. *Per accidens*, el que odia el pecado por razón de algo que acompaña al pecado como la pena o algo parecido. Los malos, pues, no se arrepentirán *per se* de los pecados, porque permanece en ellos la voluntad del mal; pero se arrepentirán *per accidens*, en cuanto que van estar afligidos por la pena, que merecen por el pecado] (Santo Tomás, *S. th.* III[a], q. 98, a II).

6. *Fit ergo miseris mors sine morte, finis sine fine, defectus sine defectu: Quia et mors vivit, et finis semper incipit, et deficere defectus nescit* [estos miserables tendrán una muerte sin muerte, un fin sin fin, un desfallecimiento sin desfallecer: Porque la muer-

te sigue viviendo, el fin siempre comienza y el desfallecimiento no conoce fin] (S. Gregorio, *Moralia*, I, 9, cap. 66).

7. *Miseria sempiterna, quae etiam secunda mors dicitur; quia nec anima ibi vivere dicenda est, quae a vita Dei alienata erit; nec corpus quod aeternis doloribus subiacebit; ac per hoc durior ista secunda mors erit, quia finiri morte non poterit* [la miseria eterna, también se llama segunda muerte; porque no se puede decir que allí viva el alma, ya que estará privada de la vida de Dios; ni tampoco se puede decir que viva el cuerpo, porque estará sujeto a dolores eternos; y por ello esta segunda muerte será más dura, porque nunca podrá finalizar con la muerte] (San Agustín, *De civit. Dei*, lib. 19, cap. 28).

8. Lacordaire, *De la sanction du Gouvernement divin.*

9. Lacordaire, *De la sanction du Gouvernement divin.*

10. El texto dice *infinita*, pero el sentido exige *finita*. A continuación, refiriéndose a esta pena dice: *este infierno temporal* (NdG).

11. Nicolas: *Etudes sur le Christianisme.*

Grande profundum est ipse homo. (un abismo insondable es el hombre.) San Agustín, *Confesiones*, 4, 14, 22 (NdG).

12. *Per me si va nella città dolente*;	[por mí se va a ciudad del dolor];
Per me si va nell'eterno dolore;	[por mí se va al dolor eterno];
Per me si va tra la perduta gente	[por mí se va con la gente perdida];
Giustizia mosse l'mio fattore	[la justicia mueve a mi Hacedor];
Fecemi la divina potestate,	[me hizo la potestad divina],
La somma sapienzia, e il primo amore	[la sabiduría suma y el primer amor];
Lasciate ogni speranza voi che intrate	[los que entréis abandonad toda esperaza].

(Dante, *El Infierno*, canto III, vv. 1-6 y 9).

13. *Dicendum est, Daemones (idem dicatur de reliquis damnatis) in inferno privatos esse rectitudine judicii de rebus agendis, ita ut nunquam habeant verum iudicium practicum in ordine ad effectum et opus moraliter bonum.* [hay que decir que los Demonios (y lo mismo se debe entender del resto de los condenados) en el Infierno están privados de la rectitud de juicio sobre las cosas que se deben hacer, de forma que nunca tienen un juicio práctico verdadero respecto a lo que se ha de hacer y respecto a la obra moralmente buena] (Suárez, *De Angelis*, I, VIII, cap. V).

14. Jb 10, 22.

15. *Quocumque autem modo ignis inveniatur, semper est idem in specie quantum ad naturam ignis pertinet. Potest autem esse diversitas in specie, quantum ad corpora quae sunt materia ignis: Unde flamma et carbo diferunt in specie, et similiter lignum igneum et ferrum ignitum. Nec differt quantum ad hoc, sive ignita sint per violentiam ut in ferro apparet; sive ex principio intrinseco naturali, ut accidit in sulfure. Quod ergo ignis inferni, quantum ad hoc quod habet de natura ignis, sit eiusdem speciei cum igne quod apud nos est, manifestum est. Utrum ille ignis sit in propria materia existens, aut sit in aliena, in qua materia sit, nobis ignotum est et secundum hoc, potest ab igne qui apud nos est, specie differre* [pero de cualquier modo que se encuentre el fuego, siempre es el mismo en cuanto a la especie, por lo que respecta a la naturaleza del fuego. Puede haber diversidad en la especie, en cuanto a los cuerpos que son la materia del fuego: Por lo que la llama y el carbón difieren en la especie y lo mismo la leña ardiendo y el hierro candente. Pero no difieren a este respecto los elementos ardientes,

ya sea por la acción de otro, como sucede en el hierro; ya sea por un principio natural intrínseco, como sucede con el azufre. Por lo que es evidente que el fuego del infierno, respecto a lo que tiene de la naturaleza del fuego, es de la misma especie que nuestro fuego. Pero no conocemos cuál es su materia: si ese fuego se produce en una materia propia, o su materia es ajena; por tanto su especie puede diferir de la especie de nuestro fuego] (Santo Tomás, *S.Th.* IIIª, q. 97, a.6).

16. Mc 9, 48.

17. *Ignis sempiterni natura diversa est ab hoc nostro, quo ad vitae necasaria utimur, qui nisi, alicuius matariae fomite alatur, extinguitur. Ille divinus per seipsum semper vivit ac viget, sine ullis alimentis, nec admixtum habet fumum, sed est purus et liquidus, et in aquae modum fluidus* [la naturaleza del fuego eterno es distinta de la del nuestro, con el que remediamos las necesidades de la vida, y que si no se alimenta con alguna materia combustible, se apaga. El fuego divino arde constantemente, sin ningún tipo de alimento, tampoco produce humo, sino que es puro, limpio y fluido como el agua] (Lactancio, *Divinarum Institutionum*, libro 7, cap. 21).

18. Is 33, 14.

19. *Cur non dicamus, quamvis miris tamen veris modis, etiam spiritus incorporeos posse poena corporalis ignis affligi, si spiritus hominum etiam ipsi profecto incorporei et nuc potuerunt corporum suorum indisolubiliter alligari? Adhaerebunt ergo, etsi eis nulla sunt corpora, spiritus daemonum, imo spiritus daemones, licet incorporei, corporeis ignibus cruciandi* [¿por qué no vamos a decir que, de forma verdadera aunque milagrosa, también los espíritus incorpóreos pueden soportar la pena corporal del fuego, si los espíritus de los hombres, que también son incorpóreos, pudieron y siguen ahora unidos indisolublemente a sus cuerpos? Estarán pues unidos, y aunque los espíritus de los demonios, esto es, los demonios, no tienen cuerpo, serán atormentados por fuego material] (San Agustín, *De civitate Dei*, 21, 10).

20. *Si ignis naturaliter per suum calorem potest affligere spiritum hominis, mediante corpore, cur idem ignis ut instrumentum Dei non poterit affligere spiritum sine ullo corpore medio? Corpus enim solum se habet ut medium per quod inmediate calor spiritui applicatur, ut eius presentia vi sentiendi percipiatur. Deus autem non eget aliquo medio, omnem medii efectum et refectum supplere potest* [si el fuego, por mediación del cuerpo, naturalmente puede afligir el espíritu del hombre por su calor, ¿por qué el mismo fuego, como instrumento de Dios, no podría afligir el espíritu sin ningún cuerpo intermedio? El cuerpo es solamente un medio, mediante el cual inmediatamente el calor llega al espíritu, para que se perciba su presencia por la fuerza del sentido. Dios no necesita ningún medio, puede suplir cualquier efecto y objeto del medio] (Lessius, de *Divinis perfectionibus*, I, 13, cap. 30).

21. *Misit eum in abyssum et clausit* [lo arrojó al abismo y lo cerró] (Ap 20, 4).

22. *Stagnum ignis* [lago de fuego] (Ap 20, 14).

23. *Est inferior locus, in imo terrae positus, poenis damnatorum praeparatus* [es un lugar que está abajo, situado en interior de la tierra, preparado para las penas de los condenados] (Hugo de San Victor, *de Sacramentis*, libro II).

24. *Augustinus, in libro XII 'Super Genesim', duas rationes tangere videtur, quare congruum est infernum esse sub terra. Una est, ut, quoniam defunctorum animae carnis amore peccaverunt, hoc eis exhibeatur quod ipsi carni mortuae solet exhiberi, ut*

scilicet sub terra recludantur. Alia est quod, sicut est gravitas in corporibus, ita tristitia in spiritibus, et laetitia sicut levitas; unde sicut, secundum corpus, si ponderis sui ordinem teneat, inferiora sunt omnia graviora, ita secumdum spiritum, inferiora sunt tristiora. Et sic, sicut conveniens locus gaudio electorum est ceolum empyreum, ita conveniens locus tristitiae damnatorum est infimum terrae [San Agustín, en el libro XII, Sobre el Génesis, parece que expone dos razones por las que es conveniente que el infierno esté en el interior de la tierra. Una es que, dado que las almas de los difuntos pecaron por amor a la carne, se les muestre cómo se trata a la carne muerta, es decir que sean recluidas bajo tierra. La otra es que de la misma forma que la gravedad actúa sobre los cuerpos, así actúa la tristeza sobre las almas; y la alegría como la levedad; y de igual modo que en el orden de los cuerpos, si sigue la ley de su peso, todas las cosas inferiores son las más pesadas, así en el orden del espíritu las cosas inferiores son las más tristes. Por tanto así como el lugar conveniente para el gozo de los elegidos es el cielo empíreo, de la misma forma el lugar conveniente para la tristeza de los condenados es lo más profundo de la tierra] (Santo *Tomás, S. Th.* IIIª, q. 97, a. 7).

25. San Juan Crisóstomo, *Homilía sobre la Epístola a los Romanos*, 4, 5.

26. Se objeta que el centro de la tierra no podrá contener la multitud de los hombres condenados. Pero, como observa Suárez, después de la Resurrección, el Infierno se agrandará con todo el espacio del Purgatorio y el Limbo de los niños muertos sin el bautismo, que se quedarán vacíos. Los niños muertos sin el bautismo no verán nunca a Dios; pero algunos Doctores exponen la opinión de que vivirán en la superficie de la tierra, donde gozarán de una felicidad natural. En cuanto a la tierra, su volumen se puede aumentar, el abismo se puede dilatar tanto como sea necesario, según estas palabras de Isaías: *Dilatavit infernus animam suam* [el Infierno dilató su seno] (Is 5, 14).

27. Is 5, 4.

28. *Melius erat ei si natus non fuisset homo ille* [si no hubiera nacido este hombre, hubiera sido mejor para él (*más la valiera no haber nacido*)] (Mt 26, 24).

29. *Et nolite timere eos qui occidunt corpus, animam non posssunt occidere; sed potius timete eum qui potest et animam et corpus perdere in gehennam* [no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien al que puede arrojar en la gehenna el cuerpo y el alma] (Mt 10, 28).

30. Si (Eccl.) 1, 16.

31. Lacordaire, *De la sanction du Gouvernement divin.*

32. Lacordaire, *De la sanction du Gouvernement divin.*

33. *Quis accusabit adversus electos Dei? Deus qui iustificat. Quis est qui condemnet? Christus Iesus, qui mortuus est, imo qui resurrexit, qui est ad dexteram Dei, qui etiam interpellat pro nobis* [¿quién acusará a los elegidos de Dios? Es Dios quien los justifica. ¿Quién los condenará? Cristo Jesús, que murió, más aún que resucitó y está a la derecha de Dios, es quien intercede por nosotros] (Rm 8, 33-34).

Séptima conferencia

La felicidad eterna y la visión sobrenatural de Dios

Haec requies mea in saeculum saeculi,
hic habitabo quoniam elegi eam.

Éste es el lugar de mi reposo por los siglos de los siglos,
aquí viviré porque lo he escogido.
(Ps 131, 14).

Nuestro destino es un enigma que la razón sola no puede esclarecer. Pero la fe eleva nuestros pensamientos, fortifica nuestro ánimo y enciende nuestra esperanza.

Ella nos dice: no temas, no te perderás por un camino extraviado e inseguro. Más allá de nuestros años perecederos, hay una nueva vida de la que ésta no es más que una representación y una imagen. En esta tierra somos unos viajeros; pero allá arriba, más allá de las estrellas, más allá de todos los espacios, se encuentran la herencia y la patria. Peregrinos y exilados, vivimos ahora en tiendas: en los siglos venideros, el Señor nos construirá moradas permanentes.

El insensato, que no entiende nada de nuestros destinos y de nuestras esperanzas, acusa al Creador de injusticia, señalando rasgos imperfectos en el diseño de la divina sabiduría. Se comporta como lo haría un bárbaro, un habitante de islas lejanas, al entrar en uno de nuestros talleres de cantería. Vería allí piedras esparcidas, materiales dejados en desorden, obreros cortando metales y troceando mármol y en ese espectáculo de actividad no apreciaría más que la ima-

gen de la confusión y de la ruina. No sabría entender que ese aparente desorden un día dará a luz un orden perfecto y admirable. De esta misma forma erramos nosotros los juicios sobre la conducta de Dios respecto a los hombres; en el misterio del sufrimiento no vemos más que una severidad sin objeto; sobrellevamos sin ánimo y sin dignidad el peso de la vida, porque no sabemos elevar nuestra mirada y nuestras esperanzas por encima de las realidades y los horizontes limitados de la vida presente y no consideramos su destino y su término.

Nuestro destino es la posesión de Dios y de la vida eterna; el lenguaje popular llama *Cielo* a la morada donde se produce esta situación, de la que están excluidos todos los males y se saborean con abundancia todos los bienes. Es tal la luminosidad del cielo que hace palidecer el intenso atractivo de las cosas presentes. La luz, transformando nuestros juicios, nos hace ver la pobreza, las enfermedades, la oscuridad de nuestra condición como un bien y nos hace considerar las riquezas, el esplendor de las dignidades, el favor y las alabanzas del mundo como un mal. El pensamiento y la esperanza del Cielo empujaron a Pablo a afrontar los trabajos más penosos y los peligros más temibles; le hacían sobreabundar de gozo en medio de sus sufrimientos y de sus penas. El pensamiento del cielo encendía en los confesores la santa sed del martirio, los hacía indiferentes a los honores y a las comodidades de esta vida y a la vista de las pompas reales y de las magnificencias de las cortes, los Policarpos, los Ignacios de Antioquía, los Antonios, llenos de disgusto, con desdén en el corazón, exclamaban: *¡Qué despreciable me pareces Tierra, cuando contemplo el Cielo!*

Observad al viajero: vuelve de países lejanos, chorreando sudor, cansado del largo camino; marcha fatigosamente encorvado por la fatiga apoyándose en su bastón; pero cuando llega a la cima de la montaña, descubre en la lejanía, al final del horizonte, entre brumas, el campanario de su aldea, la casa que le vio nacer, los árboles que cobijaron con su sombra los juegos de su infancia y le abandona inmediatamente la sensación de la fatiga, recobra el vigor de sus años jóvenes, corre, vuela... De la misma manera, cuando nuestra constancia flaquea y sentimos que nuestros ánimos no están a la altura de los sacrificios que la Ley de Dios nos pide, elevemos nuestra mirada a lo alto y dirijamos nuestros pensamientos y nuestros corazones hacia la Patria celestial.

Pero, ¿cómo describir las maravillas de la Ciudad de Dios, esta visión y estos goces inenarrables, que ninguna lengua puede expresar, que sobrepasan todas las concepciones del entendimiento humano? Nadie ha visto el Cielo. Viajeros errantes en este valle de sombras y de lágrimas, nos vemos obligados, como el pueblo de Israel cautivo en las orillas del Eúfrates, a colgar nuestras arpas y nuestras cítaras en los sauces llorones de esta miserable vida humana. Ninguna voz humana, ninguna lira llegarán jamás a emitir cantos y acordes al unísono con las melodías y los suaves conciertos que resuenan en esta indescriptible ciudad. No podemos hablar más que en enigma, utilizando comparaciones toscas y defectuosas. Nuestro único recurso es recordar los rasgos esparcidos en los Libros sagrados y en los tesoros de los Doctores, las intuiciones incompletas y débiles que tuvieron los Padres sobre esta morada afortunada. Espero, sin embargo, que la gracia divina, viniendo en ayuda de la imperfección de mi inteligencia, supla la insuficiencia de mi palabra. Espero que, en cierta medida, lleguemos a apartar nuestras almas de las solicitudes ordinarias y a hacerlas suspirar después por la posesión de la Patria eterna.

Observemos que las Sagradas Escrituras llaman al Cielo *requies*, el descanso. Por otra parte, nos dicen que en esta morada hay dos tipos de habitantes: en primer lugar, Dios, del que el Cielo es el templo y el trono; después, los ángeles y el hombre llamado a unirse a Dios y a compartir su felicidad. El Cielo es, pues, el descanso del hombre; doble verdad que me propongo aclarar y desarrollar.

I

Dios en las Sagradas Escrituras llama al Cielo *requies* (su descanso). El Cielo es el fin, la conclusión de las obras divinas, tanto por la naturaleza como por el tiempo; es la glorificación suprema del Ser infinito en sus criaturas inteligentes cuando, al elevarlas al límite máximo de todos los progresos y de todas las perfecciones, corone la grandeza irrevocable de nuestros destinos con su sello.

Para poder explicar con la limitación de nuestros sentidos los esplendores de este descanso del Todopoderoso cuando haya llevado a su término el trabajo que su Sabiduría ha obrado y mantenido a través de los siglos, vamos a representarnos a un artista que acaba de crear una obra maestra: Por una inspiración de su genio ha levanta-

do en la tierra un monumento destinado a ser el triunfo de su nombre y la admiración de las edades futuras. En su trabajo ha puesto en juego todos los secretos de su arte; el universo aplaude y admira. Pero él sucumbe a un pensamiento de desaliento y tristeza, se lamenta de no ser más que un hombre: en el vuelo atrevido de su inspiración ha intuido una imagen, ha entrevisto una perfección, un ideal que no consigue expresar ni sobre el frío lienzo, ni en la piedra muerta, contra el cual se estrellan el atrevimiento de sus pinceles y todo el poder de su arte. Este artista, que ve a las muchedumbres embelesadas caer a sus pies, permanece pensativo y triste en medio de sus alabanzas y sus aclamaciones; no está satisfecho, no tiene descanso.

Pero si la mano y el poder de este artista estuvieran a la altura de su inspiración y de la aspiración de su alma; si, dominando la naturaleza, consiguiera doblegarla a sus excesos y a sus sueños y transformarla en la viva imagen del ideal concebido en su alma; si tuviera el poder de animar al mármol y de inocularle el sentimiento y la vida; si una luz más brillante que la del sol brotara del oro y de las piedras preciosas con una abundancia tan grande y un arte tan perfecto; en fin, si la materia, libre de su peso, se elevara ella misma por los aires hasta donde la hubieran elevado las alas de su genio; entonces, este monumento erigido por un gran arquitecto, ese lienzo fruto de un pincel genial, ese mármol esculpido por un artista incomparable serían obras perfectas que excederían en belleza a todo lo que nuestra lengua es capaz de describir o nuestro espíritu de concebir. Ante este espectáculo, los siglos caerían en un entusiasmo y una sorpresa que ninguna otra maravilla sería capaz de suscitar. El artista habría alcanzado su ideal más alto, estaría satisfecho y saborearía el reposo.

El Cielo no es idea de una inteligencia humana: es el reposo de la inteligencia divina, la idea, la obra maestra de Dios, Señor universal, cuyo poder fecunda la nada, quien por virtud de una palabra puede hacer nacer instantáneamente mil bellezas que nosotros jamás hubiéramos sospechado, mil mundos al lado de los cuales la tierra y el firmamento son menos que el barro y el humo. Todo lo que supera Dios al hombre, otro tanto supera su idea a la que sería capaz de concebir el espíritu más sublime y más penetrante. Nosotros no tenemos ningún rasgo, ningún color para formarnos un esbozo imperfecto; todos los cuadros que intentemos pintar no serán más que un ensayo burdo y vano, parecido a los esfuerzos de un ciego de nacimiento que, para representarse la luz de la que está privado, buscara similitudes

y analogías en las espesas e impenetrable tinieblas que pesan sobre sus pupilas.

San Juan, en la isla de Patmos, fue arrebatado en espíritu más allá de la duración de los siglos y Dios le dejó ver como una sombra y un reflejo del *ideal* de la vida eterna. En verdad, para poner sus visiones al alcance de nuestros débiles espíritus, las describe en términos figurados, con imágenes tomadas de la naturaleza y de la vida presente. Estas imágenes no deben interpretarse en un sentido literal puesto que encierran analogías inauditas, posibilitando que mediante ellas descubramos una pálida imagen de esta gloria y de este esplendor que sobrepasan todo pensamiento y toda palabra.

> Y yo, Juan, vi la Jerusalén celestial, la ciudad santa que, procedente de Dios, bajaba del Cielo, adornada como una esposa ataviada para su esposo. Y escuché una gran voz que procedía del trono y que decía: "Ésta es la morada de Dios con los hombres[1]. Esta ciudad está edificada con piedras vivas y perfectamente talladas[2]. Los malvados están proscritos en esta morada tranquila. Allí se ve fluir un río de agua viva, clara como el cristal, que brota del trono mismo de Dios y del Cordero[3]. En el centro de la ciudad y a los dos lados de este río está el árbol de la vida que produce doce cosechas de frutos, una cada mes y las hojas de este árbol sirven para limpiar a las naciones de todas sus manchas. Ya no habrá maldición alguna; sino que el trono de Dios y del Cordero estará allá y sus servidores le servirán. Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente. Nunca se hará de noche y no tendrán necesidad de lámparas ni de la luz del sol, porque el Señor Dios los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos"[4]. Y vi un trono colocado en el cielo. Y el que estaba sentado tenía un aspecto semejante a la piedra del jaspe y de la cornalina; y alrededor del trono había un arco iris que tenía un aspecto semejante a una esmeralda. Y, rodeando al trono, había otros veinticuatro y sobre estos tronos estaban sentados veinticuatro ancianos, vestidos con túnicas blancas y con coronas sobre la cabeza. Y del trono salían rayos y voces de trueno; ante el trono había siete lámparas ardiendo, que son los siete espíritus de Dios[5]. Los veinticuatro ancianos se postraron ante el que está sentado sobre el trono y adoraron al que vive por los siglos de los siglos; derramaron copas de oro llenas de perfumes, que son las plegarias y los suspiros de los santos... Arrojaron sus coronas ante al trono, diciendo: "Eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado todas las cosas; fueron creadas y subsisten por tu voluntad[6]. Vi, además, una gran multitud que nadie pue-

> de contar, de toda nación, de toda tribu y de toda lengua: estaban de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con túnicas blancas y con palmas en las manos. Y cantaban con voz fuerte: "Gloria a nuestro Dios que está sentado en el trono y al Cordero..." Uno de los ancianos, tomando la palabra, dijo: "Ésos son los que han pasado por grandes tribulaciones; han lavado y blanqueado sus vestidos en la sangre del Cordero... Por eso, el que está sentado los cubrirá como una tienda... No tendrán ya hambre ni sed, ya no les molestará el sol o cualquier otro calor, porque el Cordero, que está en medio del trono, será su pastor y les conducirá a las fuentes de las aguas de la vida y Dios, que es su pastor, enjugará de sus ojos todas las lágrimas..."[7]

¡Qué encantadoras son estas descripciones! ¿Qué pincel humano puede trazar una pintura más llena de color y más expresiva de la morada de la luz, de la serenidad y de los dulces delirios? Es realmente la más viva y la más conmovedora imagen de los suaves entumecimientos que Dios destina a sus elegidos. Más allá de este júbilo y de estas fiestas radiantes, la palabra es impotente, el espíritu se pierde; no es capaz de concebir otro triunfo u otro esplendor que pueda convenir a la criatura inteligente. San Juan, ante este espectáculo, se siente arrebatado en éxtasis: en su embriaguez y su admiración, cae con la faz en tierra, para adorar al ángel que le ha descubierto tan sublimes misterios.

Decir, sin embargo, que estos espectáculos y estas armonías son el ideal de Dios, es ultrajar a la Bondad y la Omnipotencia soberanas. La palabra inspirada, de por sí, no puede alcanzar las realidades que superan los límites de la razón y exceden todas las fuerzas y toda la capacidad de nuestra naturaleza.

Escuchemos al gran Pablo, sumido en los arrobamientos más elevados, transportado en espíritu al tercer cielo y en claridades más profusas y más inefables que las que experimentó el Águila de Patmos, que exclama:

> El Cielo no es en absoluto lo que estáis diciendo, está a mil leguas por encima de de vuestras analogías y de las descripciones que habéis expuesto. El ojo del hombre nunca ha visto, sus oídos nunca han oído, su corazón nunca ha presentido lo que Dios prepara para los que le han amado y servido en esta tierra[7].

¡Ah!, sin duda, cuando nos dices, oh profeta inspirado, que la vida eterna es el conjunto de todos los atractivos del universo, de todas las

bellezas prefiguradas en los Libros Sagrados, cuando nos enseñas que allí se encuentran las flores de la primavera, el verdor de las praderas y que allí brotan aguas frescas y claras, tú no te pierdes en fábulas y en cuadros imaginarios. El cielo es esto, en efecto. Éstas son todas nuestras riquezas, todos nuestros encantos, todos nuestros acordes. Cuando nos describes a los elegidos en el Cielo, sutiles, inmortales, impasibles, vestidos de un tenue resplandor, o mejor, de una gloria divina que incorporándose en ellos los penetra más sutilmente que el sol penetra al cristal más puro, tú no nos engañas con una ilusión falsa; el Cielo es también nuestras sutilezas, nuestras luces y nuestras glorias. En fin, cuando comparas la felicidad futura a las emociones más embriagadoras y más dulces del alma, a una alegría todavía desconocida, libre de toda turbación y de toda pasión, que mantendrá eternamente su intensidad y su fuerza, tú no alimentas una esperanza engañosa; el Cielo es también nuestras emociones, todas nuestras alegrías, pero nuestras emociones y nuestras alegrías llevadas más allá de toda medida, de todo ejemplo y de toda expresión. El ojo del hombre no ha visto, su oído no ha escuchado nada análogo ni parecido. Y esto porque los bienes que Dios nos prepara exceden a todo lo que nuestros sentidos pueden percibir, todo lo que nuestra experiencia puede llegar a adquirir, todos los pensamientos de nuestro espíritu y los deseos que jamás surgirán en nuestro corazón: *Nec in cor hominis ascendit* [ni ha podido barruntar el corazón del hombre].

San Bernardo, en su *Sermón 4 para la vigilia de la Navidad*, dice: "Jamás el hombre ha visto la luz inaccesible, jamás sus oídos han escuchado las inagotables sinfonías, ni su corazón ha gustado esta paz incomprensible". Y San Agustín añade:

> Allá brilla una luz que ningún lugar puede encerrar, allá resuenan alabanzas y cánticos que duran siempre. Hay perfumes que los soplos del viento no disipan, sabores que nunca se desazonan, bienes y dulzuras que no sufren ningún disgusto, ni producen saciedad. Allá se contempla a Dios sin interrupción, se le conoce sin error de la mente, se le alaba sin cansancio y sin descanso[9].

El Cielo es un reino tan hermoso, una felicidad tan trascendente, que Dios lo ha convertido en el objeto exclusivo de sus pensamientos; dirige a esta creación, la única verdaderamente digna de su gloria, todas sus obras; a la consumación de la vida celestial están ordenados el destino y la sucesión de los imperios, la Iglesia Católica

con sus dogmas, sus sacramentos y toda su jerarquía. La fe nos enseña que el socorro divino de la gracia es indispensable al hombre para obrar la más pequeña obra meritoria, como una señal de la cruz o la simple invocación del nombre de Jesús; con más razón la vida eterna, que es el fin al que tienden todas las obras sobrenaturales, merece ser llamada la coronación y la cima de todas las gracias que nos son concedidas. Según lo que dice San Pablo: "*Gratia Dei vita aeterna* [la vida eterna es la gracia suprema de Dios]"[10].

El plan y toda la ordenación de la Encarnación exigen que la bienaventuranza eterna, que es su término y su fruto, sea de un orden más perfecto y por encima de toda la felicidad natural que, fuera del orden divino de la gracia, hubiera sido la remuneración de las obras moralmente buenas, obradas en el estado de pura inocencia. Cuando, en la época de los seis días, el Creador quiso extender los cielos y asentar la tierra y dotarla de lo que podía convertirla en preciosa y agradable, se contenta con una palabra: *Dixit et facta sunt* [lo dijo y se cumplió]; pero cuando quiso construir la ciudad de Dios, despliega todos los tesoros de su sabiduría, escoge a su propio Hijo como arquitecto, encomendándole trabajar con sus propias manos esta importante obra y no economizar en su trabajo ni su sangre, ni sus sudores, ni sus lágrimas. Él nos anuncia que nada sucio entrará en el santuario de todas las justicias. Él quiere que los convidados a las bodas eternas se alimenten de su carne, que beban su sangre, que se transformen y eleven los poderes y las capacidades de su alma, adquiriendo una naturaleza y un temperamento divinos desde esta vida. En una palabra, en la construcción de la morada inmortal se ocupa de infinitos cuidados, agota la profundidad de su ciencia, empuja la preparación hasta el exceso. Quiere que esta incomparable morada sea verdaderamente su casa, la manifestación más alta de sus atributos y de su gloria, para que el último día, cuando contemple su obra por excelencia, este gran Dios, tan celoso de su honor, pueda decir con toda verdad:

> Está bien; he llevado a la perfección la obra más grande de mis proyectos; más allá no veo ninguna realeza, ninguna grandeza que pueda ser compartida con la criatura que he destinado a reinar conmigo por los siglos de los siglos. Estoy satisfecho, he alcanzado mi meta, he conseguido mi reposo: *Complevitque Deus opus suum quod fecerat, et requievit ab universo opere quod patrarat* [y terminó Dios la obra que había hecho y descansó de toda la obra que había realizado][11].

El Cielo es el ideal de Dios, el reposo de su inteligencia. Y añadimos: es el reposo de su corazón. El corazón va más lejos que el espíritu, tiene aspiraciones, impulsos desconocidos al genio que van más allá de todas las fronteras de la inspiración y del pensamiento. Así, una madre ve a su hijo rico y lleno de honores, sobre su cabeza resplandecen las coronas más brillantes; esta madre no puede concebir nuevas fortunas y nuevos imperios para su hijo. Su ciencia, su razón le dicen: "¡Es suficiente...!" Pero su corazón grita: "¡Más! La felicidad de mi hijo es más importante que todos los sueños en los que puede perderse mi espíritu; no alcanza los límites ni los presentimientos de mi amor, no colma los deseos de mi corazón".

Jamás madre alguna ha querido a su hijo más tierno tanto como el Señor ama a sus predestinados; es celoso de su dignidad y, en la competición del sacrificio y de las liberalidades, no se deja vencer por su criatura.

¡Ah! El Señor no puede olvidar que los santos, cuando vivían antes en la tierra, le hicieron el homenaje y la donación total de su descanso, de su goce y de todo su ser; que hubieran querido en sus venas una sangre inagotable para derramarla como garantía viva e inagotable de su fe; que ellos hubieran deseado tener en su pecho mil corazones para consumir los ardores inextinguibles, poseer mil cuerpos para entregarlos al martirio, como hostias renacidas. Y Dios, reconociéndolo, exclama: "*Ahora me toca a mí*... Al don que los santos me han hecho de sí mismos, ¿puedo yo corresponder de otra manera que entregándome a mí mismo, sin restricción y sin medida? Si pongo en sus manos el cetro de la creación, si los visto de torrentes de luz, esto es mucho, es ir más lejos de lo que jamás llegarían sus pensamientos o sus esperanzas; pero esto no es el último esfuerzo de mi Corazón; voy a darles más que el paraíso, más que los tesoros de mi ciencia, voy a darles mi vida, mi naturaleza, mi sustancia eterna e infinita. Si recibo en mi casa a mis servidores y amigos, si los consuelo, si los hago estremecerse estrechándolos con los abrazos de mi amor, esto es saciar sobreabundantemente su sed y sus deseos y nada más se requiere para el perfecto descanso de su corazón; pero es insuficiente para la perfecta satisfacción de mi Corazón divino, para saciar totalmente la sed de mi amor. Es preciso que sea el alma de sus almas, que los traspase y los empape en mi divinidad, como el fuego penetra en el hierro; que mostrándome a su espíritu, sin nubes, sin velos, sin intermediación de los sentidos, me una a ellos en un *cara a cara eterno*,

que mi gloria los ilumine e irradie por todos los poros de su ser, para que *conociéndome como yo les conozco, lleguen a ser también Dioses*". Jesucristo exclamaba así: "Padre mío, yo te pido que donde yo esté, estén también conmigo los que yo amo". Que se inunden de tu luz, que se instalen en el océano de tus claridades; que deseen, que posean, que gocen y que todavía sigan poseyendo y deseando; que se hundan en el seno de tu felicidad, pero que en nada se merme, de cualquier forma, su personalidad ni su inteligencia ni su sensación de felicidad.

Al llegar aquí, la lengua humana enmudece y la inteligencia se deslumbra y desfallece. ¿Es nuestra doctrina un misticismo? El canto y las esperanzas que tan sublimes perspectivas suscitan en el fondo de nuestro corazón, ¿son una poesía y un ensueño, o bien, la *visión de Dios* en los términos que acabamos de exponer es una verdad y un hecho cierto, apoyado en un silogismo y del que las pinturas y la palabra inspirada de los Padres nos han dado el testimonio y la demostración irrefutable? Nos vemos obligados a recurrir a la argumentación teológica y a dar tregua por un instante a nuestros cantos y a nuestros arrebatos; es conveniente fortalecer las almas tambaleantes y dudosas, tratando este asunto según su importancia y refutando todas las objeciones que el racionalismo y la fría razón intentan suscitar para oscurecerlo o negarlo.

¿Es capaz la criatura de unirse tan estrechamente a Dios hasta el punto de verle cara a cara, *facie ad faciem*? ¿Cuál será el modo de esta visión? Al ver a Dios tal como es, ¿lo conoceremos en toda su integridad, sin limitaciones? Tres graves cuestiones que es importante resolver.

Juzgando las cosas según los pocos datos de nuestra razón, Dios no puede ser visto por ninguna criatura. Dios es un ser incircunscrito e ilimitado. Para que un objeto pueda ser conocido, dijo magistralmente Santo Tomás, es necesario que pueda ser contenido en el espíritu de aquél que lo conoce y no puede ser contenido allí sino según las formas y la capacidad de conocer que posee este espíritu[12]. Así, nosotros no podemos ver ni conocer una piedra, sino en tanto que la imagen de esta piedra, transmitida por la sensación, se hace presente y como contenida en nuestro entendimiento. De ahí el axioma[13]: "No hay nada en el entendimiento que antes no haya estado en los sentidos". San Pablo expresa la misma verdad diciendo: "Las cosas

invisibles se convierten en inteligibles por el espectáculo de las cosas visibles[14]". En cuanto al ángel, que está dotado de una naturaleza más perfecta que la nuestra, él no tiene necesidad de las cosas sensibles para llegar a la percepción de las verdades intelectuales, es una admirable imitación de divinidad y le es suficiente contemplar su propia naturaleza para elevarse al conocimiento de la existencia de Dios y de sus divinos atributos. Pero este modo de conocer tiene siempre lugar por representación, *per speculum et in aenigmate* [como en un espejo y en enigma]. Para el hombre son las criaturas exteriores y materiales las que le sirven de espejo; para el ángel, es su naturaleza inteligente y aunque es puro espíritu, no tiene la capacidad de elevarse al conocimiento de Dios directamente y sin intermediarios, *facie ad faciem* [cara a acara]. Por eso nadie ha visto jamás a Dios. *Deum nemo vidit unquam* [a Dios nunca lo ha visto nadie]. Dios habita en "una luz inaccesible, ningún hombre lo ha visto jamás, ni tiene posibilidad de verlo[15]". Dios está a una distancia infinita del hombre y del ángel y de por sí es invisible.

Sin embargo, es de fe que el hombre verá un día a Dios tal como es en la claridad de su esencia[16]. Jesucristo dijo: "Si alguien me ama, yo le amaré y será amado por mi Padre, y yo me manifestaré a él[17]". Dios dijo a Abrahán: *Ego ero merces tua nimis* [Yo mismo seré tu gran recompensa].

La visión de Dios, tal como es enunciada por San Pablo, fue el objeto constante de los deseos y de la espera de todos los patriarcas y de todos los profetas, espera que Dios no puede frustrar sin faltar a su sabiduría y a su justicia[18]. El Concilio de Florencia dice: "Toda alma libre de pecado es inmediatamente admitida en el Cielo y ve a Dios en su Trinidad tal cual es, según la medida de sus méritos, unas de una manera más perfecta, otras de una manera menos perfecta[19]".

El santo Concilio añade: "Esta visión de Dios de ningún modo es el resultado de fuerzas de la naturaleza". No corresponde a ningún deseo ni a ninguna exigencia de nuestro corazón. Fuera de la revelación, el espíritu humano no hubiera podido concebir ninguna sospecha, *nec in cor hominis ascendit* [ni el corazón del hombre ha podido barruntar] (1 Co 2, 9). La vida eterna es el milagro más grande, el misterio más sublime; es el capullo florecido o, mejor aún, el fruto de la gracia, cuyo germen y raíz plantó el Verbo Encarnado por la virtud del Espíritu Santo, en el centro de nuestra humanidad. Y para que pu-

diéramos conseguir la vida eterna fue necesario que Dios imprimiera en nuestro espíritu una nueva forma y le añadiera una nueva facultad.

Sobre la visión de Dios añadimos que no siendo *connatural* al hombre, su privación no conlleva necesariamente el dolor de los sentidos y la pena de fuego. Por ello, los niños muertos sin el bautismo, aunque no serán admitidos a la visión de Dios, sin embargo gozarán de Dios en cierta medida porque lo conocerán por medio de la luz de su razón y lo amarán con amor tierno, como el autor de su ser y el dispensador de todos los bienes. La razón de esta doctrina se deriva de este gran principio: que el hombre, considerado en sí mismo y en el estado de naturaleza pura, difiere del hombre caído a consecuencia del pecado, tanto como difiere el que está desnudo de aquel que le ha despojado de sus insignias y de sus prerrogativas por un castigo y una degradación merecidos. Por consecuencia, todo hombre que tiene el uso de la razón y de la libertad está predestinado a la vida eterna y posee realmente las aptitudes y los medios para conseguir esta sublime recompensa. Si no la obtiene, sentirá un dolor enorme, habiendo perdido por su culpa el bien que debía ser su patrimonio y su corona; pero los niños muertos sin el bautismo no poseen el *germen* de la gloria; no han podido nunca entrever esta recompensa; su espíritu, que no ha sido iluminado por el bautismo, no posee ninguna disposición, ninguna aptitud que lo prepare para la visión de las cosas sobrenaturales, al igual que un animal no tiene capacidad de ser iluminado por las luces de la razón y de captar las verdades matemáticas y especulativas; es pues una inconsecuencia el admitir que sufrirán por la privación de un bien al que, por naturaleza, no estaban destinados. Estos niños muertos sin el bautismo no serán separados de Dios totalmente: estarán unidos a Él en el sentido de que alcanzarán su fin natural y verán a Dios en la medida que es posible verlo por la intermediación de los seres exteriores, en cuanto Él se revela a través de las maravillas y la armonía de la creación. ¡Preciosa doctrina que concilia a la vez la justicia y la bondad divinas, dulce consuelo para las madres cristianas que lloran a sus hijos muertos en un accidente de la naturaleza, sin ser regenerados por el sacramento de la Redención![20]

El hombre verá a Dios cara a cara, pero ¿cómo sucederá esta visión? Es de fe que no lo veremos por representación y por una imagen formada en nuestro espíritu; es también de fe que no conseguiremos este conocimiento por medio del razonamiento y por vía de

demostración, a la manera que aquí abajo captamos las verdades universales y abstractas. Es cierto, también, que no lo veremos parcialmente o empequeñecido, como vemos los objetos lejanos, de los que no captamos todas sus facetas y los percibimos imperfectamente y por algunas caras. A Dios no lo veremos así; es un ser simple y no tiene partes. Él está todo entero en la brizna de hierba, en el átomo. Y cuando decimos que Él está presente en todos los espacios, en todos los lugares, nuestro espíritu se equivoca; Dios no está en ningún lugar, sino que todos los espacios y todos los lugares están en Él; no ha existido en ningún tiempo, sino que su eternidad consiste en un instante indivisible en el que están contenidos todos los tiempos. Por tanto nosotros lo veremos tal cual es en su simplicidad, en sus tres personas, lo mismo que vemos la cara de un hombre de aquí abajo, *sicuti est facie ad faciem* [como es, cara a cara].

Esta visión se efectuará mediante una impresión inmediata de su esencia en el alma y con la ayuda de una luz sobrenatural, denominada *la luz de la Gloria*[21]. Suárez la define así: "Una cualidad creada, una virtud intelectual y sobrenatural, infusa en el alma, que le otorgará la aptitud y el poder de ver a Dios". San Dionisio dice que l*a luz de la gloria* transformará al hombre, lo deificará imprimiendo en él el sello y la efigie de la bienaventuranza celestial, lo volverá semejante al Padre; le dilatará y agrandará la capacidad que el alma tiene de conocer hasta tal punto que llegará a ser capaz de aprehender el Bien inmenso e ilimitado. Lo mismo que con la ayuda de la luz del sol el ojo ve la verdad de las cosas sensibles y puede, por así decirlo, abarcar con su mirada toda la extensión del universo; de la misma manera que con la ayuda de la luz de la razón el entendimiento conoce las verdades intelectuales; así inmerso en la luz de la gloria, tendrá al infinito por dominio y, en cierto sentido, abarcará al mismo Dios. La Escritura nos enseña que la luz de la gloria es la luz de Dios: *In lumine tuo videbimus lumen*[22] [en tu luz veremos la luz]. Por ella, nuestra alma se empapará de tal manera en las claridades de la presencia divina, que, en cierto sentido, se podrá decir con San Agustín, que ya no se conoce a sí misma, que conoce al propio Dios, que ya no ve su vida tan débil y limitada, sino la vida del mismo Dios: *Erit intellectui plenitudo lucis* [la inteligencia poseerá la plenitud de la luz]. Los arrobamientos que suscitará en los elegidos la visión divina harán que su corazón rebose de los goces más inenarrables; será un torrente de delicias y de gozos, la vida en su inagotable fecundidad y la fuente mis-

ma de todo bien y de toda vida[23]. Esto será, como también dice San Agustín, una comunicación que Dios nos hará de su propio Corazón, para que podamos amar y gozar con toda la energía del amor y de los goces del mismo Dios: *Erit voluntati plenitudo pacis* [la voluntad poseerá la plenitud de la paz].

San Pablo dice que la vida eterna es como un peso, el cúmulo de todas las delicias, de todas las embriagueces, de todos los delirios: *aeternum gloriae pondus* [el peso eterno de la gloria], peso que, reanimando al hombre en vez de anonadarlo, renovará inagotablemente su juventud y su vigor. Es una fuente que manará siempre, donde el alma beberá a grandes tragos la sustancia y la vida. Es una boda, boda en la que el alma rodeará a su Creador con un abrazo eterno sin que jamás sienta debilitarse la emoción de ese día, en el que por primera vez se unió a él y lo estrechó contra su seno.

Y sin embargo los elegidos, aunque verán a Dios, nunca lo abarcarán totalmente; el Concilio de Letrán enseña que "Dios es incomprensible para todo espíritu creado". Veremos a Dios tal cual es, unos más, otros menos, según nuestra disposición y nuestros méritos. Sin embargo, teológicamente no podemos enseñar que la propia Virgen Inmaculada, que ve a Dios más clara y perfectamente que todos los ángeles y todos los santos juntos, llegue a verlo y conocerlo en una medida adecuada. Dios es infinito y todo lo que se puede decir es que la criatura lo ve, lo ve tal cual es, *sicuti est*, todo entero, *in integro* y sin embargo no lo ve en el sentido de que todo lo que llega a percibir de sus perfecciones nada es comparado con lo que el Ser Eterno contempla en el esplendor de su Verbo y la unión de su amor con el Espíritu Santo.

Si se me permitiera servirme de una imagen aunque sea burda e incompleta, pues no se puede olvidar que todas las similitudes tomadas de las cosas sensibles pierden toda proporción y toda analogía cuando se las eleva al dominio de la vida increada, diría que, con referencia a Dios, los elegidos son como un viajero que está en pie en la orilla del Océano; el viajero sabe lo que es el Océano, ve con sus ojos al Océano que se extiende y se despliega hacia la inmensidad y dice: "he visto el Océano"; sin embargo hay arrecifes, islas lejanas que no ve, tampoco abarca todas las orillas y todos los contornos del Océano. La contemplación de Dios no será inmovilidad, será sobre todo acti-

vidad, una marcha siempre ascendente, donde se encontrarán unidos por una inefable alianza el movimiento y la quietud.

Para comprender mejor esto figurémonos a un sabio a quien la naturaleza hubiera dotado de alas; tendría la posibilidad de recorrer todas las regiones de los astros y de los firmamentos; podría explorar todas las maravillas ocultas en las innumerables agrupaciones de las constelaciones; este sabio iría de esfera en esfera, de planeta en planeta. A medida que se internara en la inmensidad, iría de sorpresa en sorpresa, de estremecimiento en estremecimiento, viendo aparecer sin cesar espectáculos cada vez más hermosos, entreabriéndose ante su mirada horizontes más vastos y más radiantes. Sin embargo, llegaría un momento en el que tocaría el límite... Pero el infinito no tiene ni límite, ni fondo, ni orilla. Los dichosos marineros de esta travesía afortunada, bogando en un abismo inconmensurable de luz y de amor, no gritarán jamás como Cristóbal Colón: *¡Tierra! ¡Tierra!* Dirán: *Dios, siempre Dios, todavía Dios...* Eternamente habrá nuevas perfecciones, que querrán conocer; eternamente habrá delicias más puras y más embriagadoras que buscarán saborear. Irán de gloria en gloria, de gozo en gozo; pues dice San Gregorio de Nisa: "El Bien infinito no tiene límites, el deseo que provoca no tiene medida[24]".

II

La visión y el conocimiento de Dios son suficientes para que el hombre alcance la felicidad completa y consumada; el conocimiento de los seres contingentes y de la naturaleza exterior y visible son lo accesorio, la parte accidental de su felicidad.

Santo Tomás nos explica esta verdad. Con la fuerza implacable de su argumentación, dice:

> Todo conocimiento por el que es perfeccionado el espíritu creado está ordenado al conocimiento de Dios como su fin. De lo que se sigue que el que ve la esencia de Dios tiene el espíritu elevado a la más alta perfección y ya no consigue una perfección mayor viendo los objetos que no son Dios; salvo que esos objetos le lleven a ver a Dios más plenamente. Por esto, dice San Agustín en el libro V de las *Confesiones*: "Desdichado el hombre que conoce todas las cosas creadas y que te ignora a Ti, oh Verdad Suprema. Dichoso, por el contrario, el que Te conoce, ignorando todas las cosas creadas. El que Te conoce y conoce a

la vez todos los seres del universo, no es más dichoso por ello; sino que es dichoso únicamente porque Te conoce..."[25]

Sin embargo, la visión de la esencia divina no absorberá a los santos hasta el punto de hacerles olvidar las maravillas exteriores del mundo visible y de impedir sus relaciones con los otros elegidos. En esta vida, cuando aplicamos una de nuestras facultades intensamente a un objeto, las otras facultades se quedan sin fuerza y sin acción; pero la visión de Dios, lejos de paralizar el ejercicio de nuestras potencias intelectuales y sensitivas, centuplicará la energía y su penetración. Así, Dios hace que el hombre vea claramente la esencia divina, sin embargo el hombre sigue conversando familiarmente con los otros hombres, se sienta a su mesa, se apresta libremente a todos los usos de la vida común. Los ángeles confirmados en gracia gozan de una felicidad perfecta y ven sin cesar el rostro del Padre que está en los Cielos; sin embargo, no abandonan la presencia de Dios mientras disponen y coordinan los elementos naturales, regulan el movimiento de los astros, nos asisten con sus cuidados durante nuestro peregrinaje y nos iluminan con sus inspiraciones[26].

Es también de fe que no hay ningún espacio de tiempo apreciable entre el momento de la muerte y el de la ejecución del juicio. En el mismo segundo en el que el alma del justo es librada de los lazos de su cuerpo es introducida en los goces celestiales, al igual que en el mismo segundo el alma del condenado es conducida al lugar de sus tormentos eternos[27].

Figuraos ahora un hombre cuyo ojo interior, cuidadosamente purificado por la gracia divina jamás se ha dejado mancillar por el soplo envenenado de ninguna pasión. Este hombre puede no ser más que un aldeano iletrado y sin cultura a quien le bastaba la humilde enseñanza que con sumisión recibía de los libros de la Iglesia. Al cerrar los ojos corporales a la luz tenebrosa de esta tierra, al igual que un cautivo que saliera del negro reino de las sombras y viera por primer vez los rayos dorados del astro del día, este hombre, libre de las ligaduras de su cuerpo, es inundado por una luz deslumbradora y desconocida. Ha entrado en el foco mismo de todas las ciencias y de todos los esplendores. Todas las figuras imperfectas que le impiden contemplar la verdad tal cual es son consumidas en el fuego de las claridades divinas. Las santas oscuridades de la fe se desvanecen: el Cielo, la naturaleza, Dios ya no son enigmas para este rey de la gloria. En un abrir

y cerrar de ojos capta el conjunto y los detalles de este palacio de la creación que se ha convertido en su heredad y su dominio. De una simple mirada abarca su inmensidad. Comprende las propiedades de los elementos, sus secretos y sus fuerzas íntimas; con un solo movimiento de su pensamiento visita las enormes esferas del firmamento que, por su lejanía, escapan a nuestros conocimientos y a nuestros cálculos. El árbol de la ciencia despliega ante él la rica colección de sus frutos y come y bebe de esta fuente que nunca se seca. Ya no experimenta ninguna sed de conocimientos. Para él ya no existen la noche, las dudas, la curiosidad, ni las búsquedas. ¡Ah! ¡Cuántos sabios de este mundo, que pasan el tiempo elaborando sistemas vanos y olvidan a Dios para dedicarse a especulaciones y a investigaciones inútiles, envidiarán a este justo que ha amado a Dios y se ha unido a la verdadera sabiduría!

El menor reflejo de sus conocimientos eclipsará todos los descubrimientos y todas las conquistas de la humanidad, desde el comienzo de las edades.

En esta vida la difusión de una luz tan abundante nos haría sucumbir. La estructura de nuestro organismo se destruiría y nuestras funciones vitales se paralizarían.

Con todo, este conocimiento de los seres creados es menos que una gota de agua comparado con una ciencia de orden superior. El espíritu de los elegidos entra en comunicación con el mundo de los espíritus. Ve la belleza de las almas bienaventuradas, iluminadas por el resplandor divino, adornadas por la caridad y el cortejo de las virtudes, como si fuera un vestido nupcial. Ve a los Querubines inflamados en sus ardores, a los Principados y las Dominaciones con su fuerza, a los Serafines provistos de las alas inmateriales con las que se cubren ante la majestad del Cordero; sin ayuda de sonidos ni de palabra sensible mantienen entre sí una conversación inefable. Su cuerpo luminoso, sutil, impasible, no opone ninguna traba a la actividad de la inteligencia y al ejercicio de sus facultades[28].

Entonces te comprenderemos, misterio oculto de la Encarnación. Entonces veremos claramente cómo la naturaleza divina, unida sustancialmente en la persona del Verbo a la naturaleza humana ha coronado a ésta con la plenitud de sus prerrogativas y de sus esplendores, la ha exaltado por encima de todos los ángeles y de todas las jerarquías. Entonces cesará de ser incomprensible para nosotros vues-

tra augusta maternidad, oh Virgen María, y unidos a los coros de los ángeles os proclamaremos bienaventurada, bendiciendo los tesoros de santidad de vuestro corazón inmaculado.

Qué dulce será contemplar de un solo vistazo, de un tirón, todas las maravillas del Dios Altísimo, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia y la gloria. Entonces, en sus arrobamientos, los elegidos unirán sus voces y exclamarán unánimes: "¡Qué admirable eres en tus obras, oh Dios mío! Ahora el universo se ha convertido en un templo donde se encuentran escritas, en caracteres refulgentes e indelebles, la excelencia y la sublimidad de tu Nombre. ¡Bendición, honor, sabiduría y poder a nuestro Dios por los siglos de los siglos!"

El Cielo es el reposo de la inteligencia del hombre; es el reposo de su voluntad y de sus afectos.

Amaremos a Dios, ya lo hemos dicho, lo amaremos con el mismo amor con el que Él se ama a sí mismo. Pero lo que frecuentemente nos espanta en esta vida, lo que nos hace recelar del Cielo, con una cierta aversión y angustia, es que nos figuramos que en esa morada desaparecerán todos los afectos naturales de nuestro corazón; que serán como aniquilados y definitivamente apagados por la exuberancia victoriosa del amor por el Creador, con el que seremos inflamados. ¡Ah, todo el cristianismo protesta contra este error! ¿Cómo es posible pensar que la religión de Jesucristo, que condena con una voz tan severa nuestras ingratitudes, nuestros egoísmos, nuestras insensibilidades, vaya a poner como condición para alcanzar las recompensas celestiales el abandono de todas las amistades nobles y legítimas? ¿Cómo el amor mutuo del esposo por la esposa, del padre por el hijo, que Dios lo manda como un deber en esta vida va a ser excluido de los componentes de nuestra corona eterna? Esta Iglesia del Cielo, donde todos nuestros sentimientos serán purificados, donde todas nuestras tendencias y nuestras aspiraciones naturales serán elevadas al grado más sobrehumano de perfección, ¿estará fundada sobre la ruina de todos los compromisos de nuestro corazón, de todos los recuerdos y de todas las relaciones familiares? No lo quiera Dios.

Lo que yo enseño como cierto es que en el cielo *se verá y se reconocerá*. Éste es el testimonio y el grito constante de la tradición. En África, San Cipriano, nacido en el paganismo y elevado después de su conversión a la sede de Cartago, sintiéndose destinado al martirio,

anima a los fieles a desafiar como él a la muerte y la señala como un don y una bendición del Cielo. Dice:

> Apresurémonos pues y corramos a ver nuestra Patria y a saludar a nuestros hermanos; nos espera un gran número de personas que nos son muy queridas; nos espera una muchedumbre de parientes, de hermanos, de hijos, que seguros de su inmortalidad, conservan todavía la preocupación por nuestra salvación. ¡Vamos a verlos, vamos a abrazarlos...! ¡Todos juntos, qué gozo para ellos y para mí!

Entre los griegos, en Constantinopla, Teodoro el Estudita, ilustre confesor de la fe, consolaba a menudo a familiares afligidos. Escribía a un padre a quien se le habían muerto todos sus hijos: "Tus hijos no se han perdido, están sanos y salvos para ti y cuando llegues al fin de esta vida temporal tú los verás contentos y llenos de alegría".

A un hombre que acababa de perder a su mujer, le escribía:

> Está junto a Dios la esposa tan digna que has enviado delante de ti. ¿Qué debes buscar ahora? Debes esforzarte para volverla a encontrar en el Cielo, en el momento que quiera la Divina Providencia... Sin duda, los esposos llegados de la tierra, en el Cielo serán como ángeles y no aspirarán ya a los placeres de los sentidos[29]. Sin embargo saborearán los placeres siempre puros del espíritu y, como durante su exilio terrestre fueron una sola carne, así en la gloria serán un solo corazón y una sola alma en las delicias de una unión renovada que no tendrá fin[30].

En el Cielo *se verá y se reconocerá*; en el cielo *se amará*.

Es verdad que en esta morada feliz, la Fe se desvanecerá ante el sol de las grandes realidades; los habitantes de la Jerusalén celestial, en posesión ya de su fin, no tendrán necesidad de ser alentados por la *Esperanza*; pero la *Caridad* en su plena expansión brillará como una gran reina, en su poder y en toda su perfección[31]. Todos los objetos y todos los asuntos que atraen, aquí abajo, a nuestro corazón y suscitan en él el amor, obrarán con una intensidad mil veces mayor y sin encontrar obstáculo alguno sobre el corazón de los elegidos. Así, en esa vida nuestros corazones estarán cautivados por la belleza, por los atractivos sensibles, por las cualidades más altas del espíritu y del corazón; la viveza del sentimiento que nos impulsa a unirnos a un ser querido se va debilitando conforme vamos descubriendo en él imperfecciones y defectos. Pero en el Cielo encontraremos a nuestros amigos sin defectos, sus rasgos serán más radiantes que los del cielo más

limpio; tendrán una amenidad y una gracia tal que atraerán nuestro corazón con fuerza y para siempre. En la vida actual, el amor es también un efecto de la gratitud y nuestros corazones se inflaman con el recuerdo de los beneficios y de los servicios que nos han prestado. Pero solamente en el Cielo conoceremos la magnitud y el valor de las gracias de toda clase con que nuestros bienhechores nos han colmado. Entonces el hijo comprenderá todos los tesoros de gracia, solicitud y ternura encerrados en el corazón de su madre. Sabrá que después de a Dios, debe su salvación a las lágrimas, a las plegarias y a los suspiros de esta madre[32]. Y exclamará:

> Madre, antes te quería porque me diste la vida terrena, la comida y los cuidados de la infancia; ahora te amo, con un amor mil veces más tierno, por la vida eterna que he recibido, sin la cual la primera hubiera sido para mí un presente funesto, una fuente de calamidades y de torturas.

Nuevas y dichosas Mónicas, ¡qué grandes serán vuestro triunfo y vuestra alegría cuando os veáis rodeadas de toda una corona de hijos a los que vosotras les habéis conseguido la gloria después de haberles dado la existencia! Entonces, padres cristianos, no se ignorarán ya vuestros sacrificios, vuestro valor, vuestra heroica constancia para fortalecer a vuestros hijos con útiles ejemplos, para cultivarlos con nobles y trabajosos cuidados. Entonces, amigo, se verá tu trabajo, tus piadosas artes para arrancar a un amigo del vicio o de la indiferencia religiosa, las trampas inocentes con que sorprendías a esa alma, objeto de tu santa codicia. Entonces os bendeciremos, reviviremos la vivacidad de nuestros recuerdos con ardientes efusiones, pagaremos la deuda de nuestro corazón con una gratitud eterna. En fin, el amor que despierta en nuestros corazones el recuerdo de los beneficios o el atractivo simpático de las cualidades naturales se sostiene y renueva con la familiaridad y el intercambio mutuo de impresiones y pensamientos.

Ahora bien, ¿cómo explicaros el intercambio inefable en el que los elegidos se mostrarán mutuamente el corazón, esta conversación familiar e íntima en la que en todo momento se comunicarán con su lenguaje celestial las emociones embriagadoras de sus corazones? En la vida actual, cuando escuchamos hablar a los espíritus superiores, maduros y perfeccionados por la experiencia y las altas meditaciones, perdemos el sentido del tiempo por el encanto y la fascinación de sus palabras. Sentados junto al hogar en las largas veladas del invierno,

mientras cae la nieve, sopla y brama el viento, pendientes, con los ojos atentos, escuchamos sin cansarnos al marino llegado de costas lejanas o al guerrero que nos relata los peligros de un largo asedio o las mil figuras de la muerte que contempló en el azar de las batallas. Con cuánta más calma, sentados junto al gran hogar de nuestro Padre Celestial, escucharemos el relato que nos harán nuestros hermanos de sus tentaciones tan seductoras, tan múltiples, de los asaltos que contra ellos libró el Infierno y de los que salieron triunfantes; nos enteraremos de las victorias conseguidas únicamente bajo la mirada de Dios, más gloriosas que las de los conquistadores; de las luchas silenciosas contra las debilidades de la carne y el tumulto de pensamientos limpios; admiraremos sus esfuerzos, su generosidad heroica; sabremos a través de cuántas peripecias y lances inciertos los condujo la gracia del Espíritu de Dios, con un impulso fuerte y suave, al puerto del descanso e hizo servir para la confección de su corona incorruptible hasta sus extravíos y sus caídas. ¡Sí! Habrá inagotables temas de conversación cuyo interés y encanto no se agotarán jamás[36].

Es verdad que la gloria y la felicidad de los elegidos estarán graduadas según sus méritos y que diferirán en belleza y grandeza como las estrellas del firmamento difieren en dimensión y claridad[34]. Pero la unión, la paz y la conformidad reinarán por igual en estas innumerables falanges en las que los rangos inferiores cooperarán, al igual que los rangos más elevados, al descanso y la armonía de todo el conjunto. Todos los elegidos tendrán un mismo corazón. Su único lazo será la caridad; no será la fuerza, ni el interés. Formando un solo cuerpo del que Jesucristo será el jefe, convertidos en las piedras vivas de un mismo edificio, participarán todos en el banquete con la misma alegría y el mismo amor. Cada uno se enriquecerá con la riqueza de todos, gozará de la felicidad de todos. Y de la misma manera que la creación de un nuevo sol aumentaría el ardor que calienta el aire, así cada nuevo sol de la ciudad de Dios aumentará, con su felicidad y toda su gloria, la medida de nuestra propia felicidad. De la misma manera que los espejos, puestos unos frente a los otros, no se empobrecen por la emisión mutua de sus rayos sino que las imágenes se multiplican y cada uno de ellos re[illegible]erficie la luz y los objetos de todos los otros; así cada el[illegible] sobre todos los demás el resplandor de su claridad. El [illegible]ará sobre el ángel la gracia de la palabra que él recibió y[illegible]jará sobre el apóstol su ciencia y los tesoros de sus m[illegible]aciones. El profeta reflejará

sobre el mártir la gracia de sus visiones y el mártir coronará al profeta con sus palmas y sus trofeos. Las bellezas y las gracias inmaculadas de la virgen se reflejarán sobre el rostro, mortificado y devastado por los ayunos y las maceraciones, del penitente y del anacoreta y el pecador convertido hará resaltar con gran resplandor el mérito y las prerrogativas de la inocencia que nunca se manchó. Ya no habrá lugar para las competiciones y la envidia. Cada uno de los elegidos recibirá del bien de sus hermanos el complemento de su bien personal; leeremos en su alma tan claramente como en la nuestra. A este respecto, escribe San Agustín:

> Feliz Cielo, donde habrá tantos paraísos como ciudadanos, donde la gloria nos llegará por tantos canales como corazones haya para interesarse por nosotros y para amarnos, donde poseeremos tantos reinos como monarcas haya asociados a nuestras recompensas. *¡Quot socii, tot gaudia!* [¡Tantos gozos como compañeros!]

Estos son los goces del Cielo. Son goces puros; en el Cielo, el pecado está excluido para siempre. Los elegidos no tienen la posibilidad de cometer ni la sombra de una falta o de una imperfección. En la Sagrada Escritura, la vida eterna es calificada de inmarchitable, incorruptible: *aeterna, immarcessibilis, incorruptibilis* [eterna, inmarchitable, incorruptible]. Estas expresiones serían inexactas si los santos pudieran caer y esta sola perspectiva sería suficiente para alterar su felicidad[35].

En nuestra condición mortal es raro que nuestras alegrías, aún las más puras y santas, no encierren una mezcla de complacencia y de satisfacción egoístas. El alma que se siente dichosa se repliega en el interior de sí misma para gozar mejor: experimenta una sensación más viva y más intensa de la vida, se distrae más o menos del pensamiento de Dios que es el que debería poseerla y llenarla totalmente. Por esta razón, los santos experimentaban una cierta inquietud y turbación en medio de las prosperidades; sabían que en esta vida los placeres más honestos, los goces más legítimos y más dulces, tienen siempre, para el alma cristiana, un algo debilitador y corruptor... Pero en el Cielo las delicias de la gloria, lejos de *humanizar* las almas, las elevan y las espiritualizan. La impresión de la felicidad no es, en ellas, distinta de la impresión de Dios. Las armonías que oyen, la luz que les inunda, los perfumes que respiran, no son otra cosa que la fuerza de Dios haciéndose sentir eficazmente en su olfato, su oído, su vista...

Y en lugar de replegarse por un sentimiento demasiado personal en las potencias inferiores de su naturaleza, se lanzan hacia arriba para volverse más vivamente hacia Dios, que las empapa en su plenitud a través de todos los sentidos y de todos los poros de su ser. El grito de felicidad se confunde en sus labios con el grito de adoración y de reconocimiento. No dicen ya como los discípulos: "Qué bien estamos aquí: *bonum est hic nos esse*[36]"; sino que exclaman: *Santo, santo, santo es el Dios todopoderoso*[37]. Cosa sorprendente, ¡el Cielo, en cierta manera, es lo contrario de la tierra! Aquí abajo, el hombre se restaura, vuelve a adquirir el temple de la dignidad y el valor moral con el sufrimiento y el sacrificio; en el Cielo sucede a la inversa: se perfecciona y se deifica bebiendo en el torrente de las delicias.

Los goces del Cielo son goces puros, goces durables.

Figuraos un hombre de la tierra, como Salomón, que tuviera todos sus deseos satisfechos; tiene fortuna, juventud, santidad; su corazón encuentra el contento y el reposo en la presencia y la compañía de seres afectuosos y muy queridos. Todos los encantos se dan cita para colmar la felicidad de este hombre. Y, sin embargo, hay momentos en los que su alma está afligida por la tristeza y torturada por los temores... Se dice a sí mismo: "Mi felicidad es fugitiva. Cada día que pasa se lleva un jirón, pronto no me quedará nada..."

Pero en el Cielo la felicidad es estable: a los elegidos, confirmados en la gloria, no les afecta el temor. Los siglos sucederán a los siglos sin disminuir su felicidad, sin dejar sobre sus frentes ni una nubecilla de tristeza. La certeza de poseer eternamente los bienes que le son queridos centuplica su dulzura. ¡Qué motivo de júbilo cuando después de transcurrir millares de siglos, considerando desde la lejanía del pasado el día en que realizaron su triunfante ascensión, digan: "Todavía no ha pasado nada, hoy comienzo a reinar, hoy entro en posesión de mi felicidad y la mantendré mientras Dios sea Dios, es decir: siempre, siempre!"

Los goces del Cielo son goces durables, no están sometidos a ninguna sucesión.

Los elegidos, en el Cielo, no están cautivos del tiempo: su nueva vida no se compone de horas medibles. Para ellos ya no hay pasado, ya no hay porvenir: sino que, al vivir la vida de Dios, están instalados en un perpetuo presente[38]. En esta tierra, los goces son sucesivos, los placeres y las impresiones que sentimos ayer no son los que estamos

sintiendo hoy. La felicidad nos va llegando *gota a gota*. A ningún hombre le está concedido el reunir y acumular en un instante los momentos felices de un día, mucho menos los de toda la vida. Pero en el Cielo, Dios no se da con medida: se entrega todo entero en la inmutable e indivisible simplicidad de su esencia. Desde el primer instante de su incorporación a la vida divina la felicidad de los santos es perfecta y consumada. De la misma forma que el futuro no puede acarrearles ninguna disminución, tampoco añoran nada del pasado. En el Verbo de Dios, iluminados por claridades infinitas, ven los acontecimientos que sucederán dentro de mil años tan claramente como los que ya sucedieron hace mil siglos. Cada instante, dice San Agustín, experimentan como un sentimiento de gozo infinito. Cada instante absorben tanto cuanto son capaces los seres creados la magnificencia de la virtud divina. Cada instante la Eternidad les hace sentir el peso acumulado de su embriaguez, de sus deleites, de sus glorias. *Deus totus simul delectat, Deus erit memoriae plenitudo aeternitatis* [Dios, todo a la vez, deleita, Dios será para la memoria la plenitud de la eternidad].

Un día refería San Agustín a su pueblo de Hipona las maravillas de la ciudad de Dios: lo hacía en un tono convencido y emocionado, con una elocuencia de oro, alimentada en la fuente de las Escrituras, que hacía pensar que era un ángel el que hablaba y no un habitante de la tierra. La asamblea estaba impresionada y embelesada, se sentía como transportada a las fiestas de la Eternidad de la que estaba trazando un cuadro conmovedor, tenía como una visión del día en el que el Señor adornaría las frentes de los fieles con un laurel inmarchitable. De pronto, la emoción fue tan fuerte que la asamblea estalló en gemidos, en gritos de admiración y lágrimas que corrían de todos los ojos. Se habían olvidado del respeto debido al recinto sagrado y del silencio requerido por la presencia del orador y cada uno reclamaba muy alto el día en que, lejos de cualquier aflicción, bebería a grandes tragos las aguas de la verdad y la vida. Cada cual temía que, vencido por su debilidad, extraviado por las seducciones, no llegara a conseguir la visión bienaventurada; en todo el lugar santo resonaban estas palabras: "Cielo hermoso, ¿cuándo te veré? ¿Seré tan insensato como para preferir los placeres y la fortuna de un día? ¿Quién no estaría dispuesto a adquirirte al precio de los sacrificios y los trabajos más duros?" Agustín, interrumpido por estas exclamaciones y por estos suspiros, sorprendido del efecto causado por sus palabras, no estaba menos emocionado que la asamblea. Quería proseguir, continuar el cuadro

de la Jerusalén celestial que había iniciado, pero los sollozos de su auditorio y su propia conmoción sofocaron su voz, y sus lágrimas, mezcladas con las de su pueblo, formaron un río para llorar las tristezas de este destierro y la lejanía de la patria bien amada.

¡Oh santo Obispo, cómo quisiera tener en mis labios tus acentos proféticos! ¡Quién me concediera haceros revivir, edades de oro de la primitiva Iglesia, en las que el deseo de los bienes invisibles y las promesas de la vida futura ejercían una impresión tan viva en las almas! Si mis palabras no tienen el poder de abrir la fuente de las lágrimas, que vuestra esperanza, que vuestro recuerdo, ciudad de Dios, eleven al menos nuestros deseos; que pongan freno y sirvan de contrapeso a nuestros bajos deseos, al atractivo de miles de deseos inferiores que nos corrompen!

¡Ah! Nosotros amamos el poder y la gloria, quisiéramos estar presentes y mandar en todos los sitios; ¿por qué, pues, renunciar a la nobleza de nuestro destino y abdicar del imperio inmortal que Dios nos prepara? Nosotros amamos el placer y la felicidad; reconocemos que la vida nos resultaría intolerable si los afectos y la alegría no paliaran las desgracias y la amargura, ¿por qué, entonces, desdeñar la única verdadera felicidad, por qué dejar que se seque, para nosotros, la fuente de todo placer y de todo goce con el fin de la vida presente? Que los hombres que tienen puestas todas sus esperanzas en las cosas de la tierra pidan a la naturaleza el tributo abundante de sus dones, que busquen sus goces y sus glorias en las perfecciones indefinidas de la materia, que se consideren dichosos porque hay mil manos trabajando para servirles, porque mil máquinas y mil instrumentos están empleados en interpretar y ejecutar sus concepciones y sus fantasías. San Gregorio Magno dice:

> Estos bienes se aminoran, estos objetos pierden el brillo y se convierten en despreciables cuando se considera la naturaleza y la inmensidad de las recompensas que tenemos prometidas: los bienes terrenos, comparados con la felicidad de lo alto, dejan de parecer un provecho, no son más que un peso y una dolorosa servidumbre. La vida temporal, comparada con la vida eterna, no merece el nombre de vida sino el de muerte[39].

Pero habitar la ciudad de lo alto, estar mezclado en el coro de los ángeles, asistir junto con ellos al Eterno que está sentado en su trono, ser circundado por una luz sin límites, poseer una carne espiri-

tual e incorruptible, no es una deficiencia; es la realeza, la abundancia de la vida.

¡Ah! Si nuestro espíritu se inflama con la consideración de tantas riquezas y magnificencias, si aspira a volar a los lugares donde la felicidad no tiene límites, recordaremos que los grandes premios no se consiguen sino en grandes competiciones y que nadie será coronado si no ha combatido valientemente[40].

Regocijémonos, pues, con el salmista porque a nosotros también nos han dicho: Iremos a la casa del Señor; *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus* [¡qué alegría me produjeron las palabras que me dijeron: iremos a la casa del Señor!][41]; pero que nuestros corazones no se dejen atrapar por la liga de las cosas sensibles, que nuestros pies estén siempre dispuestos a pisar tus celestiales plazas, Jerusalén: *stantes erant pedes nostri in atriis tuis Jerusalem* [estábamos de pie en tus atrios, Jerusalén]. Jerusalén, que has sido construida como una ciudad, ¿cuándo asistiremos a tus solemnidades fastuosas, cuándo nos reuniremos en esta piedra angular que es el fundamento, la fuerza y el lazo de unión de nuestro edificio? *Jerusalem quae aedificata est ut civitas* [Jerusalén que está edificada como una ciudad]. Tribus innumerables, legiones de apóstoles, de profetas, de mártires y de vírgenes, de justos de toda edad y condición, han llenado las plazas de tu recinto. ¡Cuán deseable es su suerte, están libres de todas nuestras tentaciones, de nuestros obstáculos y de nuestras miserias! *Illuc enim ascenderunt tribus, tribus Domini* [allí pues, subieron la tribus, las tribus del Señor]. Sentados en los tronos que ellos mismos se prepararon, impartieron la verdad y la justicia. Fieles y entregados a su jefe hasta la muerte, han merecido compartir con Él la herencia de la casa de David. *Quia illic sederunt, sedes in judicio, sedes super domum David* [porque allí establecieron los tribunales de justicia para toda la casa de David]. Ésta es la única ambición que nos está permitida: todo lo que no es Jerusalén es indigno de nosotros, no pedimos más que los bienes y la paz que ella posee: *Rogate quae ad pacem sunt Jerusalem* [pedid lo que conduce a la paz de Jerusalén]. No soñamos más que en el Cielo, no buscamos más que el Cielo, no atesoramos más que para el Cielo, no vivimos más que en el Cielo. *Propter Domum Domini Dei nostri quaesivi bona tibi* [por la Casa del Señor nuestro Dios he buscado para ti todos los bienes]. Unos instantes todavía y todo lo que debe terminar habrá terminado; todavía algunos esfuerzos y habremos llegado al fin;

todavía algunos combates y tocaremos la corona; todavía algunos sacrificios y nos encontraremos en Jerusalén, donde el amor es siempre nuevo y donde no habrá otro sacrificio que la alabanza y el gozo. ¡Que así sea!

Notas:

1. Ap 21, 2-3.

2. *Ipsi tanquam lapides vivi super aedificamini* [vosotros, como piedras vivas, colocaos en edificio arriba] (1 P 2, 5).

3. Ap 22, 1.

4. Ap 22, 1-5.

5. Ap 4, 2-5.

6. Ap 4, 10-11.

7. Ap 7, 9-10 y 12-17.

8. *Quod oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quae praeparavit Deus iis qui diligunt illum* [lo que el ojo nunca ha visto, ni el oído ha escuchado, ni el corazón del hombre ha podido barruntar, es lo que Dios ha preparado para los que le aman] (1 Co 2, 9).

9. *Ibi enim fulget quod non capit locus; ibi sonat quod non rapit tempus; ibi olet quod non spargit ventus; ibi sapit quod non minuit edacitas; ibi haeret quod non divelit satietas; ibi siquidem videtur Deus sine intermissione; cognoscitur sine errore; amatur sine offensione; laudatur sine fatigatione* [allá brilla una luz que no cabe en ningún lugar; allá resuena lo que el tiempo no puede robarnos; se perciben olores que el viento no esparce; hay sabores que no disminuyen el apetito; está fijo algo de lo que nunca puede uno saciarse; porque allá se ve a Dios sin interrupción; se le conoce sin posibilidad de error; se le ama sin hartarse; se le alaba sin descanso] (San Agustín, *De spiritu et anima*, cap. 36).

10. Rm 6, 23.

11. Gn 2, 2.

12. *Cognito contingit secumdum quod cognitum est in cognoscente, cognitum autem est in cognoscente secundum modum cognoscentis* [el conocimiento se produce según está lo conocido en el que conoce, lo conocido está en el cognoscente según el modo del que conoce] (Santo Tomás *S. Th.* I, q. 12 a. 4).

13. *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu* [nada hay en el entendimiento que previamente no haya estado en los sentidos].

14. *Invisibilia Dei, per ea quae facta sunt intellecta conspiciuntur* [lo invisible de Dios se entiende mirando sus obras] (Rm 1, 20).

15. *Qui lucem inhabitat inaccessibilem, quem nullus hominum vidit, sed nec videre potest* [el cual habita en una luz inaccesible, a quien no ha visto ningún hombre, ni siquiera puede verlo] (1 Tm 6, 16). Respecto a los ángeles, Jesucristo dice en San Mateo: An-

geli eorum in caelis semper vident faciem Patris mei [sus ángeles en el Cielo siempre ven la cara de mi Padre] (Mt 18, 10). Gozan de la visión cara a cara.

16. *Videmus enim nunc per speculum in aenigmate, tunc autem facie ad faciem* [ahora vemos en un espejo, en enigma, entonces cara a cara] (1 Co 13, 12).

17. *Si quis diligit me... Pater meus diliget eum et ad eum veniemus* [si alguno me ama... mi Padre lo amará y vendremos a él] (Jn 14, 23).

18. *Ostende faciem tuam et salvi erimus* [muestra tu faz y nos salvaremos] (Ps 79, 4) *Ostende nobis Patrem, et sufficit nobis* [muéstranos al Padre, y esto nos basta] (Jn 14, 8).

19. *Illorumque animas qui post baptisma susceptum nullam omnino peccati maculam incurrerunt, vel in suis corporibus, vel eiusdem exutae corporibus, prout superius dictum est, sunt purgatae, in coelum mox recipi et intueri clare ipsum Deum trinum et unum, sicuti est, pro meritorum tamen diversitate alium ab alio perfectius* [y las almas de aquellos que después de recibir el bautismo no incurrieron en ningún pecado, o que, como se ha dicho antes, los han purgado, bien cuando tenían los cuerpos, bien tras desnudarse de los cuerpos, son recibidas inmediatamente en el cielo y ven claramente a Dios trino y uno, tal como es, pero según la diversidad de méritos unos lo ven más perfectamente que los otros.] (Concilio Ecuménico de Florencia, *Decretum pro Graecis, Bula Laetentur coeli*, Denz. 693) (NdG).

20. Esta doctrina es perfectamente compatible con la del Concilio de Florencia, que repite textualmente las palabras del Concilio II de Lyon: *Illorum autem animas, qui in mortali peccato vel cum solo originali decedunt, mox in infernum descendere, poenis tamen disparibus puniendas* [las almas de aquellos que mueren en pecado mortal o solamente con el original, inmediatamente bajan al infierno, pero son castigadas con penas dispares]. 1º. La palabra Infierno debe entenderse genéricamente como lo que no es el cielo, y los niños no están en el cielo. 2º. Los niños sólo sufren la pena de daño, la privación de Dios, pero no la de sentido. (Concilio Ecuménico de Florencia, Decretum pro Graecis, *Bula Laetentur coeli*, Denz. 693. Concilio II de Lión, Dnz. 464).

Las madres que abortan voluntariamante, además de privar a su hijo de la vida temporal, le privan de la visión eterna de Dios (NdG).

21. *Qualitas creata et habitus et virtus intellectualis, supernaturalis et per se infusa intellectui, qua redditur proxime potens et habilis ad videndum Deum* [una cualidad, hábito, virtud intelectual, creada, sobrenatural y de por sí infundida al entendimiento, por la que éste se convierte en próximamente capaz y hábil para ver a Dios] (Suárez, *De Deo*, I, II, cap. 14).

22. Ps 35, 10.

23. *Inebriabuntur ab ubertate domus tuae, et torrente voluptatis tuae potabis nos; quoniam apud te est fons vitae, et in lumine tuo videbimus lumen* [se saciarán de la abundancia de tu casa, en el torrente de tus delicias les darás de beber; porque en ti está la fuente de la vida y en tu luz veremos la luz] (Ps 35, 9-10).

24. San Gregorio de Nisa, *de Vita Monastica*.

25. *Omnis autem cognitio qua intellectus creatus perficitur, ordinatur sicut ad finem ad Dei cognitionem; unde videns Deum per essentiam, etiam si nihil aliud cognosceret, perfectum intellectum haberet; nec est perfectior ex hoc quod aliquis aliud cum ipso cognoscat, nisi quatenus ipsum plenius videt, unde Augustinus in suis Confessionibus:*

Infelix homo, qui scit illa omnia (scilicet creata), te autem nescit; beatus autem qui te scit, etiamsi illa nesciat. Qui vero te et illa novit, non propter illa beatior, sed propter te solum beatus est [todo conocimiento por el que se perfecciona el entendimiento creado, está ordenado, como a su fin, al conocimiento de Dios; por lo que el que ve a Dios en su esencia, aunque nada más conociese, tendría un entendimiento perfecto; y no es más perfecto porque además conozca otras cosas, sino en la medida que le lleven a conocer a Dios más plenamente; de ahí lo que dice Agustín en sus Confesiones [5, 4, 7]: Desdichado el hombre que lo conoce todo (se refire a lo creado), pero a Ti te ignora; feliz sin embargo quien te conoce a Ti aunque ignore todo lo demás. Aunque quien te conoce a Ti y a las otras cosas, no es más feliz por ellas, sino únicamente es feliz por Ti] (Santo Tomás, *S. Th.*, Suplemento, q. 92, a. 3).

26. R. P. Blot, *Au Ciel on se reconnaît.*

27. *Et in puncto ad inferna descendunt* [Y en un momento bajan al infierno] (Jb 21, 13). El Papa Benedicto XII dice: *Homines pios plene purgatos, vel iustos ex hac vita decedentes, statim assequi beatitudinem et visione Dei beatifica perfrui* [los hombres piadosos plenamante purgados, o los justos al salir de esta vida, intantáneamente consiguen la bieneventuranza y gozan de la visión beatífica de Dios] (Benedicto XII, Constitución *Benedictus Deus*).

28. Los espíritus puros tienen un lenguaje que sin ser sensible o corporal, es sin embargo muy inteligible; tiene lugar cuando por un acto de la voluntad dirigen su pensamiento hacia aquel que quieren que lo conozca. Pueden así hablar con uno sin hablar con los otros y sin ser escuchados o comprendidos por todos. El lenguaje angélico no perece ser otra cosa que el destino o la dirección de un pensamiento, mediante un acto de la voluntad, hacia cualquier otro espíritu que solo entonces tiene conocimiento de él (Petau, *de Angelis*, libro 1, capítulo12, nos. 7 y 11).

29. *In resurrectione enim neque nubent, neque nubentur, sed erunt sicut angeli De.* [pues en la resurrección no habrá casamientos, sino que serán como ángeles de Dios] (Mt 22, 30).

30. R. P. Blot, *Au Ciel on se reconnaît* (Cuarta carta).

31. *Caritas numquam excidit* [la caridad nunca desaparece] (1 Co 13, 8). *Nunc autem manent fides, spes, caritas, tria haec, maior autem horum est caritas* [Aunque ahora se mantienen la fe, la esperanza y la caridad, las tres, la mayor de ellas es la caridad] (1 Co 13, 13).

32. *Fieri non potest, ut filius istarum lacrimarum pereat* [no es posible que se condene el hijo de tantas lágrimas] (Conf. 3, 12, 21) Son las palabras que San Ambrosio le dijo a Santa Mónica, temerosa de la condenación eterna de su hijo Agustín, antes de su conversión. La salvación eterna de San Agustín, en parte, fue debida las lágrimas de su madre, así lo cuenta él en las *Confesiones*. Este pasaje está claramante presente en la mente del autor (NdG).

33. ¿La condenación de una multitud de almas, unidas antes a los elegidos por la amistad o por la sangre, no ensombrecerá los goces de su felicidad? Aquí es muy conveniente decir que las almas, consumadas en la caridad, aborrecerán a los réprobos con una aversión eterna. Escuchemos la doctrina de Santo Tomás sobre este punto, dice: "Podemos alegrarnos de una cosa de dos maneras: alegrándonos de ella absolutamente; los elegidos no se alegrarán de esta forma de los sufrimientos de los condenados. También podemos alegrarnos de la misma cosa, por su fin y las circunstancias que la acompañan;

desde este punto de vista, los elegidos se alegrarán de las penas de los réprobos, respecto al orden y los efectos de la justicia de Dios en ellos, y al mismo tiempo se alegrarán de haber sido librados de los suplicios del Infierno." (Santo Tomás, *S. Th.* Suplemento, q. 94, a. 3). Por otra parte, ¿no es Dios el amor infinitamente perfecto? Pues debería sentirse desdichado a la vista de los condenados. El saber que los demonios serán eternamente desdichados, ¿es algo que debiera turbar la felicidad de un San Pablo, de un San Juan, de una Santa Teresa?

34. *In domo Patris mei, multae mansiones sunt* [en la casa de mi Padre hay muchas mansiones] (Jn 14, 2). *Alia claritas solis, alia claritas lunae et alia claritas stellarum. Stella enim a stella difert in claritate; sic in resurrectione mortuorum* [una es la claridad del sol, otra la de la luna y otra la de las estrellas. Las estrellas difieren entre sí en la claridad; así sucederá en la resurrección de los muertos] (1 Co, 15, 41-42).

35. *Firmissime tene et nullatenus dubites, omnem creaturam naturaliter mutabilem a Deo inmutabili factam, nec tamen iam posse quemlibet sanctorum in deterius mutari; quia sic acceperunt beatitudinem, qua Deo stabiliter fruantur, ut ea carere non possint* [mantén con toda firmeza y no dudes de ninguna manera, que toda criatura, mutable por naturaleza, ha sido convertida por Dios en inmutable, y que ninguno de los santos puede cambiar a peor; pues recibieron la felicidad, con la que gozar establemente de Dios, de tal manera que ya no pueden ser desposeídos de ella.] (Fulgent, *de Fide ad Patr.*, nº 64).

36. Mt 17, 4 (NdG).

37. Visión de Isaías. *Et clamabat alter ad alterum et dicebat: Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus exercituum; plena est omnis terra gloria eius* [uno al otro se decían, en voz alta: Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria] (Is 6, 3) (NdG).

38. El Salmo 101, versículo 25 dice: No me llames a la mitad de mi vida: eternos son tus años. Y San Agustín al comentarlo exclama: Esta eternidad nos llama... llamas a los temporales y los haces eternos. (En. in ps. 101, 2, 10) (NdG).

39. Papa, San Gregorio Magno, *Homilía 37 sobre los Evangelios.*

40. *Non coronatur nisi legitime certaverit* [no será coronado (nadie) a no ser que haya combatido de acuerdo con las normas] (2 Tm 2, 5).

41. El resto de la conferencia es una glosa del Salmo 121.

Octava conferencia

El sacrificio cristiano, medio de redención

Caro mea vere est cibus,
et sanguis meus vere est potus.
Mi carne es verdadera comida
y mi sangre es verdera bebida..
(Jn 6, 56)

Nuestro corazón es un altar: La víctima colocada sobre este altar son nuestras malas inclinaciones. La espada para matar esta víctima es el espíritu de sacrificio y de inmolación; el fuego sagrado, que día y noche debe arder sobre él, es el amor a Jesucristo; el soplo vivificante y fecundo que inspira y mantiene este fuego sagrado del amor es la Eucaristía.

La Eucaristía es un sacramento de vivos. Como sacramento de vivos confiere la vida sobrenatural y la gracia santificante. Además de esta propiedad, común a los otros sacramentos, la Eucaristía tiene una virtud propia y especial que nos viene indicada por estas palabras de Jesucristo: "Mi carne es verdaderamente un 'alimento' y mi sangre es verdaderamente una 'bebida'". Palabras que explica el concilio de Trento diciendo: "Todos los efectos que el alimento material obra en nuestros cuerpos, la Eucaristía los obra espiritualmente en nuestras almas". Así, el alimento fortifica nuestros cuerpos y los hace crecer hasta una edad determinada; la Eucaristía proporciona fuerzas contra las tentaciones y hace que nuestra alma crezca en la justi-

cia y en la virtud. El alimento material es tanto más agradable cuanto es más exquisito y el paladar y el sentido del gusto están mejor dispuestos; la Eucaristía es tanto más suave, cuanto el corazón es más puro y el espíritu está mejor preparado. Por la Eucaristía el Dios de la gloria instala su tienda en el centro de nuestra miseria; ella es la fuente de todo el amor, de toda la grandeza y de toda la santidad.

La Eucaristía tiene una doble faceta; es, ante todo, uno de los siete sacramentos de la nueva ley, en el que Jesucristo, presente bajo las especies de pan y vino, se ofrece a nuestra adoración y Él mismo se ofrece como alimento. Es, además, un sacrificio en el que realmente es inmolado el Cordero sin mancha, renovando la memoria de su pasión y muerte. En esta conferencia, que es continuación de las anteriores, trataré únicamente de la Eucaristía en cuanto constituye el Sacrificio de la nueva Ley.

Para establecer, desde este punto de vista, la verdadera naturalaza de la oblación eucarística, su excelencia y su eficacia, es indispensable definir el sacrificio en general y explicar su noción real.

I

El sacrificio es un acto público y solemne, destinado a honrar el ser de Dios.

Santo Tomás define el sacrificio así: es "una acción exterior, pública, solemne, realizada por el ministerio de un hombre especialmente delegado para que ofrezca al Dios Altísimo, una cosa viva o inanimada, de forma que esta cosa, destruida y transformada, quede afecta al culto y honra de Dios[1]".

De esta definición resulta:

Primero, que el sacrificio es la esencia y el alma del culto, la expresión adecuada de las relaciones entre Dios y el hombre. Por eso el sacrificio se ofrece en nombre de todo el pueblo. De ninguna manera es un acto privado, que cualquier individuo pueda ejecutar a su voluntad; no puede ser ofrecido sino por hombres especialmente escogidos y consagrados, sea que hayan recibido una investidura directa e inmediata de Dios, sea que los jefes legítimos de las sociedades religiosa y civil les hayan encomendado este oficio[2]. *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur a Deo tamquam Aaron* [no asu-

me el honor cualquiera, sino el que es llamado por Dios, como Aarón]. Por otra parte, dice San Pablo en la carta a los Hebreos[3], (Hb 5, 1): *Omnis Pontifex, ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quae sunt ad Deum* [todo Pontífice, elegido de entre los hombres, es constituido su mediador en las cosas que se refieren a Dios.] Así, bajo la ley natural, el jefe de familia era pontífice y rey; bajo la ley mosaica, la tribu de Aarón tenía exclusivamente el derecho de celebrar en el altar; y bajo la ley de gracia, sólo los obispos y los sacerdotes válidamente ordenados pueden celebrar y consagrar el cuerpo de Jesucristo.

Segundo, el sacrificio consiste en la oblación de una cosa exterior, sensible y permanente. Por eso, la ofrenda que el hombre hace a Dios de sus deseos y de sus afectos, los ritos y ceremonias, tales como las postraciones y las prácticas penitenciales que se practican en algunos cultos, únicamente se llaman sacrificios por analogía y por extensión. Para que tenga lugar el sacrificio es necesario que el objeto sea destruido o al menos que sufra un cambio, una alteración que lo haga inhábil para cualquier uso profano y sea dedicado exclusivamente al culto de Dios. De ello se deduce que esta destrucción o alteración que constituye la esencia misma del sacrificio no se puede aplicar a los actos tanto interiores como exteriores, que por naturaleza son accidentales y transitorios. Es indispensable que la materia del sacrificio sea una cosa extraña al hombre y subsistente por ella misma, pues el sacrificio está fundado en el principio de sustitución. En los tiempos antiguos, si el hombre ofrecía, en su lugar, un animal, este animal se mataba; si ofrecía harina o pan, se cocían y se consumían; si era un líquido, se derramaba en libación.

Tercero, de la definición de Santo Tomás resulta que el sacrificio tiene de común con los sacramentos que, como ellos, es un signo exterior y visible destinado a significar y producir una acción sagrada. Pero difiere del sacramento en que el sacramento tiene como efecto inmediato la santificación del hombre y la transmisión de ciertas gracias o disposiciones sobrenaturales según un orden determinado; el sacrificio tiene como objeto inmediato el honor debido a la majestad divina y el reconocimiento de su infinita soberanía.

El hombre, compuesto de cuerpo y de alma, está obligado a honrar a Dios ofreciéndole el homenaje de todos sus bienes exteriores. Así, en todos los tiempos y en todos los lugares, los hombres han creído no

poder ofrecer a Dios un signo más expresivo y más vivo de su adoración y de su reconocimiento que la destrucción o alteración, en su honor, de algunos de los objetos más preciados y útiles para su vida. Siempre han acudido a este medio para testimoniarle al Dios Altísimo que estaban sometidos a su poder y que le reconocían como autor absoluto de la vida y de la muerte.

Por esta razón en el Antiguo Testamento estaba prescrito al sacrificador extender y cruzar las manos sobre la víctima antes de herirla. Esta ceremonia tenía la finalidad de testimoniar que, no teniendo la facultad de destruirse a sí mismo, el hombre se identificaba con la víctima y, en cierto modo, se destruía, no realmente, sino mediante una representación, una imagen. También se nutría de la carne de la víctima para expresar la voluntad de adherirse e incorporarse, en cierto modo, al sacrificio pues, como dice Santo Tomás, *exterius sacrificium signum est interioris sacrificii* [el sacrificio exterior es signo del sacrificio interior].

De estas consideraciones se deduce que el sacrificio, considerado en sí mismo, encierra un culto de adoración o latría y no puede ser ofrecido más que al Dios único y supremo.

Un aspecto digno de observación es el que en tiempos del paganismo y entre los pueblos idólatras los demonios constantemente se mostraron ávidos de sacrificios, persuadidos de que, al conseguirlos se adjudicaban, por ello, el rango y los honores debidos al verdadero Dios. *Daemones enim, non cadaverinis nidoribus, sed divinis honoribus gaudent* [porque los demonios no se complacen en los olores de las carnes sacrificadas (en la materialidad del sacrificio), sino (en su significación) en los honores divinos][4].

Sin sacrificio, el hombre no puede honrar a Dios como debe honrarlo; no tiene un medio más poderoso para obtener su misericordia, ablandar su justicia y dar a sus plegarias toda su eficacia.

En la Ley Antigua los sacrificios no tenían más que un valor imperfecto y figurativo. En efecto, ¿qué valor podía tener la ofrenda de carneros y terneras, a los ojos del Señor de todas las cosas? Pero aunque al Dios Altísimo le hubieran agradado hostias tan poco dignas de su gloria, ¿qué manos se encontraban lo suficientemente puras para ofrecérselas? Por eso decía el Profeta: *Sacrificium et oblationem noluisti* [no quisiste el sacrificio y la oblación][5] y en otro sitio: *Holocaustis non delectaberis* [los holocaustos no te complacen][6].

De forma que, después de que el sacrificio de la cruz, -oblación de valor infinito en sí misma y más que superabundante en su aplicación y sus efectos-, fuera ofrecido una vez sobre el Calvario, los sacrificios sangrientos cesaron en toda la extensión de la tierra. Ya no los utilizan ni los judíos, ni los mahometanos: ya no existen más que en los pueblos marginados de la civilización y de la historia. Un sacerdote que apareciera en nuestros días con el cuchillo en la mano, exhalando el olor de las carnes inmoladas, provocaría risa y repugnancia.

La Eucaristía es un sacrificio perfecto. Todos los atributos de Dios se manifiestan en ella con esplendor: su sabiduría, su omnipotencia, su misericordia. La Eucaristía produce frutos de salvación: ¿cómo no iban a brotar de las llagas del Hombre Dios y del cáliz de su sangre todas las virtudes? Es digna de la Soberana Majestad; es, en efecto, la misma persona del Verbo la que se anonada para dar a su Padre una gloria adecuada a su perfección soberana. La Eucaristía encierra todas las condiciones requeridas por un sacrificio perfecto y consumado. Hay, ante todo, un sacerdote principal que es Jesucristo; el sacerdote secundario es el ministro especialmente consagrado para este fin. Hay una víctima que se ofrece, que no es otra que Jesucristo oculto bajo las especies de pan y de vino. Es al Dios Altísimo a quien se ofrece esta víctima. En verdad, la oblación se ofrece igualmente a Jesucristo, en cuanto que es Dios. Jesucristo es la víctima ofrecida e inmolada, según palabras de San Andrés: *Inmaculatum agnum quotidie in altare sacrifico* [todos los días sacrifico en el altar al cordero inmaculado]. En este sacrificio hay un sujeto a favor del que se ofrece la víctima; este sujeto es la Iglesia y los fieles, *qui pro vobis et pro multis effundetur* [que será derramada por vosotros y por muchos otros]. Como observa Santo Tomás, la excelencia del sacrificio es superior a la del sacramento. El sacramento no aprovecha más que a aquel al que se le administra, el sacrificio aprovecha a todos para su salvación. En fin, en la Misa hay un altar: *Quid est altare, nisi sedes corporis et sanguinis Domini?* [¿qué es el altar sino el trono del cuerpo y de la sangre del Señor?][7] El acto del sacrifico y la significación del misterio están claramente y eficazmente expresados por el ofertorio, la consagración y la comunión de las Especies Sagradas. Añadamos que es propio de la excelencia y de la dignidad del sacrificio, el que el hombre ofrezca a Dios lo mejor que tiene. Abel ofrecía las primicias de sus frutos, los patriarcas los corderos y las novillas sin

tacha. Ahora bien, ¿qué hay mejor que aquel por el que todo fue hecho, que es el autor y la fuente de todos los bienes?

¿Qué fervor piadoso, qué delirios de amor y de reconocimiento no hubiéramos experimentado, si hubiéramos asistido a la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, si hubiéramos podido fijar nuestros ojos en las llagas del Hombre Dios y recoger las primicias de esta sangre divina ofrecida por nuestra Redención, en compañía de San Juan y de las santas mujeres?

El concilio de Trento dice que el sacrificio de la Misa tiene el mismo valor que el sacrificio de la cruz: *Tantum valet sacrificium missae, quantum oblatio Christi in cruce* [vale tanto el sacrificio de la Misa, como la oblación de Cristo en la cruz]. El sacerdote que lo ofrece es el mismo, la víctima ofrecida es la misma, y también es la misma la inmolación que se renueva. *In divino hoc sacrificio, quod in Missa peragitur, idem ille Christus continetur et incruente inmolatur, qui in ara crucis semel se ipsum cruente obtulit* [en este divino sacrificio, que se realiza en la Misa, se contiene y se inmola incruentamente el mismo Cristo, que una sola vez se ofreció a sí mismo cruentamente en el ara de la cruz][8].

En primer lugar, el sacerdote oferente es el mismo en el altar y en la cruz. Los ministros sagrados, que aparecen revestidos de los ornamentos sacerdotales, no son más que delegados e instrumentos de Jesucristo, sacerdote principal y eterno según el orden de Melquisedec[9].

En otras palabras, los sacerdotes en el altar tienen un carácter representativo, representan la persona de Jesucristo y la representan de muchas maneras, *multifariam et multis modis* [en muchos puntos y de muchas formas], en los ornamentos, en los misterios que recuerdan, en las palabras que pronuncian[10].

En la Misa, el sacerdote sale de la sacristía llevando sobre sus hombros una *casulla* misteriosa, imagen de la cruz que Nuestro Señor Jesucristo llevó sobre los suyos. El *alba*, que le cubre, representa la ropa blanca con la que el Hijo de Dios fue ridículamente vestido en la corte de Herodes y que su inocencia transformó en una vestidura de esplendorosa blancura. Pendiente del brazo lleva el *manípulo* de las lágrimas para enjugar el sudor de la frente y reanimar el alma de los desfallecimientos. Sube las gradas del altar, después de haberse inclinado, como Nuestro Señor Jesucristo ascendió por el

camino del Gólgota. Eleva las manos, cuando dice *oremus* [oremos], como Jesucristo oraba con las manos elevadas hacia su Padre. Recita el Canon en voz baja, al igual que Jesucristo, que en el Huerto de los Olivos se apartó de sus discípulos la distancia de un tiro de piedra, para conseguir el silencio del recogimiento y la plegaria. En la *Elevación*, toma la Hostia en sus manos, como Jesucristo tomó en sus santas y venerables manos el pan y el vino en la última Cena. Entonces, su palabra calla, su persona se eclipsa, la voz de Jesucristo sustituye a la de su ministro. Ya no es el sacerdote el que habla, ya no es el sacerdote el que vive: el cuerpo del sacerdote se ha convertido en el cuerpo del mismo Dios. Inclinado sobre la Hostia, no dice: *Esto es el cuerpo de Jesucristo, esto es la sangre de Jesucristo*, sino *Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre.*

"Es un gran misterio, una dignidad sublime la del Sacerdote, al que se le ha otorgado una facultad que no tienen los ángeles. Sólo los sacerdotes, debidamente ordenados, tienen el poder de celebrar y de consagrar el cuerpo de Jesucristo"[11].

En el altar, el sacerdote no es más que un simple instrumento, sin embargo su dignidad es la más alta que se puede concebir.

Así exclamaba San Juan Crisóstomo:

> Sacerdotes del Señor, lo más grande de cuanto existe, aunque entre los hombres aparezcáis despojados de toda gloria, yo considero lo que habéis recibido. Vuestro ministerio, en verdad se realiza entre los hombres; pero toma el rango de las jerarquías celestiales, pues es el Paráclito el autor de los misterios que realizáis; sois más grandes que el profeta Elías; lleváis en vuestras manos no el fuego, sino el Espíritu Santo, suplicándole que reparta sus gracias "a todos los fieles". Y añadía: "Nadie duda, sacerdotes del Señor, de que sois más grandes que los *reyes*. El rey manda a sus súbditos, vosotros mandáis a Dios. Los juicios del rey sólo tiene efecto sobre cosas temporales, vuestras sentencias[12] subsistirán toda la eternidad. Vosotros no necesitáis las liberalidades y los tesoros del rey, pero el rey necesita vuestras bendiciones y vuestras plegarias. Nadie duda de que sois más grandes que los Taumaturgos: los Taumaturgos obran milagros en los elementos, vosotros los hacéis en las almas. Los Taumaturgos realizan transformaciones en la naturaleza material; vosotros transformáis todos los días el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Nadie duda de que, en cierto sentido, sois más grandes que la misma Virgen María. La Virgen María decidió, con su asentimiento, la Encar-

nación del Verbo: pronunció el feliz *fiat* [hágase] que hizo descender al Hijo de Dios a su seno inmaculado; este *fiat* no lo pronunció más que una sola vez, vosotros lo pronunciáis todos los días. María alumbró a Jesucristo a una vida mortal, vosotros lo alumbráis a una vida que durará todos los siglos. María fue obedecida por Jesucristo pasible, a vosotros os obedece Jesucristo impasible y glorioso.

La política, la filosofía, la ciencia lo han intentado muchas veces, pero jamás han podido crear un sacerdote.

En la época de la gran revolución [1789], los mismos hombres que habían deificado a la razón y habían intentado sustituir el descanso dominical por el reposo legal del *décadi*, intentaron también crear un sacerdote humanitario, un sacerdote desposeído de toda irradiación y de todo signo divino. Un delegado oficial del poder civil se revestía con una túnica blanca, se ceñía las sienes con una banda tricolor y se adelantaba al pie de un altar dedicado a la naturaleza, para ofrecer un ramillete de flores, símbolo de patriotismo y de la esperanza; pero este sacerdote consagrado por la razón no llegó a vivir un solo día; cayó bajo el peso del ridículo y del desprecio; no tenía el sello de Dios, el rayo del infinito, esa fisonomía, ese no sé qué que sólo Dios puede dar al hombre y que un nombramiento real o una elección secular jamás conseguirán conferirlo.

Es un hecho notable el que en todos los sitios donde ha desaparecido el sacrificio eucarístico ya no hay sacerdotes[13]. Los protestantes hicieron esta experiencia. El día en que arrojaron a Jesucristo de los tabernáculos, donde reposa entregado y bondadoso, desapareció inmediatamente su sacerdocio; ya no tienen más que ministros, profesores de moral, vigilantes del departamento religioso y, como dijo ingeniosamente el conde de Maistre, hombres vestidos de negro, que suben cada domingo al púlpito para dar desde allí discursos honestos.

Ésta es la razón de los odios encarnizados de la impiedad contra el sacerdote. Está escrito en el Apocalipsis: “El dragón se paró delante de la mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo, en cuanto lo hubiera traído al mundo[14]”. El hombre que da a luz a Jesucristo es el sacerdote, *parturiente lingua* [mediante la lengua que da a luz], según la bella expresión de San Ambrosio. El medio seguro para eliminar, en cuanto es posible, a Jesucristo y de destruir de arriba abajo su reino de esta tierra, es deshacerse del sacerdote o, al menos, arrancarle de su corazón la fe, la inocencia y las virtudes cristianas. Naguè-

re, uno de los corifeos de la impiedad contemporánea, hablando del sacerdote, decía: "No lo matemos: tomará nuevo temple en la sangre, el martirio será para él germen de una fecundidad nueva y de una fuerza sobrehumana; ahoguémosle en el lodo". Pero el sacerdote no podrá ser vencido. Frente a las palabras vomitadas por bocas blasfemas que invocan a la muerte y anuncian grandes calamidades, el sacerdote lleva en sus labios palabras de vida y de eternidad: una palabra de eternidad que cada día hace descender sobre el altar al Verbo de la Vida de Dios; una palabra de eternidad que Le hace descender a las almas, donde Él habita mediante la justicia y las obras sobrenaturales de esta vida.

II

En el altar, como en la cruz, no hay más que un solo sacerdote. Pues el sacerdocio del que están revestidos los sacerdotes no es más que una simple participación del que posee Jesucristo[15] y tampoco hay más que una única víctima.

En los antiguos sacrificios, la víctima aparecía en un estado de humillación cercano a la muerte. Estaba atada, adornada con cintas fúnebres. Se decía de ella que era *sagrada* y esta expresión significaba a la vez dos cosas: que la víctima había sido dedicada a Dios y que era maldita y execrable; en este sentido se convertía en responsable y cargaba, en cierto modo, con todas las iniquidades del pueblo. De ahí proviene que, en el lenguaje popular, la palabra *sacré* [sagrado] se emplea con el significado de bendición y alabanza y también con el significado de imprecación y blasfemia[16].

Jesucristo, inaccesible a nuestros sentidos y en estado glorioso, no está sujeto a la muerte ni a ninguna alteración; en consecuencia, Él no puede constituirse en víctima. Sin embargo, pertenece a la esencia del sacrificio el que la víctima sea visible, que sea destruida o alterada, incluso en otros tiempos estaba en uso que el hombre pudiera alimentarse con ella, para participar en la santificación que había recibido[17]. Pero Jesucristo no se ofrece en el altar con sus rasgos naturales y su forma humana, por esta razón los judíos, interpretando las palabras divinas en un sentido grosero y carnal, decían: "¿Podemos comer la carne de un hombre, puede un hombre darnos a comer realmente su carne? *Quomodo potest hic nobis carnem suam dare*

ad manducandum? [¿cómo puede éste darnos a comer su carne?][18] Jesucristo encontró el medio para ofrecerse, de un modo incomprensible y totalmente nuevo. Fundó su sacerdocio eterno, no según el orden de Aarón, sino según el orden de Melquisedec. Y lo mismo que este personaje misterioso salió al encuentro de Abrahán vencedor[19], para ofrecerle el pan y el vino, así Jesucristo escogió el pan y el vino para ser no solo la materia, sino el símbolo de su nuevo sacrificio. Jesucristo no aparece, pues, sobre el altar con su forma y sus especies propias, sino bajo las especies de pan y de vino.

San Agustín dice: "El sacrificio de la Misa se compone de dos elementos: las apariencias visibles de la sustancia destruida y Jesucristo, realmente presente en la integridad de su carne y de su sangre."

Al igual que en los antiguos sacrificios se destruía una parte y otra se reservaba para el uso del hombre; así en el altar, se destruye la sustancia material del pan y se conservan los accidentes: la forma del pan, su olor, su color y su sabor; todas las cualidades del pan, no sustanciales, que siguen visibles y permanentes. Jesucristo, que subsiste bajo su velo místico, se convierte *Él mismo en pan*, según estas palabras: *Ego sum panis vivus* [Yo soy el pan vivo]. Por un prodigio incomprensible de su poder y de su amor, Él se vuelve comestible, susceptible de convertirse en nuestra sustancia y es realmente nuestro pan celestial, nuestro alimento cotidiano. Y lo que no es menos de admirar es que Jesucristo, reducido al estado de víctima, encuentra el medio de instruirnos y de ofrecernos en su vida eucarística el ejemplo de todas las virtudes.

Jesucristo, en su vida sacramental, nos manifiesta una sabiduría superior y de un orden totalmente nuevo; sabiduría que no estima ni aprecia sino lo que hace referencia a la gloria de Dios, a su servicio y a la salvación y santificación de las almas. El espíritu del que está animado Jesucristo en su estado sacramental es un espíritu libre de todas las visiones naturales y humanas; a mil leguas de nuestras prudencias mundanas que se consideran juiciosas porque saben ordenar sus medios para elevarse a los honores, saben administrar su fortuna y apartar los obstáculos que se oponen al logro de sus fines bajos e interesados. Las virtudes de las que Jesucristo nos da ejemplo son virtudes sólidas, que no consisten en simples deseos, sino que se manifiestan eficazmente y por medio de los frutos.

Así, Él nos da ejemplos admirables de humildad. Presente todo

entero en cada hostia, no es, en cierto modo, mayor que un poco de polvo, está reducido a las proporciones de un grano de arena[20] para confundir nuestras vanidades, nuestras ambiciones, la sed de notoriedad que tienen los hombres; Él no se reserva ningún medio para proteger su dignidad, ya no digo contra las profanaciones, sino contra nuestros olvidos, nuestras negligencias y nuestras inconsecuencias. Nos da ejemplos heroicos de paciencia. Soporta el aislamiento, la soledad y los desdenes; no se queja de nuestras frialdades, ni de nuestras indiferencias: se calla, y su indignación jamás se ha mostrado cuando, en tiempos de impiedad y de delirio, manos sacrílegas lo arrancaron de sus tabernáculos y lo arrojaron lejos, como una vil basura. Nos enseña la caridad, suplica, intercede, se doblega; detiene los rayos de su Padre mostrándole las cicatrices de sus llagas y, para aplacarlo, le ofrece el sacrificio conmemorativo de la muerte que sufrió en nuestro lugar.

Nos enseña la pobreza, nos da ejemplos admirables de desprendimiento que nosotros debemos imitar en el uso de las criaturas. En su vida eucarística, Jesucristo no tiene ningún bien creado. Cuando se le encierra en una custodia de pedrería, cuando se le rodea de una rica luminaria, cuando se le pone en un tabernáculo de madera o sobre planchas frías: Jesucristo deja hacer y no se queja jamás... Es indiferente a todos nuestros adornos delicados y esplendorosos: si acepta nuestras decoraciones y el homenaje de nuestros objetos preciosos, es por condescendencia y para avenirse a las efusiones de nuestra piedad. De esta forma nos enseña a despreciar todas las delicadezas y los esplendores; a quedar indiferentes ante los bienes de la tierra, a aceptar con el mismo ánimo el brillo de los honores y la oscuridad, la abundancia y la penuria.

En fin, nos da ejemplos de castidad. En la Eucaristía, Jesucristo se encuentra realmente presente, aunque en estado sacramental, no con sus propia apariencia, sino bajo las del pan y el vino. Desde este punto de vista y como vive invisible bajo los velos de las especies sagradas, sus sentidos no son susceptibles de sensación. Nuestros perfumes no le halagan, nuestras músicas no le embelesan, nuestros objetos sensibles no le prendan. Con ello nos muestra que la pureza debe reinar en nuestros afectos. Quiere que, a ejemplo suyo, tengamos una carne, que no esté sujeta a ninguna rebelión; que abramos los ojos pero que no los posemos sobre ninguna criatura puramente por el

placer y el atractivo; que aspiremos los perfumes pero sin sentir nunca otros atractivos que los del amor divino.

¿Qué añadir? Reinando en lo más alto de los cielos, Jesucristo ha encontrado el medio de anonadarse cada día y de entregarse en las manos de su ministro, como un servidor y un cautivo. Poseyendo una vida inmortal, Jesucristo ha encontrado el medio de sufrir los golpes de la muerte y de la descomposición, ya que la vida nueva que tiene en el sacramento la pierde cada vez que las hostias se alteran y se descomponen. Después de diecinueve siglos [veintiuno en la actualidad], sigue viviendo en nuestros altares, volviendo a descender cada día; y en cada momento renueva, en un punto u otro de la tierra, el sacrificio de su pasión y de su muerte.

Si estuviéramos atentos a sus enseñanzas, ¡qué vida tan admirable llevaríamos! Ignorantes e iletrados, con los ojos fijos en esta frágil hostia y los oídos atentos a esta voz interior que resuena en el fondo del alma, han llevado sus acciones hasta el heroísmo; se apoderaron, para su propia santificación y la de los otros, de las luces más vivas, adquirieron más tesoros y más ciencia que si hubieran leído todos los escritos de los Doctores y de los Santos. Nosotros mismos, con la ayuda de estos ejemplos, conseguiremos ser obras maestras de la gracia. Nuestra vida, en verdad, está llena de prodigios, ¿pero estos prodigios no causarán un día nuestra condenación? Jesucristo en el altar nos invita a ofrecernos como víctimas vivas, santas y agradables a Dios: *Hostiam sanctam, viventem, Deo placentem* [Hostia santa, viva y agradable a Dios][21]; nos enseña a humillarnos en medio de las alabanzas, a soportar las persecuciones como si fuéramos impasibles y a perseverar inconmovibles en nuestras obligaciones.

III

En el altar como en la cruz, hay un mismo sacerdote, una misma víctima y también una misma inmolación.

San Juan Crisóstomo dice: "En el altar hay una espada y esta espada la llevamos los sacerdotes, no en nuestras manos sino en nuestros labios". La inmolación, en verdad, no tiene lugar físicamente, sino que se produce místicamente y por representación, pero por una

representación de tal manera viva y eficaz, que equivale a la realidad misma.

Según Santo Tomás, Suárez y los grandes teólogos, no es ni el Ofertorio ni la Comunión, sino la Consagración lo que constituye la esencia del sacrificio.

En efecto, como observa monseñor Rosset, Jesucristo no sufrió una muerte cualquiera, no fue arrebatado por la enfermedad, ni se dislocaron sus huesos, ni murió ahogado en el agua; el entregó su vida en la cruz por la efusión y pérdida de su sangre. Por esta razón la Misa, instituida para ser el memorial de su sacrificio, debe representar su muerte tal como fue consumada. Esto no puede tener lugar sino en tanto que, en virtud de las palabras sacramentales, el cuerpo de Jesucristo se ofrece sobre el altar separadamente de su sangre y su sangre en el cáliz se ofrece separadamente de su cuerpo consagrado.

Pues si se consagrara sólo el pan, habría una representación de la muerte de Jesucristo, pero no tal como Él la soportó; si se consagrara el vino solo, no quedaría expresada claramente y formalmente esta circunstancia de que Jesucristo quedó en la cruz privado de la totalidad de su sangre[22]. Así, cuando el sacerdote dice: *Esto es mi cuerpo*, al altar no se llama más que el cuerpo y si la sangre el alma y la divinidad se presentan al mismo tiempo, es, como dicen los teólogos, por pura concomitancia, porque Jesucristo resucitado de entre los muertos ya no puede volver a morir[23]. Si Jesucristo no estuviera en un estado sobrenatural y glorioso, el cuerpo quedaría separado de la sangre por la fuerza de las palabras sacramentales. Y cuando el sacerdote dice: *Esto es mi sangre*, sólo se llama al altar a la sangre, y si no estuviera indisoluble y eternamente unida al cuerpo, fluiría como antaño en la cruz. Estas palabras: *Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre*, son la espada que penetra hasta la divisoria del alma y del espíritu. Bossuet observa que si la separación no tiene lugar efectivamente, no es porque a esta espada le falte fuerza, sino porque la detiene el estado de impasibilidad del que está dotado el cuerpo glorioso del Salvador.

No se requiere en absoluto para la perfección del sacrificio, observa todavía monseñor Rosset, que la víctima sea realmente inmolada. Es suficiente que el acto ejecutor del sacrificio, por su naturaleza, sea destructivo. La Iglesia pone en el rango de los mártires a San Juan Evangelista, sumergido en aceite hirviendo y a otros santos que

recibieron heridas o sufrieron suplicios, que por su naturaleza eran capaces de producir la muerte, aunque ésta no tuviera lugar, a causa de un milagro. En la Ley antigua, cuando el sacrificador había herido a la víctima con un golpe mortal, el sacrificio ya había llegado a su perfección y la víctima era considerada inmolada, incluso aunque se hubiera salvado milagrosamente.

En la cruz y en el altar, Jesucristo ofrece a su Padre la misma muerte. En la cruz le ofrece su muerte presente, en el altar su muerte pasada y consumada. En la cruz se ofrece en sacrificio de redención; en el altar, en sacrificio de aplicación de esta fuente infinita de la gracia que antes hizo brotar en el Calvario. En la cruz, en el estado de un hombre sufriente; en el altar, en el estado de un hombre sobrenatural y místico. En verdad, para que se opere el sacrificio hace falta que intervenga el ministro visible; pero su acción es una obra accesoria, que no disminuye en nada la dignidad y el valor del sacrificio. Lo demuestra el que las palabras de las que se sirve el ministro son las mismas que Jesucristo pronunció en la última Cena. *Sermo autem Christi, non est alius quam verbum consecrationis* [las palabras de la consagración no son otra cosa que las palabras de Cristo][24].

En el altar, el sacerdote no es realmente Cristo, pero lo es místicamente, y habla en su persona: dice y hace lo que dijo e hizo Jesucristo, *hoc facite in meam commemorationem* [haced esto en conmemoración mía.] Tiene el mismo poder pues, como dice san Gregorio Magno, "¿qué fiel dudará de que en el momento de la inmolación, a la voz del sacerdote, los cielos se abren realmente y los coros de los ángeles acompañan a Jesucristo en este misterio[25]? El Padre Eterno, en ese momento, fija su mirada sobre esta ofrenda; no tiene en consideración la persona que celebra, no ve más que a su divino Hijo y acepta su ofrenda como soberanamente propicia y agradable, aunque sea ofrecida por las manos más indignas y más manchadas.

El sacrificio de la Misa es supremamente propiciatorio para los vivos y para los muertos. Es plenamente suficiente para que obtengamos la abundancia de gracias de lo alto y satisfacer todas nuestras necesidades. Infinito en valor y dignidad, sin embargo, es limitado en sus efectos y en su aplicación: por razón de que aquellos a quienes aprovecha el sacrificio, es decir el sacerdote, los fieles y la Iglesia por santos que sean, no son capaces, sin embargo, sino de un mérito y una dignidad finitos[26]. Siempre son capaces de recibir nuevas gra-

cias, de elevarse a un grado superior de perfección y pese a sus esfuerzos, no les será jamás posible agotar todos los frutos que fluyen de esta oblación. El sacrificio de la Misa tiene el mismo valor que el de la cruz. Tampoco el sacrificio de la cruz, aunque tiene un valor infinito, puede llegar a conferir méritos y satisfacciones en tal cantidad que no pueda sobreañadir más.

Jesucristo, al instituir su sacrificio, determinó la cantidad y la medida de las gracias que beneficiarían a aquellos a quienes les fuera aplicado; de lo que se sigue que varias Misas son más provechosas que una sola; que una Misa dicha especialmente a la intención de tal o cual fiel difunto, le es más provechosa y contribuye más a su liberación [del purgatorio] que una misa celebrada de forma general por todos los cristianos.

El sacrificio se ofrece también en honor de los mártires y de los santos que están en el Cielo. Pedimos a Dios que sean glorificados más y más por los fieles de la Iglesia Militante, para conseguir su intercesión y para que el homenaje que les dedicamos les proporcione un acrecentamiento de la gloria accidental[27].

El sacrificio aprovecha a los vivos para conseguirles las gracias de Dios, la penitencia y la remisión de las penas debidas por sus pecados. *Huius quippe oblatione placatus Dominus, gratiam et donum paenitentiae concedens, crimina et peccata etiam ingentia dimitit* [pues con su sacrificio el Señor se aplaca, concede la gracia y el don de la penitencia, perdona los crímenes y los pecados por grandes que sean][28].

El sacrificio es para los muertos el más eficaz y más propiciatorio de todos los sufragios. La plegaria, la limosna, las obras de caridad no tienen efecto, para la liberación y el alivio de los difuntos, sino en razón del fervor o de las disposiciones del que las ofrece. Son obras que, según la expresión teológica, aprovechan *ex opere operantis* [por la virtud del que obra][29]; pero el sacrificio de la Misa es independiente de los méritos o los deméritos de quien lo ofrece; es eficaz directamente y por la virtud misma de su institución, *ex opere operato* [por obra de lo obrado]. Es un remedio tanto más precioso puesto que respecto a las almas del purgatorio, la Iglesia no posee ningún otro cuyo efecto sea seguro e infalible. La Iglesia no puede hacer que los fieles difuntos participen de sus sacramentos: pues el sacramento es un signo exterior y sensible que no santifica el alma sino por mediación del

cuerpo; por consecuencia las almas separadas, despojadas de sus sentidos y de su envoltura terrestre, ya no son capaces de recibir sus frutos. El sacrificio del altar es, pues, el único instrumento que la Iglesia posee para aplicar a los difuntos los méritos de la pasión y de la sangre de Cristo con toda su eficacia. Es la doctrina de la Iglesia y del concilio de Trento: al hablar de los efectos del sacrificio, no distingue entre los vivos y los difuntos, lo que quiere decir que la misma fuerza que tiene el sacrificio para atraer la misericordia de Dios sobre los hombres que viven en la tierra la tiene para ablandar su justicia respecto a los difuntos[30].

Todavía puede verse en Roma el altar donde Gregorio Magno decía la misa, y donde se le apareció Jesucristo, para hacerle saber que cada vez que celebraba, conseguía la liberación de un alma del Purgatorio.

San Agustín, en el libro 12, capítulo 22, de *La Ciudad de Dios*, hablando de los difuntos salidos de esta vida, distingue dos categorías, los *medianamente buenos* y los *medianamente malos*. Los medianamente buenos son aquellos que durante la vida no se mancharon sino con pecados veniales e imperfecciones ligeras; el sacrificio les libra con facilidad de sus penas y consigue rápidamente su libertad. Los *medianamente malos* son los que han vivido constantemente en el pecado, cuya vida estuvo manchada de iniquidades, pero que sin embargo, antes de morir obtuvieron el perdón de sus pecados mortales. Es raro que el sacrificio acorte notablemente sus penas o que los libre rápidamente; sin embargo les aprovecha mucho, porque atempera el ardor de sus llamas y disminuye la intensidad de sus tormentos.

No es raro que almas de difuntos se aparezcan a los vivos: Dios ha permitido estas manifestaciones muchas veces, sea para despertar a los vivos de sus negligencias y de su entorpecimiento, sea para que las almas desatendidas reciban antes las atenciones para su alivio.

Las más acreditadas entre estas visiones son la de San Malaquías, arzobispo de Armagh, en Irlanda, que ya he mencionado; la de Ludovico Pío, emperador y rey, hijo de Carlomagno, que después de treinta años pasados en los tormentos, se apareció a Luis II su hijo; la del Papa Benedicto VIII, que ocupó la sede de San Pedro durante doce años y mucho tiempo después de su muerte se apareció al obis-

po de Laprée que había sido su amigo; la de una hermana de Santo Tomás de Aquino, a quien el Doctor había dirigido y que se le apareció para anunciarle, al mismo tiempo, su salida de este mundo y su entrada en el lugar de expiación. Las almas que han vuelto un instante a la tierra por un permiso excepcional de Dios no pensaban en satisfacer la curiosidad de las personas a las que se aparecían, desvelándoles los secretos de la otra vida; sino que les exhortaban a ayunar, a llorar, a rezar y les pedían que les hiciesen celebrar misas a su intención, con el fin de aliviarlas y acelerar su liberación.

El sacrificio de la Misa es beneficioso, no sólo para el alma sino también para el cuerpo, *ut sit ad salutem animae et corporis* [para que aproveche a la salud del alma y del cuerpo].

Dice Tertuliano:

> El sacrificio de la Misa contribuye singularmente a la paz de la Iglesia: consigue gobernantes buenos y sabios para los pueblos; es útil ofrecerlo por los soldados, por los que navegan en el mar, por los enfermos y, en general, por todos los que están oprimidos por la aflicción y por la angustia, o están faltos de los bienes y de las comodidades de esta vida[31].

San Juan Crisóstomo dice: “El sacrificio de la Misa se debe ofrecer por las recolecciones y la conservación de los frutos de la tierra”[32].

San Agustín, en el capítulo 12 de *La Ciudad de Dios*, cuenta que en su tiempo había una casa infectada por la presencia de los demonios y que tan pronto se dijo allí la Misa, los espíritus malignos desaparecieron. San Gregorio Magno narra en sus *diálogos*, la historia de un hombre hecho cautivo por los corsarios. Lo llevaron a una región lejana y lo arrojaron en sombrío calabozo; su esposa y sus amigos no supieron durante mucho tiempo lo que le había sucedido y pese a sus pesquisas no consiguieron encontrar ninguna traza de su persona. Finalmente, liberado de su cautividad y de vuelta con los suyos, les contó que, cuando gemía en la prisión, algunos días, sus cadenas, ellas solas, se soltaban de sus pies y de sus manos y se caían. Su esposa y sus amigos le preguntaron los días y las horas en las que esto le había sucedido y comprobaron que este prodigio había tenido lugar todas las veces que hicieron celebrar el sacrificio de la Misa por su alma[33].

San Antonino, arzobispo de Florencia, cuenta que dos jóvenes vivían desarregladamente y se dejaban arrastrar por todo tipo de licen-

cias. Un día de fiesta fueron al campo, so pretexto de una partida de caza; uno de estos jóvenes, que conservaba cierto sentimiento religioso, había oído la Misa por la mañana antes de partir. A la tarde, después de haberse entregado al libertinaje y a vergonzosas orgías, los dos jóvenes se dispusieron a regresar a sus casas. Apenas habían iniciado el camino, cuando de pronto el cielo se oscureció, los relámpagos surcaron las nubes y estalló una tempestad, cargada de truenos y de bramidos del viento. En medio de este caos de los elementos desatados, una voz, la voz de la justicia de Dios, no cesaba de resonar en los aires gritando: "¡Dale, hiérele!" El joven que no había asistido a Misa fue herido por un rayo que lo mató instantáneamente. La misma voz siguió oyéndose, sin cesar de decir: "¡Hiérele, hiérele a ése!" El segundo de los jóvenes, enloquecido, sobrecogido de espanto, se puso a correr, intentando huir de la muerte y de la venganza de Dios, del que se sentía perseguido... Pero otra voz se escuchó en el cielo: era la de la Misericordia que gritaba: "¡No puedo!; esta mañana ha escuchado las palabras de salvación y de vida que se pronuncian en el altar: *Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad*"[34].

¡Ay! Los hombres ya no tienen ni siquiera sospecha de los remedios y de los inmensos bienes que poseen en Jesucristo. Olvidados de su destino celestial y de sus deberes hacia Dios, ya no tienen fe más que en sus propias fuerzas y en su actividad física; se consideran como instrumentos y máquinas y no se valoran sino por el dinero y la cuantía del sueldo. Dicen con orgullo y desdén:

> El que come todos los días debe trabajar todos los días. El domingo, con sus bendiciones, su Misa, sus vanas ceremonias, interrumpe el curso del gran río de la industria durante veinticuatro horas; el salario del obrero disminuye una séptima parte, la miseria acude al taller, el pan y el vestido son arrebatados al niño y a la esposa del artesano y del pobre. "Hombres de poca fe, les responde San Pablo, ¿El Reino de Dios es pues bebida y comida? El que viste a los lirios del campo, el que proporciona a los pájaros del cielo su comida, ¿ha defraudado jamás, en el festín de su Providencia, a los que le sirven?"

San Juan Crisóstomo nos enseña que en el altar, Nuestro Señor Jesucristo se manifiesta como sobre el trono de su clemencia, con las manos llenas de liberalidades y de gracias. Está rodeado por una multitud de ángeles que se mantienen en actitud de profundo respeto y,

por la intermediación de estos celestes espíritus, dispensa a los hombres todos los bienes saludables para el alma y para el cuerpo. ¿Quién se atreverá a admitir que esta sangre divina, derramada cada día en nuestros altares, tiene menos virtud y eficacia que los sudores del hombre, las lluvias y los rocíos, para fecundar nuestras praderas y aumentar nuestra industria? ¿Dónde encontramos familias prósperas, razas vigorosas y desarrolladas si no es entre los que participan del altar y contribuyen a asegurar la abundancia de los frutos por el ardor de sus súplicas y la fuerza de su cooperación?

El Padre Rodríguez cuenta en su tratado *La Comunión y el Sacrificio* que un agricultor tenía la costumbre de emplear, todos los días, una media hora de su tiempo de trabajo asistiendo a Misa. Este agricultor vivía muy cómodamente, sus tierras estaban al abrigo de las intemperies de las estaciones; sus campos parecían los mejor cultivados y los más fértiles. Ninguna maligna influencia, ninguna plaga dañaba sus árboles ni sus viñas. Sus graneros se llenaban todos los años de una multitud de frutos. Sus amigos y sus vecinos, pasmados de admiración, no llegaban a explicarse el hecho maravilloso de una protección tan extraña. Un día, el agricultor llevó a uno de ellos a la iglesia, a la hora en que se celebraba el santo sacrificio. "He aquí, le dijo, mi talismán y mi tesoro, ahí está la gran fuente de las bendiciones espirituales y temporales, la puerta está abierta para todos. Desde este altar, al que Jesucristo desciende todos los días, le gusta poner en práctica, en correspondencia a los que le visitan y le veneran, las palabras que Él dijo un día: *Buscad en primer lugar el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura*"[35].

Cosa cierta; si aplicáramos los frutos del sacrificio de la Misa nos protegerían de las grandes calamidades, aprovecharían más a nuestros intereses temporales que lo que nunca les aprovecharán nuestros descubrimientos, nuestros adelantos industriales y todo el saber de nuestros agrónomos; su virtud destruiría prontamente el oidium y la filoxera y todas esas enfermedades misteriosas que atacan nuestras viñas, nuestros frutos y hasta el tubérculo del que se sirve el pobre para calmar su hambre. Nos haría gustar, ya aquí abajo, esta añadidura remuneradora prometida por el Evangelio, presagio del Cielo y de la corona de abundantes bienes que nos espera.

Salomón, al tratar de los sacrificios imperfectos de la Antigua Ley, figura del sacrificio cristiano, decía:

> Si el cielo airado nos niega sus rocíos y sus lluvias, vendremos a este santo templo, Señor, a ofreceros nuestros votos y Vos haréis fluir sobre nuestros campos arroyos de leche y miel. Si la enfermedad nos hiere con sus golpes, o si somos diezmados por las guerras, vendremos aún a este santo templo, y vos detendréis estas calamidades que destruyen la raza de los hombres.

¡Ah! Adónde iría a parar el mundo, apenado por tantos males y por tantos escándalos, si en el momento en el que una política hostil y atea conspira contra Jesucristo, en el momento en que una prensa licenciosa e inmunda no cesa de atraer con sus blasfemias la cólera y la maldición de Dios sobre los hombres, la voz de Jesucristo, que cada día desciende sobre el altar, no se elevara hacia su Padre para hacer subir acentos que reclaman la misericordia en lugar de la justicia. Y cuando pienso que este sacrificio se realiza todos los minutos del día y que el sol, en la órbita que describe en torno del mundo, en un punto u otro de la tierra, no cesa un instante de derramar sus rayos sobre la Hostia sin tacha[36], siento que mi corazón se dilata, que mis esperanzas aumentan, y no concibo ya nuestros temores, nuestras perplejidades y nuestras desconfianzas.

Daniel, anunciando los signos precursores de la justicia de Dios y de la caída de los reinos, al señalar las grandes catástrofes que harán desaparecer de la tierra a Jerusalén y a las grandes ciudades embriagadas con el vino del adulterio y de la fornicación, al ejemplo de esta ciudad deicida, nos dice: "Reconoceréis que las grandes calamidades están próximas, *cuando veáis a la abominación de la desolación en el lugar santo y cese el sacrificio perpetuo*"[37]. En la época de la desolación final, habrá un tiempo en el que el sacrificio incruento ya no se celebrará en ningún punto de la tierra. Entonces ya no habrá mediador entre la justicia de Dios y el hombre. Los crímenes y las blasfemias no tendrán contrapeso; éste será el momento en el que el Justo Juez aparecerá en su gloria y en el que los cielos serán plegados como una tienda de campaña que ya no tiene viajero a quien cobijar.

No estamos todavía en ese momento final; para convencernos, basta considerar los tesoros de virtudes y de vida, las maravillas de abnegación, de heroísmo que el espectáculo de un Dios que vela y se inmola noche y día, no cesa de hacer brotar.

¡Ah! ¡Cuántos sacerdotes, al bajar del altar, abrasados por ardores divinos, han dejado su familia afligida y han corrido a países le-

janos a sustituir a un colega devorado por los dientes de las bestias o por horrorosos caníbales! ¡Cuántas vírgenes cautivas voluntarias, como Santa Teresa, tras las oscuras rejas de un claustro, han sentido un instante su corazón atormentado por amargas desolaciones y se han sorprendido echando una mirada de añoranza al mundo y sus placeres, que habían abandonado! Pero, felizmente, el santuario se encontraba a dos pasos de la celda donde eran presa de estas violentas luchas y el pensamiento del Divino Solitario, cautivo por amor después de diecinueve siglos [veintiuno ahora], avivaba inmediatamente todo el fuego de su entrega; y exclamaron: "¡Antes morir que abandonar!" ¡Cuántos hombres en situación de defenderse se han callado ante una injuria y en lugar de sacar la espada, han presentado humildemente la otra mejilla! Estos hombres, estos caballeros de la ignominia, ¿no tenían una gota de sangre generosa en sus venas? ¿Eran unos cobardes?... ¡Ah! El recuerdo de su Dios abandonado y anonadado en los altares, soportando sin quejarse todas las ingratitudes y todos los ultrajes, les ha hecho despreciar la opinión y los falsos juicios de los hombres y exclamar: *Quis ut Deus?* [¿Quién como Dios?]

Estas palabras *Quis ut Deus?* fueron el grito de guerra lanzado en el Cielo, desde el origen de los tiempos. Lucifer, el arcángel más deslumbrador y más radiante, hoy el más envilecido y el más horrible de los demonios, elevó el estandarte de la primera rebelión. Impulsó entre los espíritus, de los que era el jefe, un plebiscito contra Dios, aspirando a elevarse por encima de las nubes del cielo y a convertirse en semejante al Altísimo[38]. Tuvo lugar entonces un gran combate donde triunfaron la verdad y la justicia[39]. El Arcángel Miguel hizo brillar la excelencia y la dignidad del Dios Altísimo; recordó a los ángeles buenos los beneficios recibidos de Aquél que les había creado, los dones y prerrogativas con que había adornado su naturaleza y les mantuvo fieles y sumisos, diciéndoles: *Quis ut Deus?* ¿Quién es parecido a Dios?

Nosotros no podemos, como tampoco podía el Arcángel Miguel, hacer que el Eterno aparezca en su trono; pero tenemos en medio de nosotros al Cordero muerto e inmolado. Tenemos el espectáculo de este amor incomprensible e infinito que, para atraernos con mayor suavidad y fuerza, se reduce cada día a las dimensiones de una pequeña hostia[40]. La sociedad moderna proclama hoy, a la faz del cielo y de la tierra, la pretensión más audaz que jamás ha concebido el or-

gullo humano: anuncia que va a arrojar a Dios de las leyes y de las instituciones, que va a construir un orden social y una felicidad totalmente ajenos a Él y ante esta empresa satánica es nuestro deber protestar ruidosamente y decir con el arcángel: *Quis ut Deus?* [¿Quién como Dios?]

Es el momento de sacar conclusiones y de resumir: La Iglesia enseña que Jesucristo reside verdaderamente en nuestros altares, que la sustancia del pan y del vino se cambia en la sustancia de su carne y de su sangre adorables y que se inmola a su Padre por los pecados del mundo. Pero el augusto misterio de nuestros altares no obra sino mediante las piadosas disposiciones de los fieles; no puede purificar el alma atada a sus desórdenes ni conducir al bien al corazón obstinado en el mal. La presencia real y el sacrificio alejan al hombre de la vida de los sentidos y le hacen vivir una vida espiritual; al mismo tiempo, nos muestran al Bienhechor supremo viviendo permanentemente en este valle de lágrimas para dulcificar nuestras amarguras, calmar nuestros sufrimientos, enjugar nuestras lágrimas, borrar nuestras prevaricaciones, curar nuestras heridas... ¡Ah! Si estallamos de entusiasmo en conciertos armoniosos, si rodeamos el culto de todas las magnificencias del arte, si tomamos de la naturaleza todo lo que tiene de más precioso para embellecer nuestros altares, si nuestras basílicas muestran al mundo nuevas maravillas y nuevos esplendores, ¿quién podrá asombrarse? El Rey del Cielo y de la tierra, nuestro Salvador, nuestro Dios, vive personalmente en medio de nosotros[41].

Vosotras pues, almas débiles y pusilánimes, que sentís vacilar y flaquear vuestra fe, sacudida por el cinismo y los clamores arrogantes de la impiedad, lanzad un instante vuestras miradas sobre el universo cristiano, donde a pesar de las conjuras sofistas y engañosas, Jesucristo no deja de ser amado y adorado. Mirad, en los momentos de las grandes solemnidades, esas muchedumbres humildemente arrodilladas que llenan los templos e invocan a Jesucristo con la seguridad absoluta de que su plegaria penetrará en el Cielo. Mirad esas frentes entristecidas, inclinadas sobre las gradas de los altares solitarios, levantarse con el resplandor del florecimiento y de la inefable alegría. Mirad esos pecadores, atormentados por los remordimientos, golpeándose el pecho y marchándose con la esperanza de que han conseguido el perdón. Éste es el sufragio infalible de la humanidad; el testimonio esplendoroso de la fe popular; el grito profundo de la

conciencia pública, que puede ser aminorado por un día, pero que todas la amenazas de los poderosos y de los artífices de la ciencia atea jamás conseguirán sofocar.

Napoleón, en el roquedo de su exilio, decía a uno de sus compañeros de armas: "Yo conozco a los hombres y te digo que Jesucristo no era un hombre". Hizo pública confesión de la presencia de Jesucristo en su vida sacramental y pidió recibir el último viático de los moribundos. Cuando, por este acto augusto, hubo profesado solemnemente la fe de su infancia, le dijo al mismo compañero de armas: "Estoy contento de haber cumplido mi deber, general, yo os deseo la misma dicha a la hora de la muerte".

Seamos víctimas con Jesucristo. Pues que Él se sacrifica en el altar, démosle en agradecimiento la totalidad de nuestro ser. Al entregarle nuestras inteligencias, las iluminaremos con sus luces; entregándole nuestros corazones los curaremos de sus debilidades y de su inconstancia; dándole todo nuestro ser, nos aseguraremos la gloria y la pervivencia eterna[42].

NOTAS:

1. *Sacrificium proprie dictum est externa et sensibilis actio, qua res aliqua ita Deo offertur, ut legitimo ac solemni ritu in Dei honorem et cultum aliquo modo immutetur a publico et legitimo ministro* [el sacrificio propiamente dicho es una acción externa y sensible, por la que se ofrece alguna cosa a Dios mediante un ministro público y legítimo, con un rito solemne y conforme a las normas, de tal manera que sea alterada de alguna forma] (Suárez, *Quaestio* 83).

2. *Solum illud est proprie legitimum sacrificium quod publica vel privata auctoritate institutum est. Quia ut homines in umnum corpus reipublicae debito modo congregentur, necesse est ut etiam in unum nomen religionis conveniant; id autem fieri non potest, nisi in usu sacrificiorum etiam conveniant, sed neque id fieri potest, nisi illa sint publica, et conmuni auctoritate instituta* [con propiedad, sacrificio legítimo es únicamente el instituido por la autoridad pública o privada. Porque para que los hombres se congreguen adecuadamente juntos en el cuerpo de la república es necesario que también se congreguen en nombre de la religión; esto no se logra si no se unen en la celebración de los sacrificios, pero tampoco se logra si los sacrificios no son públicos e instituidos por la autoridad común] (Suárez, *Quaestio* 83, pág. 640).

3. El texto dice: "I ad Cor. V." Evidentemente es un lapsus; no es de la carta primera a los Corintios, sino de la carta a los Hebreos. *Omnis namque pontifex ex hominibus assumptus pro hominibus constituitur in his, quae sunt ad Deum, ut offerat dona et sacrificia pro peccatis* [pues todo pontífice, tomado de entre los hombres, es consti-

tuido en mediador de los hombres, en las cosas que respectan a Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados] (Hb 5, 1).

4. San Agustín, *De Civitate Dei*, libro 10, cap. 19.

5. Ps 39, 7.

6. Ps 50, 18 (NdG).

7. Optato de Milevi, *Contra Parmenianum*, libro VI.

8. Concilio de Trento, *de sanctissimo Missae sacrificio*, sesión XXII, cap. 2.

9. *Non sunt veluti principales sacerdotes per se oferentes, sed sunt ministri et instrumenta Christi qui est principalis et aeternus sacerdos secundum ordinem Melchisedech* [no son como los sacerdotes principales, que ofrecen por sí mismos, sino ministros e instrumentos de Cristo que es el sacerdote principal y eterno, según el orden de Melquisedec] (Suárez, *Disputationes*, 86).

10. En el altar, el sacerdote que ofrece es Jesucristo. De ello no se deduce que los sacerdotes ministros sean simplemente agentes mecánicos e inferiores; ellos ofrecen realmente, por sí mismos, no como instrumentos, sino como causas instrumentales.

11. *Grande mysterium et magna dignitas sacerdotum, quibus datum est quod non angelis concesum: soli sacerdotes, in Ecclesia rite ordinati, habent potestatem celebrandi et corpus Christi consecrandi* [gran misterio y gran dignidad la de los sacerdotes, a quienes se ha dado lo que no se concedió a los ángeles: sólo los sacerdotes, ordenados según los ritos de la Iglesia, tienen la potestad de celebrar y de consagrar el cuerpo de Cristo] (Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo*, libro 4).

12. Se refiere a las absoluciones en el sacramento de la Penitencia (NdG).

13. *Sacrificium et sacerdotium ita Dei ordinatione coniuncta sunt, ut utrumque in omni lege exstiterit. Cum igitur in Novo Testamento sanctum Eucaristiae sacrificium visibile ex Domini institutione catholica Ecclesia acceperit: fateri etiam oportet, in ea novum esse visibile et externum sacerdotium, in quod vetus translatum est* [el sacrificio y el sacerdocio están de tal manera unidos, por disposición de Dios, que en ambas leyes los dos han existido juntos. Puesto que la Iglesia católica recibió, en el Nuevo Testamento, el santo sacrificio de la Eucaristía, visible por la institución del Señor: hay que reconocer también que en ella hay un nuevo, visible y externo sacerdocio, al que se trasladó el viejo] (Concilio de Trento, de *Sacramento Ordinis*, sesión 23, cap. 1). El sacrificio y el sacerdocio van unidos por disposición divina. Si desaparece el sacrificio, ya no hacen falta los sacerdotes. Podrán existir figuras asimiladas, pero no sacerdotes.

14. *Et draco stetit ante mulierem quae erat paritura, ut cum peperisset, filium eius devoraret* [el dragón se paró ante la mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo cuando lo diera a luz] (Ap 12, 4).

15. *Unus tantum est principalis pontifex et sacerdos, cui nullus proprie succedit, quia ipse perpetuo durat: reliqui vero solum sunt vicarii eius et ministri, per quos humano ac sensibili modo, sacerdotalia munera exercet, quia non fuit expediens, ipsum manere inter homines ad illa obeunda* [solamente hay un pontífice y sacerdote principal, al que propiamente nadie sucede, porque dura perpetuamente: los demás sólo son sus vicarios y ministros, mediante los que, de forma humana y sensible, ejerce las tareas sacerdotales, pues no fue conveniente que Él se quedara entre los hombres para realizarlas] (Suárez, LXXIV, sección 2, pág. 633).

16. El diccionario francés dice: "*Sacré*, sagrado, sacro. En lenguaje popular: condenado, maldito." En castellano esta acepción es poco usada; el DRAE, en la palabra *sagrado*, la trae en sexto lugar: "A veces, como en latín, detestable, execrando." El diccionario Latino-Español de Raimundo de Miguel, en el verbo *Sacro*, dice: "Consagrar a una divinidad, ofrecer, dedicar / maldecir, dar al diablo, condenar" (NdG).

17. Conviene observar que la acción de comer la víctima no es necesaria en absoluto para la realización y perfección del sacrificio. Por ello, la Comunión es complemento y parte integrante del sacrificio del altar, pero no constituye parte de la esencia. En el Antiguo Testamento, el holocausto era un verdadero sacrificio, el más perfecto. Y era esencial que el hombre no comiera de él.

18. Jn 6, 52.

19. Gn 14, 18-20 (NdG).

20. Cuando decimos que Jesucristo se reduce a las proporciones de un grano de arena o de una hostia de tres centímetros de diámetro, hay que tener cuidado de no engañarse con estas expresiones. Hablamos metafóricamente respecto a nosotros y en relación a lo que percibimos a través de nuestros sentidos. En realidad, en cada partecita de la hostia, perceptible por el ojo o por los otros sentidos, está Jesucristo todo entero. No hay absolutamente ningún cambio en cuanto a la cantidad y las proporciones intrínsecas de su cuerpo; como dice Santo Tomás: *Nec status, nec signati statura minuitur* [no disminuye ni la situación ni la talla del que es contenido].

21. Rm 12, 1.

22. Monseñor Rosset, *Tractatus de Eucharistia*, p. 540.

Cristo no murió en la cruz desangrado. Los estudios realizados posteriormente, en el siglo XX, demuestran científicamente que murió a consecuencia de la presión ejercida en los pulmones por el diafragma; pendientes de los clavos de las manos, "los brazos tiran del diafragma, que a su vez oprime los pulmones; esta opresión impide respirar y, en consecuencia sobreviene la asfixia" (J. Loring, *La Sábana Santa, dos mil años después*, pág. 99); así morían todos los crucificados. La prueba de que no murió desangrado la proporciona San Juan en su Evangelio (Jn 19, 33-34): *ad Iesum autem cum venissent, ut viderunt eum iam mortuum, non fregerunt eius crura, sed unus militum lancea latus eius aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua* [cuando llegaron a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las rodillas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con su lanza, y a continación salió sangre y agua]. Después de muerto, brotó sangre de su costado. En la última Cena Cristo adelanta su muerte místicamente, cuando no había derramado ni una sola gota de sangre y lo hace consagrando separadamente el pan y el vino; primero el pan, al principio de la cena y más tarde el vino, después de haber cenado. Y manda que se haga eso mismo en su conmemoración. Esta "primera Misa" la celebra Jesucristo vivo y en ella se produce una muerte mística; la muerte real le sucedió unas horas después (NdG).

23. *Christus resurgens ex mortuis non iam moritur.* [Cristo resucitado de entre los muertos ya no muere] (Rm 6, 9).

24. San Ambrosio, *Sobre el Salmo* 39, 7.

25. *Quis fidelium habere dubium possit, in ipsa inmolationis hora ad sacerdotis voces, caelos aperiri, in illo Jesu Christi mysterio angelorum choros adesse?* [¿qué fiel cristiano puede tener duda de que en el momento de la inmolación, a la voz del sacer-

dote, los cielos se abren y los coros de los ángeles asisten a este misterio de Jesucristo?] (San Gregorio Magno, *Diálogos*, 4, 36).

26. *Sacrificium Missae non potest producere effectum infinitum. Sed nihilominus, valor eius in se consideratus est intensive infinitus; sicut infinita est virtus creatrix Dei, etsi creatura non sit capax infinitae perfectionis... Missae sacrificium nunquam operatur effectum infinitum in hominibus, quia non potest in illis tot merita et satisfactiones producere, ut non polleat amplius producere* [el sacrificio de la Misa no puede producir un efecto infinito. Aunque su valor, considerado en sí mismo, es intensivamente infinito, como es infinito el poder creador de Dios, aunque la criatura no es capaz de una perfección infinita... El sacrificio de la Misa nunca obra en los hombres un efecto infinito, porque no puede producir en ellos tantos méritos y tantas satisfacciones, que ya no pueda producir más] (Rosset, *Tractatus de Eucharistia*, p. 577).

27. *Si quis dixerit imposturam esse, celebrare in honorem sanctorum, et pro illorum intercessione apud Deum obtinenda, sicut Ecclesia intendit, anathema sit* [si alguien dijera que es una impostura el celebrar la Misa para honrar a los santos y obtener su intercesión ante Dios, como lo hace la Iglesia, que sea anatema] (Concilio de Trento, *de sanctissimo Missae sacrificio*, sesión XXII, cap. 3).

28. Concilio de Trento, *de sanctissimo Missae sacrificio*, sesión XXII, cap. 2.

29. Se dice que un sacramento o un acto de religión cualquiera, obra *ex opere operantis* [por obra de quien lo hace], cuando su eficacia no es cierta y absoluta, sino que depende en parte de los méritos y de las disposiciones santas de aquel que la realiza. Se dice que un rito litúrgico o un sacramento obran *ex opere operato* [por obra de lo realizado], cuando su eficacia es cierta y absoluta, pues se produce directamente en virtud de su propia institución, independientemente del ministro que lo dispensa y del sujeto que lo recibe. Así, el sacrificio de la Misa y todos los sacramentos de la nueva Ley obran ex opere operato. Los sacrificios y los sacramentos de la Ley antigua, los sacramentales que usa la Iglesia, tales como los rezos, los signos de la cruz, la aspersión con agua bendita, tienen su virtud fundamental *ex opere operantis*. (El texto dice *no tienen otra virtud*, pero tienen 'per se' una cierta virtud, aunque siempre vaya condicionada a la actitud del que los pone en práctica).

30. *Accipe potestatem offerre sacrificium Deo, missasque celebrare tam pro vivis quam pro defunctis* [recibe la potestad de ofrecer a Dios el sacrificio y de celebrar Misas tanto por los vivos como por los difuntos] (Pontifical Romano, *Ordenación de los Sacerdotes*) [El ritual actualmente en vigor, desde 1968, cambió la fórmula de la ordenación de los sacerdotes (NdG)].

S. Concil. Tridentinum docet animas, in purgatorio detentas, fidelium sufragiis, potissimum vero acceptabili altaris sacrificio iuvari [el sacrosanto Concilio Tridentino enseña que las almas, retenidas en el purgatorio, son ayudadas por los sufragios de los fieles, pero sobre todo por el sacrificio del altar, tan agradable a Dios] (Concilio de Trento, *de Sanctissimo Missae Sacrificio*, sesión 22, cap. 2 y canon 3).

31. *Sacrificium, pro communi Ecclesiarum pace, pro recta mundi compositione, pro imperatoribus, pro militibus et sociis, pro iis qui in infirmitatibus laborant, pro his qui afflictionibus premuntur, et universim pro omnibus qui opibus indigent* [el sacrificio es provechoso para la paz de las Iglesias, para el arreglo justo del mundo, para los gobernantes, para los soldados y los aliados, para los que están enfermos, para los

que están afligidos y, en general, para todos los que carecen de recursos] (Tertuliano, *ad Scapullam*, cap. 2).

32. *Sanctus Chrisostomus saepe docet oferri sacrificium pro fructibus terrae proque aliis necessitatibus* [San Juan Crisóstomo enseña con frecuencia que se debe ofrecer el sacrificio por los frutos de la tierra y por las otras necesidades] (Rosset, *Tractatus de Eucharistia*, p. 574).

33. San Gregorio Magno, *Diálogos*, libro 3, cap. 37. Beda, *Historia Eclesiástica de los Anglos*, libro 4, cap 21 y 22.

34. P. Alonso Rodríguez. *Ejercicio de Perfección*. Parte 2ª, tratado 8º, cap. 16.

35. *Quaerite ergo primum regnum Dei et iustitiam eius, et haec omnia adiicientur vobis* [buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura] (Mt 6, 33).

36. *Ab ortu enim solis usque ad occasum... in omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda* [desde la salida del sol hasta el ocaso... en todo lugar se sacrifica y se ofrece a mi Nombre una oblación pura] (Ml 1, 11) (NdG).

37. Es una cita del Profeta Daniel, pero muy libre: contiene sus ideas, no la forma. Daniel habla en tres capítulos de su profecía de la abolición del sacrificio perpetuo y de la instalación en el templo de la abominación de la desolación; y siempre en ese orden: primero la abolición del sacrificio y después la instalación de la abominación. Las tres citas son estas: *Deficiet hostia et sacrificium, et erit in templo abominatio desolationis* [cesará la víctima y el sacrificio y en el templo será la abominación de la desolación] (Dn 9, 27). *Polluent sanctuarium fortitudinis et auferent iuge sacrificium et dabunt abominationem in desolationem.* [Profanarán el santuario de la fortaleza y abolirán el sacrificio perpetuo y le darán el templo a la abominación de la desolación] (Dn 11, 31). *Cum ablatum fuerit iuge sacrificium, et posita fuerit abominatio in desolationem* [cuando sea abolido el sacrificio perpetuo e instalada la abominación de la desolación] (Dn 12, 11) (NdG).

38. *In coelum conscendam, super astra Dei exaltabo solium meum... Ascendam super altitudienm nubium, similis ero Altisimo* [me elevaré al Cielo, sobre los astros de Dios colocaré mi trono... Subiré por encima de las nubes, y seré semejante al Altísimo] (Is 14, 13-14).

39. *Et factum est praelium magnum in caelo; Michael et angeli eius praeliabantur cum dracone, et draco pugnabat, et angeli eius* [y se trabó en el cielo un gran combate; Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón, también combatían el dragón y los suyos] (Ap 12, 7).

40. El texto francés dice: *de deux lignes de diamètre* (NdG).

41. Moeller, *Symbolique*, traducción de Mons. Laccaht.

42. En una ciudad pintoresca de Suiza, rodeada de montañas verdes y bosques, regada por aguas puras y abundantes, el autor de esta conferencia paseaba un día en compañía de un ministro protestante. Éste confesaba que él admitía la presencia real y no concebía que Calvino hubiera podido negarla; pero se negaba a admitir la verdad del sacrificio del altar, alegando la razón de que siendo el sacrificio de la cruz sobreabundante e infinito por naturaleza, todos los demás sacrificios se convertían por ello en inútiles y superfluos. Aquel a quien dirigía esta opinión rogó a su interlocutor que considerara las cascadas que caían sobre las rocas, los arroyos limpios que nacían en las

colinas, desde donde fluían serpenteando a través de las praderas. Usted ve estas fuentes, le hizo observar al ministro, son también perfectas y de abundante caudal, ¿afirmaría usted, por tanto, que es inútil el construir conducciones e instalar tuberías para traer el agua dentro de la ciudad? El ministro, que era un hombre de gran ciencia y de buena fe, captó la alusión y dijo inmediatamente: *comprendo*. En efecto, la Misa es una aplicación y no un suplemento del sacrificio de la cruz, es el modo y el canal instituido para hacer fluir en la Iglesia hasta los fieles la virtud infinita del sacrificio del Calvario que no se realizó más que una vez.

Novena conferencia

El misterio del sufrimiento y su relación con la vida futura

Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repleur multis miseriis.

El hombre, nacido de mujer, vive poco tiempo y su vida está llena de miserias sin número.

(Jb 14, 1).

Hay una ley fatal, misteriosa, universal e inexplicable para la ciencia.

Es la ley del sufrimiento.

Esta ley, promulgada el día en el que el pecado entró en el mundo, contiene tres aspectos, que por su gran amplitud, abarcan todos los males y todos los infortunios que afligen al género humano. Al hombre se le dijo: ganarás el pan con el sudor de tu frente. Parirás los hijos con dolor, se le dijo a la mujer. En el polvo sentirás la enfermedad y los gérmenes de la descomposición, que se consumará en la tumba.

A partir del día en que fue fulminada esta triple sentencia, el dolor se convirtió en una gran ley de la humanidad. A semejanza de un gran río, ha pasado durante seis mil años sus amargas aguas a través de todas las generaciones. Y todos los mortales, en mayor o menor medida es verdad, pero todos sin excepción han bebido de ellas.

"Todo lo que respira, dijo el Apóstol, está condenado a llorar y a gemir; todas las criaturas sufren dolores de parto hasta esta hora..."

La raza desheredada de Adán, al igual que un enfermo grave, se vuelve y se revuelve, en su lecho de aflicción y de angustia. A pesar de sus desesperados esfuerzos, pese a las maravillas de su industria y la magnitud de sus adelantos, no ha cesado un momento de sufrir; hasta ahora no ha llegado a vencer la pobreza, las enfermedades y la muerte. Antes de Jesucristo, la humanidad ofrecía el aspecto de *un gran ajusticiado*, herido, dice Isaías, de los pies a la cabeza, sin tener en su cuerpo una sola parte sana: para librarla de esta ley inexorable que pesa sobre ella después de su caída, era necesario nada menos que un médico bajado del Cielo... El hombre enfermo no se podía curar sino por la aplicación de una medicina superior y divina.

Jesucristo hubiera podido, sin duda, abolir de un plumazo el dolor y, en virtud de la gracia infinita de la Redención, devolver al hombre al estado de felicidad completa sin mezcla de dolor, que gozaba en el paraíso. No lo quiso. Pensó que para muchos el sufrimiento se convertiría en mérito, en ganancia, en fuente de gloria y elemento de renovación y de triunfo; que para la mayoría sería una expiación necesaria. Mantuvo, pues, el sufrimiento, pero lo purificó, lo ennobleció, lo transfiguró haciéndolo suyo. Se hizo hombre de dolores, *virum dolorum* [varón de dolores], en el sentido estricto de esta palabra.

Jesucristo podía haber aparecido entre nosotros nadando en delicias, rodeado de un esplendor divino, en el brillo y la pompa de su majestad soberana; sin embargo, juzgó más digno de su gloria y más provechoso para la salvación de los hombres mostrarse a ellos coronado de espinas, vestido humildemente y manchado de sangre, el rostro magullado, el *rictus* de la muerte en sus labios, llevando la punción ensangrentada de los clavos impresa en las manos y en los pies.

Al unirse estrechamente al sufrimiento, Jesucristo, sin duda, no lo privó de todas sus asperezas y sus punzadas; pero lo despojó en parte de su amargura, destruyendo su veneno. Hizo fecundo el cáliz de su sangre. Al igual que la serpiente de bronce levantada por Moisés en el desierto, se plantó a sí mismo en el centro del mundo, como un instrumento inagotable de misericordia, de vida y de salvación. Como consecuencia de esta transformación, sus divinas llagas, semejantes a fuentes que siempre están manado, quedaron eter-

namente abiertas para todas las almas extraviadas y caídas que quieren librase de sus deseos sensuales y burdos y quieren reanimarse con las alegrías del sacrificio y con el honor de la pureza.

¿Quién no admirará en esto los consejos profundos de la Sabiduría infinita? El hombre se perdió en el Paraíso de delicias y se volvió a levantar en los sufrimientos del Calvario. Había despreciado ir a Dios por el camino de la felicidad; Jesucristo abrirá una ruta mejor y más segura, la de la cruz. "El cielo y la tierra estaban separados; la Cruz los unió". En la cruz está la salvación; en la cruz está la fuerza y el gozo del espíritu; en ella se encuentra la virtud completa y la plenitud de toda santidad[1].

La cruz, antes de que Jesucristo permitiera que le crucificaran, era un signo infamante, un instrumento de maldición y de oprobio; pero cuando, resignado e inflamado de amor, Él se hizo extender en este doloroso madero, como se tiende el esposo en el lecho nupcial, la cruz quedó limpia de la ignominia que la había manchado, se convirtió en el punto de partida de una restauración esplendorosa, en el emblema de la realeza y de la grandeza, en el premio del genio y de la bravura, en el estímulo fecundo de las luchas heroicas, en la fuente de los goces más inefables y de los consuelos más sólidos y verdaderos. Así exclamaba San Andrés: "¡Oh, dulce cruz, adornada por los miembros del Señor, cruz tanto tiempo deseada, con solicitud amada, sin cesar buscada, tómame en tus brazos para devolverme al Maestro divino, para que por tu medio se digne recibirme el que por tu medio me redimió![2]" He aquí que ahora los austeros esplendores del Calvario sobrepasan, en proporciones infinitas, a todas las delicias y todos los encantos del Tabor y tras los pasos de Esteban, su cabecilla, innumerables generaciones de mártires y de santos han saboreado más dulzuras bajo las piedras que los lapidaron, que las que hubieran gustado bajo lluvias de perfumes y de rosas.

Ésta es la alta y magnífica doctrina que voy a tratar en esta última conferencia, desarrollando sus partes y dando una visión de conjunto.

Que el filósofo, iluminado únicamente por las luces naturales, murmure en sus pruebas, que tome pretexto de sus sufrimientos para blasfemar contra el Cielo y la Providencia, o que envolviéndose en una capa de desdén estoico, exclame: "Sufrimiento, yo te mal-

digo, no eres más que una palabra sin sentido", lo entiendo. Pero nosotros, los cristianos, iluminados por una luz más alta, dirigimos nuestras miradas al porvenir celestial, pues las tribulaciones de aquí abajo son su preparación y su garantía. ¿No nos dijo nuestro Maestro que los sufrimientos eran el vestíbulo por el que debíamos pasar para entrar en el reino de la gloria[3]? Aceptémoslos como prueba de la tierna predilección de este Dios que nos hace participar de sus tristezas y de sus agonías para hacernos dignos de la corona eterna que nos prepara.

Para abarcar nuestro objetivo en su totalidad estudiaremos el sufrimiento desde un triple punto de vista: desde la naturaleza, desde la gracia y desde la gloria.

Desde el punto de vista de la naturaleza, el sufrimiento es para el hombre un principio de dignidad y de fuerza moral. Desde el punto de vista de la gracia, es el principio de nuestra incorporación a la vida divina de Jesucristo. Desde el punto de vista de la gloria, es principio y fuente de esperanza.

I

Antes de hablar del provecho del dolor y de los bienes maravillosos que proporciona al alma es útil recordar su noción filosófica.

Santo Tomás[4] define el dolor como el mal que repugna, es decir un obstáculo que se opone al ejercicio de las facultades del alma o al libre desarrollo de la vida corporal y sensitiva. El dolor es una impresión que afecta al alma y se opone a ella, sea porque impide al espíritu alcanzar la verdad que es su objeto, sea porque priva a la voluntad del bien que persigue. El dolor, ya resida en el espíritu, ya resida en al cuerpo, es una impresión que repugna al ser que la siente, ya que lo deforma en cierto grado y causa en él un deterioro y un cierto tipo de aminoración. En el espíritu ese mal u obstáculo se llama tristeza, pesar, angustia; en el cuerpo se llama decaimiento, tormento, enfermedad. Pero, sean las que sean las características y las formas innumerables con las que se muestra el dolor, no es otra cosa en su esencia, que una contrariedad, una discordancia, una falta de equilibrio o armonía en las facultades intelectuales o en los órganos sensibles del cuerpo. En resumen, el dolor es un estorbo que se opo-

ne al desenvolvimiento normal de la vida, como la alegría es un modo conveniente que favorece su plena expansión.

Los filósofos paganos, con las solas luces de la razón, habían entrevisto en cierto modo las ventajas y el premio que supone el sufrimiento.

Lo miraban como la mejor escuela, donde el hombre podía formarse en la ciencia laboriosa y difícil del conocimiento de sí mismo y en la que se preparaba para cumplir un día los pesados deberes de la vida humana.

Decían: "Desdichado el niño de fortuna, adormecido en la fascinación del lujo y la molicie, desdichado el hombre a quien el mundo ha sonreído siempre y que jamás ha sentido traba ni contrariedad a sus deseos". Si, entre los hombres embriagados y corrompidos por la prosperidad, hay aún un resto de sensibilidad, si hay en ellos entrañas de carne y si continúa latiendo en su pecho un corazón humano, ¿será únicamente para satisfacer su egoísmo y saciar sus pasiones desordenadas? "Desdichados los pueblos, cuando el cetro y el poder público vienen a caer en manos de tales hombres. Como Tiberio y Nerón, serán el azote del género humano; la tierra entera se ofrecerá a sus ojos como una presa destinada a la satisfacción de su colosal orgullo y de sus apetitos más desmesurados y brutales".

Estos sabios añaden más:

> ¿Qué mortal ha mirado jamás cara a cara al áspero y sombrío sufrimiento o se ha medido con él cuerpo a cuerpo, sin que pronto no lo haya bendecido como un regalo del Cielo? Lo mismo que los metales más duros se reblandecen y se funden bajo la acción del fuego, así el sufrimiento transforma a las almas nobles; suscita en ellas una virtud que las toca, las restaura, las sobrenaturaliza y las dulcifica.

Así, ved al pobre, que ha sentido mucho tiempo la estrechez y la miseria; si llega a conseguir fortuna, la usará con sabiduría y con moderación; ha aprendido por su dura experiencia cuánto cuesta ser pobre, comer un pan escaso, vivir en la tierra errante, enfermo e ignorado. Ved al hombre de Estado, al príncipe poderoso y respetado; si después de haber sido elevado al trono, ha soportado las angustias y las amarguras del exilio, si ha bebido a grandes tragos la ingratitud y los ultrajes, no se dejará deslumbrar por la grandeza y el brillo de la soberanía tan fácilmente como cualquier otro; derramará con mucho gusto miradas de respeto y compasión sobre un suje-

to desgraciado y oscuro; sabe que la nobleza de pensamiento y la altura del corazón se ocultan bajo los andrajos no menos que bajo la púrpura; le recuerdan que también él, tiempo atrás, vivió proscrito, fugitivo, desconocido y difamado. Ved también al sacerdote: cuando en la melancolía de sus ojos, en el envejecimiento precoz de sus rasgos, en la sonrisa resignada de sus labios, se advierte que el sufrimiento ha visitado a menudo su alma, se le rodea de más respeto y más ternura; los abandonados se acercan a descargar su alma ulcerada sobre la suya, con mayor confianza; les parece que de su alma destilará el remedio y el consuelo, junto con una actitud más paternal y más misericordiosa. En fin, el hombre probado por grandes y sangrantes reveses, ¿es un sujeto abandonado y oscuro? Lejos de despreciarlo, vemos en su dolor una purificación gloriosa de su vida: un sentimiento secreto nos dice que allí hay un ser privilegiado, cuidadosamente preparado por la mano divina para destinos más gloriosos que los temporales. Admiramos en él una nobleza más resplandeciente que la de su sangre, la nobleza del sufrimiento impasiblemente soportado.

Yo no sé si todos piensan así, pero el alma que ha sufrido intensamente y durante mucho tiempo parece que tiene menos apego a la tierra. Su aspecto alterado y humillado le da una apariencia más angélica que humana. Este hombre, esta mujer, pasaron en medio de los goces de la vida sin rozar siquiera su superficie. Una tal condición, ¿no les imprime algo así como una elevación inmortal? Una voz secreta ¿no nos dice que estas almas poseen una visión más profunda de los misterios del Cielo; que su corazón es un santuario que exhala un gran perfume de fe, esperanza y amor?

Hay en Oriente ciertas maderas aromáticas que se aplastan y se trituran, para hacer brotar de ellas un líquido oloroso mezclado con su savia; así la bondad celestial estruja al hombre en la prensa de la aflicción, para castigar en él una carne que sirvió de hogar a antiguos desórdenes, para librarle de todo poso de corrupción y convertirlo en el vaso misterioso del que brotará la fuente inagotable de todas las virtudes.

Una cosa es cierta: que nunca ha habido ni habrá jamás sublimidad moral, santidad heroica, virtud digna de ese nombre, que no haya tenido su principio o que no haya sacado su impulso y su fuer-

za de un sufrimiento libremente aceptado o intrépidamente padecido.

De ahí que nuestra voluntad sea a menudo vacilante e indecisa, que nuestra vida esté sembrada de tan extrañas irregularidades y de tan tristes inconstancias, que una nadería nos hace caer, que una palabra poco medida que nos han dicho, una variación en la serenidad del cielo son suficientes para hacernos pasar de la alegría al abatimiento. La causa de estas fluctuaciones y de estos cambios no es otra que el desapego y el horror instintivo que sentimos por el sufrimiento.

A causa de este diligente cuidado en rechazar las menores privaciones y las menores violencias, en apartar de nosotros todo lo que se presente con la apariencia del menor rigor, nos creamos indignas servidumbres. Nuestro corazón se deja dominar por tantos tiranos como impresiones sentimos, cuya influencia sufrimos una y otra vez. Ninguna virtud puede crecer en almas tan versátiles, ninguna dignidad es conciliable con un carácter que oscila al viento de todos los cambios y de todas las casualidades. Además, en este estado el hombre se retrae de sus deberes austeros y se torna esclavo de las más fútiles fantasías; olvidando que la vida humana es una realidad y no una ficción, busca distraerse con entretenimientos frívolos, entrega sus años más bellos como pasto de los placeres, de la pereza, del aburrimiento y devora y consume, sin fruto alguno, el talento que Dios le confió. Con estas disposiciones enervantes, cualquier hombre no tiene más que presentarse ante él, con la amenaza en la boca, con el poder de perturbar su reposo, sus intereses, sus placeres y este hombre será inmediatamente su señor; tendrá pleno poder para someterlo, sea a indignas esclavitudes, sea a indecibles torturas.

Nada más lejos de la infinita pequeñez de estas almas flojas y afeminadas que la actitud firme y magnánima de aquél que, a fuerza de luchar con vigor contra el sufrimiento, se ha vuelto como insensible a sus heridas y a sus dardos. ¡Qué hermoso es verlo sereno y majestuoso en medio de las tempestades y de las sacudidas de las pasiones, cumpliendo la palabra del sabio: *Non contristabit justum quidquid ei acciderit!* [¡no entristecerá al justo nada de lo que le suceda!][5].

En su tranquilidad oye el ruido de las revoluciones, ve pasar las repúblicas y las dinastías; se diría que los vanos intereses de los hom-

bres bullen en las regiones inferiores, bajo sus pies. Ninguna turbación de esta tierra le inquieta, porque ha aprendido a leer los acontecimientos en esa sabiduría infinita que todo lo ordena con su previsión y que no permite el mal sino para sacar de él el bien, mediante una manifestación imponente. Lleva en él mismo un santuario de descanso y de felicidad. Los hombres y los elementos conjurados no tienen poder para ofenderle o dañarle. ¿Lo enviarán al destierro? Él responderá como aquel gran obispo: *Toda la tierra es para mí patria y destierro.* ¿Lo despojarán de sus bienes? Él ha aprendido a poseerlos sin permitirles encadenar su corazón. ¿Lo matarán? La muerte es para él el paso a una vida mejor, la emancipación de todas sus penas.

Ésta era la serenidad y la heroica constancia de San Juan Crisóstomo, condenado al destierro por Eudoxia, la emperatriz de Constantinopla.

Así se expresaba el santo:

> Cuando dejé la ciudad no sentía mi infortunio, estaba inundado interiormente por los consuelos más inefables. Si la emperatriz me envía al destierro, me decía yo, pensaré que la tierra y todo lo que la llena pertenece al Señor. Si me hace arrojar al mar, me acordaré de Jonás. Si ordena que me lapiden, seré compañero de Esteban. Si me hace decapitar, tendré la misma gloria que Juan el Bautista. Si me despoja de todo lo que poseo, pensaré que salí desnudo del seno de la tierra y que allí debo volver despojado de todo.

El conde de Maistre cuenta la historia de una joven que fue la admiración de la ciudad de San Petersburgo. El sufrimiento la había transfigurado y había hecho resplandecer en su actitud y en su fisonomía el brillo de una gloria sobrehumana y anticipada. Estaba devorada por un cáncer que le carcomía la cabeza. Ya le habían desaparecido la nariz y los ojos. El mal avanzaba sobre su frente virginal, como el incendio que devora un palacio. Toda la ciudad estaba maravillada de la suavidad de su voz y de su angélica resignación y acudía para admirar este encantador espectáculo. Cuando se le mostraba a la joven compasión por sus sufrimientos, ella respondía: "Yo no sufro tanto como pensáis, Dios me ha otorgado la gracia de pensar a menudo en Él". Un día respondió a unas personas que le preguntaron: "¿Qué plegarias dirigirás a Dios cuando estés en el Cie-

lo?" "Yo le pediré que os conceda la gracia de amarlo como yo le amo"[6].

Los paganos habían entrevisto este reflejo y esta aureola de hermosura y de grandeza que el sufrimiento derrama sobre la frente de la criatura.

Un día, el príncipe de los filósofos se había planteado esta difícil cuestión: Si la divinidad se dignara alguna vez bajar a la tierra, ¿qué figura le convendría para mostrarse? Platón paseó largo rato silencioso, meditabundo, pasando revista una a una a todas las figuras de la humanidad. Las fisonomías más deslumbradoras, las de los potentados, no le parecían suficientemente puras. Finalmente, se representó un hombre: señor de sus afectos, irreprochable en sus menores pensamientos; éstos son los rasgos que le parecieron más convenientes: ajeno a toda contienda, respondiendo a los tratos más crueles con la dulzura de la bondad, calmado y sereno en medio del desenfreno de los ultrajes y del frenesí de un populacho amotinado, brillando hasta en el patíbulo infame, donde le había hecho subir la incomprensión de la virtud.

Platón pensó que si la humanidad llegaba alguna vez a producir una figura como ésta habría hecho su supremo esfuerzo, que la tierra no tendría un espectáculo más bello que ofrecer al Cielo; y Platón, con el entusiasmo y la solemnidad del sabio que pronuncia una de las grandes verdades que jamás ha escuchado el oído humano, exclamó: *Si la Divinidad se digna alguna vez hacerse visible a los hombres, no habrá más que una figura digna de ella, la del justo sufriente.*

II

¿Satisfizo Jesucristo de un modo total y absoluto por nuestros pecados? ¿Tomó sobre Él no sólo la pena eterna, sino también la pena temporal que debíamos por ellos? Santo Tomás responde de una manera afirmativa y alega como prueba el uso constante de la Iglesia que no impone ninguna penitencia a los fieles admitidos a la regeneración bautismal. También aduce la tradición universal de que una vez el hombre ha sido sepultado en las aguas del bautismo, a semejanza de Jesucristo, ya ha muerto a sus viejos desórdenes, ya

no hay ningún castigo, ninguna expiación que sufrir en esta tierra y, si muriera a continuación de haber sido regenerado por el sacramento, sería admitido inmediatamente a la visión de Dios, sin pasar por las llamas del Purgatorio.

Respecto a los desdichados que violan la virginidad bautismal, culpables de faltas graves después de la gracia insigne del primer sacramento, la redención ya no se transmite de esta forma privilegiada y en esta medida plena y sobreabundante. Después del bautismo la misericordia divina no desciende sobre nosotros sino acompañada por la justicia. Los méritos infinitos y los frutos de los dolores de Jesucristo no los adquirimos automáticamente, sino con la condición de que nos apropiemos de ellos mediante una cooperación personal y con esfuerzos enérgicos y costosos. En una palabra, la penitencia, como dice Tertuliano, es un *bautismo trabajoso*. En este sacramento, destinado a hacer renacer el alma muerta por el pecado, la sangre y las lágrimas de Jesucristo no se nos dan para ahorrar las nuestras, sino para fecundarlas y hacerlas proporcionadas a la virtud tan débil de nuestras expiaciones con la inmensidad de las deudas contraídas por nuestros crímenes.

De ello se sigue que no hay más que dos caminos para llegar a la vida eterna: el de la inocencia y el de la penitencia.

La penitencia es una ley de proporción. San Pablo precisa claramente su intensidad y su medida, con estas palabras: "Tanto como hayáis abusado de las criaturas para conseguir goces, usándolas indebidamente, otro tanto debéis absteneros de su uso permitido"[7]. La reparación no es suficiente si no iguala el desorden que contiene la falta. Las condiciones del hombre pecador en su uso de las criaturas, ya no son las del hombre que jamás se convertido en culpable de una ofensa. Aquel que ha tenido la desdicha de dejarse engañar por la voz del tentador y que, abrazando los bajos atractivos de las criaturas, ha preferido su belleza engañosa y limitada a la belleza del Creador, está obligado a apartarse con esfuerzo y al precio de los desgarros más indecibles, de las ocasiones que lo sedujeron y de las criaturas que lo fascinaron; es necesario que, remontando el torrente cuyas aguas cenagosas lo arrastraron, castigue con rigor el corazón, la imaginación, los sentidos que se amotinaron contra la razón y contra la ley de Dios, como castigaría a un criado desobediente o a un siervo rebelde.

El principio fundamental de la penitencia reside en el hecho de que para el hombre caído por segunda vez, no hay más que un modo de regeneración: la aceptación valiente y voluntaria de una parte de dolor igual a la parte de gozo y dulzura saboreada en la iniquidad y el crimen; de esto se deduce, según la profunda observación de San Ignacio de Loyola, que la penitencia no consiste de ninguna manera en la renuncia a todos los excesos o en la supresión de todo lo que es inútil y superfluo. Suprimir lo que sobra pertenece a la virtud de la templaza[8] y no a la virtud de la penitencia. La penitencia no tiene lugar sino cuando el hombre se quita lo que es conveniente y se priva de una parte de lo que es útil o necesario[9].

Sin embargo, el misterio no está aclarado.

Ha habido en la tierra almas libres de cualquier traza de pecado y de imperfección. Sin hablar de la santísima Virgen, concebida sin pecado, de san Juan Bautista santificado en el seno de su madre, otros muchos santos llevaron en esta tierra una vida totalmente celestial, estrechamente unidos a Dios sin que jamás ningún deseo bajo, ninguna emanación de los sentidos hubiera oscurecido la belleza y el brillo radiante de su alma. Y sin embargo, recogieron una parte muy abundante de esta gran herencia de dolor legada a nuestra triste humanidad.

El sufrimiento tiene, pues, una causa más alta y más universal que la expiación.

Esta causa es la consecuencia de uno de los misterios más profundos y más incomprensibles de nuestra fe, en el que se resume toda la economía del cristianismo y que nosotros meditamos raramente. Este misterio es el de la incorporación de nuestra vida a la vida divina de Jesucristo. Se puede decir, en cierto sentido, que Jesucristo en el cielo no está completo. Sobre el trono en el que, después de su Ascensión gloriosa, reina situado a la derecha de su Padre, no está la *totalidad*, sino un simple *comienzo de Jesucristo*. Jesucristo es de *hoy, de ayer y de todos los siglos*[10]. Jesucristo y todos los fieles no forman más que un solo cuerpo y un solo espíritu[11]. Este cuerpo místico de Jesucristo, que no es otro que la Iglesia, se edifica progresivamente: se extiende y crece al incorporar a los elegidos cuyo espíritu se abre a la luz de la fe y cuyo corazón recibe la unción de la caridad. Jesucristo no alcanzará su crecimiento total, ni entrará en la plenitud de sus años y en la "madurez del hombre",

sino después de que el ángel del Señor haya marcado con el sello del Dios viviente la frente del último de los predestinados. Hasta ese día continuará el misterio de la Ascensión; prosigue y crece, cada vez que un alma concurre eficazmente a esta estructura divina y que al salir de una vida pura se suma para componer la ciudad celestial y se añade al edificio como una piedra viviente en la eterna Basílica de los santos.

El cuerpo místico y colectivo de Jesucristo tiene como modelo su cuerpo individual.

Jesucristo, para obrar nuestra redención, no tenía necesidad de dejar transcurrir treinta y tres años. Inmediatamente después de su concepción podía haber salido del seno de su madre, centelleante de esplendor y haber sorprendido al Cielo con su entrada triunfal e imprevista. No lo quiso así. El camino más fácil y más corto no es el que ofrecía el mayor atractivo a su Corazón para entrar en santuario de su gloria. Prefirió subir al Cielo por los peldaños ensangrentados con sus ignominias y sus acerbos dolores. Quiso que la Eternidad y la Omnipotencia de sus encantos brotaran de sus cicatrices y de sus dolores; y para que en todo su ser no hubiera ni una sola parte que no brillara con el esplendor de su belleza única, quiso entregarlo todo entero como pasto del dolor y de los pies a la cabeza experimentar sus golpes sangrientos y crueles.

Esto que se realizó en el Jesucristo individual debe perpetuarse en su cuerpo colectivo o místico. Es la ley de indestructible solidaridad establecida entre la cabeza y los miembros. No podía convenirles a éstos entrar en la gloria sin pasar por las transformaciones que el jefe sufrió. No es posible admitir que Jesucristo quiso abrir dos caminos opuestos que conducen al Cielo: uno para Él, duro, pasando por la cruz; el otro para los suyos, cómodo, sembrado de rosas y delicias. El cuerpo de Jesucristo, nos enseña el apóstol, está unido y ligado en todas sus partes; excluye de su composición cualquier elemento inconexo[12]; está sublimemente ordenado y reúne en su estructura esa armonía y esa perfección que lo convertirán un día en el más inimitable reflejo de la gloria y la majestad soberanas. Por ello dice San Bernardo:

> ¿No formaría un conjunto monstruoso, un contraste extraño y discordante, si una cabeza coronada de espinas estuviera unida a unos miembros delicados; una carne triturada por los azotes a una carne

alimentada en el fasto y la molicie...? *Pudeat sub capite spinato membrum esse delicatum* [que nos avergüence ser un miembro delicado, bajo una cabeza coronada de espinas].

¡Ah! Las penas y las aflicciones que nos destrozan el corazón, que nos arrancan gritos desgarradores y querrían hacernos derramar lágrimas de sangre, están lejos de dejar indiferente a Jesucristo. Nadie lo conoce mejor que Él y nadie se compadece más vivamente, porque Él sintió las mismas impresiones y en el Huerto de los Olivos, como dice Isaías, soportó personalmente todas nuestras faltas y todos nuestros desfallecimientos[13]. Pero una piedad natural que le llevara a suprimir la prueba y a cerrar a cada instante la fuente de nuestras quejas, ¿no sería una inconsecuencia de su parte, un acto de flojedad ciego e insensato? ¿Podría Jesucristo derogar el plan de su sabiduría, abolir las obligaciones inherentes a la nobleza de nuestro origen y a las prerrogativas gloriosas que nos confiere el bautismo? Súbditos y miembros de un jefe divino, nuestro primer deber es el seguir a nuestro jefe en todos sus caminos y pasar por todas las peripecias que Él sufrió. Para merecer ser glorificados un día con Él, es totalmente necesario que suframos con Él en esta tierra: *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur* [si sufrimos con Él es para también ser glorificados con Él][14]. Y del mismo modo que al final de nuestra vida entraremos a participar de la *Ascensión de Jesucristo*, es necesario que recíprocamente, según el pensamiento del Apóstol, mientras dure nuestro peregrinaje, completemos en nosotros lo que falta a las angustias y torturas de su Pasión: *Adimpleo ea quae desunt pasionum Chisti* [completo lo que falta a los padecimientos de Cristo][15].

En efecto, la Pasión de Jesucristo no concluyó en el Gólgota.

Sobre el Gólgota Jesucristo soportó el dolor en toda su intensidad. Su dolor fue muy grande, inmenso como las aguas del océano; se elevó por encima de toda medida, de toda comparación, de toda expresión; pero no asumió el dolor bajo todas sus fisonomías ni bajo todas sus formas. Fue atravesado por los clavos, no fue quemado a fuego lento. Vio huir a sus discípulos espantados por el escándalo de la cruz, pero no probó este otro dolor, sin duda menos agudo pero más efusivo, más lleno de gemidos y de lágrimas, el de una madre que ve cómo la muerte le arrebata de sus brazos un hijo adorado. Experimentó penas reales causadas por los pecados y la malicia de

los hombres, pero no sintió las tristezas ideales y fantásticas de un alma poco resignada que se alimenta de quimeras y aspira con el ardor del delirio a un porvenir que no puede alcanzar y que no sabe encontrar su satisfacción en el deber y en la práctica austera de la virtud. Jesucristo sufrió la confusión y el arrepentimiento de nuestros pecados en nosotros, pero no fue atormentado por los remordimientos y no soportó la confusión que abruma al pecador, el recuerdo de sus iniquidades personales. Todo este género de dolores, que Jesucristo no soportó en su propia persona, es necesario que los complete en sus miembros. Es necesario que la pasión dolorosa del Salvador se complete en todos los tiempos y en todos los lugares. Pues, al igual que más tarde en el Cielo Jesucristo será todo en todas las cosas por su felicidad y su gloria, así en este bajo mundo, hasta el fin de los siglos, debe ser todo en todas las cosas, por sus dolores y por sus agonías, *Omnia et in omnia Christus* [Cristo es todo en todas las cosas][16]

Estas consideraciones explican la sed ardiente de sufrimientos por la que estaban devorados los santos, las delicias inefables que les hacían estremecer sobre las hogueras y los caballetes cuando sus carnes eran consumidas o sus huesos dislocados. El amor a la cruz por el que se sentían inflamados ponía en sus labios acentos incomprensibles.

Santa Teresa, helada de frío, atormentada por el reuma, destrozada por las fatigas y las austeridades, pero atravesada en lo más íntimo de su alma por la espada de los Serafines, abatida y enajenada exclamaba: *Aut pati, aut mori;* o sufrir o morir.

San Ignacio de Antioquía, condenado a morir en las fauces de las fieras, se dirigía a Roma para participar en los juegos solemnes ordenados por el emperador Trajano. Viajaba rodeado de soldados, bestias feroces con cara humana, que rugían alrededor de él como tigres o leopardos. En medio de sus voceríos y clamores, escoltado por amigos y discípulos que se apretaban a su alrededor para escuchar de su boca su adiós y sus últimas recomendaciones, elevaba majestuosamente la frente que brillaba ya con una gloria celestial y sobrehumana; arrobado en santo delirio, lleno de esperanza en Dios pronunció palabras hasta entonces desconocidas para la lengua humana. Decía:

> Pueda yo gozar del furor de las fieras... no experimentéis por mí una

> falsa compasión... Si la suerte obra en mi contra [si no quieren venir las fieras], yo excitaré a las fieras el primero y las apremiaré para que me devoren... Perdonadme, hijos míos, yo sé lo que me conviene; ahora comienzo a ser un digno discípulo de Jesucristo, ya no deseo nada de lo visible para encontrar pronto y con seguridad a Jesucristo...Sí, vengan el fuego, la cruz y las fieras, venga el descoyuntamiento de los miembros y el destrozo de mi cuerpo.

Y en el momento en que escuchó a los leones rugir, exclamó: Yo soy trigo de Jesucristo y quiero ser molido por los dientes de las fieras, para ser servido como pan blanco en su mesa[17].

Para comprender los sentimientos que animaban al santo Obispo, y captar el sentido de las extrañas palabras que salían de sus labios, hay que recordar que Jesucristo en el Evangelio compara la Iglesia y el Cielo con un granero y a los elegidos con el trigo.

De este símil brota toda una doctrina y una alta moral. El grano de trigo no adquiere toda su perfección hasta que no es sometido a una triple muerte que suscita en él una triple dignidad y una triple vida.

Así, el agricultor, al declinar el otoño, entierra el grano de trigo en el surco de la tierra. El grano se disuelve y se pudre por la acción de la humedad, se mezcla con otros jugos y parece que desaparece, hasta tal punto que un observador inexperto podría creerlo perdido sin remedio; pero al primer sol de la primavera, este grano que parecía muerto para siempre saca la fecundidad de su muerte aparente y renace rejuvenecido y renovado con la forma de una espiga. Sin embargo, éste no el es término de la perfección del grano de trigo, está llamado a una transfiguración más maravillosa aún. Para alcanzarla es necesario que sufra una segunda muerte: el grano será puesto bajo la muela, aplastado y reducido a harina, con la que se hará el pan y se convertirá en alimento y carne del hombre, teniendo parte en su vida intelectual y pensante. En fin, hay para este grano de trigo una perfección y una dignidad más alta. Será colocado sobre el altar; el sacerdote pronunciará sobre él las palabras sacramentales de la consagración; ahora será aniquilado totalmente, hasta la raíz de su sustancia; de él no quedará ninguna traza, ningún vestigio de su ser primero pero a cambio, este pan inerte habrá cesado de ser vil materia, convirtiéndose en el Dios que los ángeles adoran[18].

Del mismo modo el hombre no se sacude los estorbos burdos

de la naturaleza material que lo nublan y lo corrompen, no sale de lo transitorio y lo finito para entrar en lo eterno y lo infinito sino sufriendo una triple muerte.

Para elevarse a la cumbre de la perfección y llegar a reproducir en él el esbozo de la imagen de Dios es necesario que muera a los sentidos, a su espíritu y a sus propios juicios y finalmente que se inmole dentro de su corazón y muera a sus propios afectos.

Jesucristo es el padre de familia y el gran segador celestial. De lo alto del Cielo, donde está situado, ve en la tierra al buen grano de trigo disolverse y morir bajo el fuego de las aflicciones. Lejos de entristecerse, su corazón divino se estremece y estalla en muestras de alegría y de bendición, exclamando: "He ahí mi trigo, se está purificando y transformando; será digno de entrar en mi plenitud y entonces se cumplirá el deseo más ardiente de mi corazón".

> Oh Padre mío, todos los que Tú me has dado han llegado a ser UNO conmigo, se han incorporado a mi vida, con una unión tan íntima, una similitud tan admirable, como la de todos los granos de la espiga molidos en el mismo molino, que forman un solo pan y una sola sustancia, *unus panis, unum corpus* [un solo pan, un solo cuerpo][19].

Magnífico fruto el del sufrimiento que nos hacer morir a nosotros mismos tan solo un instante para llevarnos a vivir en Jesucristo una vida divina; que nos sepulta en una sábana sombría y dolorosa, sólo para depositar, en las profundidades de nuestro ser la semilla de la inmortalidad y para elevarnos con una dulce anticipación al orden de la gloria y la resurrección.

III

El misericordioso Salvador, para suavizar nuestros males y moderar nuestras pruebas en este valle de desengaños y de miserias, quiso darnos la garantía cierta de su ternura, ofrecernos las arras de la felicidad celestial que Él nos prepara. Estas arras, este testimonio auténtico de la visión beatífica que hacía suspirar de felicidad a las almas de los santos, no son los sucesos brillantes de este mundo, ni una gloria o una felicidad temporal, sino *la prueba y el sufrimiento*.

Los santos no ambicionaban otros bienes ni querían otro pago a sus esfuerzos. Cuando reconocían a uno de sus amigos le decían:

> Ven, hermano; tenemos por morada huecos excavados en las rocas, donde se duerme sobre la tierra húmeda y donde no hay cama; nos alimentamos de hierbas silvestres y para refrescarnos no tenemos otra cosa que el agua de los torrentes; alrededor de nuestras moradas oímos aullar a las bestias salvajes que, sin embargo, son menos temibles que los tiranos humanos y los hombres bárbaros, cuyo odio e implacable ferocidad nos persiguen sin descanso y sin tregua. Pero venid sin temor, hay inefables goces e inefables consuelos; pues hay que sufrir lo indecible...

A primera vista, este leguaje confunde a la razón y desconcierta todos los juicios humanos.

Pero los santos, al vivir en las altas cumbres de la fe, veían los sucesos de aquí abajo y los destinos humanos con otro prisma y a través de otros horizontes; juzgaban las cosas del tiempo en relación con las de la eternidad y penetraban el sentido profundo de una de las más sublimes frases contenidas en las Escrituras: *La Esperanza es la hija de la prueba*[20].

Sin prueba, no hay esperanza.

Supongamos un hombre que tenga en esta tierra satisfechos todos los deseos; se adormecerá en esta prosperidad fatal; ya no reclamará la otra vida; los pensamientos celestiales no tendrán capacidad para despegarlo del barro de las cosas materiales y sensibles. Pero si un deshonor, una cruel aflicción tocan, en este hombre, sus puntos dolorosos y punzantes, inmediatamente, como un líquido comprimido en una vasija pequeña, su corazón encogido y aplastado bajo el peso de la pena buscará abrirse una salida. Al no encontrar ya en el presente un solo objeto sobre el que apoyarse, ni que le prometa consuelo, retirará los estorbos efímeros del tiempo y del espacio; hundirá sus miradas ávidas en las montañas de la Misericordia infinita, de la que destilan todos los refrigerios, toda la luz y todos los auxilios.

El patriarca Job, en su conmovedora historia, nos revela la profunda economía del sufrimiento y nos señala las fuentes de abundantes delicias en las que las almas pueden beber a grandes tragos, en medio de los más acerbos infortunios.

Job tenía rebaños e innumerables ovejas; estos rebaños fueron

diezmados por las epidemias y por la peste. Job tenía magníficas y suntuosas mansiones y estas mansiones fueron devoradas por el fuego del Cielo. Tenía hijos, objeto de sus delicias, unidos entre sí por los más dulces afectos, y un día en el que estos hijos estaban celebrando fraternalmente un banquete perecieron lamentablemente aplastados por las ruinas de la casa. Tenía amigos y sus amigos, en lugar de consolarlo, le juzgaban herido por la mano del Cielo, a causa de algún crimen misterioso y desconocido. Tenía una esposa y su esposa sobrecogida de repugnancia y de horror, huyó de la infección de sus llagas. En fin, tenía un Dios a quien ofrecía sacrificios siete veces al día y Dios le retiró el rocío de los consuelos celestiales y parecía haberlo dejado en un supremo abandono.

Jamás, ciertamente, las aguas de dolor desbordadas habían impulsado la multitud de sus olas con un ímpetu y una abundancia tan grande sobre la cabeza de una víctima.

En un momento parece que la desesperación invade el alma de Job y toda su resistencia se quiebra.

Y exclama:

> La vida se ha convertido para mí en un peso intolerable... Perezca el día en que nací y en el que se dijo: un hombre ha venido al mundo... Que este día quede cubierto de tinieblas, que sea borrado de los meses, que no se cuente entre los días del año, que nunca sea iluminado por luz alguna y quede envuelto en una niebla y una amargura sin fin... ¿Por qué me hiciste salir del seno de mi madre y no morí antes de ver la luz del día?... ¿Por qué fui acunado sobre unas rodillas y mamé la leche de una mujer?... El corto número de mis días terminará pronto... ¿Es digno de tu poder interesarse por una sombra?... Déjame para que pueda llorar mi dolor antes de la hora fatal en la que entraré en la tierra fría y silenciosa que la muerte oscureció con sus sombras[21].

Pero, de repente, Job cesa en sus lamentos; en su ser se obra una transformación, su cara se ilumina, su frente y su mirada se tornan serenos y radiantes. Un himno de esperanza se escapa de sus labios, como un río de alegría y de paz. ¡Qué bello es ver a este Job diciendo ahora a los gusanos: vosotros sois mis hermanos, y a la podredumbre: tú eres mi hermana, mientras que, sentado sobre el estiércol, como un triunfador, exclama con el ímpetu y el entusias-

mo de su fe: *Yo sé que mi Redentor vive y que un día lo veré con los propios ojos de mi carne y no con los de ningún otro*[22]!

Jamás boca humana había pronunciado un cántico más elocuente y divino. Este modelo de justo probado, triturado, aniquilado, descendido al último escalón de la miseria material y moral, ¿no se ve recompensado, en un abrir y cerrar de ojos, de todo lo que ha sufrido? De un solo salto se eleva y se coloca por encima de los sentidos, por encima de la naturaleza, por encima de lo que jamás ha osado concebir la razón humana. Con su mirada profética traspasa la duración del tiempo, tiene la intuición del día en que sacudirá el polvo de su ataúd; esta intuición está escrita con certeza absoluta, grabada en el fondo de su corazón: *Yo sé que mi Redentor vive y que un día lo veré con mis propios ojos y no con los de ningún otro.*

¡Ah! Con razón, el admirable Patriarca exclama, a continuación de su bello cántico: "Ojala pudieran mis discursos ser escritos en un libro con estilete de hierro o ser escritos en caracteres indelebles sobre una lámina de plomo o en la piedra viva"[23]. Sin duda para que pudieran ser leídos por las generaciones venideras y llenar de los mismos consuelos a la inmensa familia de los desheredados que no tiene otro alimento que el pan amargo de sus lágrimas.

¡Ah! ¿Quién de nosotros ha pronunciado jamás con fe viva esta frase de Job: *Yo sé que mi Redentor vive*, sin haber sentido inmediatamente sus efectos? Esta frase ¿no hace levantarse el alba de la serenidad en medio de los duelos más negros? ¿No ha inundado nuestra alma de una alegría superior y desconocida en el momento mismo en el que una lágrima de sangre se escapaba de nuestros ojos? Errantes, despojados de todo, derribados a tierra por la concupiscencia triunfante, sacamos del cortejo constante de nuestros males motivos de amor y de confianza. Lejos de nosotros el dejarnos abatir y estallar en impaciencia y murmuraciones; nosotros bendecimos al Señor, entreviendo en los secretos de su justicia las profundidades infinitas de su misericordia. Y decimos: "Si el Señor da satisfacciones a sus enemigos[24], ¿qué reserva a sus servidores? Si en la distribución de los bienes y los males hace inclinarse la balanza hacia los que le ofenden y blasfeman, es que para sus amigos, todas la fortunas y todos los imperios de la tierra le parecen un presente de muy poca importancia". Regocijémonos en nuestras tribulaciones y mi-

damos nuestra grandeza venidera por nuestras amarguras presentes y por la dificultad de nuestra prueba.

San Juan Crisóstomo en su homilía sobre *el rico epulón y el pobre Lázaro* nos revela la sublime filosofía del sufrimiento. Parafraseando el pasaje de San Lucas en el que el rico, sumergido en los tormentos, suplica a Abrahán que permita a Lázaro llevarle en la extremidad del dedo una gotita de agua para refrescarle la lengua ardiente y reseca; comenta la respuesta que Abrahán le da al rico epulón:

> Hijo mío, acuérdate de que tú has recibido los bienes en vida y que Lázaro recibió solamente males; por eso ahora él es consolado y tú atormentado. Además, entre vosotros y nosotros se extiende un abismo infranqueable; de forma que si alguien quisiera pasar desde aquí hasta vosotros no pueda, como tampoco se puede pasar aquí desde el lugar donde vosotros estáis[25].

San Juan Crisóstomo deduce una enseñanza admirable, de esta respuesta de Abrahán. Dice Abrahán que el rico epulón había recibido *los bienes en vida*. ¿Cómo es esto? El gran comentador lo explica diciendo: El rico epulón, en medio de su corrupción y de su gran perversidad, había hecho en este mundo pequeños actos buenos. Durante la vida presente nadie puede ser malo de una forma absoluta; los más impíos y los más perversos obedecen a veces la ley moral en algunos puntos; en medio de sus desarreglos conservan algunos restos de virtud natural. Inhumanos, esclavos de sus codicias, hay sin embargo circunstancias raras y excepcionales, en las que se muestran justos, clementes, desinteresados. Como Dios se reserva el castigarlos rigurosamente un día a causa de sus crímenes y como por otra parte vela por el honor de su justicia, para no dejar sin recompensa ninguna obra buena por pequeña e imperfecta que sea, frecuentemente les concede en este mundo a los malos y a los impíos con prodigalidad, placeres y bienes temporales. Como al rico epulón, les otorga una vida brillante y suntuosa; les da mesas exquisitas y abundantes, alfombras blandas, una multitud de aduladores y de parásitos, el resplandor y la pompa de todos los goces deseables. *El rico epulón había recibido pues sus bienes.*

Lázaro, por el contrario, adornado por todos los dones celestiales, alcanzada la cumbre de la perfección por su paciencia heroica, probablemente se había dejado sorprender por ligeras faltas come-

tidas por fragilidad. Es posible que ante el espectáculo de la insolente prosperidad de aquel de quien imploraba en vano las migajas y las sobras, su corazón se hubiera agriado y rebelado un instante. Puede ser también que su fe y su confianza se hubieran debilitado y en cierta medida hubieran flaqueado. Como Dios se proponía incluir a Lázaro en el número de sus elegidos y coronarlo para toda la eternidad, y por otra parte al no recibir a los justos en su seno hasta estar totalmente purificados de toda falta, quiso en sus secretos designios que Lázaro, durante su carrera terrestre, pasara por largas y difíciles pruebas; le mandó las llagas, la enfermedad, la pobreza, el abandono y el desprecio. Así, cuando Lázaro llegó a su término se encontraba libre respecto a la justicia, *había recibido sus males*. El rico epulón y el pobre Lázaro habían recibido el uno y el otro del divino Remunerador lo que se les debía; el rico los goces voluptuosos, los honores y las riquezas, en el tiempo, pero a cambio de suplicios sin fin y sin medida en la eternidad; el pobre, pruebas y tribulaciones extremas en esta vida, pero en compensación y después de la prueba, una felicidad sin mezcla y sin alteración. Así, el orden y la igualdad serán un día eternamente restaurados y la conducta y los designios ocultos de la divina Providencia quedarán plenamente justificados el día del juicio.

Dejemos que estas saludables consideraciones penetren en nosotros y las adversidades de la vida no llegarán nunca a abatirnos. Entonces, en vez de estallar en llantos y murmuraciones contra la severidad de Dios cuando su mano paternal nos golpee, le bendeciremos a cada instante y recibiremos con gratitud las enfermedades del cuerpo y las tristezas del espíritu como el signo más cierto de su predilección y de su ternura[26]. *Dios corrige a los que ama*[27]. Este pensamiento, ¿no les abría a los santos la fuente de los consuelos más vigorosos y embriagadores?

Al evocar los recuerdos de nuestra vida, reconocemos claramente que en las épocas en las que hemos sufrido más desolaciones y mayores amarguras es cuando nuestro corazón se ha sentido más vivamente tocado por la impresión de Dios y cuando nos hemos sentido más cercanos al Cielo.

El mundo nos ha abandonado: hemos visto cómo nuestros amigos íntimos, aquellos que comían nuestro pan y se sentaban a nuestra mesa, se volvían para evitar nuestro encuentro. Pero, inmedia-

tamente, el Señor, como una tierna madre, nos ha tomado más amorosamente en sus brazos: *Dominus autem assumsit me* [pero el Señor me acogió][28].

La negra muerte te arrebató un hijo a quien, como la madre de Tobías, llamabas luz de mis ojos, esperanza de mis viejos días, bastón de mis achaques[29] o tú, joven aún, te has visto obligada a aislarte del mundo para llorar tu viudez prematura. Pero ¿no has recibido ayudas sobrenaturales y consoladoras? ¿Tus miradas no han percibido claros en el cielo por donde atisbar el porvenir celestial? Sí, has entrevisto a tus seres queridos y añorados en la claridad de la contemplación divina, gozando del reposo en un mundo mejor. En el secreto de tu alma has oído que te decían: *Somos plenamente felices y te esperamos.*

Así, el dolor, oprimiéndonos con su abrazo, nos arranca del amor a las cosas presentes; es el viento que disipa la niebla y abre ante nuestros ojos otros horizontes, elevándonos a esperanzas más altas. A la luz de la llama de las tribulaciones todas las fortunas y todos los bienes tan ardientemente ambicionados aparecen en su realidad y a nuestros ojos ya no son más que humo y niebla. La vida humana se nos muestra como un *punto*, según palabras de San Pablo, pero este *punto* es un germen fecundo: fructifica mediante nuestras lágrimas y se convertirá en un peso inconmensurable de gloria[30]. ¡Ah! dejemos de acusar al Creador de severidad y de injusticia. Si Dios nos prueba y nos arrebata lo que amamos, si hace que destile gota a gota sobre nosotros la hez amarga de las decepciones y de las aflicciones, esto no es, asegura el Apóstol, para despojarnos, *eo quod nolumus expoliari* [de algo que no queremos ser despojados], sino para revestirnos antes y con más esplendor de la inmortalidad, como de un abrigo que se pone encima de la otra ropa: *Sed supervestiri* [sino ser sobrevestidos][31].

Pensemos en un gran artista que quiere esculpir una estatua. Tiene en sus manos un mármol tosco e informe, se arma de su cincel y sin piedad golpea con fuerza, hace saltar la piedra a pedazos, hasta que la idea que le inspira se refleja en los rasgos de la estatua y le infunde la gracia y la majestad que serán la admiración del universo.

Dios hace lo mismo: arma su mano paternal con el cincel de la mortificación y talla nuestros afectos donde les duele; no se deja con-

mover ni por nuestros gemidos ni por nuestros gritos; nos quita sin piedad los afectos, las amistades, la salud, la reputación, que eran partes vivas de nuestro ser. Pone en el crisol del dolor las ligaduras, los lazos secretos e invisibles que nos atan con el amor a las cosas terrenas y perecederas; los funde y elimina con firmeza las escorias que quedan en nosotros, mezcla de humanidad y de afecciones sensuales, para que nuestra alma así espiritualizada se convierta en un lienzo bien preparado donde los rayos de la divina bondad imprimirán un día su imagen: *ut absorbeatur quod mortale est a vita* [para que lo que es mortal sea absorbido por la vida][32].

El hombre, antes de ser sometido a esta purificación tiene el aspecto de la arena sucia y oscura; echado en el crisol del dolor se libra de sus impurezas y se convierte en cristal transparente y limpio, donde la gloria sustancial de Dios, al no encontrar ningún obstáculo, podrá fluir libremente como un río sin fondo y sin orillas. Entonces Dios será todo en todas las cosas. De la misma manera que las imágenes del sol, de los palacios, de los árboles se reflejan con sus formas y con todo su esplendor en el espejo del agua clara, así se reflejarán sobre todos los elegidos las perfecciones de los atributos divinos, sin perder su unidad inmutable. Seremos traspasados por las radiaciones de la vida divina; esto será el final, la consumación, el momento en que los tiempos hayan completado su andadura, el reino de la estabilidad y del reposo, el reino afortunado que las criaturas esperan, que llaman con sus gemidos; como los de una madre en parto que clama porque pase de ella esa hora y expresa sus sufrimientos con gritos lastimeros, con dolorosos y largos suspiros, *omnis creatura ingemiscit et parturit usque ad huc* [la creación entera está gimiendo hasta el momento con dolores de parto][33].

Ésta era la esperanza de la incomparable madre de los Macabeos. Vio con sus propios ojos los cuerpos delicados de sus seis jóvenes hijos desgarrados y hechos jirones por el hierro de un tirano inhumano. Estaba anegada en su sangre, en medio de sus miembros mutilados y esparcidos. Pero entraba en espíritu en los tabernáculos de los goces eternos, en el lugar de la serenidad y de los dulces arrobamientos. Todo el horror que le inspiraba este espantoso espectáculo, todas la heridas y las crueles magulladuras causadas a su corazón de madre se desvanecían bajo el sol de la esperanza y animaba al más joven diciéndole:

> Recuerda, hijo mío, que yo te llevé nueve meses en mi seno; que te alimenté tres años con mi leche, que luego te he criado hasta este momento... ¡Ah! desprecia la tierra y todo lo que contiene y no te dejes asustar por las amenazas de este tirano cruel: te pido que dirijas tu mirada al cielo, la tierra y todos los seres que contiene... Recuerda que Dios es quien los sacó de la nada y quien creó la raza de los hombres. Recibe de Él la muerte para que Él te reciba en la misma misericordia en la que ya han entrado tus hermanos[34].

Termino, con una última pincelada.

Había en Oriente, en la época del emperador Teodosio, una mujer a la que el ardor de la juventud y el gusto por los placeres, junto con los escollos de la pubertad habían precipitado en los desórdenes de una vida de corrupción y de licencia.

Esta mujer, que se llamaba María, se convirtió sinceramente a Dios y la Iglesia la coronó y la exaltó a los altares, con el nombre de santa María Egipciaca.

Un día fue a Jerusalén para las grandes solemnidades de la Exaltación de la santa Cruz. De improviso creyó escuchar una voz, procedente de las riberas del Jordán, de las soledades profundas, que le gritaba: *Pasa, ven a nosotras y encontrarás la inocencia y el descanso.*

Inmediatamente y dado que el día comenzaba a declinar se apresuró a correr al lugar de donde provenía la voz. Pero las aguas eran profundas y los alrededores del río estaban abandonados y desiertos. La voz, que se había vuelto más apremiante, le gritaba sin cesar y con mayor fuerza: *Pasa, ven a nosotras y encontrarás la inocencia y el descanso.*

Mientras vagaba de aquí para allá, devorada por la ansiedad y en cruel espera, vio venir a ella un hombre del desierto, uno de esos grandes solitarios con el rostro demacrado por la penitencia, con la voz y la mirada de un taumaturgo.

Él extendió su manto sobre el río y le indicó con signos a la Egipcia que se colocara sobre él.

Entonces, a lo lejos, a la claridad serena de la luna, se pudo ver a la brillante cortesana andando sobre las aguas, a pie enjuto, huyendo de todo lo que había amado, marchando hacia el silencio, lejos del ruido de los hombres, para poner su alma en las manos de

Dios y dedicarse a saborear los goces extáticos de la plegaria y las castas y austeras delicias de la penitencia y de la inmolación.

Vivió en el desierto muchos años, visitada por los ángeles, dedicada a la contemplación divina, experimentando en vida anticipos del paraíso. Murió un día de Viernes Santo, lejos de la mirada de los hombres, al borde de un torrente abrupto y salvaje, asistida únicamente por Dios y por sus ángeles. Podemos pensar que su última bendición y la plegaria de su agonía fueron para el solitario que la guió a las soledades del desierto, le enseñó a amar los sufrimientos y a abrir su alma a los tesoros de la paz y encaminó sus pasos por los caminos de la beatitud eterna.

¡Ojala! pueda yo, amigos lectores, merecer también de vosotros un favor parecido. Al ofrecer a vuestra consideración estas conferencias, no he tenido otro objetivo que apartar a las almas de los intereses limitados de este mundo y elevarlas al pensamiento y al deseo de los bienes futuros. Estas modestas páginas que entrego a vuestra benevolencia, no son más que el viático de la liberación, una brújula para orientar nuestra vida a través de los numerosos escollos de esta tierra, en fin, una barquilla que puede ser que nos ayude a arribar a las costas celestiales.

Este libro no es más que un recuerdo, un eco débil de mi apostolado. Pero al igual que al declinar el otoño, cuando los árboles se desnudan dejando caer sus hojas amarillentas, se encuentra a veces a un transeúnte rezagado, que recoge estas hojas desdeñadas en la primavera para prepararse un lecho o confeccionarse un cobijo; lo mismo que le sucede también a menudo a la semilla que no ha germinado y echado raíces en el campo del padre de familia, que más tarde es llevada por el viento y los torbellinos de la tempestad más allá de los desiertos y de los océanos y después de largos años de espera hace crecer los bosques y madurar las cosechas; así puede ser que estos estudios sobre nuestro último fin tengan la virtud de elevar a las almas al pensamiento de las cosas futuras; o por lo menos que mis pobres palabras sean para algunos cristianos rezagados, una semilla bendita de Dios que fructifique para cuando llegue el tiempo de la siega. ¡Benditas si llegan a tener la virtud de ayudarnos a atravesar el curso tormentoso e incierto de nuestro peregrinaje y conseguir que un día lleguemos con puntualidad a la eterna cita que nos espera con el Corazón de Cristo!

Si nos atrevemos, amigo lector, a cultivar esta esperanza, yo te diría: hasta la vista... Se acerca el tiempo en que sonará la hora suprema de la partida y en la que el celestial Esposo, a quien hemos amado y servido, nos dirá: *Pasa, ven a mí, entra en la felicidad y en el reposo eterno.*

FIN

NOTAS:

1. *In cruce salus, in cruce vita, in cruce protectio ab hostibus; in cruce infusio supernae suvitatis, in cruce robur mentis, in cruce gaudium spiritus. In cruce summa virtutis, in cruce perfectio sanctitatis. Non est salus animae, nec spes aeternae vitae, nisi in cruce* [en la cruz la salvación, la vida, la protección contra los enemigos; en la cruz la infusión de la suavidad de lo alto, la fuerza de la inteligencia, el goce del espíritu. En la cruz la virtud más alta, la perfección de la santidad. No hay salvación para el alma, ni esperanza de vida eterna, sino en la cruz] (Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo*, libro 2, cap. 12).

2. *O bona crux, quae decorem ex membris Domini suscepisti, diu desiderata, sollicite amata, sine intermissione quaesita, et aliquando cupienti animo praeparata, accipe me ab hominibus et rede me magistro meo, ut per te recipiat qui per te me redemit* [oh cruz toda bondad, que recibiste el atractivo de los miembros del Señor, largamente deseada, solícitamente amada, sin interrupción buscada, y por fin dispuesta para el alma que te desea, tómame de entre los hombres y llévame a mi Maestro, para que por ti me reciba quien por ti me redimió] (Lectura del Breviario Romano en la fiesta de San Andrés).

3. *Nonne haec oportuit pati Chiristus, et ita intrare in gloriam suam?* [¿es que no era necesario que Cristo sufriera estas cosas y así entrara en su gloria?] (Lc 24, 26).

4. *Causa enim doloris est malum conjunctum quod repugnat corpori; causa autem interioris doloris est malum conjunctum quod repugnat appetitui. Dolor etiam exterior sequiur apprehensionem interiorem, vel imaginationis scilicet, vel etiem rationis. Nam dolor interior est ex eo quod aliquid repugnat ipse appetitui; exterior autem dolor, ex hoc quod aliquid repugnat appetitui quia repugnat corpori* [la causa, pues, del dolor es el propio mal que se opone al cuerpo; la causa del dolor interior es el mismo mal en cuanto que se opone al apetito. El dolor, aún el exterior, sigue a una percepción interior, bien de la imaginación o de la inteligencia. Porque el dolor interior proviene de aquello que se opone al apetito, mientras que el dolor exterior proviene de algo que se opone al cuerpo] (Santo Tomás de Aquino, *S. Th.* Iª-IIae, q. 35, a. 17).

5. Pr 12, 21.

Horacio expresa el mismo pensamiento en este célebre verso:

Si fractus labatur orbis, impavidum ferient ruinae [si el sol se cae a pedazos, sus ruinas le herirán impávido].

6. Soirées de Saint-Pétersburg, tomo 1.

7. *Humanum dico propter infirmitetem nostram; sicut enim exhibuisti membra vestra servire immunditiae et iniquitati ad iniquitatem; ita nunc exhibete membra vestra servire justitiae in sanctificationem* [hablo en términos humanos a causa de nuestra debilidad. Igual que utilizásteis vuestro cuerpo para servir a la impureza y al desorden hasta llegar a la injusticia, utilizad ahora, de igual forma, vuestro cuerpo para servir a la justicia hasta llegar a la santificación] (Rm 6, 19).

8. San Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales.* Adiciones.

9. *Si no hacéis penitencia,* dijo el Señor, *todos pereceréis.* Pertenece a la naturaleza de la penitencia ser adecuada a la falta. Si la compensación no ha sido realizada voluntariamente en esta vida, lo será forzosamente en la otra. En verdad, la Iglesia ofrece por nosotros los méritos de los santos y las indulgencias, para reducir las deudas que hemos contraído; pero las indulgencias suponen la penitencia. Son una sustitución y un modo de transferencia. De la misma manera que en el cuerpo social, en virtud de la solidaridad que une a los diversos miembros entre ellos, un sujeto puede descargar a otro de una parte o de la totalidad de su pena, sufriendo él mismo el castigo merecido, así la Iglesia que ha recogido en sus tesoros la sangre de Jesucristo y las satisfacciones ofrecidas por los santos, nos las aplica mediante condiciones fáciles de cumplir para fortalecer nuestra flaqueza terrenal y para librarnos de crueles tormentos después de la muerte. Pero esta doctrina, que no es otra que la de la *transferencia moral* entre los seres humanos, testimonia con mayor fuerza aún esta verdad: que no hay redención si no es por la sangre, *Et sine sanguinis effusione non fit redemptio* [y sin derramamiento de sangre no hay redención] (Hb 9, 22).

10. *Christus heri et hodie; ipse et in saecula saeculorum* [Cristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos de los siglos] (Hb 13, 8).

11. Ef 4, 4.

San Agustín habla del "Cristo pleno", del "Cristo total": ... *plenum et totum Christum, id est, caput et corpus*" [el Cristo completo y total, es decir, la cabeza y el cuerpo] (*Enarrationes in Psalmos*, 37, 6) (NdG).

12. *Ex quo totum corpus compactum et conexum per omnem juncturam subministrationis, secundum operationem in mensuram uniuscujusque membri, augmentum corporis facit in aedificationem sui in caritate* [de quien todo el cuerpo recibe unión, y trabado por medio de todo tipo de junturas, lleva el alimento en la cantidad necesaria según su actividad a cada miembro, y consigue el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor] (Ef 4, 16).

13. *Vere languores nostros ipse tulit et dolores nostros ipse portavit* [en verdad él llevó nuestras dolencias y él cargó con nuestros dolores] (Is 53, 4).

14. Rm 8, 17.

15. Col 1, 24.

16. Col 3, 11.

17. *Utinam fruar bestiis quae mihi sunt paratae, quas et oro mihi veloces esse ad interitum et ad supplicia, et allici ad comedemdum, ne sicut aliorum martyrum non*

audeant corpus attingere. Quod si venire noluerint, ego vim faciam ego me urgebo, ut devorer. Ignoscite mihi, filioli: quid mihi prosit, ego scio. Nunc incipio esse Christi discipulus, nihil de his quae videntur desiderans, ut Jesum Christum inveniam, ignis, crux, bestiae, confractio ossium, membrorum divisio, et totius corporis contritio, et tota tormenta diaboli in me veniant; tantum ut Christo fruar. Cumque jam damnatus esset ad bestias, et ardore patienti rugientes audiret leones, ait: Frumentum Christi sum, dentibus bestiarum molar, ut panis mundus inveniar [ojalá les agrade a las fieras que me han preparado, a las que ruego que sean rápidas para torturarme y matarme y ávidas para comerme, no sea que, como en otros casos de mártires, no se atrevan a tocar mi cuerpo. Por ello, si no quisieran venir, yo las excitaré y correré hacia ellas para ser devorado. Hijos míos queridos, daos cuenta: yo sé lo que me conviene. Ahora comienzo a ser discípulo de Cristo; no deseo nada de lo que se ve para encontrarme con Jesucristo; vengan a mí el fuego, la cruz, las fieras, la rotura de huesos, el descoyuntamiento de los miembros, la destrucción de todo el cuerpo y todos los tormentos del diablo, para gozar únicamente de Cristo. Y cuando ya había sido echado a las fieras y oía rugir a los leones, lleno de entusiasmo dijo: Soy trigo de Cristo, debo ser molido por los dientes de las fieras, para ser considerado pan blanco] (San Jerónimo, *Vida de san Ignacio*, libro 1).

18. *Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet: si autem mortuum fuerit multum fructum affert* [en verdad, en verdad os digo, si el grano de trigo cayendo en la tierra no muere, queda él solo; pero si muere trae mucho fruto] (Jn 12, 24).

19. *Ego pro eis rogo: non pro mundo rogo, sed pro his quos dedisti mihi... ut omnes unum sint, sicut tu pater in me et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint* [ruego por ellos, no por el mundo, sino por los que me has dado... para que todos sean uno; como Tú Padre en mi y yo en ti, que ellos también en nosotros sean uno] (Jn 17, 9 y 21).

Unus panis, unum corpus, milti sumus, omnes qui de uno pene participamus [aunque somos muchos, todos los que participamos de un solo pan, constituimos un solo pan y un solo cuerpo] (1 Co 10, 17).

20. *Scientes quod tribulatio patientiam operatur; patientia autem probationem, probatio vero Spem* [sabedores de que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia la prueba, la prueba la Esperanza] (Rm 5, 3-4).

21. *Pereat dies in qua natus sum et nox in qua dictum est: conceptus est homoi Dies ille vertatur in tenebras, non requirat eum Deus desuper, et non illustretur lumine... Occupet eum caligo et involvatur amatitudine... Quare non in vulva mortuus sum, egressus ex utero non statim perii? Quare exceptus genibus? Cur lactatus uberibus?* [muera el día en que nací y la noche en que se dijo: ¡Se ha concebido un varón! Que se convierta en tinieblas aquel día, que Dios no se acuerde de él, y la luz no lo ilumine... Que lo ocupe la niebla y lo envuelva la amargura... ¿Por qué no morí en el seno o inmediatamente de salir del útero? ¿Por qué me acogieron las rodillas? ¿Por qué me amamantaron los pechos?] (Jb 3, 3-5 y 11-12).

Numquid non paucitas dierum meorum finietur brevi? Dimitte ergo me ut plangam paululum dolorem meum, antequam vadam et non revertar, ad terram tenebrosam et opertam mortis caligine [¿Acaso no va a acabarse en breve la poquedad de mis días? Déjame que llore un poco mi dolor, antes de que vaya y ya no vuelva a la tierra tenebrosa y cubierta por la niebla de la muerte] (Jb 10, 20-21).

22. *Scio enim quod redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum... quem visurus sum, ego ipse, et oculi mei conspecturi sunt et non alius* [yo sé que mi Redentor vive y que en el último día me levanté de la tierra... y yo mismo lo veré, mis propios ojos lo verán no otro] (Jb 19, 25 y 27).

23. *Quis mihi tribuat ut scribantur sermones mei? Quis mihi det ut exarentur in libro stylo ferreo et plumbi lamina, vel scelte sculpantur in silice?* [¿Quién me concederá que se escriban mis palabras? ¿Quién me dará que sean escritas en un libro, con punzón de hierro sobre láminas de plomo o se graben con cincel en el pedernal?] (Jb 19, 23-24).

24. El texto dice *amis* [amigos], pero el sentido reclama lo contrario: *enemigos.*

25. *Elevans autem oculos suos, cum esset in tormentis, vidit Abraham a longe et Lazarum in situ eius. Et ipse clamans dixit: Pater Abraham, miserere mei, et mitte Lazarum, ut ipse intingat extremum digiti sui in aquam, ut refrigeret linguam meam, quia crucior in hac flamma. Et dixit illi Abraham: Fili, recordare quia recepisti bona in vita tua, et Lázarum similiter mala, nunc autem hic consolatur, tu vero cruciaris. Et in his omnibus, inter nos te vos chaos magnum firmatum est, ut hi qui volunt transire ad vos non possint, neque inde huc transmeare* [cuando estaba en los tormentos, elevando los ojos vio a lo lejos a Abrahán y a Lázaro junto a él. Y gritando dijo: Padre Abrahán, compadécete de mí y envía a Lázaro para que meta la punta de su dedo en el agua y me refresque la lengua, porque estoy atormentado en esta llama. Y Abrahán le dijo: Hijo, acuérdate de que tú recibiste bienes en tu vida, y Lázaro por el contrario recibió males; pero ahora él recibe consuelos, tú sin embargo eres atormentado. De todas formas, entre vosotros y nosotros se extiende un gran abismo, para que los que desde aquí quieran pasar a vosotros no puedan y tampoco se pueda pasar desde ahí a nosotros] (Lc 16, 23-26).

26. San Ambrosio consideraba una vida exenta de pruebas, como un signo cierto de maldición divina; decía: *No quisiera pasar ni una sola noche bajo el techo de un hombre que jamás ha sufrido.* Otro santo decía: *¿Por qué dar importancia a las aflicciones? La vida temporal no es más que un tránsito.* Santa Teresa de Jesús les decía a sus monjas: *Que no queramos regalos (delicias), hijas; bien estamos aquí: todo es una noche en una mala posada* (*Camino de Perfección*, cap. 40).

27. *Quem diligit Dominus, castigat* [Dios corrige al que ama] (Hb 12, 6).

28. Ps 26, 10.

29. *Heu, heu! me, fili mi, ut quid te misimus peregrinari, lumen oculorum nostrorum, baculum senectutis nostrae, solatium vitae nostrae, spem posteritatis nostrae* [¡Ay de mí, ay de mí, hijo mío! ¿para qué te hemos enviado a tierras extrañas, luz de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra posteridad?] (Tb 10, 4)

30. *Momentaneum et leve tribulationis nostae aeternum gloriae pondus operatur in nobis* [nuestra tribulación momentánea y leve produce en nosotros una gran cantidad de gloria eterna] (2 Co 4, 17).

31. 2 Co 5, 4.

32. 2 Co 5, 4.

33. Rm 8, 22.

34. *Itaque inclinata ad illum, irridens crudelem tyranum, ait patria voce: Fili mi,*

miserere mei, quae te in utero novem mensibus te portavi, et lac trienio dedi et alui, et in aetatem istam perduxi. Peto, nate, ut aspicias ad coelum et terram et ad omnia quae in eis sunt; et intelligas quia ex nihilo fecit illa Deus, et hominum genus... Suscipe mortem ut in illa miseratione cum fratribus tuis te recipiat [y así, inclinada hacia él, burlando al cruel tirano, le dijo en su lengua patria: Hijo mío, ten compasión de mí, que te llevé nueve meses en el vientre, que te amamanté durante tres años y después te seguí alimentando y que te he educado hasta ahora. Te pido, hijo, que mires al cielo, a la tierra y a cuanto hay en ella y te des cuenta que todo lo hizo Dios de la nada, lo mismo que al género humano... Recibe la muerte para que con la misma misericordia te reciba junto con tus hermanos] (2 M 7, 27-29).

ÍNDICE